

Jorge Luis Borges

Destino y obra de Camoens



Saga Judía

de Eliahu Toker



POESÍA  
Avrom Sutzkever

selección, versión y prólogo de  
ELIAHU TOKER



El idish  
es también Latinoamérica

Eliahu Toker  
con:  
Fischer  
Immerlich  
Ajzenberg  
Kiper  
Rakover  
Aperash  
Furman  
Furman  
Beller  
Beller  
Golan  
Koch  
Lukach  
Tzerlis  
Schachnowsky  
Katz  
Bubers Singer



JACOB GLATSHEIN

el poeta judío de la revolución interior



Por Eliahu Toker

CUENTOS Y RELATOS  
DEL IDISH

ISAAC LEÓN PERLITZ, JOSÉ OPTATSCIV Y OTROS

TRADUCIDOS Y PROLOGADOS POR  
SALOMÓN RESNIK

SELECCIONADOS POR  
ELIAHU TOKER



Versión de  
Eliahu Toker

Cantar  
de los cantares

Biblioteca

Eliahu Toker



VOLUMEN IV  
Su selección de autores

SOLILOQUIOS  
DE UN JUDIO

Máximo G. Yagupsky



AARON TSEITLIN



Antología poética

Por Eliahu Toker

El resplandor  
de la palabra judía

Antología  
de la POESÍA IDISH  
CONTEMPORÁNEA  
Selección y versión  
de ELIAHU TOKER



H. Leivik

por  
Eliahu Toker

מאסות  
máximas de los Maestros



ILUMINACIONES DE LOS  
SALMOS



ILUMINACIONES DEL  
RABI DE KOTSK

Selección y versión española  
ELIAHU TOKER

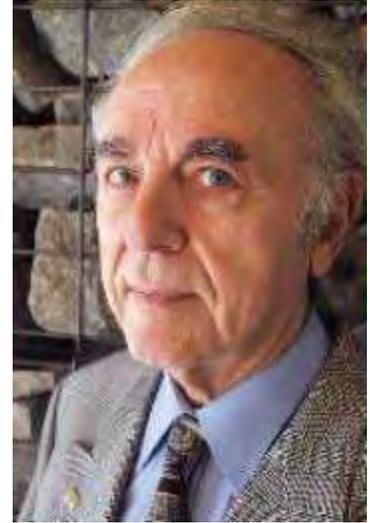


Dibujos  
DEVI HERSHKOVITZ

# Eliahu Toker

Albert Einstein dijo que el crecimiento intelectual debe comenzar con el nacimiento y finalizar con la muerte. Puede decirse que Eliahu Toker (1934-2010) obedeció la fórmula al pie de la letra. Fue un verdadero intelectual toda su vida y no dejó de serlo hasta el último suspiro.

Amaba los libros con una pasión inusual. Gozaba hablando de títulos, ediciones y autores. Es probable que haya sido uno de los escritores argentinos con mayor autoridad en materia de literatura idish y hebrea. Me honró con su amistad, su confianza y su entusiasmo.



En su condición de asesor editorial, Eliahu le imprimió a la [Biblioteca Digital de la Fundación Wallenberg](#) un ritmo vertiginoso que permitió sumar numerosos títulos en muy pocos meses.

Entre los logros de su valioso aporte se pueden mencionar “El resplandor de la palabra judía”, “Iluminaciones de los Salmos”, “Cantar de los cantares”, “Pirkei Avot”, “Génesis”, de Máximo Yagupsky y muchas otras obras que serán presentadas en los próximos meses.

Echaremos de menos su inteligencia y su maravillosa sonrisa. Su ausencia se hará sentir en una época en la cual la palabra, la materia prima del intelecto, ha sido devaluada a mero instrumento de intercambio, objeto funcional para la comunicación veloz pero también intrascendente.

**Baruj Tenenbaum**

# SOLILOQUIOS DE UN JUDIO

Máximo G. Yagupsky



**PARDES**

ediciones

Tucumán 1585 4" B Tel. 40-4175 C. P. 1050  
Buenos Aires Argentina

*Coordinación editorial:* Patricia Finzi y  
Eliahu Toker

*Tapa:*

"El profeta Daniel", dibujo de Efraim Lilien

© 1986 Pardés Ediciones y  
Máximo G. Yagupsky

IMPRESO EN ARGENTINA Printed in  
Argentina Hecho el depósito de ley

I.S.B.N. 950-9211-20-6

*Para Pardés Ediciones constituye una alegría y un orgullo poder poner en manos de sus lectores "Soliloquios de un judío", conjunto de breves trabajos escritos por uno de los hombres más sabios y lúcidos de la generación que conformó el rostro primero de la judeidad argentina.*

*Hijo de esa rica y singular experiencia que fue la colonización judía en Argentina, Máximo Yagupsky es, amén de entrerriano, escritor, traductor, editor, periodista; pero, por sobre todas las cosas, es una suerte de rabí laico, una suerte de fascinante maestro cuya enorme sabiduría respira humor y afecto.*

*Los múltiples temas que conforman este volumen presentan reflexiones inéditas y, de pronto, aristas polémicas que enriquecen al lector ya que provienen de alguien que se ha nutrido en las fuentes y que expone sus ideas con probidad intelectual y sin improvisar.*

*Considerándonos continuadores de algunas de las tareas —traductor, editor— en las que Yagupsky fue pionero en estas latitudes, le quedamos muy agradecidos que nos haya confiado la edición de sus Soliloquios.*

PARDÉS EDICIONES

*Homenaje a Yosef Mirelman  
y a su digna esposa, Sarita, en  
reconocimiento a su amor a la  
Cultura Judía.*

*M. G. Y.*

Quiero dejar testimonio de mi gratitud al joven poeta y amigo querido, Eliahu Toker, por haberse tomado la tarea de leer los originales y favorecerme con algunos atinados consejos.

El autor: M. G. Y.



## A MANERA DE INTRODUCCION

"El pensamiento solitario o soliloquio es un coloquio del alma consigo misma".

PLATÓN

*Nadie habla sino de sí mismo. Harto conocida es esta sentencia, considerada por 110 pocos pensadores como un aforismo digno de ocupar un sitio de privilegio en la paremiología. Hablar de sí mismo comporta, ineludiblemente, un hablar cada cual de su propio mundo interior y de su entorno, con el cual forma una unidad indisoluble.*

*En su obra titulada "Los orígenes del saber y de la imaginación", el eminente hombre de ciencia y lúcido pensador, Jacob Bronowsky, confirma ese aserto, aunque de una manera en extremo dramática: "Nadie consentiría en hablar si para hacerlo tuviese que privarse de hablar de sí mismo. Si tal fuere lo que se le impusiese al hombre como condición necesaria,... ¡oh, Dios! la humanidad estaría sumida en un silencio universal."*

*El hombre posee dos maneras inteligibles de hablar: una, de viva voz; otra, por escrito. Todo de cuanto el hombre habla, emana de su profundo interior, de su íntima individualidad, esto es, de sí mismo, de lo que fluye de su ámbito personal que, para decirlo en términos bíblicos, es hueso de su hueso y carne de su carne.*

*Admitiendo lo sobredicho como premisa válida, lo que el autor ofrece en el presente libro, es un conjunto de reflexiones acerca de sí mismo en su condición de judío, entendida esta calificación como algo más que un credo religioso o ideológico. Judaísmo es, para este autor, toda una concepción de mundo o, para decirlo con más precisión, una filosofía de la vida, vaciada en ciertos moldes espirituales que se sustancian en normas éticas, determinantes de su identidad personal. Y en tal carácter, al meditar sobre los valores que perfilan esa identidad, o al hablar de quienes los sustentan, sin dejar de hacer mención de los enfrentamientos a que éstos se vieron llevados a través de los tiempos, en el pasado como en el presente, el autor abraza el convencimiento que en este meditar o en este hablar se está dirigiendo, necesariamente, a los "sí mismo" que guardan muchos de sus congéneres. Algunos de ellos quizá estén deseosos de compartir ponderaciones acerca del pueblo a que este autor pertenece, el pueblo de Israel. Y acaso no sólo judíos, sino también otros de diferente*

filiación, interesados en saber "qué quieren los judíos, qué piensa este autor, judío nacido en esta tierra de libertad'.

A ese respecto conviene tener en cuenta que, por lo general, se habla a un interlocutor real o potencial —en este último caso, un posible lector— en la esperanza que la chispa del entendimiento se encienda al calor de las palabras por cuya virtud podría llegar a crearse un mundo en común.

Hemos hecho mención del pasado y del presente. Pero básicamente, en cuanto ello se refiere al pueblo judío, considerarnos que el pasado no pasó en realidad. Y tocante a lo que se denomina presente, ...para los judíos no es tal y acaso tampoco lo fuera para los demás pueblos de cultura, sino que es un pasado en continuo proceso de actualización. "Siempre hay una diacronía (verticalidad del tiempo cultural humano) y una sincronía (una horizontalidad de la cultura presente)" según afirma Américo Castro en su obra titulada "Santiago de España". Todo momento presente lleva en sí la totalidad de la historia pasada. Cuanto aconteció desde el ayer lejano hasta hoy, se halla en plena continuidad, sin hiatos. "El presente está cargado de pretérito y grávido de porvenir", solía decir G. W. Leibnitz.

Los judíos existen ayer como hoy, con la íntima certeza de continuar existiendo, puesto que todo su pasado está vigente en todo momento, en dimensiones de futuridad. El pueblo judío es una peculiar unidad cuyo devenir se registra en una trayectoria, accidentada por cierto, pero ininterrumpida. De ahí que se resista a salir del seno de su esperanzada eternidad trascendente, enlazada con la temporalidad que asumió para la vida práctica desde la hora remota en que quedó sellado su destino. Es así cómo se explica que su realidad no sea tan univalente ni tan simple. Es que por efecto de su concepción de mundo, el judío tiende a elevarse hacia un más allá, camino de la esperanza, en un mundo en que reine la justicia y la paz. Y aunque la tal esperanza se proyecte sobre un futuro muy lejano, a "lo postrero de los años", según el profeta Isaías, esa aspiración trascendental se conjuga con un estatismo aristoteliano, el de la "móvil inmovilidad" que Maimónides adoptó para el judaísmo con gran entusiasmo.

Estar afincado en el pasado con la convicción de estar, a la vez, unido con el presente sin solución de continuidad, parece una incoherencia; nos damos cuenta cabal de ello. Pero es preciso

*considerar que la realidad de un pueblo y su idealidad intangible como conciencia de una cultura, se viene practicando a través de milenios y se ha ido objetivando como singularmente suya mediante un conjunto de sucesos. Para aprehenderlos y comprenderlos es menester sumergirse en lo hondo de su historia hasta descubrir el sentido armonioso de lo que aparenta ser una incongruencia. Sólo así se torna posible verificar la existencia de factores que determinaron una vida proyectada hacia una dirección y no hacia otra.*

*Acaso se deba a esos factores el resultado por todos sabido, esto es, que mientras pueblos y naciones que en la antigüedad habían alcanzado grandeza y poderío acabaron sucumbiendo abatidos por fuerzas antagónicas, convertidos sus restos en piezas arqueológicas y sus culturas reducidas a meros indicios que la antropología estudia, el pueblo de Israel persevera en su marcha por el mundo, conservando intacto el germen de vitalidad que le permite reflorar en cada recodo de su camino.*

*Quizá el secreto —misterio para algunos— de la capacidad que revelan los judíos de sobreponerse a todo desafío, se deba a ese su don de renovarse en el propio plasma germinativo, es decir, en su historia, consubstanciándose con todos los episodios que protagonizaron las generaciones precedentes. Por mérito de ese don, tan peculiarmente judío, resállale natural considerar el pasado como una incomparable fuente de aliento a la que acuden con frecuencia a tonificarse y alumbrar con nuevos destellos sus antiguas aspiraciones. Cosa ésta que requiere, lógicamente, de quienes desean renovarse para no desaparecer como judíos, estar penetrados de la trascendencia de los valores aludidos que tanto contribuyen a mantener vivo el espíritu de cohesión fraternal. "Nuestro pueblo es hoy un momento de la historia de nuestro pueblo; nada de lo que fue se ha perdido", dijo cierta vez Ortega y Gasset. Sentencia ciertamente válida es ésta hoy día en que la humanidad está buscando, sin hallarlas todavía, la imagen y la identidad de sí misma. Va de suyo, y no es menester insistir, que al dar a luz estas páginas —ideas, letras, hombres con sus mundos interiores y sucesos— el autor pretende ofrecer su manera de definir la imagen del judío, deseo de asociarse a la búsqueda de la imagen del hombre contemporáneo.*

**M. G. Y.**

# **SOLILOQUIOS**

## **Definición**

### **La pasión amorosa de los judíos:**

El libro

### **El peligro de ciertos libros**

### **Tradición judía**

### **Holocausto**

### **Díaspóra y comunidad**

### **Ética y comunidad**

### **El impulso vital y**

### **la concatenación histórica**

## **DEFINICION**

En estos tiempos de turbulencia y confusión, en que las más valiosas conquistas morales de las generaciones pasadas parecen haber sido relegadas al olvido, los judíos siguen perteneciendo a la reserva humana que no desoye la voz de la historia. Se resisten a marchar en retroceso y se niegan tenazmente a un reencuentro con la barbarie. Bárbaro, según Toynbee, "es el adolescente que perdió su inocencia de niño sin haber adquirido el dominio de sí mismo, condición propia del adulto." Si tal es la condición del adulto, los judíos, a través de sus innumerables vicisitudes, han dado harta prueba de ese dominio de sí mismos, conservando clara conciencia de su papel en la historia.

Historia es, en esencia, el espejo de los tiempos en cuya bruñida faz se refleja la lucha del hombre por alejarse de la animalidad e imponer en el mundo la primacía del espíritu. Dicho en otros términos, historia es el registro sucinto de los esfuerzos del hombre por elevar su destino a una categoría moral; o si se quiere, es el sumario de las experiencias del pasado que entrañan una enseñanza para el presente. Pero la enseñanza se vicia y se torna infructuosa si no viene aparejada con el recuerdo vivencial.

De aquí que, fundamentalmente, historia es recordar; recordar el pasado. Recordar es ir al encuentro de la historia. Olvidar es ir en contra de la historia. El olvido es anti histórico. "Recordad, recordad", nos dice la Biblia con insistencia. Recordar es el mensaje de Dios a la tierra; es el imperativo categórico para el recto cumplimiento de nuestra misión humana. Mirando al pasado, recordándolo, nos persuadimos de que el hombre pasa por esta tierra para trabajarla, para abrir surcos en sus entrañas y sembrarla, pero no solamente de semillas sino también de ideas de elevación moral; porque "no sólo de pan vive el hombre".

Y la elevación moral se alcanza "no por la fuerza, no con el poder, sino por el espíritu"; esto es, por la cultura que el espíritu engendra.

"El problema, dice Sartre, no consiste en conocer el fin de la historia sino en dotarla de una finalidad". La finalidad de la historia y, por ende, de la cultura, no es traer la felicidad a la tierra, sino la

libertad de espíritu, agitar las subyacentes energías potenciales del hombre que tienden a elevarlo por encima de su condición animal; cosa que no se alcanza por el dominio técnico sobre la naturaleza, sino por el dominio moral sobre la sociedad humana. El profeta Mijá lo expresa en palabras contundentes: "Ya se te ha dicho, oh hombre, qué es lo que redundará en tu beneficio y qué pretende Dios de ti. No es otra cosa sino hacer justicia, amar la equidad y comportarte humildemente con tu Dios" (vi-8). Justicia, equidad, discreción, son los sillares de la norma moral, el estrato más noble de la cultura humana.

La finalidad de la historia se sustancia, pues, para el judío, en una ascensión permanente a las más altas gradas de la espiritualidad, alejándose, de esta manera, cada vez más, de la barbarie. Es lo que nos dicta la **Tora**, a la que los judíos gustan llamar "Árbol de la vida". Y en efecto, la Torá (denominación genérica de todo el texto bíblico y aun de todo libro de cultura) es el árbol vivo y documental del pasado judío que reverdece con el recuerdo; recuerdo del camino recorrido a través de las edades, arrojando a la vera la simiente generosa de sus ideas, sus ensueños y aspiraciones. De las ramas de este árbol están suspendidos, en el presente, los frutos de aquellas ideas, en cuyo interior se anida la esperanza con voces de promesa.

El recuerdo es, de consiguiente, la sombra del pasado a cuyo amparo se fecunda la promesa del mañana. Sin la esperanza con su promesa implícita, el hombre, al igual que el árbol sin fruto y sin semilla, se esteriliza, se petrifica y perece. El judaísmo no se esteriliza ni perece porque lucha sin tregua por la realización de la esperanzada promesa; esto es, de la justicia, de la fraternidad entre los hombres y la paz universal, condicionada, bien se entiende, a una disciplina moral, a una superación humana en esta vida terrenal.

Bien es cierto que la era mesiánica le está prometida al judío, para "lo postrero de los tiempos"; pero este postrero de los tiempos no representa el fin del mundo. El fin del mundo o "consumación de los tiempos" es el "acabose", el oscurecimiento total de la vida; idea que el judío rechaza sin ambages. La consumación de los tiempos es, para el judío, el fin de la barbarie; contra ella lucha con todas sus potencias. Lucha por que acabe y comience un nuevo mundo, el "**Olam Habá**", el mundo venidero, avizorado por Isaías en el capítulo

segundo de su profecía. A un rabí jasídico se le preguntó: "¿Por qué se demora el Mesías en llegar?" Contestó: "El Mesías se demora esperando la perfección del hombre".

El "Mundo venidero" al que aspira el judío, es el de universal y eterna *Gueulá* o sea de redención en plenitud; redención que no se logrará por intermediario alguno, por ningún salvador de fuera, sino por la acción libre del hombre, obedeciendo a la voz de la cultura que le dice no someterse a la vida, sino someter la vida a la ley moral; o por mejor decir, ensanchar su individualidad hasta identificarla con todo el linaje humano.

Esta es, básicamente, la doctrina bíblica, la que fluye de la Sagrada Escritura; sagrada no tanto porque la dictara Dios cuanto porque la santificamos nosotros, los hombres.

¡Utopías, quimeras! se dirá. Quizá. Pero lo cierto es que los judíos, en su irreductible optimismo, llegan hasta a lo quimérico; y lo realizan viviéndolo o, por lo menos, idealizándolo. La propia subsistencia de los judíos, a pesar de las persecuciones, los odios y las animosidades de que todavía son objeto, es una utopía convertida en realidad. Es que el optimismo es el aliento vital del judío. Sin experimentar amargura ni guardar resentimiento contra quienes le son hostiles, el judío sigue adelante, esperanzado. Sabe que el resentimiento es una secreción nefasta de la amargura que anula la facultad creadora del hombre y lo deja sin luz interior, lo reduce a la impotencia y le cierra el paso hacia la elevación moral. En el dolor el judío se purifica, se sublima y acrisola su fe en el "*Olam Habá*", en un mundo que ha de perfeccionarse, no por arrebatos revolucionarios sino por obra del esclarecimiento paciente que es el instrumento genuino de la cultura. El arrebato es un acto de desesperación, un apurar la crisis por medios violentos e inhumanos. En el frenesí del arrebato, dice Búber, se corre el albur de olvidar la finalidad ambicionada. En los momentos de mayor adversidad el judío no desespera. Cuando en la Europa de siglos pasados arreciaba el antisemitismo, surgió, entre los judíos, un movimiento de consolación, el Jasidismo; su filosofía se sintetiza en servir a Dios en un alegre éxtasis, en vivir con la esperanza, cantándola. Durante las atrocidades nazis, sea en los campos de exterminio, sea en los momentos de ser arreados a los crematorios, las víctimas prorrumpían en el canto "*Aní Maamin*", que dice: yo creo, creo en la

era del Mesías, y aunque demore en llegar... la espero. El Mesías que en el amplio sentido interpretativo desde el punto de vista judío, es algo más que un mensajero divino o enviado por la divinidad para reinar en el mundo cuando se alcance la era de paz universal. El mensaje mesiánico, de acuerdo a los judíos, lo lleva en potencia todo ser humano que logra encauzar sus ideas y sus actos al bien universal. El Mesianismo, en consecuencia, es la conceptualización de esa idea, es decir, el logro de esta paz universal a la que el hombre podrá llegar realizando una vida de justicia que necesariamente conducirá al amor entre los hombres. Mesías, como vocablo hebraico y bíblico, significa el ungido de Dios. Para el judaísmo todo individuo digno de la unción es un potencial Mesías.

Desde este ángulo visual, es dable afirmar que el judío no puede escapar a las condiciones propias de su vida judía. La vida judía plena, la auténtica y cabal, la que determina su peculiaridad psíquica, va más allá de su vida física y espiritual humana que caracteriza a toda persona civilizada. Es que el judío vive, además, e intensamente, en un universo simbólico que es, sustancialmente, lo que lo distingue de otros grupos sociales. Universo éste, cimentado en ideales y modalidades que derivan de los factores ancestrales que condicionaron su carácter de pueblo con acusadas aristas nacionales y perfiles religiosos. Sentimientos, convicciones, lenguajes, esperanzas, ritos, costumbres folklóricas y, esencialmente, principios morales, son las determinantes de ese su universo distintivo. Todos estos elementos gravitan con tanta intensidad en la psiquis del judío que las más de las veces su realidad física, la de sus intereses materiales, queda eclipsada para ceder el paso a los requerimientos de su universo simbólico. Como consecuencia de ello, en vez de encarar las cosas de la vida terrena con criterio práctico y mundano, el judío delibera consigo mismo en una confrontación con la historia de su pueblo. Ello es así porque la historia es, para el judío, una cosa activa que obra como brújula en el mar de sollicitaciones en que el alma de todo hombre navega.

En todo lo que el judío se propone hacer en el orden trascendente, antes de dar un paso adelante, decisivo, sintoniza, por decirlo así, con su historia, esto es, con la memoria sedimentaria de su pasado que es donde radica el centro neurálgico de su identidad personal. Sin examinar con el mágico catalejo de su memoria el trasfondo de su pasado histórico, el judío carecería de identidad que

es punto de coherencia con la sustancia espiritual de su condición. Sus recuerdos son, básicamente, una condensación de sus facultades potenciales que aguardan el momento propicio para volver a manifestarse con nuevos rostros.

Es así como resulta que las transformaciones espirituales experimentadas por el judaísmo a través de los tiempos, son más aparentes que reales; en el fondo no son sino los nuevos rostros con que presenta al mundo sus ideas que se cubren de nuevo follaje, reverdeciendo en cada primavera. Para el judío, el pasado conserva su entidad sin mella, sin dar pausa a su continuidad, antes al contrario, se une orgánicamente con la actualidad y lejos de ser un fantasma remanecido en una noche de ensueños, es el fluir natural de una corriente que irrumpió en la remota lejanía, llegando a nuestro hoy para seguir serpeando en amplios meandros que la traen nuevamente hacia nosotros con remozadas tonalidades.

La recordación judía no se reduce a un mero reconocimiento del pasado, sino que obra en nuestro interior con un poder de esclarecimiento de gran luminosidad para beneficio de nuestro presente. Sin la luz de la recordación, sin ese examen introspectivo, fruto del examen retrospectivo, en suma, el judío corre el albur de dejar de ser judío o lentamente comienza a claudicar, perdiendo la identidad propia, para diluirse y devenir "hombre-masa" en el concepto de Jaspers o bien miembro del rebaño humano al criterio de Nietzsche. El judío es, en general, un hombre a quien su historia le asegura el dominio de sí mismo. Más aún, por virtud del dominio que ejerce en el judío el trasfondo histórico de su pueblo, los nuevos rostros que va cobrando con cada nuevo período de su continuo devenir, se afirma y amplía el campo de su cultura. Merced a lo cual renacen en él, con renovados bríos, las ansias de levantar a mayores alturas los postulados eternos de su doctrina originaria, esto es, los valores sempiternos que desde tiempos remotos viene el judaísmo cultivando sin desmayo.

En los tiempos que corren, de cambios profundos y de demolición de valores, la misión judía con fines de conservarse sin deterioros, es continuar ahondando la significación sustancial de los principios morales y éticos que de sus textos fundamentales se desprenden como lección de valor imperecedero. Estos obran como una forja y como una fragua que en su acción continua se oponen a

las demoliciones que amenazan acabar con las normas creadas a través de los milenios. Hoy más que nunca se ha hecho temblorosamente actual la evocación de algunas figuras jamás olvidadas y repetidamente reverenciadas en la historia judía: maestros y sabios, figuras señeras del judaísmo que han muerto tras horrendos suplicios; figuras convertidas en símbolos que prefirieron aceptar el desafío mortal a abjurar de su fe.

## **LA PASION AMOROSA DE LOS JUDIOS**

### EL LIBRO

Los judíos constituyen un pueblo que guarda observancia de sus tradiciones. Estas se manifiestan en símbolos y los símbolos están cuajados de divisas. Básicamente, el lenguaje de los judíos, aun el de uso cotidiano, está urdido con símbolos. Para entendernos mejor, digamos que símbolo, en nuestro caso, es toda cosa o actitud que se adopta como tipo para representar un concepto moral, histórico o meramente intelectual. A su vez, divisa es la insignia, o rasgo de conducta que singulariza a la persona, revelando su identidad. Como consecuencia de lo expresado, resulta incuestionable que lo que pone de manifiesto la característica moral, histórica o espiritual de los judíos es el "Libro de los libros". En otros términos, la **Torà** es el libro básico que contiene la siembra fecundante de los valores humanos.

A su vez, la divisa o insignia que distingue a los judíos, la que revela su identidad y preserva su condición de pueblo, es el culto al estudio y, por ende, el culto a la escuela, clásicamente llamada "**Talmud Tora**" (enseñanza de la doctrina judía), en la que los valores morales aludidos se inculcan con tal intensidad que acaban por hacerse carne en los discípulos, hasta mezclarse con el plasma sanguíneo del ser colectivo judaico, rezumante en todas las etapas de la historia de ese pueblo. **Torà** que comenzó siendo doctrina sagrada, objeto de enseñanza inexcusable y fundamental, como parte de los imperativos religiosos, acabó por ampliar su significación intrínseca hasta referirse a todo libro que ilustra y esclarece, a todo texto que educa y refina el espíritu. De esta suerte, el libro se ha convertido en la pasión amorosa del pueblo judío. Amorosa a tal extremo que según

responsas rabínicas autorizadas, quedó establecido que "más sagrada es una casa de estudio que una casa de oración".

Cierto es que hoy día ya no es privativo de los judíos este amor apasionado y reverente por el libro, el estudio y la escuela. Pero es indudable que por una razón, en cierto modo atávica, son por sobre todo los judíos, principalmente los de la napa intelectual, quienes tienen el íntimo convencimiento de que por virtud del libro el hombre jamás está solo, que siempre alguien nos acompañará y nos protegerá de nuestros enemigos que pretendiesen llevarnos al extravío; y que cuando una pesadumbre desata dentro de nosotros —a veces por acciones que provienen de fuera— el negro escuadrón de sus fantasmas, un hombre fantasioso que ni conocimos de visu y que acaso no logró vivir confortablemente, que anduvo errabundo por la tierra sin portar en su maleta otra cosa que ideas, nos lleva de la mano a recintos ignotos donde gnomos invisibles tejen la tela maravillosa del ensueño, de la consolación y de la esperanza. Generalmente, por virtud de ese ensueño y de esa esperanza, queda desvanecido el ejército enemigo, con lo que el alma experimenta la ansiada serenidad de espíritu.

Como judíos, los que de tal formación somos y, por consiguiente, en la infancia y adolescencia aprendimos en la escuela la historia de nuestro pueblo, abrigamos el íntimo convencimiento de que, munidos del libro, podemos hacer frente a todo género de desafíos. Es que el judío sabe por virtud de la enseñanza recibida en la escuela judaica, que abroquelado con ese fascinante amor al libro que a través de los siglos nutrió nuestra condición de pueblo peculiar, hemos aprendido a convertir nuestros principios morales y nuestras esperanzas de redención en fortaleza acrisolada. Hemos aprendido que a pesar de los prejuicios y las incitaciones anti-semitas, sostenidos por la cultura que nos dan los libros, podemos codearnos con lo más florido de la historia. Con un libro en la mano convertido en diapason de nuestro intelecto, podemos oír la voz más armoniosa, la voz de la esperanza; o, cual provistos de un mágico catalejo, podemos ver el rostro más bello, el de la inteligencia; o estrechar la mano más cordial que es portadora del propio espíritu encendido por la inspiración. Sabemos que nos basta para ello provocar entre el libro y nosotros esa electricidad del alma llamada amor que se manifiesta mediante un decir **SÍ** a la vida a pesar de

todos los dolores. Amor que nos mueve a obedecer a los más puros ímpetus humanos que nacen del deseo de ponernos en contacto con las más nobles ideas que centellearon en las mentes privilegiadas. Es el amor que espera paciente y silencioso en los anaqueles de nuestra biblioteca y que en los momentos de incertidumbre o de desfallecimiento del ánimo se levanta convertido en gallardo ejército batallador y, armado de luces interiores, lucha con denuedo hasta acabar con las sombras tenebrosas. Por mérito de la siembra bíblica sabe el judío que el libro comporta un afán de superarse, un deseo de purificarse, de alejar de nosotros las menudas pasiones cotidianas. Y por eso, pero sobre todo por experiencia histórica que nos ha inculcado la escuela, infundir en los hijos el amor al libro, al estudio y al saber, es para el judío, alcanzar el respeto a sí mismo, superado; alcanzar un estadio más elevado, una escala desde la cual es posible avizorar el perfeccionamiento del mundo que nos ha sido deparado.

Así, lentamente, con el correr de los siglos, el libro y la escuela como órganos ineludibles, se han ido apoderando de los judíos con la fuerza de un amor que todo lo convierte en frenética entrega. Y en esa entrega, en la que todo es delectación, el judío ha descubierto el hontanar del que mana la sabiduría (la *Jojmá*), artesón de la cultura. Tan vehemente es esa entrega y tan frenética esa afición, que los insignes maestros de la era talmúdica solían interpretar el precepto bíblico de "Y ahora anotareis en el libro" como un imperativo de componer un libro o transcribir un libro relatando lo que hemos aprendido, a fin de que fuese materia de enriquecimiento intelectual para las generaciones venideras. Tal es lo que postulaba Rabí Babá en el tratado de Sanhedrín. Idea esta que no se limitaba a libros sagrados únicamente, sino también a los considerandos profanos, con tal que algo nos enseñasen. De ese tipo de libros profanos nos quedan algunos, como ser *Tajkemoní* de Rabí Yehudá Aljarizi, poeta chispeante y jocundo del siglo XII y *"El narrador esquizoide"* de Rabí Yehudá ben Shabbetay, del cual un volumen original hebreo se conserva en el Seminario Teológico Judío de Nueva York.

Pero en aquellos tiempos que, por fortuna, pertenecen definitivamente al pasado, el hacerse con un libro era toda una proeza. Debido al penoso esfuerzo que representaba el componerlos y escribirlos, los libros escaseaban. Tan sólo los privilegiados de la fortuna podían alcanzarlos. Como consecuencia, en numerosos

documentos se registra un clamor por la falta de libros. Rabí Tam, el ilustre sabio judeofrancés del siglo XII célebre por sus respuestas, en una de estas, dirigida a un colega, le dice, entre veras y bromas: "Y si me enviaras tan siquiera una sola vitela —materia que luego iba a ser sustituida por el papel— respuestas te enviaría en mil y una esquila". Quejumbres análogas, derivadas de la falta de libros que ensombrecían el alma de muchos dilectos espíritus, se registran con marcada frecuencia en antiguos infolios. Rabí Eliezer de Francia declara no haber podido familiarizarse con ciertos tratados del Talmud, "simplemente porque no podía hallarlos" en la zona de su residencia. Y Rabí Meir de Rothenburg, célebre maestro de la escuela de Worms, lamenta en una de sus cartas las escasez de los libros, de esta guisa: "El artesano que carece de herramientas se asemeja a un inepto. Así también yo, en mi caso, pues carezco de los textos indispensables para mis compulsas y estudios".

Esta pobreza de recursos en que se debatía el intelecto judío de aquellos tiempos, ha tenido, empero, una virtud. Virtud del pobre que, pese a su indigencia, sabe dar un toque de grandeza a sus dolorosas miserias, virtud de la laguna fangosa que suele producir la bella flor de loto. En efecto, esta escasez de libros ha sido una de las causas que originaron la propagación de oficiantes sinagogales, personajes que se adelantan con sus motetes melódicos al término de las oraciones poéticas, animadoras de las plegarias con tonalidades musicales que son, quizás, las primigenias canciones folklóricas judías que tanto amenizaron las horas amargas, causadas por las persecuciones y, a la vez, alentaron esperanzas en tiempos de redención.

En esa situación 110 resultaba cosa extraña que el *Sofer*, esto es, el escriba o copista, principalmente aquel que tenía el dominio de la péñola con letra clara y legible, cobrase dilatado prestigio y se convirtiese en el hombre solicitado de su tiempo. Su oficio era el más apreciado, puesto que gracias a su don profesional aumentaban los libros, se acrecentaban los centros de enseñanzas y se "desterraba la ignorancia en Israel"... La jerarquía social e intelectual del *Sofer* corría pareja, como está dicho, con la de los maestros; de ahí que no sea sorprendente el que un mismo vocablo hebreo se haya acuñado para designar al escriba y al autor. Los documentos nos revelan un

sinnúmero de pleitos y querellas que se suscitaban a propósito del derecho de prioridad sobre el trabajo de un escriba. La prioridad comportaba asegurarse la posibilidad de que el hijo acrecentase su sapiencia antes de que entrase en edad adulta.

Rabí Menajem Azaria de Fano, talmudista italiano del siglo xiv según consta en los infolios que se conservan en la Universidad Hebrea de Jerusalem, dejó dicho: "Luego que me ha sido dado concluir la transcripción de este libro, hago voto y lo he de cumplir cueste lo que cueste, que quienquiera que viniese a pedírmelo de prestado, de ninguna manera se lo he de facilitar, a menos que la comunidad me lo pidiese para uso de los estudiantes; pues en este caso se convierte en instrumento para la propagación del saber y, por ende, de la conservación de Israel". Un juglar de los tantos que abundaban entre las comunidades judías del siglo xi dejó en los anales el siguiente estribillo, válido todavía para nuestro tiempo: "Quienes saben de libros desde su juventud / desdeñan el dinero que guardan en sus arcas. / Pocos son los que lograron estudiar **Torá.** / Acumular libros en los anaqueles. / Sin que de estudiarlo hiciesen intento. / Ratas brincarán sobre sus lomos. / Polillas harán picadillo de sus tapas".

Además de la tarea caligráfica con toques artísticos del **Sofer** o copista, se desarrolló, andando el tiempo, un nuevo género de artistas: los "**Nakdaním**", esto es, los punteadores encargados de anotar junto a los textos los signos diacríticos y de vocalización que responden a exigencias gramaticales de la lengua hebrea. Simultáneamente aparecieron los orladores y viñetistas que se encargaban de introducir en algunas páginas las célebres viñetas, los arabescos y ex-libris, vocación artística de muchos. Las más de las veces estas artes se conjugaban con las habilidades del **Sofer**. Otras veces eran manos ajenas que se unían a las del escriba o copista. Entre esos dibujantes intervenían también no-judíos que, por tratarse de la misión sagrada de embellecer un libro, eran legitimados hasta por los más religiosos, principalmente en Italia y Alemania.

La tarea del **Sofer** comenzaba con una invocación a la autoridad divina, hecha en siglas o abreviaturas, las que, generalmente, decían: "A tu ayuda me encomiendo, oh Señor; mis facultades de Tí provienen. En nombre de Dios trabajaremos hasta alcanzar el

triunfo; amén". Y por cierto que era el triunfo de la perseverancia, triunfo sobre el desfallecimiento del ánimo. Era, asimismo, el triunfo sobre la ansiedad de llevar a buen término la transcripción de una obra colmada de citas, notas y acotaciones sin cuento. El **Sofer** Isaac Hacoheh que vivió en el siglo x, nos deja anotado en el colofón de su propio puño y letra, un poema dedicado a los "hermanos que moran en Jerusalem, Ciudad Santa". Otro escriba que concluyó su tarea hacia 1365, nos habla de sus penas, convertidas en endecha homiliaca: "Acabóse la tarea de transcribir este volumen y que el **Sofer** deje ya de sufrir hasta el día que le toque ascender por la escala de Jacob; pues yo soy quien dice al mundo: ¡Basta de penas para mí y que Dios nos haga marchar por las sendas de la buenaventura!". Otro escriba anota en su colofón una desgarradora página de historia judía: "Comenzamos a vocalizar este texto; mas nuestras manos flaquearon y nuestras fuerzas desfallecieron el día en que la ira de Dios se desencadenó sobre nosotros y fueron destruidas numerosas comunidades de hermanos y asesinados muchos hijos del pueblo santo. En nuestra zona diaspórica, cuarenta y seis poblados fueron arrasados, sus bienes saqueados y los niños degollados. Yo soy el desdichado Abraham: mi mujer fue asesinada junto con mi hija y mi pequeñuelo Exequias que era regalo de mi alma. Por eso se estremecen y braman mis entrañas. También desapareció mi hermano en la plenitud de su lozanía y mi hermana en la flor de su donceller, cuya gracia y galanura no tenían parangón. Dios los tenga entre los justos, en tanto que yo juro vindicar la sangre de mis hermanos que fue derramada cual agua de una fuente desbordante." Este documento lleva fecha del año 1299.

Por último, mencionemos otro colofón de un **Sofer** de 1418 que nos confiesa su frustración, ya que su vocación natural era de estudioso, pero que para ganarse el sustento hubo de resignarse a ejercer el oficio de escriba. "Quiera Dios que así como me dio fuerzas y ánimo para transcribir este libro, así me haga posible estudiarlo y me infunda voluntad y decisión para ahincarme en el estudio de los demás libros de sabiduría que son mi amor, el más grande de todos mis amores." En uno de los códices cuyo original se conserva en el Vaticano, abierto hacia la página 249, se puede leer el siguiente colofón: "He concluido esta tarea en la cárcel, a la que fui a parar sin

causa. Dios me permita el desquite, llevándome a Tierra Santa, en la que encontraré consuelo a mi pobreza y a suerte tan desdichada". Finalmente, una escriba mujer —que también las había para honra de las madres judías—, nos declara en un colofón: Nosotras, las hijas de Israel, no debemos reducirnos a ser madres de nuestros hijos únicamente, sino también de los libros"; y en la página final del Pentateuco que ella transcribió, presenta la siguiente excusa: "No lo consideréis pecado si llegaseis a encontrar un error; soy una madre que debe amamantar a su hijito; me llamo Miriam, soy hija de un célebre *Sofer*"...

Con la difusión del libro, gracias a las imprentas que se propagaron, los Ghettos judíos se llenaron de escuelas; la educación judía a toda edad llegó a ser accesible para todos, pues la educación se había convertido en la misión primordial de todos los miembros de la comunidad que se preciaban de ser judíos y se honraban de ser parte de los sostenedores del estudiante, el sopista o pensionista gratuito. Gracias a esa dadivosidad, uno se dignificaba pues contribuía al "fortalecimiento de la cultura judía", según la expresión de Biaük, quien en un inmarcesible poema dejó estampada la siguiente sentencia: "cuanto más oscura la noche del Ghetto, tanto más fulgente era la lucecilla de la vela que se proyectaba sobre la página del libro." Hoy, en tiempo de las luces y de la abundancia de libros, no sea cosa que por egoísmo dejemos languidecer la fulgencia de aquella bujía. Cantemos, pues, en loor de los activistas en pro de la educación judía, el "Tejezakna" que traducido a lenguaje común, sería algo así como: Ánimo a quienes se ofrendan en favor de la perpetuación del saber.

## **EL PELIGRO DE CIERTOS LIBROS**

LA palabra ejerce mágico poder sobre las cosas", dice James Joyce en su célebre *Ulysses*, y añade: "confía en la palabra para crear otro mundo". Para los judíos, esta sentencia joyciana no es novedad. La Biblia nos la tiene dicha, bien es cierto que con una insoslayable diferencia: Lo que para Joyce es mágico para la Biblia es divino.

La palabra a la que alude Joyce, como a la que alude la Escritura (el Verbo) cobra valor de eternidad gracias a los libros. De ahí que el libro sea uno de los centros de poder, el más admirable, quizás, de todos los que "en el mundo han sido". Pero precisamente por virtud de este inmenso poder sobre el espíritu de la gente, pocos son los que han reparado en que muchos de los libros más trascendentes son, al propio tiempo, los enemigos más belicosos de las civilizaciones en cuya época se han gestado.

De acuerdo a los datos que nos aportan historiadores y antropólogos de autoridad indiscutida, libros hay con un gran potencial de peligrosidad para con las civilizaciones de todos los tiempos. Por ese motivo numerosos libros fueron condenados a la hoguera, a la excomuni3n, a ser proscriptos, encerrados en celdas inaccesibles, soterrados en fosas, puestos fuera del alcance del lector. Tal ha sido la suerte corrida por obras literarias, filos3ficas, sociol3gicas y pol3ticas imperecederas. En todas las civilizaciones han surgido libros sospechosos y por ende prohibidos, de interdicta circulaci3n por arbitraria decisi3n de la autoridad p3blica. Y no sin motivo, ciertamente, dado que son libros que representan un peligro de perturbaci3n para lo establecido en la civilizaci3n vigente. Bien entendido que empleamos la palabra civilizaci3n en su m3s amplio sentido, sin excluir las tradiciones y convencionalismos a que la gente se siente aferrada cual si fueran imperativos supremos de invulnerable rigidez y que determinan en los hombres un mison3ismo traducido en aversi3n a todo renuevo.

Preciso es reconocer que pese a las rigurosas censuras y los temblorosos recelos de los custodios de la civilizaci3n dominante, algunos grandes libros logran salvar su supuesta peligrosidad y van a refugiarse en manos de lectores dotados de esp3ritu fermentativo. Merced a 3stos se produce, temprano o tarde, una conmoci3n social

que causa un resquebrajamiento en la estructura de la civilización regidora y por sus fisuras penetran los vientos de renovación que acaban por abrir nuevas avenidas de progreso. Los libros, al igual que la penicilina, son peligrosos; la penicilina para los gérmenes patógenos y los libros para las civilizaciones obsoletas. Los grandes libros son los perniciosos promotores de cambios en las civilizaciones que, al igual que los hombres, envejecen y se anquilosan.

Toda vez que ocurre un cambio es porque uno o varios libros lo han engendrado. Y entre esos libros, principalmente entre los que han provocado cambios profundos de orden moral, los de origen judío ocupan un lugar prominente. En prueba de nuestro aserto, mencionemos algunos de rezumante peligrosidad para el tiempo de su aparición.

Empecemos por uno que es más conocido por su nombre que por su contenido; uno que ha sido en extremo pernicioso para la civilización, en su hora. Nos referimos a la Biblia que en un largo período de la historia de la antigüedad constituyó un verdadero atentado contra la civilización; a tal punto llegaba su peligrosidad —lo que en cierto modo sigue sucediendo— que si hubiese yo vivido a la sazón y tocándome en mala suerte ser dictador, yo hubiera recogido todos los ejemplares aparecidos, para quemarlos, a fin de que no quedase en pie ese testimonio histórico del más radical de los cambios habidos, con efectos que aún perduran en nuestros días. Y perduran porque escasamente se lee la Biblia y los que sí la leen, pocas veces lo hacen sumergiéndose en las profundidades de su contenido, del cual se resurge como del río heraclitiano en que las aguas de la sabiduría se renuevan de continuo. Agreguemos que para aquella antigüedad no ha sido poca suerte el que la Biblia haya sido originariamente escrita, y durante largo tiempo circulara, en lengua hebrea, desconocida para el común de los mortales, pues, como se sabe, numerosas tensiones y polémicas se suscitaron cuando se comenzó a trasvasar sus textos a lenguas de uso popular.

La Biblia fue, ciertamente, un libro pernicioso, pues nació en medio de una civilización a la que enderezó, inexorablemente sus dardos para abatirla y acabar con ella, sin dejar rastros. La civilización en cuyo seno surgió, puede definirse con una sola palabra: Idolatría. El régimen idólatra era, precisamente, el blanco ineludible contra el cual los autores bíblicos dirigían sus arremetidas

más violentas. Bastaría abrir una página cualquiera de la Escritura para encontrarnos con los flechazos mortales contra aquellas formas de vida, ya que por causa de la idolatría el hombre se hallaba oprimido. Y bueno es no olvidar que el hombre de aquella civilización no era muy diferente del hombre de hoy: era inteligente, con capacidad de concebir ideas de elevación respecto de la sociedad y su destino. Es que el sistema de la idolatría comportaba dimensiones que rebasaban la norma cultural de hincarse de rodillas ante una imagen de piedra o madera y decirle: "Mi Dios, tu eres quien me ha creado". La idolatría comportaba de un modo principal, el sometimiento a todo un complejo rodaje institucional tiránico del cual el culto no era sino una mera cobertura. Moloch y Astarté, por ejemplo, y tantos otros fetiches, ejercían una poderosa sugestión de pavor sobre los hombres. Agazapados detrás del telón se movían los personeros de un sistema político de enorme gravitación.

La idolatría implicaba el predominio de unos pocos —los primates— amparados por los monarcas de soberanía absoluta. En representación de la deidad o encarnándola, el monarca ejercía un poder omnímodo sobre la tierra de su mando y sobre los hombres de su territorio. Faraón no fue tan solo soberano de Egipto, fue asimismo la personificación de su dios todopoderoso; fue el dios contra el cual el imponderable e invisible Dios de Israel dispuso que se emprendiese una revolución libertaria, sin violencias, con el solo uso del ingenio y la palabra. Moisés fue el agente ejecutor de esa revolución, poniendo primero en jaque y después dando mate al amo del Egipto; con lo cual se dio comienzo a un nuevo mundo con nuevas ideas y nuevas concepciones.

En aquellas antiguas civilizaciones, las sociedades humanas estaban esclavizadas y a merced del capricho del monarca. El monarca era el poder y él era la ley. Era el amo de una civilización que levantaba pirámides y erigía templos monumentales con el sudor y las penalidades de las muchedumbres sojuzgadas que no gozaban de otro derecho que el de morir cuando les llegaba la hora. Contra ese sistema oprobioso, la Biblia promovió una lucha tesonera, porfiada y esclarecedora. Según la Biblia, la tierra no pertenece al monarca sino a Dios que la entregó al hombre para que completara la obra de perfección y que la cultivara, abriendo caminos de progreso igualitario. Tocante al monarca, la Biblia no

considera válida su autoridad si no cuenta con el consenso del pueblo, a condición de que la ejerza en conformidad con las prescripciones de la **Torá** que son la ley suprema. Para la Biblia, el monarca no es el representante de Dios en la Tierra; antes al contrario, sus actos son sometidos al juicio del pueblo y su conducta al juicio de Dios, emitido por boca de los profetas, pregoneros de la verdad. Y las prescripciones de la **Torá** a que hemos aludido, involucran de manera patente lo que hoy damos en llamar Derechos Humanos.

Normas de ese jaez iban en contra del estilo de vida de aquella civilización tan misionista, supersticiosa y opresora del hombre. Con la liberación israelita del Egipto surgen, según Josef Klausner, los primeros brotes del antisemitismo. El triunfo de la libertad sobre la esclavitud engendra el odio a los redimidos por Moisés.

Pasemos a otra era histórica, era en la que queda probada la peligrosidad de otro libro judío. Entremos para ello en el Medioevo europeo, en el que a la sazón predominaban los regímenes fundados en la fe religiosa, con la Iglesia como autoridad soberana e inapelable. Por sobre todas las cosas exigiáse de los hombres una condición que, en sustancia, se expresa en una sola divisa: "Creed en mí". No se instaba a la gente a aprender a leer, a pensar, a inquirir, a dudar, a investigar, sino "creed en mí y seréis salvados". Sin embargo y pese al rigor misionista de los celosos guardianes de la fe, penetraron por algún puerto del continente ciertos mensajeros de la cultura judía venidos del oriente. Eran individuos de recias convicciones judaicas que habían hecho serias incursiones en el pensamiento helénico que desde la era de Alejandro se había extendido por aquellas comarcas. De una u otra manera, los libros producidos por aquellos judíos bajo el influjo de las nuevas ideas surgidas del maridaje de lo judío y lo griego, iniciadas en tiempos de Filón de Alejandría, pasaron del hebreo o del árabe al latín, lengua preponderante en el mundo intelectual de la Europa cristianizada. Esos libros se convirtieron muy pronto en un nuevo centro pernicioso de poder que obraba en menoscabo de la civilización sometida al imperio de la fe. Fue así que se comenzó a buscar las causas y los efectos en las cosas y en los valores humanos. Una gran figura judía apareció en el firmamento de la cultura judeohispánica de entonces. Es Rabí Moshé ben Maimón

—más conocido por su apodo, Maimónides— el judío acaso más luminoso del siglo xm, Maimónides publicó un libro titulado **Moré Nebujím** o Guía de los perplejos (o confundidos o desorientados o turbados). Es el tratado en que Maimónides intenta con éxito una conciliación entre la filosofía aristotélica y el pensamiento judaico. Es un libro que si el tiempo de su aparición me hubiese tocado vivir y ser designado dictador, mi decisión habría sido arrojarlo al fuego sin dejar ni ceniza ni pavesa, puesto que su contenido implicaba el derrocamiento del régimen basado en el predominio exclusivo de la fe religiosa. No bien aparecido, el Moré Nebujím fue traducido al latín, llegando en esa versión a manos de una de las figuras más esclarecidas del mundo cristiano: Tomás de Aquino. Esta obra del Rabí Moshé contribuyó grandemente a resquebrajar las murallas entre las que se había encerrado el mundo dominado por la fe, la fe sin cuestionamientos.

Es preciso señalar empero, que el sistema de la fe absolutista no fue creación exclusiva de la Iglesia; fue más bien producto del feudalismo, pero entre ambos formaron un poder que instituía reinos, coronaba y destronaba monarcas, los cuales eran los custodios de las llaves del reino celestial y del infernal. Para merecer las delicias del paraíso o no hacerse pasible de los fuegos del infierno había que andar a tientas delante de ese coligado poder. Contra tan implacable señorío, el **Moré Nebujím** llegó a ser uno de los más perniciosos factores, puesto que postula el libre juego de la razón, procurando una armonización de ésta con la fe religiosa. Lo asombroso es que tanto Rabí Moshé como su —en cierto modo— condiscípulo Santo Tomás de Aquino, siendo eminentes figuras religiosas, fueron ellos quienes derribaron la omnipotencia de la fe religiosa para ubicarla en su justo quicio, esto es, reconociendo títulos de legitimidad a la razón. Es por ello que Ajad Haam, al referirse al **Moré Nebujím** lo denomina **Shiltón Haséjel**, ésto es, Imperio de la Razón. Tratábase de cosa sencilla y lúcida, a saber: cuando un punto de la Escritura entra en pugna con la viva realidad, no hemos de aceptarlo sumisamente, sino pasarlo por el cedazo de la razón, del análisis y de la investigación, a fin de alcanzar la verdad. El "alzamiento" contra el yugo medieval, que Rabí ben Maimón alentó, dice Ajad Haam, fue su gran contribución al progreso de la humanidad. Claro está, no fue el **Rambam** (sigla de Rabí Moshé ben

Maimón) solo. Concurrió en su apoyo la Summa Teológica de Tomás de Aquino que figura entre los que se abrevaron en el hontanar del sabio judío. El mencionado principio cobró dimensiones de postulado, tanto en el judaísmo ilustrado como en el cristianismo esclarecido; cosa que se evidencia en la afirmación de Rabí Koolc, el eminente rabino mayor de nuestro siglo, quien emitió el siguiente dictamen: "Cuando por obra de la revelación científica un punto de la interpretación escrituraria queda cuestionado, es ésta la que debe ser sometida a una exégesis conciliatoria".

Como se echa de ver, por virtud del *Moré Nebujím* el principio de mayor predicamento de la era medieval se resquebrajó y por las brechas penetraron los primeros rayos de la razón científica, permitiendo los primeros atisbos de la Edad Moderna. No es que se haya producido un desplazamiento de la religión, sino que ésta cobra nuevas posturas que se delatan como determinantes de un equilibrio entre las fuerzas que actúan en el hombre para el logro de una pacificación del espíritu. No se reniega de la fe, pero tampoco se le adjudica un predominio absolutista. Se acepta la idea de que, si bien la religión conduce al hombre por los caminos de Dios, éstos están asfaltados por las aportaciones de la verdad científica. Marchar por los caminos de Dios, como dijera Hermán Kohen (*Bedarkeij Hashem* o *Imitatio Dei*, según Tomás de Aquino) pero alumbrado con la linterna de la razón. La fe empieza a admitir que lejos de constituir una herejía, la ciencia es una herramienta para la investigación de los misterios de Dios en el cosmos y que las revelaciones de la investigación son elementos no menos válidos que las que proceden de una inmersión en las profundidades puramente espirituales, sin negarlas por eso. La fe religiosa va más allá de la razón. Cuando se trata de razones del corazón que la razón no conoce", al decir de Pascal, el ser humano penetra en los dominios de la fe: como ser, las angustias ante el problema de la muerte, la piedad, el amor: La fe es la que posee la palabra alentadora, tal como lo señala la Biblia al hablarnos de "dar fortaleza a los que se lamentan ante la desventura". El *Kadish*, el *Izkor* entre los judíos, el Requiem entre los cristianos, obran como un sedativo que la ciencia no alcanza a proporcionar.

Por último, veamos ¿qué acontece en la civilización de nuestro tiempo? ¿Cuál es el más grave peligro que nos acecha hoy día con

pronósticos siniestros? La guerra nuclear, sin duda. Pero cuál es el más endiablado enemigo que se apodera de nosotros con la fascinante divisa de brindarnos confortativos? Según Martín Búber es el maqumismo como estilo de vida que está cobrando las aterradoras características de un sucedáneo de la antigua idolatría. Para Martín Búber la máquina que es contemplada en la modernidad con reverente entusiasmo, es la antítesis de cuanto es humano; deshumaniza al hombre, lo enajena de su condición genuina, de su identidad, de su máspreciado don, la espiritualidad. En el libro de Orwell "1984", como se recordará, el autor hace mención de un tétrico personaje: No persona, el individuo ajustado a las requisiciones de la máquina. No nos referimos a los instrumentos que la ciencia inventa con fines de hacer más fácil la vida, sino al sistema que nos cosifica, que nos somete a los dictados del maqumismo.

Frente a tan grave peligro Búber levanta su voz en un pequeño librito titulado "El Tú y el Yo" y las clamorosas resonancias que parten de esas páginas se proyectan con nuevas vibraciones en otro libro que designó "Entre hombre y hombre". Búber no nos propone una evasión de este mundo mecanizado sino una confrontación del inundo-máquina con el espíritu humano. En dichos libros Búber se limita a poner al trasluz las dos relaciones posibles: la de Yo y máquina y la de mi Yo con Tú Yo, el Tú hecho persona viva, el Tú hecho sujeto de sentimientos, de ensueños y voliciones libres, de sensibilidad que mantiene diálogos con Dios en su propia interioridad; y la relación nada con el objeto móvil pero inerte, insensible, convertido en fetiche admirado, adorado, hecho un Golem, relación que está privada de una interpretación mutua como la que es dable con el hombre, entre el Yo y el Tú. La silla es una silla y nada más; es decir, que nuestra relación con una cosa es la única que se ha de tener con una cosa, pero si la igualo a una relación de hombre a hombre, se me podan las alas y pierdo la capacidad de vuelo a las altas esferas de la espiritualidad. Más aún. Para ser persuasivo, Búber nos trae citas de los Rabíes jasídicos que, contrariamente a la máquina, irradiaban espiritualidad: "Todo nuevo ser humano está llamado a cumplir una misión en la vida y a causa de dejar de cumplirla se dilata la llegada del Mesías". Y el Rabí Zusie decía: "cuando mi alma llegue ante el tribunal del cielo no se me

preguntará por qué no has sido Moisés o el Rambam; se me preguntará solamente "¿por qué no fuiste Rabí Zusie?"

Podríase decir que la relación del Tú-Yo buberiano está inspirado, básicamente, en la consabida postulación ética judía, emanada de los profetas, según la cual existe un íntimo parentesco entre la "Relación del hombre con Dios y la relación del hombre con su prójimo". En términos más asequibles, diríamos que ambas relaciones están gobernadas por una misma ley moral que, al aplicarse cabalmente, encaminan al hombre por la meta que conduce a la paz espiritual que es una de las moradas en que la Divinidad reposa los sábados. Según las enseñanzas jasídicas, todo individuo nacido en este mundo representa algo nuevo, algo que jamás hubo antes que él apareciera, algo original y único. Cada uno de los hombres que nacen, trae consigo un mensaje nuevo a cumplir en este mundo, pues fue enviado precisamente para ponerlo en ejecución; es su aporte para el logro de la perfección; y en razón de que algunos demoran en cumplimentar ese mensaje, se demora la perfección del mundo que es condición para la llegada del Mesianismo. Lo que precisamente atemorizaba tanto a Rabí Zusie era que no alcanzase a cumplimentar debidamente el mensaje que a él se había encomendado al enviárselo a este mundo.

En suma, pues, libros hay que son centros de poder altamente peligrosos; libros que son el eterno enemigo de las civilizaciones dominantes. Como consecuencia, naturalmente, quienes se consagran a los libros con abnegación, están siempre expuestos a situaciones enojosas o aún a algo más grave: a poner en peligro sus vidas. El judío lo sabe, lo saben también todos cuantos aman la justicia; pero saben también que vale la pena de correr el riesgo. Los judíos sabemos, bien sabemos, que la Biblia ha sido un aporte valioso que hemos prestado al mundo por haber, de esta manera, impulsado el progreso moral del hombre y llevado adelante la humana civilización. Por lo que toca a los judíos, sea la Biblia en la antigüedad, sea La Guía de los Perplejos en la era Medieval, sea los tantos otros libros judíos de similar contenido, ora aportados por místicos o por librepensadores, el tal aporte, hecho en forma de libro, ha sido considerado tan grave peligro para la civilización en boga, que autor y libro fueron llevados a la hoguera.

Según el *Midresh* (exégesis talmúdica), cuando el pueblo de Israel se hallaba al pie del Sinaí escuchando la proclamación del Decálogo, apareció en el cielo, entre las nubes relumbrantes, una mano sujetando un libro y una espada. De pronto oyóse la voz de Dios anunciando: "¡Escoged, escoged!" Toda generación y toda civilización tiene el deber de elegir ya bien el libro, ya bien la espada. El libro es el arma más poderosa para abatir la espada. Es cosa de elegir.

## **TRADICION JUDIA**

Si se quiere conocer a un pueblo, si se quiere penetrar la íntima sustancia vital, la que configura su naturaleza y carácter con sus perfiles distintivos; si se quiere hurgar la psiquis colectiva de un grupo social para inferir, como conclusión, los principios generales de su cultura, de su índole moral o las leyes que regulan y animan su idealidad, es preciso conocer sus tradiciones y costumbres. No hay pueblo sin cultura; tampoco existe pueblo sin tradición. En los orígenes remotos, al igual que en los tiempos más recientes, las sociedades adoptan hábitos y costumbres que, repetidos a través de las generaciones, se depuran, se limpian de las escorias terrenales con que nacieron, se subliman y al mismo tiempo nutren el espíritu popular de ideales, acabando por cobrar jerarquía histórica y convertirse en tradición.

A esas formas de vida peculiar, a esos hábitos colectivos que dejan trasuntar los sueños comunes, el común padecer, los anhelos y esperanzas, la lucha incesante por la subsistencia o por la superación intelectual; a esos hitos que hacen los pueblos en su camino para evocar y retener el pasado, para asomarse a las vivencias pretéritas y espejarse en el proceso de sus tiempos idos, como en aguas cristalinas o en turbias língas que arrastran en su fluir el oro de sus virtudes heroicas; a ese manantial, siempre creciente de hechos singulares que determinan los rasgos de su historia, es menester acudir si se quiere conocer y, más aún, comprender a un pueblo.

A quien se pretende conocer es al pueblo judío, pueblo e vida tan singular y azarosa, es por sobre todas las cosas necesario asomarse a sus tradiciones, expresadas de un modo unívoco en sus ceremonias, en sus ritos, en la policromía de sus hábitos y costumbres, en sus días festivos y luctuosos. Sólo en esas ocasiones, tan frecuentes en el curso de un año, es dable entrever la fuente de la que brotan sus fuerzas espirituales invencibles y avizorar las variadas facetas de su cultura milenaria. De otro modo, en cambio, si por ventura nos detuviéramos a contemplar al judío en su vida cotidiana, en las horas en que lucha, afanoso, por el propio existir, en los días laborables en que, cual buey uncido al yugo, libra la batalla por el pan o, sumido en el mar de penurias, nos muestra su rostro abatido o su doblada cerviz, habríamos podido ser inducidos en el error de creer que los lazos espirituales que lo vinculan con los ideales proféticos se han

cercenado, o que ya cesó de gravitar en su alma aquella lección de moral encerrada en el sublime código que le dictaran desde el Sinaí entre un fragor de truenos y relámpagos.

Ciertamente, los enemigos de Israel juzgan a ese pueblo por su modo terrenal y material de vivir. Se detienen en la superficie, reparando solamente en lo adocenado, lo externo y baladí, sin sumergirse en lo íntimo de la vida judía, donde se manifiesta en su grandeza el alma peculiar de ese pueblo. Harto contradictoria y desigual es la vida judía, como contradictoria y desigual es la ley que preside su sino paradójico. A la luz de esta observación no resulta, en verdad, antojadiza la aseveración de que los judíos son un pueblo extraño, incomprensible, misterioso y enigmático. Extraño es, en efecto, en su padecer sin resignarse, incomprensible en su afán indomable de subsistir, misterioso en su perseverancia, en su no doblegarse ante la acechanza persistente, enigmático en su amor a la vida, en su alegría sin motivo, en su paciente esperanza de alcanzar su plena redención.

Singularmente extraño es el judío en sus celebraciones tradicionales y religiosas, cuando el espíritu se eleva ennoblecido o se enhiesta altivamente, bañado de fe y animado de nostalgias románticas; es entonces que sus virtudes familiares se acendran, la unidad colectiva del pueblo se afianza y la pureza de los ideales comunes se acrecienta. En vano fue todo intento de dar por tierra con el legado tradicional judío: fuertemente unido al curso de su historia, el pueblo judío lo siente como clavado en sus carnes y palpitando en su sangre con un rumor arpegiante de esperanzas. La tradición obra en él como un instinto, gobernando el ser con sus poderes inmanentes. Las festividades tradicionales judías, lejos de constituir un ejercicio meramente ritualista poseen la virtud estimulante de la existencia colectiva, delineándose como símbolos de las ideas alentadas por los profetas. De ahí que hasta el más revolucionario de los judíos, el más apartado de la grey, llegado el día de la festividad, experimenta una atracción irresistible, una añoranza inefable, una sed del corazón que no puede mitigarse. Es que la tradición judía, por más añeja que sea, conserva en su plena virtud vitalizante el germen espiritual que la engendrara.

Cierto es que la tendencia renovadora, abierta últimamente en el seno de la judeidad, ha pretendido dotar a la tradición de nuevas

modalidades, algunas de las cuales responden a nuevas vivencias históricas, gloriosas unas y luctuosas otras. Empero ello no es óbice para que la vieja tradición con su belleza en plena flor, continuara imperando soberana en la vida judía del presente, con las cuales se concadenan donosamente las conmemoraciones de reciente data; de manera que todas enhebradas en un mismo hilo de recuerdos llenan de emociones jubilosas el alma colectiva de este pueblo que reverdece en cada primavera. La tradición es, de consiguiente, en el judaísmo, el encuentro frecuente y repetido con la historia, una visión del pasado que se proyecta sobre lo porvenir como el eco de una voz brotada en la lejanía.

Históricamente, podríase calificar a la tradición como se quiera; analíticamente se la podrá examinar a través de los más diversos prismas; pero lo indudable es que renunciar a ella comporta arrancar de la intimidad del recuerdo a vida de infancia, el niño que perdura en lo profundo del alma popular judía, cosa sin la cual el pueblo se quedaría penticado, frío, insensible como un peñón. Nada podría reparar la frescura juvenil extinguida, la agilidad aleteante, la vivacidad irrefractable de esta estirpe humana que, como un símbolo y un testimonio de los tiempos, enfrenta las edades.

Desde un punto de vista liberal o agnóstico se puede, claro está, objetar el ceremonial de buena parte de las tradiciones judías, alegando un anacronismo artificioso o un dejo de superstición extemporáneo. Acaso sea cierto, por una parte; mas por la otra ¿no podría residir en ese primitivismo y en aquella "superstición artificiosa" un germen de belleza y elevación? ¡Quién lo sabe! Y ¿no conserva, acaso, ese hábito legendario una belleza y un colorido encantadores? ¿No denota, acaso, la tradición judía, bajo ese manto legendario, un signo característico de la cultura judía irrenunciable, evocadora de su origen antiquísimo? Pues así como el tronco añoso de la cultura judía retoña nuevos brotes y reverdece toda vez aparecen las nuevas generaciones, anunciadoras de nuevas esperanzas y renovadas promisiones, así también la antigua tradición de Israel, restituida a la tierra de su origen, viene cobrando nuevo esplendor merced a nuevas interpretaciones, despojadas de sus nostalgias quejumbrosas de los siglos diaspóricos.

Conocer, pues, las tradiciones judías, familiarizarse con ellas y distinguir sus variados matices simbólicos e históricos, es conocer al

pueblo que las sustenta y práctica. Conocerlo significa comprenderlo y quizás también amarlo o, por lo menos, respetarlo. Tal se infiere de lo que afirma Rudolf Kittel, el ilustre estudioso, autor del tratado que tituló *Biblia Hebraica*. En su *Geschichte des Folkes Israel*, Kittel declara sin ambages: "Todo aquél que tenga oportunidad de conocer la vida íntima de las familias judías de nuestro tiempo, principalmente las familias observantes de la tradición judaica, se quedará asombrado de ver cuánto regocijo, gratitud y esplendor traslucen sus rostros y animan sus hogares en los momentos de celebrar sus tradiciones. La sublime esperanza de justicia universal es el *leitmotiv* de sus cantos cuando imploran al cielo con las palabras del profeta Amós: "¡Oír, libra la justicia y haz fluir la rectitud como las aguas impetuosas que dan a la mar!"

Conocerlo significa comprenderlo y acaso también amarlo, dijimos más arriba. Jacques Maritain, eminente pensador católico que supo comprender y acaso también amar a los judíos, nos dice claramente: "He aquí cómo percibimos el misterio de Israel en la perspectiva cristiana: La comunión de este cuerpo místico es la comunión de la *esperanza terrestre*. Israel espera apasionadamente, aguarda, quiere el advenimiento de Dios en el mundo, el reino de Dios *aquí, abajo*. Quiere con una voluntad eterna, con una voluntad sobrenatural y fuera de razón, la justicia en el tiempo, en la naturaleza y en la ciudad.

"Como el mundo y la historia del mundo, Israel y su acción en el mundo son realidades ambivalentes. La voluntad de tener lo absoluto puede tomar todas las formas, unas buenas, malas otras. De ahí procede el que en la sorprendente complejidad de los caracteres típicos que presentan y que abundan a la vez en el bien y en el mal, se encuentre siempre por qué exaltar a Israel y por qué rebajarlo." Si, en efecto, el programa hijo del credo judío es, como bien lo afirma el ilustre maestro citado: Israel quiere y espera el advenimiento de Dios *aquí, abajo*; mundo creado para que el hombre se perfeccione, imitando la perfección divina, transitando por los caminos de la perfección, ésto es, imitando a Dios que diría Hermán Cohén.

A más de Maritain, sabemos de muchos otros que por virtud de nuestras tradiciones han aprendido a conocernos y amarnos. León Bloy afirma que "la historia de los judíos, con sus ritos y tradiciones obstruye la historia del género humano *como un dique obstruye un*

*río para elevar su nivel'...* que es como en otro momento de su discurso dijera Maritain: "el judío estimula el movimiento de la historia en una obra de activación terrestre." Las tradiciones judías son, en suma, una recordación del deber judío: "no dejar al mundo amodorrarse: tenernos despiertos y esperanzados."

#### LO PERDURABLE EN LA TRADICIÓN

El judaísmo en su esencia doctrinaria no puede ser definido como una religión únicamente, por más que en numerosos casos sus propios adeptos lo traten cual si fuera tan sólo un credo religioso. No sólo adeptos sino también tratadistas, sociólogos e historiadores de diversa filiación, suelen identificar al judaísmo con la religión de los judíos. La confusión se enmaraña aun más cuando se habla de "la doble lealtad" de los judíos, dicho ésto, generalmente, con un si es no es de reproche, dado que ellos, los judíos, manifiestan sin titubeos su solidaridad con el Estado de Israel (que es la ración judía redimida y restituida al pueblo judío todo) así como también por la jamás negada hermandad entre todos los judíos del mundo, excepto los trásfugas.

Lo que nos proponemos aquí 110 es sino arrojar un breve destello de luz, acaso esclarecedor o persuasivo, sobre algunos aspectos de este tema, no tan complejo como enzarzado por obra de equívocos y maledicencias, hijas del prejuicio.

Empecemos por establecer algunas definiciones, a manera de premisas: "Judíos" es una denominación aplicable a todos los "hijos del pueblo de Israel". Ni uno ni otro apelativo lleva connotación religiosa. Lo que básicamente implica tanto una como otra denominación, es la pertenencia de los adictos al judaísmo, siendo el tal judaísmo considerado como una filosofía de la vida, una visión de mundo, una fe practicada con ritualismo y ceremonias litúrgicas que expresan una espiritualidad. Si bien a través de los siglos, principalmente durante la oscura noche de la diáspora, el judaísmo era más conocido por sus prácticas religiosas, preciso es puntualizar que de lo que surge de los textos fundamentales como ser: la Biblia, el Talmud, las respuestas rabínicas y la profusa y abigarrada literatura, la doctrina judía difícilmente podría ser definida, exclusivamente, como la religión de Israel. Antes, al contrario, por su

historia y su miríada de enseñanzas, el judaísmo es, fundamentalmente, una ideología sujeta a principios que se sustentan en una ley moral sostenida sobre tres pilares básicos, a saber: justicia, paz universal y amor al prójimo; esto último como resultado de la interacción de los dos primeros.

Decimos "ideología", aunque originariamente es una emanación de vivencias religiosas que en la exégesis se vienen utilizando racionalmente a favor de una ética, en beneficio de la sociedad humana. Ideología, pues, que es también un credo pero de índole no impuesta sino voluntariamente adoptada, ya que según Spinoza, una religión propiamente dicha es un conjunto de "principios rígidos, con preceptos inamovibles, dictados por un poder superior al hombre, a los que éste debe someterse ciegamente, dogmáticamente". Cosa ésta que no coincide con el judaísmo desde el momento que la Torá adjudica al hombre el libre albedrío, como se colige de los pasajes bíblicos referidos a Abraham y posteriormente a Moisés. De acuerdo con los mencionados textos escriturarios, el hombre de carne y hueso discute con Dios, le rebate decisiones y por momentos hasta le convence. Las ideologías, en cambio, si bien son perdurables, su perdurabilidad carece de una rigidez hierática, de modo que sin perder esa condición medular está dotada de una maleabilidad que la torna adaptable a las nuevas circunstancias de la vida. Tal fue la finalidad esencial de las escuelas talmúdicas, tal fue la finalidad esencial que animó a los comentaristas, pensadores y poetas de la Edad de Oro judía en la España medieval y, para no abundar en demasía, tal fue la razón de los autores de la *Haskalá* (iluminismo judío) como también de los fundadores y teóricos de la idea sionista, desde Ajad Haám y Bialik hasta nuestros contemporáneos.

Un examen somero de la historia judía nos evidencia que toda nueva generación recibe los postulados del judaísmo como quien recibe una moneda, haciendo uso de ella, pero procurando que por efecto del uso no se desdibuje su signo ni la efigie pierda su rasgo distintivo. Con tal objeto le imprime de nuevo su cuño pero con perfiles más acordes con las mutaciones que reclaman los cambios de la sensibilidad social.

Para el judaísmo, el hombre no es una criatura conclusa, definitivamente perfecta, sino inconclusa pero perfectible. De ahí que el acervo ideológico que el judío recibe es un bagaje de ideas

cultivadas por la tradición pero no definitivamente terminadas. La nueva generación recibiente le imprime un nuevo envión vital y de esta suerte el pasado conserva su frescura y la ideología se remozca. En otros términos, cada generación pone en acción con renovados bríos el plasma germinal de su concepción de mundo judaico que induce a producir renuevos hasta en las formas tradicionales del culto. Así fue como con el correr de los años surgen, sucesivamente, la ortodoxia, el conservatismo, y el liberalismo, el reconstruccionismo y otros matices que sin estar insertos en denominación siguen el consejo de Saadia Gaón, dando preeminencia al estudio sobre los oficios del culto. La misma *Mishná* así lo establece cuando nos dice en forma alegórica: "Moisés recibió la Torá en el Sinaí, la transmitió a Yehoshúa (Josué), el cual la transfirió a los ancianos y éstos la traspasaron a los profetas, quienes, por su parte, la pusieron en poder de los maestros del gran consejo." Y ello es tan cierto como que es bien sabido que la fuente de la peculiaridad judaica a que venimos aludiendo y que entraña un anhelo constante de perfección, es la Biblia, o el Logos, al decir de Filón de Alejandría, o "el pensamiento creativo de Dios" según los glosadores homilíacos de la Agadá talmúdica; del Dios que es la manifestación de la justicia; justicia que es el dictado anímico del mundo cambiante, con arreglo a las exigencias de los nuevos tiempos.

Los judíos que, al modo de los Karaítas<sup>1</sup> del pasado, no se ajusten a las nuevas modalidades interpretativas de la ideología judaica, pierden la brújula de la historia, se dogmatizan, se anquilosan y... momifican todo el judaísmo, convirtiéndolo en pieza de museo. Así pensó Toynbee, que había mirado al pueblo judío a través del ventanal del ayer lejano, sin advertir los múltiples procesos de su renovación.

Renovación que es sinónimo de reverdecimiento por virtud de lo cual el árbol del judaísmo se robustece, como se ha evidenciado en nuestro tiempo, cuyo resultado tangible es el resurgimiento del

---

<sup>1</sup> Karaítas = secta judía del sig. VIII contraria a toda exégesis, adicta a ajustarse a la ley de la Torá, estrictamente.

Estado de Israel, flor nueva de aspiraciones viejas, pábulo de energías renovadas. Gracias a todo ello la visión judía del mundo perdura, cada vez con nuevos aleteos que denotan vitalidad. Por virtud de este don peculiar, vitalidad, tradición y renovación forman una unidad funcional orgánica que permite a un historiador de la talla de Dubnow titular a su obra capital, "Historia del pueblo eterno". En efecto, en toda renovación anida una capacidad de rejuvenecimiento; en todo poder de rejuvenecimiento reside una capacidad de perduración si no de eternidad. Si tal conclusión es admitida, la visión judía de Moisés es la misma que la de Jeremías, pero remozada; la de Rabí Akiba es y no es la misma que la del profeta mencionado y la de ese sabio insigne de la era talmúdica es y no es la de Saadia Gaón, por efecto de una interpretación racionalista de la idea mosaica, flexibilizada por un sentido de futuridad. Cierto es que Saadia, aventurándose con más audacia que los propios maestros de la era talmúdica, se deja llevar a extremos más avanzados que aquéllos, aceptando ideas que fueron el resultado del maridaje judío con las doctrinas de Zoroastro, pasadas éstas por el cedazo platoniano, según las cuales este mundo no es el asiento legítimo del alma humana, sino tan sólo el del cuerpo. El asiento del alma es lo que los autores de la *Mishná* llamaban "*Olám Ilabá*", el mundo venidero, "el más allá", y para Saadia, la ultratumba, en donde los puros y virtuosos gozarán de la beatitud celestial y sus almas recibirán el premio por su conducta en este mundo, cosa no disímil de lo que piensan los platonianos para quienes los meritorios en este mundo se deleitarán en el Olimpo, conviviendo con los dioses. Para Maimónides esta teoría se convierte en la creencia que habrá resurrección de los muertos.

Pero a poco de andar por esas aventuradas teorías exóticas al primer recodo del camino, los maestros retornan a la Biblia, fuente espermática de lo auténticamente judío. Y acaso sean los más fantasiosos, los cabalistas, quienes avistaron el camino real, enunciando la teoría luriana del *Tzinu tzúm*, según la cual la Torá ha sido dictada para *esta vida* del hombre y en beneficio de *este mundo* terrenal: Dios se ha replegado, se encogió un tanto con el objeto de dar cabida a una misión para el hombre. Para los lurianos, en efecto, el hombre ha sido creado con el fin de cooperar con Dios en la obra

de creación. Entre las cosas que quedaron por hacer en este mundo están: la justicia, la paz y el amor mutuo. Para los lurianos es la interpretación que corresponde al texto de la Escritura según la cual Dios otorga al ser humano el dominio de cuanto existe en la tierra y le concede el libre albedrío. Por vía de la "Guematria" (numerología) y sus signos ocultos, revelados solamente a los privilegiados, se vuelve al pensamiento llano del texto bíblico. Lo viejo retoña con nuevo verdor.

La Biblia, pues, tiene un valor inapreciable, no tanto como "vademecum" religioso cuanto como fuente de inspiración. Apenas si hay pasaje que no haya sido comentado e interpretado de innúmeras maneras para infundir en el judío esperanzas en un mundo mejor; cosa que, en sustancia, es síntesis de judaísmo. Filosofía de la vida es esta; vida esperanzada, tesoneramente, en un futuro mejor en este mundo. Tesonera y empecinadamente, al extremo que ha hecho decir a Nietzsche que "los judíos, en la disyuntiva de vivir o perecer, han decidido vivir a toda costa" para contribuir a la llegada de un mundo mejor, o sea la era mesiánica.

## HOLOCAUSTO

**¡HOLOCAUSTO!** Los judíos preferimos, para el caso, emplear la palabra proveniente de la sagrada Escritura, porque se aproxima más a la valoración histórica de los hechos. La palabra a que aludimos es **Shoá**. Según la etimología judaica, **Shoá** significa devastación, destrucción, humillante aniquilamiento, desolación: "Y ¿qué haréis el día de la **Shoá** que desde la lejanía sobrevendrá?" pregunta el profeta Isaías en el capítulo X de sus amonestaciones. Y dado que con un sólo vocablo es imposible expresar cuanto el término conceptualiza, el profeta Tzefania (o Sofonías) en el versículo 15 del capítulo I lo define como "horror, desolación, día de dolor y vesania, día de tiniebla y torvas nubes, de devastación, clamor y gran desconsuelo, día en que andaréis anonadados y cegados."

Como quiera que sea, hoy día la sola mención de la palabra Holocausto nos produce una sofocación en el alma y entrevemos con mirada de espanto una densa humareda que nos trae un fuerte olor a gas deletéreo que, saliendo de chimeneas tenebrosas, nos bloquea el corazón y algo así como una pesadilla nos embota el entendimiento. ¡Pesadilla en plena vigilia, a la luz del día! Y como por obra de un hada maléfica vuelve a desfilar ante nuestros ojos un tropel de seres que semejan figuras humanas, cuerpos esqueléticos con rostros que transparentan pavor en la órbitas de sus ojos apagados, marchando tambaleantes. Algunos andan desnudos, otros cubiertos con míseros pingajos hasta que penetran en un recinto sin ventanas del que poco después se los extrae, nechos hórridos colgajos, cosas inertes, piezas óseas, y se los arroja a montones, cual escombros, cascarrias o desechos cenagosos, despidiendo un fétido olor indefinido y asfixiante.

arpadeamos para contener la explosión de llanto que nos acosa desde las cárcavas del alma. Y nos concentramos un instante para imaginar la última mirada que aquellos desdichados arrojaron al mundo; pero al querer dar un ligero reposo a nuestra torturante imaginación, alzamos la vista y nos topamos con la hilera de hombres macilentos, exangües, que aguardan desnudos, al borde de fosas abiertas, acaso por ellos mismos, y una súbita ráfaga de metralla los hace caer adentro y al punto son rociados con

combustible líquido para ser calcinados sin dejar rastros. La pesadilla se nos transforma en un grito increpante que atruena un "¿por qué?, ¿por qué?"

Es un "¿por qué?"... dirigido no a los impertubables comandantes galoneados con la cruz swástica que, impávidos, siguen impartiendo sus órdenes de mando. No contra ellos va dirigido ese "por qué", sino contra todos nosotros, los hijos de esta civilización. Y es una pregunta en forma de reproche que ha quedado sin respuesta. Es un "¡por qué!" que a muchos ha causado estupor, a otros vergüenza y horror y, aunque sea doloroso decirlo, a muchos otros un inconfesado deseo de olvidarlo, de no mentarlo; finalmente, a otros más —que no son pocos— les produce una insana pretensión de negar todo lo ocurrido, alegando que el Holocausto es una patraña inventada por los judíos, esa "raza" ambiciosa que pretende dominarnos, al punto que... en la Argentina quiere apoderarse de la Patagonia... Muchos de estos últimos son doctores y hasta algunos pasan por historiadores, echando humos de estadistas. ¡Si es como para exclamar con "La Celestina", de Fernando de Rojas, aquel judío que compuso la primera tragicomedia en letras castellanas: "¡Oh, mundo, mundo!"...

El *Izkor*, esa oración litúrgica que año tras año pronunciamos junto al monumento en memoria de los millones de hermanos de esa manera aniquilados, oficia de doliente recordación de lo que el Holocausto fue, así como también de admonitoria advertencia de los peligros que acechan al hombre de nuestro tiempo, tiempo turbulento e inestable. Los judíos somos un pueblo que testimonia hechos de la historia en propia carne sufridos y que advierten contra los desvarios del hombre. Desde que existimos en el mundo, o desde que nos hemos sujeto a los valores morales que nuestra doctrina preconiza, nos sentimos ahijados en la historia, con el fin de difundir las enseñanzas que de ella emergen. Parfraseando a Heine, diríamos que "de mis grandes dolores",... si bien 110 hacemos "pequeños cantares..." hacemos, en cambio, grandes dramatizaciones, sí, con el objeto de que la humanidad extraiga una enseñanza (tal como en el pasado extrajo una lección de nuestra liberación de la servidumbre egipcia) consistente en el postulado de "no cometerás homicidio", entre otras cosas, de las cuales conviene no

olvidar el amor al prójimo, dado que tu prójimo es una porción de tí mismo.

...

En la posguerra pudimos comprobar los efectos de esa crueldad inhumana, en películas cinematográficas. Se presentaban los remanentes de una humanidad torturada y ultrajada por el nazismo que deambulaban como fantasmas por los caminos de la Europa que ellos habían contribuido a civilizar; buscaban un plato de comida o una mirada suplicante de comprensión; exhibían el número estampado en el brazo sin decir palabra. También mostraban, esos filmes, montones de huesos, calaveras, zapatos, prótesis dentales, retratos de novios, tapas de libros, armazones de anteojos a cuyo favor las víctimas solían divisar la belleza de un paisaje, contemplar las flores, los espléndidos cielos auróales, las letras de los libros. Se entremezclaban, con esos testimonios de la crueldad nazi, manuscritos en prosa y poemas compuestos en los campos de concentración "para memoria de las generaciones venideras".

El "¿por qué?" mencionado más arriba venía dirigido a nosotros, los espectadores de los filmes que, horrorizados, no atinábamos a hallar respuesta, porque no podíamos dar crédito a lo que nos decían los ojos, tal como con anterioridad no podíamos creer lo que nos informaban los despachos de las agencias telegráficas acerca de las matanzas feroces que venía perpetrando el pueblo nazificado del país alemán que había caído de las altas cumbres de la cultura, para convertirse en fiera al servicio de un monstruo que, a ciertas horas, se apoltronaba en un sillón para solazarse con la música de Beethoven, de Bach, de Wagner, y a ciertas otras se deleitaba examinando las estadísticas de los sacrificados en las cámaras letales. ¡Su sueño macabro de conducir a una solución final al problema judío se iba consumando!

Algo más acerca del nazismo como fenómeno tremebundo, como agente demoníaco del eclipse moral que ensombrecía a la porción del globo terráqueo donde ejerce su predominio el cristianismo, religión de amor. Esto último no va dicho como ironía acrimoniosa, sino con honda pesadumbre: Denominamos Holocausto al período más trágico de la diáspora judía y por cierto

también de la humanidad en nuestro siglo. Comenzó en Alemania con la asunción del nazismo al poder, en enero de 1933 y finalizó en mayo de 1945 con su rendición incondicional al mundo libre. Los 12 años de feroz ensañamiento antijudío constituyeron el lapso de una creciente barbarie que se extendió a casi toda Europa, contaminando a gentes de América y Asia, al compás de una agitación antisemita jamás vista ni imaginada. La consecuencia de ese turbión sanguinario es de decisiva significación para el presente y futuro del pueblo judío. Millones de sus hijos padecieron a lo largo de los 12 años bajo la crueldad nazi, sometidos a inimaginable abominación, sabida y en buena medida silenciada por gobiernos y países, o haciendo oídos sordos al clamor de sus propias conciencias. Fueron 12 años de permanente agonía de seres humanos sumidos en la desesperación, inermes ante la perfidia del nazi que de continuo maquinaba nuevos métodos científicos de exterminio. Los efectos psicológicos en quienes hubieron de pasar por esas pruebas infernales rebasan toda posibilidad de ser imaginados por mentes normales. Los testimonios escritos, las narraciones de los sobrevivientes y hasta la confesión de algunos arrepentidos pueden ser sintetizados en una sola palabra: Holocausto. Holocausto puede definirse como un período de horrendas atrocidades a que fueron sometidos millones de hijos de un pueblo —los judíos— que otrora dieron a la humanidad las ideas de libertad y justicia social. Y a esa atrocidad se la denominó "la solución final de la cuestión judía". Más adelante, durante la guerra, sumáronse otros millares de miles de víctimas, hijos de otros pueblos que caían prisioneros en poder de aquellos criminales.

En 1933, no bien Hitler es designado canciller del Reich y se pone en ejecución su programa de gobierno, se da comienzo a la institucionalización del nazismo como parte de dicho programa: Para que el tercer Reich dominase el mundo por 'mil años', era necesario poner en práctica el plan antijudío con implacable determinación, en dimensiones mundiales. En su libro 'Mein Kampf, evangelio del nazismo, se lee el siguiente párrafo: 'Si al comienzo de la Primera Guerra Mundial, 12 o 15 mil de esos corruptores (los judíos, se entiende) hubieran sido sometidos a un gas tóxico, tal como sucedió con centenares de miles de nuestros mejores obreros (se refiere a la guerra química) el sacrificio de tantos millones no habría sido en

vano'. En la Segunda Guerra Mundial, una divisa enarbolada por el conductor del pueblo nazificado renovaba con redoblado ardor la agitación antijudía: '¡Deutschland Erwache, juda Verreckel!' (¡Alemania despierta, muera Judea!). A lo que enfervorizados SS respondían 'Cuando sangre judía salte a borbotones por obra de la daga que en ellos clavaremos, de cierto que las cosas mejorarán'. Bajo tales consignas sanguinarias comenzaron a propagarse con ferocidad creciente los atropellos, pretextando que los judíos son una raza infrahumana, diabólica y nefasta, causante del infortunio alemán. Al impulso de esa consigna se acorralaba a los judíos en campos de concentración en donde la impiedad reinaba soberana, en donde el penar era el modo de vivir, la sevicia se conjugaba con la pestilencia y la miseria física y el vejámen eran sustitutivos de la consigna bíblica de amor al prójimo. "Es nuestro deber, escribía Hitler en 1925, infundir en el alma de nuestro pueblo ario un instinto de repugnancia hacia el judío."

Y cuando subió al poder, la idea de una aniquilación masiva de los judíos había madurado en su mente de alienado. ¿Era, acaso, el resultado de la semilla sembrada por los antisemitas de la Europa central, al tiempo en que Moses Mendelssohn hacía germinar en la misma Europa, la semilla del iluminismo y la ilustración? ¡Quizá!

Una Alemania imperial que se extendiera de un polo hasta el otro y el plan de acabar con el pueblo judío, fueron las pasiones dominantes que convirtieron a Hitler en la fuerza endemoniada que enajenó a muchedumbres, convirtiéndolas al rito y liturgia de matar a millones de seres humanos inermes: seis millones de judíos, por ser judíos, y cinco millones más por oponerse a su ambición de dominio mundial. La matanza del judío se diferencia, empero, en que su obsesiva locura fue la palanca de su ideología nacional "socialista". Y precisamente porque esa locura que acarreó tan abominables consecuencias, que merecen la execración universal, fue el eje de su filosofía política, esta merece ser analizada, meditada, estudiada y jamás olvidada. Debe obrar como una advertencia y como una noche caliginosa, oscura y de tiniebla que abatió a la civilización. Fue ni más ni menos que lo presagiado por el profeta Isaías: "Guardián ¿que será de la noche? Vendrá la aurora (el iluminismo, sería la interpretación exegética) pero también la tenebrosa noche".

Recordar, recordar —ya lo dijimos— recordar es el mensaje de Dios al pueblo judío. "Recuerda que has sido esclavo en el Egipto y el Señor te liberó; recuerda a Amálele", a aquellos nazis de antaño (los amalecitas) que te cerraron el paso en ocasión de tu marcha hacia la libertad, etc. Pero ahora, la historia nos impone otros tres imperativos: Recuerda el Holocausto a fin de impedir otro eclipse tenebroso en el mundo; recuerda a los millones de muertos, entre ellos un millón de niños aniquilados por seres infernales; y por último, recordemos a las naciones del mundo en el día 29 de noviembre de 1947. En esa fecha memorable, el Holocausto y sus efectos golpearon con aldabonazos de cósmico reproche a la conciencia del mundo civilizado y la asamblea extraordinaria de las Naciones Unidas adoptó la resolución denominada "La Partición de Palestina" para dar margen a la creación de un Estado judío y un Estado árabe. Recordar esa fecha, es recordar con honra a los representantes de la Naciones Unidas que respondieron con lealtad a la requisitoria de la conciencia colectiva de sus pueblos.

En el día de la Shoá pareciera que las puertas del cielo se abrieran de par en par para permitir el acceso al *Izkor*<sup>2</sup> multitudinario de todos cuantos acudan a elevar sus preces, y expresar su mudo clamor a la conciencia de la humanidad, o bien para unirse con nosotros en una angustiosa meditación y rendir, mediante una meditación, un homenaje profundo, es decir, honrar reverentemente a millones de hermanos, mártires y héroes del dolor humano, cuyas vidas les fueron arrancadas, arrasadas, gasificadas y calcinadas, tras ser ignominiosamente ultrajadas.

En los momentos en que los recordamos quedan esfumadas, entre nosotros, todas las diferencias entre judíos y no-judíos, entre racionalistas, librepensadores y religiosos, entre agnósticos y creyentes, entre descreídos y escépticos. Todos rendimos por igual nuestro testimonio de solidaridad, unidos en un solo lazo de hermandad y de comunión con nuestro destino de judíos. Es el momento en que los judíos situamos la razón en las profundidades

---

<sup>2</sup> Equivalente a la misa de réquiem.

del corazón. Momento es en que la razón se supera a sí misma y se entrega al corazón para abrirse al infinito de la pesadumbre.

No es con el auxilio de la pura razón sino por los recursos que nos provee el sentimiento, como podemos explicarnos lo que en el día de la ***Shoá*** experimentamos. Parécenos estar volando por regiones suprahumanas en alas misteriosas; estar volando por los mundos siderales en busca de una consolación y un aliento de confortación que pudiera borrar la pesadumbre que nos sofoca. No volamos solos. Nos sentimos llevados de la mano por esa inmensa legión de mártires, caídos ***"Al Kidush Hashém"***<sup>3</sup>, santificando el nombre de Israel, de su Dios y su doctrina de la que no abdicaron ni al ser llevados a las cámaras letales. Los reconocemos, parecen estar mirándonos con una expresión de gratitud en sus macilentos rostros; y nos parece como si no hubieran muerto, cual si siguieran viviendo allí, en aquellos mundos superiores a los que hemos transportado nuestro corazón. Y una ráfaga de emoción se apodera del alma y las lágrimas se derraman en la entraña misma de nuestras meditaciones.

...

Habíamos pensado que después de la horrible guerra mundial, después de la cruel matanza nazi, el hombre se empeñaría en lograr una recuperación del orden y la justicia en el mundo, que llegaríamos a una reparación de la dignidad humana, al restablecimiento, en suma, de la conciencia universal. Pero en vez de un avance en lo que a la recuperación de las potencias morales se refiere, nació nuevamente el recelo, la desconfianza y rebrotaron las lacras sociales que empozoñan la atmósfera. El antisemitismo ha recobrado la virulencia de otros tiempos, esta vez movido por los taumaturgos de la intriga internacional. El armamentismo y los prejuicios raciales se yerguen como amenazas incontenibles y el odio entre pueblos tornó a avivar sus fuegos.

Eso no obstante, el pueblo judío no pierde su fe en el hombre y no renuncia a contemplar el mundo con un mirar esperanzado. Su tradición, sus normas de vida, lo guían hacía los ideales que cierto día se proclamaron desde el Sinaí y este pueblo ha decidido no perecer

---

<sup>3</sup> Por el Santo Nombre (de Dios).

para sostenerlos como programa para el hombre, convencido de que llegará la hora de su realización en la tierra. En el judaísmo la historia se canaliza en recuerdos, de continuo vivenciados, que acaban por convertirse en nuevos eslabones de su tradición. La tragedia del Holocausto se ha eslabonado en la tradición y será evocada a través de los siglos para servir de advertencia a judíos y a los pueblos todos, sobre los peligros de las graves desviaciones sociales, que agazapados, nos acechan incesantemente.

## DIASPORA Y COMUNIDAD

ENTRE los años 69/70 de la era común, al producirse la derrota de las fuerzas defensoras de Israel ante el empuje irresistible de los ejércitos invasores romanos al mando de Tito, el destierro y, consecuentemente, la dispersión del pueblo judío se tornó cosa inevitable. Lo único que el vencedor permitió dejar en pie en tierra de Israel, fue la academia de altos estudios judaicos, junto con sus maestros y discípulos. Rabí Yojanán ben Zacay fue el sabio maestro previsor que logró persuadir a Tito que otorgase esa concesión. Lo cual, según se evidencia por la historia, resultó ser un hecho de la mayor trascendencia para el pueblo judío y, acaso también, para la cultura universal.

Iniciada la Diáspora, los maestros de la academia de Yabne, villorrio no distante de Jaffa, acordaron con los sabios de la dispersión, asumir tres misiones fundamentales, tendientes a preservar la subsistencia de Israel, siendo sus estrategias las siguientes: Perseverar en el estudio y profundización de la **Torà**; propàgar los valores espirituales y morales que de dichos estudios dimanaban y, por último, adoptar las providencias más aconsejables para que el pueblo de Israel, en esa dispersión, se conservase como grupo social de cultura propia con un sentido de cohesión nacional. Tres formas de conducción fueron, con tal objeto, adoptadas: a) conducción del pueblo judío por el sendero de la fe en el Dios de Israel, el Dios Uno, que por medio de los profetas había prometido el retorno de sus hijos a la tierra patria, "Tierra Prometida"; b) conducción intelectual por la senda ideológica, induciendo a los hijos de Israel a actuar en la vida diaria de conformidad con las prescripciones de la **Torà**, razón por la cual sería menester estudiarla de continuo; c) conducción por el camino de la esperanza irreductible en el restablecimiento de Jerusalem como ciudad capitalina de la nación de Israel que habrá de recuperar su autonomía nacional, de manera que Sión volviese a ser el asiento simbólico de la divina autoridad. Además, con fines de dotar de sacralidad a los centros de estudio y oración (esto es las **Yeshivas** o academias) acordaron conceptualizarlos mediante un remedo de Jerusalem, denominándolos **Yerushalajim shel mala** (Jerusalem celestial). Con lo cual se quería significar que en todo lugar de la Diáspora en que se

astudiase **Torá** y se ahondase el conocimiento de los valores que encierran sus enseñanzas, estará Dios presente, reinará la atmósfera de la ciudad Santa y seguirá imperando la **Shejiná**, o sea la providencia divina.

De esa suerte, los hombres dedicados a los estudios de judaísmo pudieron seguir viviendo, imaginariamente, en la sucedánea de la Jerusalem "terrestre" y, por ende, quienes en la Diáspora se consagrasen a los estudios que de la **Torá** derivan, gozarán de la protección de la **Shejiná**. De ahí, pues, que por virtud de ese simbolismo hierosolimitano y celestial, se multiplicaron las academias judías y, correlativamente, multiplicáronse los discípulos. El estudio se convirtió en una virtud y un sagrado deber; con lo cual se acrecentaba el sentido de cohesión nacional y se hacía más estrecha la hermandad judía, centralizada en comunidades. En ese aglutinamiento fraternal no los unían factores sectarios, sino añoranzas comunes, estudios comunes y una fe común que les infundía un sentimiento de comunión y de mutualidad. A más de estos factores internos es preciso mencionar otros de orden externo: la malquerencia, el hostigamiento y la discriminación de que fueron objeto los judíos en la mayor parte de los lugares de su dispersión. Ello contribuía a aguzar el ingenio para la autodefensa y redoblar el ya mentado sentido de cohesión nacional. A favor de las desdichadas circunstancias de una vida en destierro se ha ido consolidando aún más el vínculo comunitario y generalizándose el rito sinagoga como elemento complementario de la tradición de estudio. Ambas cosas acabaron por constituir una fuente de consuelo y, a la vez servía de pábulo, siempre renovado de la esperanza en la redención.

Dicha esperanza, convertida en verdadera fe sin ningún género de vacilaciones, se mantuvo inalterable a través de los siglos en las más diversas coyunturas. Tal fue así que aun en la centuria pasada, cuando en Europa cundieron las ideas liberalistas y cobraron auge las corrientes igualitarias, figuras bien inspiradas del continente propiciaron, con franco entusiasmo, la iniciativa de ofrecer a los judíos los beneficios de la igualdad, a trueque de que adhicasen de su propio sentimiento nacional judío. Para gran sorpresa de todos aquellos hombres de buena voluntad, las comunidades judías respondieron con un NO rotundo. Clermont Tonnerre, Guilleimo

Humboldt, Stuart Mills, Jorge Elliot y un gran número de parlamentarios de la Asamblea Nacional francesa de 1789, todos ellos recibieron con grave desazón la respuesta negativa. Los judíos prefirieron ser los renuentes. Jorge Elliot fue la que finalmente comprendió las razones que abonaban esa negativa. Pero lo comprendió recién al escribir su célebre novela *Daniel Deronda*, cosa que fue cuando se sumergió en el problema judío: "No solamente, dijo Elliot, porque el retorno a su patria de origen les restituiría autenticidad, con lo cual recobrarían su dignidad, sino porque de esta manera podrán, algún día, contribuir nuevamente con los dones de su genio al bien de la humanidad toda, tal como lo hace la cristiandad".

Como se echa a ver, ni en los tiempos de la ilustración liberalista de Europa, ni las ideas surgidas y proclamadas por la revolución francesa con sus consignas de igualdad social, han logrado aplacar el ansia de los judíos de mantenerse unidos y seguir sosteniendo en alto el emblema de unión nacional y la simbólica idea de una Jerusalem celestial. Es que esta representa, en sustancia, la idea de continuidad judía como pueblo con cultura propia, decidido a cultivar los valores espirituales y las formas nacionales que los profetas les habían inculcado a través de textos imperecederos que inspiran emoción a quien se asoma a ellos.

Sus valores, es cierto, ya han llegado a muchas conciencias, pero en buena parte no han sido dinamizados todavía por esas conciencias. Tampoco el liberalismo ha echado todavía profundas raíces en las conciencias humanas. Todos lo sabemos y todos lamentamos el que así sea. Y tocante a la renuencia de los judíos al ofrecimiento que con tan buena voluntad han hecho los ilustres liberalistas de aquella gloriosa era que ha inmortalizado a Francia... sería cosa de preguntar con el poeta: "...¿Dónde están las nieves de antaño?" A un breve paso del reciente nazismo y cuando aún se conservan los testimonios de aquella época de horror, se siguen registrando discriminaciones raciales, archipiélagos de Goulag, antisemitismo y diversas injusticias de hombres contra hombres. Los atroces campos de concentración con el Holocausto como secuela, habrían sido prueba suficiente para aquellos nobles liberales del siglo pasado acerca de las razones previstas por los judíos para preferir quedarse con la llameante lucecilla de su esperanza en el retorno a la tierra ancestral.

En los últimos tiempos, empero, a raíz de las profundas mutaciones sociales y políticas, al igual que las científicas que vienen ocurriendo en el mundo, no era sino natural, y hasta necesario, que afloraran nuevas escuelas para el estudio y elucidación del judaísmo, de sus orígenes y fines. Más aún; ello es útil con motivo del renacimiento del Estado de Israel y de las nuevas modalidades interpretativas que, como consecuencia, se produjeron entre los judíos de la Diáspora y los no-judíos, en cuyos medios sociales unos y otros conviven, ... en algunas partes a toda hora del día y en otras, tan sólo a ciertas horas.

En el pasado, como es sabido, comentaristas, hermeneutas, dialécticos, casuistas, filósofos y místicos produjeron una copiosa literatura exegética que ha enriquecido grandemente la cultura judía, sobre todo la sapiencial y, a la vez afirmado el nexo inocultable del cristianismo con sus orígenes judaicos que se pretendía soslayar, otorgando autoridad exclusiva al Nuevo Testamento. En lo que va de siglo y medio o, más propiamente, desde la mitad de la centuria pasada, se ha añadido a ese campo del saber judeo-cristiano, otro que se dio en llamar, justicieramente, Ciencias Judaicas o Ciencias Bíblicas, en cuyos estudios prevalece el interés en desentrañar y esclarecer el contenido sustancial y los orígenes de los textos sagrados. Si bien es dable afirmar que aun desde antes de la era talmúdica se estudia la Escritura con criterio interpretativo, esa nueva ciencia está encarada como una disciplina exenta de todo preconcepto, fundada en la investigación y en el análisis racional, a la luz de las aportaciones de la arqueología, la antropología, la historia y la lingüística comparadas. Para los judíos, esta nueva ciencia nació en Marburgo, Alemania, probablemente como reacción a la iniciativa de análogo carácter con que se adelantó el estudioso cristiano Julius Wolhausen, con una marcada orientación protestante que no infrecuentemente deja transparentar una irritante tendenciosidad. Nos referimos al surgimiento del instituto académico judío denominado *Wissenschaft des Judentums*, por iniciativa de un grupo de estudiosos judíos liberales bajo la dirección del célebre erudito Leopold Zunz (Yom-Tob Lippmann). Simultáneamente, la corriente religiosa anglicana instituyó varias escuelas de investigación bíblica en Inglaterra, siendo una de sus figuras principales el sabio teólogo Theodor Robinson.

A comienzos de nuestro siglo, la escuela de investigación bíblica judía asume una postura polémica respecto de las escuelas protestantes que en su afán de realzar los méritos de la interpretación heterodoxa, se mostraban inclinadas a poner en duda la originalidad de un buen número de prescripciones mosaicas y adjudicar carácter más bien anecdótico a ciertos pasajes de la narrativa bíblica, empañando, de esta manera, la historicidad de episodios de considerable relevancia. Las escuelas judías avanzaron, entretanto, cobrando características diferentes, unas más liberales que otras, sin descontar las ortodoxas, todas ellas tendientes a un mayor esclarecimiento. Entre dichas escuelas es preciso destacar, en primer término, la de Franz Rosenzweig y Martín Buber que con su versión compartida de la Biblia en lengua alemana, más racional y filosófica que científica propiamente dicha, representó un gran aliciente para los cenáculos académicos judíos que apenas emprendían el camino de la libre investigación. Entre éstos, los que perduran conservando el prestigio alcanzado en su hora inicial, mencionaremos la de Yejezkel Kaufman con su obra monumental titulada *"Toldot Haemuná Be-Israel"* (Historia del credo de Israel) escuela ésta junto a la cual es menester recordar a Joseph Klauzner, profesor que fue de Kaufman en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Añadiremos asimismo la obra de L. Z. Segal, titulada *Mavó Hamikrá* (Introducción a la Biblia) en la que se señalan nuevas rutas para la preceptiva bíblica. Y para no abundar en demasía, agregaremos tan sólo al eminente investigador y catedrático Moshé David (Humberto) Cassuto, cuyas lúcidas y lamentablemente inconclusas disquisiciones merecieron indiscutida autoridad en los centros universitarios de Israel e Italia, país éste en que había nacido, dictado ciencias judaicas y dirigido la enciclopedia judaica. A la escuela de Cassuto le debemos, también, la nueva revisión de la Biblia Hebrea, tras una meticulosa labor de cotejo y depuración de los textos masoréticos llegados hasta nuestros días de las más diversas épocas y procedencias; labor ésta a la que se consagró mientras ejercía el rectorado de la Universidad Hebrea de Jerusalem.

De las tendencias que campean en las aludidas escuelas judaicas, dos se singularizan por sus criterios contrapuestos. Una, la de Kaufman que afirma de manera rotunda la autenticidad judía

absoluta y sin interferencias extrañas de toda la Sagrada Escritura; aseveración de la cual fluye, como consecuencia, que todo el acervo doctrinario de Israel es creación o, si se quiere, "revelación" (como gusta decir Martín Búber) exclusiva judía sin precursores de otredad alguna. La otra escuela, a la que adhieren muchos maestros modernos, no descarta influencias extrañas remotas, las cuales, al pasar por el tamiz judaico, cobraron carta de legitimidad por efecto de la trascendental y humana significación que les ha dotado la concepción judía. En suma pues, en tanto que una tendencia funda su tesis en lo que se da en llamar "el genio judío", la otra asevera que precisamente debido a su don peculiar, Moisés supo digerir ideas místicas que se hallaban encapulladas en supersticiones de pueblos primitivos y elevarlas a tal grado de sublimación que acabaron por convertirse en normas de inigualable ejemplaridad para el mundo civilizado.

Cualquiera sea el criterio con que intentemos examinar el proceso cultural de Israel a través de su milenaria existencia, fuerza es llegar al convencimiento de que en las mutaciones evolutivas experimentadas por el judaísmo, a más de incidencias circunstanciales, intervino como factor de impulsión altamente significativo la visionaria conducción de personalidades liderantes que acertaron a ensamblar esas mutaciones con los principios rectores bíblicos que definen la fisonomía espiritual del pueblo de Israel. Ningún cambio de modalidad a que los sometían los hostiles poderes políticos, lograron obnubilar su judaica visión ideológica, ni doblegar su fe en la idea moral que es eje de la justicia y esencia de la doctrina proclamada en el Sinaí. Doctrina ésta que se mantiene invariable desde la hora inicial <lel judaísmo; y hasta nos atreveríamos a decir que es desde los tiempos abrahámicos, cuando Dios expresaba todavía de viva voz sus intenciones, como diciéndose a sí propio: "Conociéndolo (a Abraham) como vine a conocerlo, le ordeno que encomiende a sus hijos, a todo su linaje, que sigan la senda de Dios, senda de justicia y probidad" (Gén. 18-19). Probidad y justicia constituyen, en efecto, la piedra angular de la doctrina judía; obran en el judío como poderes genéticos, como fuerzas fermentativas interiores y le preservan del peligro de segregación del núcleo comunitario, cosa que podría ser causa, temprano o tarde, de la desaparición de ese pueblo, hijo de una cultura singular.

A pesar de las afirmaciones de Toynbee en contrario, la existencia del pueblo judío con sus inherentes calidades nacionales palpitantes, es una realidad incontrovertible. La historia judía de los últimos 2500 años nos presenta al pueblo judío unificado por una fuerza nacional cohesiva singularmente ejemplar como ninguna otra, así desde el punto de vista sociopolítico, como del religioso o cultural. En la dilatada diáspora, tantas veces como era menester, supieron ajustarse a moldes que no necesitaron de autoridad política para lograr su supervivencia, emergiendo de los cautiverios y de los Ghettos y mazmorras sin deterioros psíquicos, con su poder creativo indemne, refloriendo culturalmente, jamás perdiendo su carácter de comunidad. Es que el terreno más firme del judío en la dispersión es la comunidad, que es algo así como un Estado teórico; "santidad en miniatura" lo llaman en lenguaje folklórico tradicional, tal como para los cristianos son los nichos en que se guardan las imágenes sagradas; la expresión hebrea es *"Mikkekish Meat"* (Ezequiel xi), originariamente sinónimo de academia de estudios sagrados. En el seno de la comunidad está generalmente localizada la academia. Por virtud de ello todo el *"KaJul"* se torna susceptible de redención. En términos mundanos, podría establecerse una diferenciación entre la concepción judaica y la cristiana. Para la primera sería "Yo no puedo alcanzar mi paz interior (salvación) si no la he logrado para mis correligionarios también." Para el cristianismo, la salvación es cosa de cada individuo. De ahí que para los judíos los actos de confesión ante Dios son generalmente colectivos y sinagogales. Para los cristianos son generalmente individuales, mediante confesor. La forma judaica deriva del sentido de cohesión social o comunitaria, quizás simbolizando el embrión primario de la unificación humana universal, por ser toda ella hija del Dios-Uno universal. Aldous Huxley lo ha señalado certeramente al afirmar que "las características de los judíos son singularmente diferentes de las que rigen en los demás pueblos, puesto que han sabido guardar en la dispersión una unidad cultural definida en una unidad social propia."

El judaísmo, como se advierte, cualquiera sea el matiz político de sus adeptos, ve en la Biblia la fuente de inspiración a la que, según lo declara el gran pensador judío del siglo xviii y padre del Iluminismo, Moses Mendelssohn, "uno acude repetidamente a abrevarse y

refrescar sus convicciones, tal como acude el sediento a mitigar su sed en una vertiente". Es que para el judío la revelación en el sentido buberiano —que hacemos nuestro— no es un término metafórico ni anecdótico ni menos retórico, sino un punto culminante de una inspiración que infunde fe. Consecuentemente, la **Tora**, esto es, el texto bíblico, no llega a ser sino el registro documental de un estado emocional persuasivo, llamado retóricamente "voz del Sinaí". Cuando una comunidad judía siente la necesidad de ponerse a tono con los cambios que se operan en la generación de los nuevos tiempos sobrevenidos, debe procurar, ante todo, asirse de los hilos que pueden sintonizar con la voz del Sinaí y establecer, de tal manera, una sincronía con los requerimientos del presente. De lo contrario, la comunidad queda expuesta a desvirtuar su idiosincrasia. El alma de un pueblo se pierde cuando cesa su continuidad.

El lecho del río en que corren las aguas del judaísmo no va en línea recta; es espiralado, ondulante y éstas, si bien cambian de apariencia, no cambian de componentes. Su fluir sigue siendo, hoy como ayer, el portador de la esperanza en un mundo en que impere la justicia y la perfección social. En el juego continuo de las fuerzas interiores que es una puja por derrotar a los poderes demoníacos, por así decir, que nos acechan constantemente, el judío unido a su comunidad se siente con ánimo de proseguir resistiendo a las tentaciones que lo alejarían de la norma de ir en procura del camino de la perfección y de la probidad. La comunidad es el reparo permanente bajo el cual el judío se guarece en cualquier emergencia y al que acude en los momentos de compartir alegrías y esperanzas, así como también de recibir apoyo en momentos de desfallecimiento. Los talmudistas crearon una expresión adecuada para tales circunstancias: "*Guemilut Jasadim*" (reciprocidad generosa). Todo esto, bien se entiende, se torna factible si no perdemos el hilo que nos une con el pasado, con nuestra historia que es donde se encuentra el mensaje que nos singulariza entre los pueblos. Renovarse de esta manera, pues, no supone enajenar la propia identidad; quien tal hiciere se expondría a ir en contra de la historia, a perder el **Tao**, extraviando su destino. Renovarse es marchar hacia adelante por el camino amojonado de los valores bíblicos para discernir los trazos que delincan la concepción ideológica de Israel, sin caer, empero, en las redes del fanatismo inamovible, hieratizante,

que se coloca de espaldas a las exigencias del presente. Es por virtud de ese afán de renovación y necesidad de avance que el judaísmo produjo el Talmud primero, seguido posteriormente del sistema de las respuestas y luego las especulaciones cabalísticas precedidas por los racionalismos de Saadía Gaón y de los inaimonideanos, continuadas por las líricas Siónidas hispanohebreas, las teorizaciones iluministas que acabaron abriendo cauces para la idea sionista que tuvo como caldo de cultivo emocional y religioso el éxtasis jasídico y el fervor heroico.

Gracias a ese proceso de cambios, el judaísmo cobró un semblante de porvenir y cual navío amarrado a la ribera que súbitamente siente en su velamen el impulso del viento, se hace de nuevo a la mar como nación propia.

En la diáspora, ese navío es la *Kehilá* (comunidad) que a pesar de los mares encrespados del antisemitismo, logra afirmar la cohesión social con poder energético suficiente para convertir las aspiraciones espirituales en vitalidad creadora. La comunidad obra, en tales casos, de timonel confortante. Es la que infunde certeza y fe en los valores judíos en los momentos de zozobra; certeza y fe tan elocuentemente manifestadas en el canto de "*Ani Maamín*" (yo creo con fe absoluta) entonado en los Ghettos cuando el mundo había caído en la tenebrosa noche del nazismo. Los cantos de los "partisanos", como el aludido "*Ani Maamín*", tenían sabor a juramento solemne dirigido a sí mismo y al mundo, porque según los jasidistas —ya lo dijimos—, "a Dios le gusta que le canten, porque las penas del alma se convierten en esperanzas y no en lloros". Martín Búber nos lo ha explicado en una memorable ocasión, en su casa, en Rejaviá de Jerusalem: "Un pueblo superior no lo es tanto por sus dotes naturales cuanto por sus aspiraciones, siempre que por estas se pretenda un verdadero esfuerzo de ascensión, un querer llegar, no un creer que se ha llegado". Y Rabí Babba discípulo de Rabí Akiba, que falleció en el año 135 a. e. c., dijo a sus camaradas, a manera de despedida de este mundo (eran los tiempos de las persecuciones de Adriano): "Amad la paz, valorad la justicia, unios en comunidad, así habrá esperanza".

Comentando ese dictamen testamentario de Rabí Babba, los cabalistas de la escuela luriana (Zafed, siglo xvi) sostenían que esa exaltación de los méritos intrínsecos de la "*Kehilá*" fue expresada no

por boca de Rabí Babba antes de exhalar su último suspiro, sino por el ángel de Dios que vino a acompañar al alma del maestro en su tránsito al mundo celestial. Para los cabalistas lurianos de Zafed, ***los ángeles son ideas visionarias que emergen del fondo emocional*** para manifestarse en voces de consuelo o de admonición. Esas voces a que alude el cabalismo luriano, son las que nos advierten de la amenaza que pende sobre el judaísmo de nuestro tiempo; lo cual no consiste tanto en las divergencias sobre las corrientes interpretativas de la doctrina cuanto en el desmedido hábito de incorporar prácticas ajenas a la tradición cultural, las cuales, a la larga o a la corta, acabarán por llevar a un resquebrajamiento del nexo unificador que representa la comunidad. Comunidad es un concepto que se espeja en la idea de "***Ejad***", el Uno, nominación que implica monoteísmo. El judaísmo es una militancia del espíritu que se sustancia en la vida en comunión, inspirada en la idea de ***Ejad***.

## **ETICA Y COMUNIDAD**

**E**n el capítulo xix, versículo 18 del volumen titulado Levítico del Pentateuco, figura una sentencia con carácter imperativo que constituye una condensación cabal de la doctrina ética judía. Es, a saber: "Y amarás a tu prójimo como a tí mismo". Si se la inscribiera en algún escudo a manera de divisa, bien podría añadirse al dorso, a modo de exégesis, el enunciado del eminente Rabí Hilel, ínclito maestro de la escuela talmúdica, cuando hubo de responder al gentil escéptico que le pidió una definición breve acerca del judaísmo: "No hagas al prójimo lo que te resulte repulsivo a tí", díjole.

De esos enunciados de contenido gemelo, aunque fraseados en estilo diverso, se concluye que sin la existencia del prójimo a quien prodigar amor o a quien no causar un acto que le resultase repulsivo, el judaísmo carecería de aplicación práctica en uno de sus puntos doctrinariamente más neurálgicos. La ausencia del prójimo desnaturalizaría o dejaría sin efecto práctico la grandeza moral encerrada en el aludido postulado bíblico y en el correlato Hileliano. Se transformaría en mera enunciación retórica desprovista de sustantividad. De ahí que la vida en comunión sea condición necesaria para el cumplimiento de ese postulado, el cual, caso contrario, se perdería en la nada.

De lo que se acaba de expresar fluye, necesariamente, la conveniencia de considerar como condición prioritaria la existencia de una comunidad en la cual todo miembro de la misma sea un potencial beneficiario de la mencionada sentencia bíblica, cuya aplicación contribuye, en gran manera a la solidaridad fraternal de los integrantes. La comunidad así entendida es, ciertamente, el medio social por cuya virtud se le hace posible al judaísmo dar expresión animada a todas sus motivaciones sociales, éticas y espirituales, enderezadas éstas al cumplimiento de los principios básicos que informan la Sagrada Escritura, código fundamental de la doctrina judía. Y por lo que toca a las normas que regulan el funcionamiento normal de la comunidad, éstas obran a manera de una valla protectora o como la corteza respecto del árbol al que recubre: preservan de todo daño o de todo influjo nefasto venido de afuera que pudiera afectar su legítima autenticidad.



La comunidad es, de consiguiente, condición esencial para la subsistencia del judaísmo, principalmente en la Diáspora. Únicamente dentro de la comunidad puede, el judío, en tanto que judío, guardar su condición genuina en plenitud y sin ambages. "Mi Yo individual, dice el Rabí jasídico de Bratzlav, logra su realización cabal y entrañable cuando se sumerge en el más vasto Yo que es la comunidad; mi presencia dentro de ella y actuando, hace las veces de hilo conductor que enhebra mi pasado en mi futuro." Afirmación ésta que deja traslucir la posición metafísica del judío frente a la temporalidad de su vida personal. Desde el punto de vista trascendente, le resulta difícil admitir que su vida acabará con su muerte física. Más que temor a la muerte es un temor a dejar de ser el agente activo en la consecución de las finalidades esenciales judías. En su intimidad más recóndita el judío alienta el deseo de prolongarse, sea a través de los hijos si éstos se perfilan como continuadores de los mismos ideales, sea a través de sus obras. Por medio de unos u otras el judío galvaniza una unión íntima con quienes lo criaron, lo educaron y le inculcaron apego a las ideas morales que constituyen el suelo espiritual e histórico de su pueblo. No se trata de un sentimiento ciánico, ni es propiamente un "hambre de inmortalidad" que dirían los filósofos; es más bien un "hambre" de seguir siendo parte del proceso cósmico, de conformidad con la concepción bíblica, cuyo punto culminante se manifiesta en la Escritura por el dictado del capítulo 30 del Deuteronomio que dice: "Hoy te entrego la vida y el bien, la muerte y el mal, la bendición y la maldición, mas tú escoge la vida" (15 a 20). Ese imperativo es el que induce al judío a experimentar una fervorosa ansia de pervivir sin término, cosa racionalmente imposible dada nuestra condición mortal, pero que el judío la torna posible derramándose en el Yo colectivo, encarnado en la comunidad, según la visión del "Bratzlaver". Ahí podrá demorar su personalidad por efecto de una resurrección espiritual.

Posición mística será considerada por muchos esta que acabamos de enunciar. Quizá lo fuera; mas no por ello menos vitalista, dado que básicamente entraña un vehemente deseo de

presencia incesante<sup>4</sup>. La Agadá talmúdica lo paraboliza en una saga relativa a la muerte del gran legislador apodado por la Biblia "el hombre de Dios", el ***Ish Elohim***: Moisés oye la voz del supremo Hacedor que le dice: "¡Ha llegado tu hora, has de morir!" Moisés no se resigna, empero, a aceptar la muerte y, sabedor que la Torá es "fuente de vida", se ahínca en el estudio del sagrado texto, sin pausa. En vista de lo cual el ángel de la muerte retrocede y desiste de su inmisericorde misión. Entonces Dios "en persona", por así decir, se ve en la necesidad de recoger el alma de su fiel servidor, y tras ordenar a Moisés que se recoja en el lecho, el Señor se aproxima y dándole un beso, le quita la vida.

Quizá en ese anhelo de perennidad radique el germen de la idea de resurrección de los muertos, insinuada retóricamente en el libro de Daniel y en la alegórica profecía de Ezequiel, idea ésta a la que los cabalistas han dotado de potentes alas, al punto que un racionalista aristotélico como Maimónides (siglo XII) la acepta en cierto momento y la incluye entre los trece principios de la fe judaica (bien es cierto que en otros escritos deja entrever sus cavilaciones). Sustancialmente, sin embargo, todo ésto no es sino una manera de concebir la vida como algo que trasciende los linderos de lo tangible por virtud de una íntima pertenencia a la comunidad, que es el lecho en que fluyen las bullentes aguas de la concepción judaica, según la cual la escritura dice: "pero tú, tu escoge la vida".

Si bien es cierto que esa idea de la resurrección de los muertos, o su equivalente más sutil, la del ***Olám Habá*** (el mundo venidero) adoptada por el judaísmo en las postrimerías de la era bíblica, ha perdido gran parte de sus adeptos es, sin embargo, innegable que no son pocos quienes aún alientan en su intimidad la esperanza de compartir con los que sobrevendrán<sup>5</sup>. -

El Rabí de Kotzk, el más soledoso y meditabundo de los rabíes jasídicos, dijo cierta vez a sus discípulos: "Vivir en comunión es compartir un sentimiento de fraternidad espiritual, es tener la sensación vivencial de que también otros comparten mi sed, aún

---

<sup>4</sup> "No he de morir, sino que he de vivir para narrar las obras de Dios". (Salmos, 118:17 y 18).

<sup>5</sup> "La muchedumbre que yace en el polvo de la tierra despertará; unos para la vida, otros para la ignominia" (Daniel, xri-21).

cuando las maneras de mitigarla no fuesen las mismas para todos; lo esencial es tener camaradas hermanados en causa, cofrades, unidos todos con idéntica inspiración. Únicamente acá es como podemos asegurar nuestra existencia en el mundo". Y, modernamente, en nuestros días, el renombrado psicólogo, fundador de la nueva escuela terapéutica, la Logoterapia, Víktor Frankl, tras su cruel experiencia de más de cinco años en los campos de concentración nazi, asevera en uno de sus tratados que "nosotros no somos únicamente el resultado de condiciones biológicas, sociales o psicológicas; tampoco somos tan sólo el producto de factores genéticos y del medio ambiente; somos, a más de ello, el resultado de una búsqueda de la auténtica significación de nuestra vida. Sabiendo por qué vivir se llega a saber cómo vivir. De saberlo, ni los horrores del campo de concentración nazi me han podido convertir en escéptico ni menos en descreído". Más adelante Frankl encarece y exalta la alentadora influencia que ejerció en su ánimo la vida en comunión con familiares y amigos en esos sitios de horror y de muerte

La comunidad obra, pues, en la psiquis del judío, como fuente de confortación. Es el organismo social que le infunde seguridad y certeza de no estar solo y que no le acosarán las sombras del pesimismo en las horas más aciagas. Es que la tela de los judíos está urdida con los hilos elaborados en la comunidad, empleando la rueda de los ensueños y las esperanzas que culminan en un SI a la vida a pesar de todo y a toda costa. En el seno de la comunidad, todo judío protagoniza el papel unificador de pasado y futuro concadenados por medio del presente, constituyendo, de esta suerte, la trayectoria histórica de su pueblo. Por su parte, la comunidad actúa, en ese caso, como el regulador que ajusta la vida colectiva a los cambios que se operan en el curso de las generaciones y que engendran nuevas modalidades tradicionales. Es en el ámbito de la comunidad donde los hábitos nuevos cobran legitimidad para convertirse en expresiones concordantes con los nuevos tiempos. La comunidad que no acierta a ajustarse a las renovadas formas tradicionales, pierde la brújula de la historia, se estanca y se petrifica. Las tradiciones no prosperan si no cuentan con la voluntad expresa o tácita de todos los miembros de una comunidad. Entre una y otra pueden darse ciertas diferencias de orden práctico con respecto a las innovaciones; pero

en lo fundamental deben guardar semejanza para ser adoptadas por el pueblo judío todo. Ejemplos ilustrativos del caso: La festividad de **Purim** en memoria de un episodio real o anecdótico relatado por la Biblia con fines de ejemplificación; o bien la solemne y enlutada recordación de los mártires del nazismo en el día del Holocausto (**Shoá**, en hebreo). Cuanto más consciente es el judío, dice un viejo aforismo judaico, tanta más intensa es su necesidad de participar de la vida comunitaria y de estar en contacto con sus congéneres. Aforismo éste que se queda corto si es comparado con la sentencia del Rabí de Kotzk, aludida más arriba, según la cual la comunidad es la fuente en la que los judíos mitigan la sed común, indispensable para mantener viva la identidad de cada uno de sus miembros. Fuente, cuyas aguas no siguen derramándose precisamente en una trayectoria lineal uniforme, dado que en el curso de su proceso histórico observa dos movimientos opuestos, uno hacia adelante, avanzando y otro que es un contra movimiento, hacia atrás, de carácter evocativo. Es que el pasado judío resurge con significación remozada, en armonía con las nuevas circunstancias de tiempo y lugar. Y la comunidad, a más de ser la reguladora de dicho proceso es la caja de resonancia de la sanción dada al cambio que se produce. De ahí que el individuo judío que desdeña el cambio o se desentiende, aun cuando no reniegue de su condición judía, queda excluido de la comunidad, considerado por ésta como un indisciplinado navegante que boga sin vela ni remo, a la deriva, corriendo el albur de que su barca lo lleve a las regiones en donde abundan individuos sin clara identidad, que tienen olvidado su origen y progenie. El judío de la comunidad, en cambio, siente que su mañana es la prolongación de su ayer histórico, plenamente identificado con la realidad de su pueblo, con la identidad, en suma, de quienes integran el conglomerado social que se caracteriza por una tradición que lo diferencia de otros pueblos. La realidad de un pueblo, su identidad inteligible, se manifiesta como conciencia colectiva que se va objetivando mediante su cultura, con la cual concurre dignamente al desarrollo de la cultura humana general.

## **EL IMPULSO VITAL Y LA CONCATENACION HISTORICA**

Los sentimientos, los ensueños, los anhelos y aspiraciones que experimentamos a edad temprana, mejor dicho en los años de mocedad, jamás nos abandonan. Agazapados en el fondo de la memoria permanecen alertos, expectantes, deseosos de concadenarse con nuestro presente. Si tenemos conciencia de ello y cerramos la puerta, por así decir, para que el fluente tráfago cotidiano no los desaloje, obrarán en nuestro espíritu como ecos de canciones no olvidadas. Pero si no cerramos la puerta, corremos el albur de perder el rumbo certero que la vida nos depara.

Tales reflexiones nos traen a cuento las ideas del ilustre filósofo judeo-francés Henri Bergson, tan lúcidamente expresadas en sus dos obras, *Los datos inmediatos de la conciencia* y *Materia y memoria*. Para este eminente autor, padre de la teoría conocida por el nombre de Intuicionismo, el tiempo es el factor preeminente de nuestra unidad personal. Según Bergson, el tiempo es lo que presta sostén y coherencia a nuestra vida humana y, acaso, a nuestra realidad. Para Bergson, el tiempo contiene tres elementos activos: acumulación, crecimiento y duración. La duración es el proceso continuo del pasado que, a la larga, penetra en nuestro futuro y crece a medida que éste avanza. La duración implica continuidad, gracias a la cual nada de lo que nos acontece se pierde. "Es un error creer —dice Bergson— que conservamos tan sólo una parte, un remanente de nuestro ayer. En todo lo que hacemos —dice más adelante— interviene nuestro pasado, merced al impulso vital que nos anima desde el comienzo de nuestra existencia. Como vital que es, acrecienta de continuo su poder, e impide el estatismo de la memoria, actualizando los episodios memorados." Para un ser humano consciente, existir comporta, necesariamente, evolucionar. Toda evolución supone cambio; un cambio que es hijo de la maduración. Cada uno cambia con el fin de conservar su condición auténtica de distinto. Como uno no es perfecto, cambia en procura de avanzar hacia la perfección. Por virtud de dicha maduración, los recuerdos se estilizan y de esta manera se ajustan mejor a nuestro hoy. En cierto modo, la memoria es el repositorio y a su vez el reacondicionador que permite un

ensamblaje entre nuestro ayer y el hoy. El pasado es indestructible, afirma Jorge Luis Borges.

Lo que se colige de esa concepción bergsoniana es que si dejamos franqueada la puerta sobredicha, nos exponemos a perder el centro de gravedad de nuestra condición personal y, consecuentemente, nuestra identidad. En ese caso nos quedaríamos, según la clásica expresión hebrea, "*Ilatohé bedatké hajayim*", desconcertados en los caminos de la vida; ésto es, sin rumbo fijo.

Bergson era judío, descendiente de una familia judeopolaca. Por su saber y su elocuencia era uno de los afamados pensadores de la Francia de su tiempo. Su intelecto se pluralizaba prodigiosamente, por lo que ha merecido los más altos títulos académicos en el campo de la matemática y de la metafísica. Recibió el premio Nobel de literatura en 1928 y representó a Francia en la Liga de las Naciones, la cual lo nombró presidente de ese alto cuerpo internacional. Admiraba a los grandes místicos, así judíos como cristianos. Consideraba que en el misticismo radica una de las fuentes de la moral y acaso también de la religión. Por momentos Bergson parecía inclinar el fiel de la balanza de sus simpatías hacia el cristianismo; pero cuando el gobierno nazificado de Vichy se convirtió a lo que resultó ser el momento más tenebroso de la historia de Francia, Bergson, movido sin duda por el *elán* (impulso) vital originado en su edad de formación, se unió resueltamente con los judíos de la comunidad de París. Marchó junto a ellos para registrarse como judío y exponerse, al igual que sus correligionarios, a ser destinado a los campos de exterminio. Al mismo tiempo y sin cavilar, devolvió al gobierno de la Francia humillada y ensombrecida todos los títulos y condecoraciones que le había otorgado la gloriosa Francia.

Bergson había alcanzado las más altas gradas de la filosofía de su tiempo por su teoría del Intuicionismo y por su tesis del *elán* vital; ambas son doctrinas que, en nuestra opinión, acusan honda raigambre judía. Y aún sin pretender incursionar en el campo de la psicología, quizás no sea exageración decir que en ello han gravitado los elementos sicogenéticos de su progenie. En efecto, si nos detenemos a observar la naturaleza del pensamiento filosófico judío, comprobaremos que con muy pocas excepciones (vgr. Saadia Gaón, Maimónides, Spinoza, Meyersohn, por no mencionar más que a algunos) es preponderantemente intuitivo. Si bien es cierto que desde

la era talmúdica los judíos han revelado capacidad dialéctica y casuística como el que más, el pensamiento judío está, por lo general, entroncado en una visión intuitiva del mundo, exteriorizada con agudeza de ingenio e iluminada por el chispazo místico que le enciende el "ojo interior". Abundan, ciertamente, las ideas filosóficas entre los judíos; pero difícilmente pueden éstas vertebrarse en un sistema de estructura geométrica, como es el caso de los clásicos griegos. (Claro está que bien podría afirmarse que, por excepción, la más geoméricamente estructurada después de la de los griegos, es la filosofía de Spinoza).

Como intuicionista que es desde los tiempos talmúdicos, el judío hurga en lo trascendente mediante saltos apriorísticos para sumergirse en lo ignoto; penetra en la oscura noche del misterio que nos rodea para reflotar muy luego con una estrella intuida, a la que Martín Búber denomina "revelación".

Todo el fenómeno de la supervivencia judía, pese a tanta maledicencia, hostilidad y prejuicio, sigue siendo un misterio para muchos. Su continuo renacer de sus cenizas con gallardía y esperanza de seguir viviendo, es por cierto, fruto de la revelación, al extremo que podríamos aventurar a sostener que el ***judaismo es hijo de la revelación que la razón esclarece***. Desde la antigüedad, desde los tiempos bíblicos, un raciocinio elucida y fundamenta todo lo que la "revelación" anticipa en el pensamiento judío. Aun cuando la causalidad era la voz de Dios exclusivamente, la exégesis aducía razones lógicas.

Veámoslo en el caso de Abraham, padre del pueblo judío. Según la Escritura, Abraham experimenta la revelación primera en una hora de la siesta estival, en el instante en que su ***elán vital*** le mueve a ofrecer hospitalidad a dos viandantes; y luego, entre sombras caliginosas del anochecer, oye una voz que le habla. Del discurso surge la ***revelación*** de un Dios imponderable al que Abraham percibe en un estado de trance intuicional. Bastóle esa voz y «esa revelación para que considerara como virtud la conducta moral que había asumido para con los visitantes. Abraham intuye —se lo dice la voz del Dios imponderable— que en recompensa tendrá un porvenir venturoso, el cual se alternará con desventuras en el curso de los tiempos, siempre que se consagre a propagar las ideas morales que Dios le dictará.

En esa visión primera, lo principal no era verlo a Dios con los "ojos de la carne" (expresión que tanto gusta a los místicos españoles) sino con los del espíritu, ésto es, con los de la intuición. Es el momento en que entrambos sellan un pacto de mutua lealtad, siendo la misión de Abraham educar a su descendencia, y a través de ésta al género humano, en los principios de justicia y equidad (*Tzedaká U-Mishpat*); misión ardua y espinosa.

Como se advierte, lo que allí surge como divisa con fines de difundirla entre los pueblos para el logro de la armonía social, no es de fácil aceptación y, por ende, está erizada de desavenencias y luchas que, necesariamente, conducen a desventuras. Esos ensueños abrahámicos aguardan a lo largo de los tiempos pacientemente, atalayando desde lo empinado de la inspiración la hora propicia para concadenarse con todos los tiempos en su fluir. Es la esperanza en que tarde o temprano llegará la hora anhelada de su realización. Entretanto, de año en año es solemnemente celebrada en jornadas de elevación espiritual que llamamos Año Nuevo o *Rosh Hashaná* y *Yom Kipur* o bien días de purificación y expiación, con el fin simbólico de renovar el impulso vital que emana de lo trascendente. ¡Tradición de lo trascendente! La tradición judía, dice Leo Baeck, es producto de nuestra historia y no de nuestras supersticiones. Lo que pudo haber sido originariamente superstición, se convirtió por obra del trasiego interpretativo, en idealización sustanciada, de conformidad con los tiempos de hoy. En el relato pascual —*Hagadá shel Péssaj*— se define en forma sentenciosa el sentido de esa actualización: "En toda generación el hombre debe sentirse cual si él, personalmente, fuera el beneficiario, es decir, que él hubiese sido liberado de la esclavitud." Ciertamente es que en su momento el judío de carne y hueso fue el protagónico personaje del episodio de la liberación; pero sus efectos de ejemplaridad son de proyección universal que alcanza a todo el género humano: la libertad del hombre. *El hombre*, dice el texto; es decir, *todo hombre*, no tan sólo el profesante del credo judío, debe sentirse cual si él (sujeto del anecdótico episodio), fuera para quien se refiere el principio moral y ético de la libertad del hombre. Y, en efecto, únicamente de esta manera un episodio del pasado, de la infancia nacional judía, narrado por el texto bíblico en el que se cruzan milagros con realidades que la interpretación racional desbroza adecuadamente,

es lo que adquiere validez tradicional que denominamos cultura. La tradición judía, según Rabí Baeck, puede ser representada por el siguiente símil: Yo me poso de pie sobre los hombros de mi padre que tiene la mirada dirigida hacia atrás, en tanto que yo miro proyectando mi vista hacia adelante y abajo, ésto es, hacia el presente. Y mi hijo, posado sobre mis hombros, mira hacia la lejanía que yo no alcanzo a divisar. En esa continuidad de miras hay, sin embargo, tres percepciones visuales diferentes; pero lo cierto es que los mueve un mismo impulso vital marcado por una sola trayectoria.

Un ejemplo vivo del regocijo espiritual que suscita un acontecimiento histórico que en su proceso evocativo se convierte en tradición, lo constituye la celebración cívica con visos religiosos, denominada **Janucá** o festividad de las luminarias. Con una duración de ocho noches se conmemora el triunfo de los macabeos. Fecha de indudable trascendencia, cuya significación se extiende más allá de los sucesos que la originaron. No es el feliz resultado para las huestes hasmoneas que se habían alzado contra el poder imperial lo que se celebra. Lo que el mentado triunfo representaba y la tradición celebra, acaso sea la ejemplaridad que Israel ofrece a su propio pueblo como asimismo a todo el mundo. Puesto que cuando la identidad nacional de un pueblo está en juego, la lucha en su defensa jamás es lucha perdida. En las persistentes y agueridas batallas libradas por los Macabeos subyacían las convicciones *espirituales* que constituyen fuente y venero de las esencias fecundantes de la civilización universal que por medio de la Biblia hemos esparcido entre los pueblos.

Examinada la tradición de Janucá a través de ese prisma, los judíos no celebran tanto el triunfo de las armas cuanto el triunfo que dio lauros a los defensores del *espíritu* de Israel. Recordando estos gloriosos momentos y los principios morales que los Macabeos liberaron, es como renace el impulso vital judío que nos ha hecho sobrevivir a pogroms, a humillaciones, a holocaustos con que trataron de abatirnos y aniquilarnos. De recuerdos de este jaez se han nutrido los sentimientos de solidaridad del pueblo judío en su demorada dispersión, vigorizados por las esperanzas en la restauración nacional en su tierra de origen.

Bien se entiende que en ocasión de tales tradiciones tenemos el pensamiento puesto en los "sabras" valerosos de aquellos tiempos

remotos; en el Theodor Herzl de aquellos días, cuyo nombre, a la sazón, era Matityahu. El Herzl de aquellos tiempos, al igual que el Herzl de nuestra era, aseveraba con absoluta seguridad que "si quereis, esto no será una utopía"... Recordamos asimismo al Ben Gurión de aquella hora, llamado Yehudá Macabeo que se enfrentó más con las armas de su espíritu que no con las armas del terrorismo.

Preciso es, empero, tener presente que por sobre todas las cosas, lo que celebramos en la fecha de Janucá es la fe en el destino nacional judío en una simultaneidad jamás negada, con el destino de todos los pueblos de la tierra. De ahí que la festividad a que venimos aludiendo, no es tanto una celebración de triunfos bélicos cuanto del impulso vital judío que básicamente tiende a exaltar los valores de la cultura que los Macabeos defendieron. Nadie podrá negar que a lo que acabamos de referirnos es al aporte sustancial de los judíos desde la era de los profetas bíblicos. Aporte este que es fluencia de nuestro código moral al que ya son muchos pueblos los que le dirigen su atención para abrevarse en sus textos cual si fueran aguas que reaniman el espíritu, renovando esperanzas y fe en el hombre, pese a todas las flaquezas de su humana condición. Los que nos sentimos consustanciados con las enseñanzas bíblicas, creemos que el hombre es una criatura "hecha a imagen y semejanza de Dios", deseoso de alcanzarlo, alegóricamente, simbolizado en la escala cuya cima llega al cielo, según el episodio que soñó Jacob al huir de su hermano Esaú, quien simboliza la imagen desdeñable de las efímeras apetencias terrenales. Esa fuga de Jacob concluye con un retorno al hogar paterno, movido por el impulso vital de tipo bergsonian, no antes de librar una batalla con el ángel y vencerlo, emergiendo con el título de Israel o sea campeón airoso que representa Israel. Lo cual, en términos exegéticos liberales, quiere decir luchador en aras de todo cuanto sintetiza la sustantividad de Dios, esto es, justicia, paz y hermandad universal.

Es indudable que el modo en que acabamos de definir la sustantividad del Dios de Israel es lo que denominamos mesianismo. Esa idea mesiánica judía obra como un espejo en cuyo alinde se reflejan los rasgos de la identidad individual y colectiva judía. Sin este espejo, que es algo así como la reiteración de nuestro ayer, buscaríamos en vano la identidad que nos distingue, individual o colectivamente, de otros grupos diferenciados por sus respectivas

culturas; y viviríamos afantasmados. Es, en suma, la revivificación de los sentimientos estratificados en la edad primera del judaísmo que cobran nueva vitalidad emocional toda vez que nos detenemos a reparar en quiénes somos en el contexto de la sociedad humana y qué nos singulariza.

Tomemos por un instante más los episodios que dieron origen a la festividad tradicional de *Janucá*. Los hechos episódicos son bien conocidos. Por lo demás cualquier manual de historia los registra con profusión de detalles. Preciso es, sin embargo, puntualizar que con aquellas luchas hemos triunfado sobre el helenismo, no en lo que éste representa como corriente cultural, puesto que no era tal cosa lo que estaba en pugna. No habíamos renegado entonces, ni menos ahora, de lo que representa el intelecto griego. A lo que nos habíamos resistido entonces y lo habríamos vuelto a hacer en cualquier otra circunstancia análoga, es a la pretensión de anular nuestra identidad e impedirnos la autonomía política, la de nuestras creencias que, fundamentalmente, constituyen nuestra concepción de mundo, tan contraria al espíritu dionisiaco y al "sentimiento trágico de la vida" tan característico en la tragedia griega, según la cual un fatalismo inexorable decide el destino del hombre, irremisiblemente. Para la visión judía, los yerros humanos son reparables y el hombre es el artífice de su destino, dado que en último análisis ha sido creado para "cooperar con Dios en la obra de creación", completándola hasta alcanzar su perfección. Por otra parte, lo que los Macabeos impugnanaban con ímpetu fue la paganía, mas no el culto al saber ni la indagación de los valores en los que se fundan la filosofía y la ciencia; valores estos que el judaísmo en los tiempos talmúdicos, casi paralelos a los del florecimiento de la cultura griega, consideraba como peldaños de ascensión hacia los estrados de la divinidad misma; ciencia y cultura que Filón de Alejandría admiró sin reservas en Sócrates y Platón así como Maimónides fue devoto admirador de Aristóteles, siglos más tarde. Para la escuela judía, la conducta humana y el saber no conducen al hombre a las alturas del Olimpo sino por los caminos de la ascensión espiritual, en beneficio de la sociedad humana, en esta tierra que habitamos.

En síntesis, pues, la lucha macabea y lo que representa en la tradición judía, se realizó en defensa de la autonomía nacional. Pero no sólo eso sino para salvaguardar los principios bíblicos

sustanciados en normas éticas para el logro de un equilibrio en el mundo humano. Tal fue la conclusión a que llegó el discípulo de Aristóteles, Clearco, después de visitar a Judea por orden de su maestro, deseoso de conocer a ese pueblo.

Harto conocida es la historia del pueblo de Israel en la que se registran sus numerosas caídas y rehabilitaciones; sin cuento fueron sus fragilidades que lo llevaban a derrotas y frustraciones pero también a restablecerse y recobrase por efecto del impulso vital que lleva en sí la voz brotada de la zarza ardiente, avistada por Moisés en el desierto.

## **EL RENACIMIENTO JUDIO**

**El resurgimiento  
de las letras hebreas**

### **DAGUERROTIPOS HISTORICOS:**

**El renacimiento ideológico:  
Moses Hess, el soñador solitario**

**El renacimiento político:  
Theodor Herzl**

**Un poeta renacentista hebreo:  
Saúl Chernijovsky**

## **EL RESURGIMIENTO DE LAS LETRAS HEBREAS**

El resurgimiento de las letras hebreas como expresión de las ideas estéticas judías, que por sus formas y contenido guardasen identidad con su condición histórica y, a la vez, poseyesen un vínculo natural con la sensibilidad de los tiempos modernos, comenzó, en realidad, a manifestarse en las postrimerías del siglo xvm. Ello ha venido a ocurrir tras un prolongado ocaso, motivado principalmente por efecto de la dispersión y el encierro a que se vieron sometidas las comunidades en los Ghettos y relegadas, por ende, a los recintos sinagogales y a los claustros académicos en los que se abundaba en estudios casuísticos de los temas talmúdicos. El proceso de recuperación literaria hebraica duró hasta promediar nuestro siglo. Prácticamente recién en esta centuria las letras hebreas se han venido presentando con formas que expresan nuevos valores en el dominio del espíritu; cosa que se ha puesto de relieve de manera sensible a través de las creaciones de los autores israelíes, que han introducido ideas de renovación y acrecentaron de manera notoria el caudal idiomático, que había sufrido gran desmedro y rezago por causa del largo desuso. Y no es precisamente que el espíritu judío estuviese adormecido antes de entonces, ni que su creatividad se hubiese aquietado en algún momento de la historia. Antes al contrario, harto probada está la contribución de Israel al progreso de la cultura de todos los tiempos y, nos atreveríamos a afirmar sin titubeos, en todas las lenguas cultas. En el transcurso de todas las etapas de la cultura mundial, el genio judío estuvo, ciertamente, despierto y creativo, colaborando animadamente y con sus mejores talentos, vivamente activos, en el desarrollo del pensamiento, de las letras y de las artes. Así, en las horas de bonanza como en las de perturbaciones y hostilidad, los judíos supieron, al decir de José Amador de Los Ríos, dar "altos e inequívocos testimonios de su privilegiada inteligencia".

Particularmente, en el orden de las letras, es proverbial el aporte de los judíos; y en todo el vasto escenario de su demorada dispersión es dable observar las huellas de su indiscutido tributo.

No sería exagerado ni tampoco vana jactancia afirmar que todas las lenguas cultas, en todo cuanto éstas tienen de hondo y cimero, contaron con el copioso concurso judío. Y ya lo señala Fitzmaurice-Kelly en su autorizada Historia de la Literatura Española (2a. ed. 1916) que hasta en la formación del idioma romance intervino el genio judío de un modo inequívoco. Lo confirma asimismo Don Américo Castro en su valiosa obra titulada "España en la Historia". No es otra la interpretación que cabe de la aseveración del primero de los maestros nombrados que "Yehudá ben Samuel Levita se complacía, a veces, en terminar una estrofa hebrea con diversos romances y a quien, por consiguiente, podría atribuirse los primeros tanteos de la métrica española."

Pero en lo que se refiere a la literatura propiamente hebrea, en lo que ésta representa como expresión auténtica y peculiar del genio judío, preciso es reconocer que por obra de las desafortunadas circunstancias en que se hallaba sumida la vida de Israel, aquélla se vio, por espacio de varias generaciones, privada de continuidad y tronchada en pleno tallo. Fue recién al promediar el siglo de las luces, y no sin antes experimentar un proceso de desperezamiento, cuando comienza a retoñar un nuevo brote en el árbol viejo de raíces afirmadas en la era de los profetas.

Después de un período luminoso por el que surcan con bizarría el firmamento de las letras hebreas figuras tan insignes como Ibn Gabirol (Avicebrón), Yehudá Ha-Leví, por no citar más que a dos altos exponentes, la literatura hebrea del género de las bellas letras sufre un retroceso y se envuelve en un manto de sombras. Una verdadera niebla que se dilata por todo el tiempo que duran los efectos de la persecución medieval, parece recubrirla y detenerla en su avance. De momento aparecen las lobregueces del Ghetto que aprisionan el espíritu de Israel entre sus muros como en celda carcelaria y la lengua hebrea con sus bellezas características se ve condenada al ostracismo, por decir así, y se refugia en los ámbitos sinagogales. Allí, entre lágrimas y suspiros, acosadas por la malquerencia y la sevicia, hasta las más brillantes flores de la poesía se van ajando y el donaire de su prosa desfalleciendo. Reservadas al uso litúrgico, apenas si las emplean los hijos de ese pueblo, tan anti-guo como la cultura misma, para desfogar con ellas la contrición de sus corazones doloridos o bien traducir en cánticos lastimeros sus

esperanzas en días mejores y en exaltar su insondable amor a la Sión anhelada. Ciertamente es que aquella propensión al estudio, aquél afán incesante de dedicarse al cultivo del intelecto y de las cosas espirituales no pudo ser refrenado ni por las tantas penosas contingencias: de modo que forzando los diques, se abrió cauce en el campo de la pluralidad sofisticada, de las ingeniosas sutilezas casuísticas, para fertilizar las áreas ya suficientemente elaboradas de la Sagrada Escritura. Más las bellas letras con su vasta temática y sus suaves galanuras, tan resplandecientes en edades pretéritas, quedaron ajadas, sus nobles esencias desvanecidas, sus exquisitos néctares enturbiados. El alma judía toda parecía agostada y las alas de su genio vencidas.

Tal ocurría hasta promediar el siglo xviii en que los pueblos europeos se ven, de pronto, liberados de las cadenas medievales y nuevas brisas libertarias empiezan a ventear en el continente. La luz de la emancipación se infiltra a través de las grietas del Ghetto, produciendo los efectos de una revolución en los espíritus, un vuelco en las ideas. A la puja por abrirse camino en el ancho mundo, sigue un anhelo de renovación en las letras, un esfuerzo por enhestarse para cobrar una nueva visión de las cosas y un deseo incontenible de retomar el camino de la belleza en el orden de las letras y la libertad en el orden del pensamiento. El enciclopedismo llega a las puertas de las juderías ilustradas y el hombre judío que recobra su dignidad, se lanza empeñosamente a la conquista del amplio saber humano. Las nuevas corrientes agitan el espíritu de Israel y éste descubre renovadas potencias que se hallaban agazapadas y vacilantes, por mejor decir, en las profundidades del alma colectiva.

Ese resurgimiento general de la vida viene aparejado con rebrotes en el campo literario. Se retorna a la gramática y a la filología para desentrañar las leyes que rigen la índole de la antigua lengua languideciente, se acude a los viejos textos y a las obras poéticas de la edad hispanohebraica para exhumar la armonía que late en sus obras imperecederas; se compulsan los escritos cabalísticos para aquilatar el sesgo emotivo que anima sus fantasías, y se insufla en la lengua primitiva nuevo aliento. En Hamburgo y Berlín aparecen los primeros escritores hebreos de novísima sensibilidad y allí se imprimen los primeros cuadernos de la

renaciente literatura. En Italia, Rabí Moshé Jaim Luzzatto le presta nuevos impulsos, y las alas del iluminismo judío remontan hacia más vastas latitudes. Aparecen las primeras narraciones dramáticas (aptas para ser presentadas como comedias), los poemas de nuevo cuño y frescos temas inspirados en la viviente realidad. Se abren caminos para los temas profanos y se vuelven a escandir poemas de amor. La Sulamita y el rey sabio renacen al son de nuevos arpegios con aires modernos. Pero es, sobre todo, en Koenigsberg, con la obra de Moses Mendelssohn, el generador del iluminismo europeo y promotor de una interpretación moderna (para su tiempo) de la fe judía, así como también con la obra de Franco Méndez cuando comienzan a surgir nuevas formas y nuevos estilos. Con ellos, al decir de Joseph Klausner y Simón Bernfeld, se echa la simiente del renacimiento definitivo y empiezan a germinar los primeros brotes de la literatura hebrea moderna. Es la época en que florece el racionalismo en el pensamiento judío y las creaciones literarias nacen al influjo de las ideas de Voltaire, de Lamartine, de Heinrich Heine y Rousseau. Es esta misma corriente que, transmigrada a Austria, da origen a la literatura erudita en la que, entre una pléyade de pensadores, se destacan Krojmall, Reggia y Letteris. Esta época que media entre 1770 y 1840, se caracteriza por los sondeos del pensamiento filosófico más que por las creaciones imaginativas originales. Fue menester que el soplo vivificador se extendiera hasta las compactas juderías del imperio ruso, en donde habían comenzado a aparecer versiones al hebreo de los grandes escritores eslavos, para que las letras hebraicas experimentasen un remozamiento vigoroso y se comenzase a novelar en la lengua de los profetas. Las napas ilustradas de tendencia modernista ponían a un lado el afán sapiencial exclusivo, para ir ensayando su péñola en un lenguaje hebreo menos docto y apeado de la retórica bíblica, dotando a sus escritos de un sabor popular y estilo sencillo.

En Rusia y Polonia, donde el rabinismo había cosechado sus mejores frutos, los judíos experimentaban, a la sazón, nuevas depresiones por efecto de una recrudecida reacción de la casta gobernante que oprimía a las muchedumbres populares y cercenaba aún más los derechos a la vida libre. Los judíos sufrían nuevas humillaciones y eran blanco de crueles villanías. Tocados

muy pronto por el empuje renovador que provenía de occidente, sus padecimientos se resolvían en lírica nostalgia que se expresaba en poemas de esperanza en un retorno a una vida nacional en Tierra Santa y en una voluntad de vivir a toda costa. Aparecen entonces una serie de poetas jóvenes y novelistas románticos, tales como Mijal Hacoheh Lebensohn y Abraham Mapu, éste con su novela idílica de tonalidades bíblicas. Más adelante se abre el firmamento hebraico moderno, formando un verdadero Parnaso de las letras hebreas con resplandores que aún siguen hoy día iluminando a los autores jóvenes de Israel.

Traspuesta la primera mitad del siglo xix, la literatura hebrea moderna se emancipa de las influencias extrañas y con la consigna de un retorno a Sión echa a andar por la senda propia. La lengua hebrea se reanima definitivamente al calor de los estilos legados por los autores hispanohebreos del Medioevo, en cuyo diapasón resonaban asimismo los ecos de Provenza, que otrora había sido refugio confortante para el saber judaico en territorio de Francia. No pasa mucho tiempo para que el romanticismo se vea interferido por una corriente realista (que todavía perdura en Israel) la cual combate con denuedo las formas anticuadas, pretendiendo la realización inmediata de los sueños prometidos por el romanticismo. El poeta Yehuda L. Gordon forja en su fragua los poemas satíricos que ponen en solfa el estilo curialesco de la escuela rabínica, a la vez que encuentra en los temas heroicos del pasado, motivos para enardecer los entusiasmos de las nuevas generaciones. Péretz Smolenslan insiste, en prosa, en el tema, pero con una clara definición de lo que a breve plazo se denominará sionismo, esto es una vuelta a la tierra de origen sin ambages ni hesitaciones: la Diáspora carece de porvenir para el pueblo judío cohesionado por un arraigado sentido de nacionalidad.

De esta suerte se venían allanando las rutas hacia el gran movimiento de restauración nacional; y muy presto se encienden los corazones con ardores análogos a los que habían enardecido a los Cavour, a los Mazzini para promover la emancipación de los pueblos italianos. Fue en esas rutas donde madura la idea sionista y bajo su signo pujante se abre el ancho campo de la nueva literatura. Una legión de poetas y prosistas hacen vibrar la lengua de remoto origen; el solar histórico comienza a incitar a una nueva vida, con jóvenes

animosos que roturan la tierra patria envejecida y niños allí nacidos van expresando sus alegrías infantiles en un lenguaje que fue habla de reyes y profetas de antaño. Las sombras del pasado, las nostalgias lúgubres de ayer, se convierten en fulgencias luminosas por efecto de los poemas de nueva sonoridad y optimismo introducidos al país de Israel por cantores de nueva gesta, que llegaron abriendo ventanales de luz y desterrando las quejumbrosas lobrequeces que habían convertido al pueblo de Israel en hijos de la homilía endechosa y de la jeremiada plañidera. Uno de los poetas conductores de ese nuevo mensaje para Israel fue el insigne médico -Saúl Chemijovsky— venido de las lejanas estepas rusas trayendo en su lira un mensaje de amor a la vida y la mano tendida hacia Grecia para volver a hermanar a ambas culturas que por etapas habían fecundado el mundo con sus ideas y sus visiones.

Tal resurgimiento comportaba, necesariamente, la revificación de las quintaesencias añejas con lo más valedero de los tiempos presentes. Para eso era menester una remoción de los terrenos viejos, petrificados por el largo desuso y calar el ténpero espiritual con nuevos temas literarios y rejuvenecidas ideas. Era menester el despertar de un alma que tuviera la virtud de Chemijovsky, o sea, la de agitar con nuevas palpitaciones las fibras sensibles del hombre de hoy. Era preciso no sólo amplitud en la inspiración y crear un nuevo fondo social, común a todos cuantos acudían deseosos de producir una renovación fundamental en la manera de sentir y de pensar para traducirlas en armonías con las corrientes estéticas de los tiempos nuevos. Así como Bialik fue quien introdujo en la poética nueva la reciedumbre en el decir, la elevación emotiva en lo que constituye el basamento de la cultura nacional judía, así Chemijovsky —de quien intentaremos en otra página un esbozo de su personalidad creadora— fue el maestro del clamoroso decir, del vigoroso y férvido promotor de un nuevo universalismo judío y cantarlo con exaltada animación en estrofas saturadas de altivez y entusiasmo, como en la antigüedad lo había hecho la profeta Débora.

Hemos mencionado a dos astros de la generación precursora del renacimiento; sembradores fueron ellos y creadores junto con muchos otros que formaban legión. Su obra fruteció. Las creaciones literarias de la generación que les sucedió, la de nuestros días, ya

figura, en buena proporción, en versiones a otras lenguas cultas, suscitando interés en el ancho mundo de las letras. Y es incuestionable que este renacimiento es una de las obras que no son milagrosas sino naturales; porque las quiso un pueblo deseoso de vivir su propia vida en el ámbito de su propia emocionalidad.

**MOISES HESS,**  
**el soñador solitario**

EL siglo xix. Siglo tempestuoso y de grandes convulsiones sociales. Entre truenos y fulguración de relámpagos, el mundo avizora una nueva vida. Primero el torbellino, la tempestad, los vientos huracanados, esto es, las grandes agitaciones políticas, los levantamientos de pueblos aherrojados, la emancipación de naciones hasta ayer sometidas. Desde más allá, el sol de la Francia revolucionaria que ilumina el paisaje y sus rayos brilladores señalan nuevos derroteros, en tanto que sus proclamas anuncian las ansiadas esperanzas: el hombre nace libre, el hombre es dueño de su destino, el hombre es hermano del hombre y todos los pueblos tienen derecho a la vida; para todos por igual ha sido dada la naturaleza y ésta debe estar sometida a un solo fin, esto es, la felicidad del hombre.

Los ecos de la revolución francesa, estallada con tanto estrépito en las postrimerías de la anterior centuria, repercuten agigantados, estremeciendo el continente europeo. Sus vibraciones sacuden el Viejo Mundo y hacen cimbrar los cimientos del continente americano. Napoleón agita el campanario de la liberación y despierta a los pueblos que yacen sumidos en la opresión. El año 20 queda sellado por la resurrección de Grecia; los corazones sensibles laten con nuevas ansiedades y se enciende en todos la vocación de héroe. Lord Byron, el poeta del siglo, renuncia al mundo de ensueños y acude a la Hélade para batirse en nueva lid troyana. En la América meridional los pueblos se levantan contra la metrópoli hispánica agitando señuelos de libertad. Y al asomar el año 30 Polonia, uncida al yugo zarino, se sacude y se enhiesta por un momento, en tanto que el pueblo inglés aplaude en sus calles al héroe de la emancipación húngara. En Italia, mientras Silvio Pellico, Confalonieri y Pallavecini envejecen en las cárceles de Austria, Mazzini, Garibaldi y Cavour sienten arder en sus venas un fuego

macabeo. Al trasponer el año 1859, Napoleón III proclama la liberación de Italia.

Pasada la tempestad, el mundo entra en calma. Un alba nueva y serena apunta el cielo de Europa y restaña las heridas. Sin salvoconductos son recorridos los caminos y surcados los mares. El hombre es igual a otro hombre y, en apariencia, han sido borradas las diferencias de raza; por sobre los antagonismos religiosos impera la nueva fe, el credo de la libertad de los pueblos y de la igualdad de derechos. Hasta los judíos en Rusia sienten, al influjo de la corriente iluminista, recobrar su condición de hombres y recitan con devoción estrofas de Schiller. En Alemania el judío se siente hermano y patriota, recibiendo regocijado el agua lustral de su germanidad. El año 1862 es año de muelle placidez en toda Europa y los más arrellanados en los suaves cojines de esa gozosa quietud, son los judíos germanos. ¿Qué importa si como precio de semejante ventaja es preciso renunciar a su origen histórico o religioso? ¡Bienvenido sea ese trueque si a cambio se ofrece una comodidad terrenal! ¿Qué más da si en vez de la prédica del rabino se acude al pregón del sacerdote, si en vez de la sinagoga es la iglesia? Más aún: ni de eso se ha menester; basta con reformar los hábitos. ¡Qué más da si en vez de ser judíos germanos se puede ser germanos de confesión mosaica! Pero este mundo feliz, forjado a espada y plasmado en nuevas leyes, no conforta a unos cuantos soñadores románticos y a tantos otros negadores, los unos que sueñan con un mundo sin oprimidos, los otros que anhelan una humanidad sin clases. Unos y otros se agitan de continuo, pregonan a sombra de tejados su irreconciliable disconformidad con el régimen existente y en periódicos y revistas de prohibida circulación o en tribunas de dudosa legalidad preconizan sus ideales socialistas. Entre los soñadores románticos, entre los socialistas utópicos, se halla Moses Hess; entre los disconformistas ultramundanos, Marx y Engels.

Junto a uno y otros asoma, cada vez más erguida, la figura de Ferdinand Lasalle.

En aquel año de 1862, año trivial y sin resonancias, aparece a la luz, bajo firma punto menos que desconocida, el libro titulado

"Roma y Jerusalem". Una piedra arrojada en un estanque. Tal ha sido el efecto causado por ese libro en el ambiente judío de Alemania, afirma Theodor Slocisti, el más autorizado biógrafo de Moses Hess. Tan recogido en si mismo, tan arrebujado en su gabán asimilatorio hallábase el judaísmo de allende el Rhin que apenas si produjo un movimiento de superficie para volver muy luego a cobrar la calma opaca de la indiferencia. Sólo en algunos pocos, entre los judíos de vieja tradición o los muy cultos, el libro que acababa de aparecer causó emoción. ¡Cuánto ardor en el acento, cuánta fe en la aseveración y, sobre todo, cuánta valentía! Un tono tan exaltado sólo es dable encontrar entre los hispanohebreos del Medioevo; un aire tan cálidamente religioso sólo en los cantos sinagogales, un amor tan profundo al pueblo de Israel, u: i panegírico tan lleno de unción a los valores de su cultura sólo en los más esclarecidos de sus varones. Una ingente misión le está reseivada a Israel en el mundo; mas ésta sólo podría cumplirse si los judíos permaneciesen fieles al judaísmo, íntegros e insobornables, si acertasen a mantener contacto con las fuentes originarias de su cultura y de su auténtico sentido nacional y, por sobre todas las cosas, si atinaran a comprender que todo intento de asimilación no es sino una claudicación infructuosa. Con sarcasmo despiadado y con corrosivos ácidos en la expresión, el autor hace befa de todos aquellos judíos vergonzantes que intentan introducir una reforma en la doctrina o en las tradiciones judaicas, a fin de poder ser arrastrados por el aluvión asimilatorio, para ser confundidos temprano o tarde con los gentiles o, por decirlo más redondamente, para ser absorbidos por las otras sociedades... Más aún, contra esa peregrina intención de convertir a la judeidad en una mera comunidad confesional, de corte netamente religioso, Moses Hess proclama el retorno a Sión; y en momentos en que los judíos de Alemania convierien, con falso pragmatismo, en renegar de su origen nacional hebreo, dispuestos a morir por la patria germana, ese socialista romántico preconiza sin ambages el resurgimiento de la nación judía en la tierra de los antepasados. Mas con excepción de algunos pocos que acogieron el libro de Hess con entusiasmo, su obra no mereció el eco esperado y por muchos

años queda sepulto entre los numerosos escritos inactuales que duermen en los anaqueles, esperando tiempos de mejor fortuna.

Pero ¿qué es lo que ha movido a ese soñador socialista, a ese utópico solitario a retornar a su pueblo, del cual habíase alejado hacía más de 20 años, para luchar por la causa del proletariado? Y si retornar ¿por qué con ese acento tan místico, con ese amor tan ardiente y frenético a las antiguas tradiciones, en pugna aparente con su pensamiento socialista, al punto de merecer de parte de sus camaradas el mote de "rabino comunista" ¿No se encontraba por entonces entregado al estudio de las ciencias naturales, tan distantes del problema judío? ¿Fueron, acaso, únicamente esos estudios —según sus propias declaraciones— los que le indujeron a desandar el camino andado? ¿O fueron, quizá, los acontecimientos presenciados, la emancipación de los pueblos, los que le llevaron a pensar que había llegado también la hora de resurrección para el pueblo judío, uno de los más antiguos de la tierra? "Toda vez que resurge Roma renace también Judea", declara en la primera epístola a la amiga de su imaginación. Pero ese resurgimiento simultáneo que se le ocurre como condición ineludible en momentos en que recobra Italia su emancipación ¿responde realmente a una ley descubierta por el autor en los hechos que registra la historia? Y ¿ello basta, ciertamente, para mover al autor a escribir esas páginas encendidas de amor a su pueblo y a su cultura? ¿No será, más bien, en su vida tan variada, contradictoria y polivalente, donde reside la clave de ese fenómeno histórico que decide a Moses Hess a componer una obra en la que campea el ensueño al par que el raciocinio, por virtud del cual se convierte en el procurador del movimiento de resurrección nacional del pueblo hebreo y le reserva un lugar preeminente entre las figuras que engalanan la galería de daguerrotipos históricos del renacimiento de Israel?

## **INFANCIA PLACIBLE Y MOCEDAD COMBATIVA**

Moses Hess nació en Bonn, el 21 de enero de 1812, en el seno de una familia judía piadosa, de linaje rabínico. Aunque dedicados al comercio, sus padres consagran las horas privilegiadas de la vida al estudio de los sagrados textos y cuidan de la pureza judaica en sus prácticas cotidianas. A la corriente asimilatoria de una gran parte de los judíos de Alemania, el hogar de los Hess opone una observancia escrupulosa de los preceptos religiosos. La muralla del Ghetto había sido ya derribada; en lo exterior reinaba una aparente igualdad de derechos civiles entre judíos y cristianos, pero en la intimidad, los judíos fieles —cada vez en menor número— rinden tributo a la antigua tradición de Israel. El niño Mohrij (diminutivo de Moses) pronuncia todas las noches, antes de recogerse, el "Oye Israel, nuestro Dios es Uno" y durante el día aprende las primeras letras sagradas de boca de su abuelo. En su libro, el propio Hess nos ofrece una estampa del abuelo: en los nueve días del mes de Ab el anciano relata a los niños las "Agadas" (sagas) referentes a la destrucción del Templo de Terusalem y a las tribulaciones sufridas durante la dispersión de Israel. Los ojos del anciano se humedecen, su voz se entrecorta y atipla por el sollozo contenido mientras que por la blanca y lacia barba corren trémulas lágrimas... O bien aquella otra escena en la que el abuelo, con emoción incontinida muestra a los nietos unos dátiles llegados de Tierra Santa. En presencia de esas frutas secas, el anciano recorre con su imaginación, acompañado de los niños, las aldeas y villorrios de Israel, las callejas de la eterna ciudad de Jerusalem, asciende a las cimas del Carmelo o se detiene junto a las tumbas de los muertos ilustres. Nietos y abuelo experimentan entonces idéntica sensación de regocijo recóndito, análogo amor a la Tierra de los antepasados, idéntica angustia nostálgica.

En esas fuentes abrevóse la infancia de Hess, infundiendo en su alma un elegiaco amor evocativo. Esos sentimientos inculcados en Hess en la más tierna infancia, perduran en su alma y gravitan en su espíritu de manera persistente. Y al parecer, nunca pudo liberarse de esas imágenes grabadas en su niñez, ni siquiera durante los largos años de apartamiento de su grey; como tampoco pudo apartar de su memoria los versículos bíblicos, ni las sentencias de

los rabíes, ni las parábolas de la Agada talmúdica. Tampoco pudo olvidar la imagen de su madre que una noche se asoma a su lecho para encarecerle el amor al estudio; y ni siquiera le fue dado alejar de su contorno el sinnúmero de hábitos adquiridos a temprana edad. A los catorce años queda huérfano de madre. Decían los rabíes —bien lo sabía Hess— que "Dios, no pudiendo estar en todas partes, ha creado la madre". Faltóle demasiado pronto esa mano de Dios encarnada en la madre que cobije bajo las alas de la ternura al adolescente aterrado, para que le proteja de las acechanzas de la edad inerme. Ese vano que deja la madre ausente es sin duda llenado con un hurgar más intenso en los viejos infolios rabínicos. Puesto que al ingresar en la universidad para emprender los estudios de una carrera que no concluye, tanta es su versación en la ley que permite al padre aspirar al día en que, doctorado, su hijo ocupe el cargo de predicador en alguna comunidad. Pero la vocación del joven Mohrij se halla fuera de la Universidad y muy lejos de la órbita rabínica. Su alma sensible, su corazón permeable al dolor del prójimo, le arrastran fuera de los escaños académicos, hacia la calle, hacia las multitudes sufrientes y oprimidas. ¿Cómo se puede pensar en un porvenir para sí cuando son tantos los desdichados que carecen de bienestar, de libertad? Porque ya en aquella Alemania faltaba libertad.

Moses Hess se dedica a la política y milita en la oposición. Abraza el socialismo, el cual no pasaba, por entonces, de ser una mera actitud, una postura opositora sin programa definido, sin espinazo doctrinario, sin armas o principios fijos. No reunía el socialismo de aquella hora sino una agrupación de soñadores que avizoraban un mundo mejor y más justiciero; eran socialistas sentimentales o intuitivos que marchaban errabundos en procura de un maestro que dotara a sus anhelos humanistas de un contenido sustantivo, de una base firme a sus cavilaciones sentimentales. Como maestro se revela, muy pronto, Carlos Marx que a la sazón hallábase en Londres, reuniendo en el museo británico y en la biblioteca de la City, copia de elementos documentales en abono del materialismo histórico. Entretanto, el joven judío de Bonn alimentaba sus ideas revolucionarias con los versículos de los profetas de Israel, anunciadores de un mundo de paz y redención. ¡Cuántas tribulaciones las del padre que ve a su hijo descarriarse y

desbaratar sus ilusiones! ¡Ni el rabinato ni el doctorado! Este hijo pródigo derrocha su talento, a puñados lo arroja a todos los vientos y lo desperdiga en devaneos de política, en artículos que ven la luz en revistas desestimadas por los hombres de bien. Ausente la madre que tendiera puentes entre los dos mundos, el del padre y el del hijo, el abismo se ahonda. Moses Hess abandona el techo hogareño; voluntariamente se expatria para recorrer tierras extrañas. Lo encontramos en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, atravesando muchos de sus caminos a pie, sin recursos, alimentándose, quizá, como el hijo pródigo de la parábola, de bellotas silvestres. Llega finalmente, a Metz, en donde por algún tiempo se dedica a la enseñanza. Sus ideas políticas quiebran también aquí su posición económica y, vencido, derrotado, regresa al hogar paterno. ¡No es poca humillación el tener que aceptar un puesto en el establecimiento comercial de su padre, en Colonia! El único contrapeso de esa vida aplastante son las horas libres, sumadas a las que hurta al sueño y que él invierte en componer su libro principal. En 1837, en efecto, da a luz un volumen titulado "La Historia Sagrada de la Humanidad". Si la vida presente es triste y colmada de adversidades, si la humanidad actual es injusta, el porvenir es, en cambio, sonriente y promisorio: el mundo marcha inconteniblemente hacia una vida mejor, hacia una hermandad entre los hombres, hacia un reinado de armonía incontestable. La filosofía de la historia que desarrolla el joven autor en ese libro, puede ser discutida, quizás no sea sino una reedición de Tomás Moro, acaso no sea más que un nuevo castillo de utopías elaborado con cuentas de vidrio. En verdad, ello no es cosa que interese más que como testimonio de las ideas que a la sazón animan al autor: la contrariedad de su vida presente no empecé su fe en el porvenir ni abate su contextura espiritual, sazónada de humana generosidad; todo pueblo está llamado a cumplir una elevada misión en la tierra; y todas, absolutamente todas las naciones en concierto, han de llevar al mundo a la plena felicidad. Acaso fuera menester encontrar en esa obra de Hess el germen de su teoría sobre la resurrección nacional hebrea, desarrollada ampliamente en su "Roma y Jerusalem".

## EL ESCÁNDALO DE DAMASCO

Al promediar el año 1840, el judaísmo de Europa occidental se estremece. En plena marea de emancipación religiosa, de reformismo y asimilación, en plena luna de miel con los principios de igualdad, cunde una alarmante noticia en las juderías. En Damasco, pocas semanas antes de la pascua judía, un monje católico, anacoreta, desaparece del eremitorio y se hace circular la patraña de que los judíos lo han asesinado con fines rituales. El populacho se desata y aterroriza a la comunidad judía de Damasco. El infundio encuentra también asidero en la Europa surcada por el liberalismo, a cuyas comunidades hebraicas torna el pánico medieval. Las ideas igualitarias corren al albur de desvanecerse como nubes pasajeras y toda la estructura de la emancipación se tambalea como castillo levantado en el arena. El suceso, de suyo escandaloso y aberrante, lleva al terreno de lucha a algunas mentes preclaras del judaísmo europeo, entre las que se destacan con singular relieve, las de Moisés Montefiore, Adolphe Cremieux y los hermanos Rothschild. Gracias a los esfuerzos de esos insignes varones, baja la marea de calumnias; pero la calma no se restablece tan presto en el corazón de los judíos. Ellos vuelven a sentirse tan indefensos como otraño y hoy como ayer expuestos al vejamen y al escarnio. La asimilación y la reforma de nada sirven ni representan otra cosa que meros paliativos: los judíos siguen siendo huérfanos hoy como ayer. Es indudable que ese escándalo atribuló también a muchos jóvenes judíos que sienten desvanecerse ante sus ojos el bello sueño de la igualdad. Sin duda que muchos de entre ellos reaccionan de alguna manera. Ferdinand Lasalle, muchacho de 15 años, aparece en la palestra tronando con furiosos acentos contra la ignominiosa calumnia de Damasco al igual que contra el cobarde silencio de la judería. "Pueblo de corazón pusilánime —clama a sus hermanos— no mereces mejor suerte: hasta el mísero verme se revuelve cuando es pisoteado, en cambio tú inclinas la cabeza y doblas humillado la cerviz. ¡No sabes reaccionar ni vindicar la injusticia! ¡Tienes entraña de esclavo!" Otro de los judíos de la nueva generación que se alza contra el "triste suceso de Damasco", es Moses Hess, camarada de lides políticas de Lasalle y mayor en años que éste. El escándalo de Damasco despierta en el autor de la

"Historia Sagrada de la Humanidad" profundas cavilaciones y múltiples dudas. Observa las contradicciones que suscitan las nuevas ideas en el seno de las juderías: ía dudosa firmeza de los principios de igualdad de derechos, la falacia de la emancipación religiosa preconizada por la corriente reformista judía y el arena movediza en la que se echó a descansar, por demás confiado, el judaísmo alemán. El espectáculo le aterra y el porvenir de Israel en la Diáspora se le presenta con torvas nubes. "La forma y el modo en que esta patraña es acogida en Europa y hasta en la culta Alemania —escribe Hess en el año 1840— debiera provocar una honda conmoción en el judaísmo. Ello prueba de manera inequívoca que entre los judíos de la Europa occidental y los pueblos de esa parte del continente existen todavía barreras tan infranqueables como las de los oscuros tiempos del fanatismo religioso. Nuestros hermanos que pretenden convencerse a sí mismos y a los demás, como precio de la emancipación, que los judíos del presente carecen de sentimientos nacionales, han perdido la cabeza. No conciben esas buenas gentes cómo se puede admitir, de buenas a primeras, en esta Europa del siglo xix, la perpetración de semejante crimen ritual, inventado en el Medioevo, y tan luego quien la cometiera fuese el pueblo judío, ese pueblo que ya lo calificó en la historia de **"Mamzer-Bilbul"** (bastarda patraña). Para nuestros judíos alemanes ha sido siempre un misterio ese odio antijudío ... Y más adelante, añade: "Mientras el judío pretenda ocultar su nacionalidad con el fin de eludir su solidaria responsabilidad con el pueblo perseguido y desdichado, su equívoca posición se hará cada vez más insostenible. Quedaremos siempre siendo extraños aún para aquellos pueblos que por un sentido humanista nos conceden la equiparación de derechos; siempre nos aborrecerán mientras no nos decidamos a sustituir el principio de *ubi bene ibi patria* por el principio de nuestra nacionalidad, convertido en piedra angular de nuestra propia existencia".

Pero la marea pasa y los escritos de Hess, al igual que las palabras del joven Lassalle, quedan relegados al desván. Hay un entuerto más grande que desfacer: "el sufrimiento del proletariado europeo. El dolor judío queda pospuesto en obsequio de una causa

más vasta... Los caminos de Hess padre y Hess hijo se bifurcan por un cuarto de hora".

### **LAS VICISITUDES DEL SOCIALISTA Y LAS LUCUBRACIONES CIENTÍFICAS**

La causa del proletariado europeo absorbe la atención de Moses Hess y lo aparta del dolor judío. Del dolor judío, decimos, mas no del judaísmo. Este se halla presente, gravitando en su personalidad sensible por virtud del aprendizaje hecho a primera edad. Socialismo es el suyo ciertamente, pero de entraña bíblica. En todo su pregón socialista, ya bien en la tribuna, ya bien por el de su pluma, centellea el profetismo. Más que una lucha de clases es, la suya, una lucha por un mundo más justo, más perfeccionado, mesiánico. Sus expresiones predilectas son "solidaridad entre los hombres", "un mundo nuevo", "un mundo fraternal". Son estas fórmulas que campean en sus escritos polémicos publicados en "Gesellschafts-Spiegel", en "Rheinische-Jahrbücher" y en el Anuario franco-germano de 1844. A la proclama de Carlos Marx "¡proletarios del mundo unios!", con lo que corona a su Manifiesto Comunista, Hess hace una exégesis inaceptable para el autor del "manifiesto" y sus adictos, según la cual reclama la unión de todos los hombres para forjar un mundo mejor. Por eso, después de sus discursos sobre el socialismo, pronunciados en Albertfeld el año 1845, ante un grupo de patronos y comerciantes demócratas, Marx suelta de la mano a Moses Hess y lo moteja de utópico, sentimental y romántico: "Este hombre —escribe Engels en una carta dirigida a Marx—, este buen hombre es un iluso. Pretende que aquellas gentes acepten lo bueno aun cuando no convenga a sus intereses económicos. En sus exposiciones se encuentran pasajes como el siguiente: 'nos hallamos ante las puertas de un mundo nuevo, un mundo de amor, y os pedimos que nos dejéis entrar'..."

¿Qué relación pudo, en verdad, seguir existiendo entre un sentimental de corazón enternecido como Hess v una mente acerada, una lógica fría v geométrica como la de Marx. Una vez levantada la arquitectura socialista sobre bases científicas y definida su ruta en el manifiesto de 1848, los caminos de Marx y Hess se

bifurcan, ineludiblemente. Con su hato de ensueños sentimentales de reivindicación humana, Moses Hess vuelve a emprender la senda de peregrino y se refugia en el estudio de las ciencias naturales, procurando inferir de los fenómenos biológicos las leyes que regulan la vida cósmica. Es la búsqueda de la unidad en la diversidad, de la armonía en el conjunto aparentemente desarmonioso de los fenómenos del universo. Desde 1840 hasta 1875, año en que se apaga para siempre esa vida inquieta y turbulenta, deambula por varios países, a veces como expatriado voluntario y otras como expatriado forzoso. Tan pronto se lo ve en París, tan pronto en Bruselas, en Badén o en Estrasburgo. Participa en la revolución que estalla en Badén a fines de 1848 y al ser esta sofocada y él condenado a la pena de muerte, conmutada más tarde, por la de confinamiento, encuentra asilo en París y convierte a Francia en patria adoptiva. En 1863 vuelve a tomar parte en el movimiento proletario, representando a los obreros de Colonia en el congreso de trabajadores germanos, convocado a la sazón por Ferdinand Lassalle. Pero es en Francia donde deposita sus mayores esperanzas. El clima de libertad que bajo sus cielos se respira, le alienta y la cordialidad de los intelectuales franceses le mueve a gratitud infinita. Y aunque durante la guerra franco-germana de 1870 marcha a destierro a causa de su origen alemán, regresa tan pronto se concluye el armisticio para entonarle a la Francia vencida la endecha más doliente: "¡Pobre Francia, es por el bien que has traído al mundo que te odian los germanos! Los pueblos que ellos han sojuzgado tienen una gran misión que cumplir en este siglo". Fue allí, en Francia, donde tomó nuevamente contacto con su pueblo de origen, militando en las filas de la Alliance Israélite Uníverselle, entidad que dio el primer impulso a la colonización judía en Tierra Santa. Allí conoció también la obra publicada por el ilustre historiador judío Heinrich Graetz, y con el propósito de difundirla, ensayó la versión francesa de aquel'a Historia del Pueblo Judío, al tiempo que en la revista del rabino Fraenke! "Zeitschrift Für Wissenschaft und Geschichte des Judentums" publica una serie de ensayos sobre el problema judío que le preocupa cada vez más. El pueblo judío que ha aportado al mundo los principios cardinales de justicia social, es un pueblo de carácter histórico cuya misión no ha

concluido ni puede concluir jamás, puesto que su misión histórica está sujeta a las leyes de la evolución cósmica. Su existencia y perdurabilidad interesa a todo el género humano. De aquí que existan motivos superiores a los de egoísmo nacional, esto es, motivos de orden general para que ese pueblo sea restituido a su solar ancestral, cuna de su auténtica concepción de mundo. En tierra de su origen el pueblo de Israel está llamado a desempeñar la función eminente de eslabón esencial entre la Europa y el Asia, sembrando en este continente las nuevas ideas frutecidas en aquél por obra de la Francia libertaria, país cuya hegemonía en el mundo civilizado era a la sazón innegable. Es, de consiguiente, al pueblo francés y en segundo lugar a todos los pueblos redimidos, a quienes corresponde facilitar la tarea del restablecimiento de la nación judía en Tierra Santa. (En cierto modo, si bien no sin horribles crueldades cometidas por el nazismo y no sin previas guerras atroces, cumpliéndose la predicción de nuestro visionario. Fueron los pueblos finalmente liberados de la férula nazista en la Asamblea General Extraordinaria de las Naciones Unidas los que sancionaron el restablecimiento de la nación de Israel en su patria ancestral).

Resistidas las ideas de Hess por los judíos asimilacionistas, mantiene con ellos polémicas fogosas para enrostrarles sus errores. Rechazado por los ortodoxos recalcitrantes que prefieren esperar de brazos cruzados el día de la llegada del Mesías, los moteja de miopes rezagados, acusándoles de impedir pertinazmente el proceso de evolución lógica y natural de la anunciación profética. Sólo unos cuantos espíritus generosos lo acogen con beneplácito y le invitan a actuar en la Alliance Israélite, entidad que había ya iniciado su obra de colonización en Tierra Santa. Pero el dilatado espíritu de Hess no se aviene al carácter filantrópico de la Alliance, cuya labor se desarrolla en los planos de la beneficencia, sin móviles ideales. Se aparta nuevamente, para quedarse como vestal solitaria cuidando el sagrado fuego de ideas de acendrados quilates: la reivindicación del pueblo judío. Y así como un símbolo de su estirpe, incomprendido y también desdeñado por propios y extraños, marcha errabundo, confiado en la verdad de sus aspiraciones. Toda la generosidad que llenó su corazón la depositó en manos de su pueblo de origen para repartirla entre todos los hijos del hombre. El único aliento en sus

cavilaciones lo recibe de sus amigos, los soñadores románticos del socialismo que viven con él en el refugio de las bellas ilusiones. Sin pena y sin resignación, como un gladiador que cae y vuelve a levantarse, transcurren sus años en compañía de su amada mujer, la que pudo decir al despedir sus restos mortales en la mañana del 6 de abril de 1875: "Estoy orgullosa de haber sido la mujer de este hombre. Jamás he conocido, a su lado, un momento de pesar; nunca supe de los sinsabores de la derrota, todas nuestras horas fueron venturosas. Nadie pudo igualarme en felicidad". Un ramo de rosas rojas ornó el féretro llevado en andas aquella tarde callada hasta las afueras de París, camino del campo santo.

### **ROMA Y JERUSALEM**

En el cénit de sus años, Moses Hess compone su obra imperecedera bajo el título "*Roma y Jerusalem*". Esto equivale a decir que es fruto de su madurez, cuando el espíritu está alerta y en el cedazo de las experiencias vividas se hallan acumulados los sedimentos de la reflexión serena. Es la edad en que ya no se registra la irrupción de raciocinios inmaduros o apresurados y lo que se asevera fue previamente sometido a la piedra de toque de la verdad inmanente del ser. Por lo demás, como ya lo tenemos dicho, Moses Hess no se asoma al problema de su pueblo como un neófito que podría deslumhrarse por un engañoso espejismo o quedarse perplejo ante su hondura y complejidad. Conoce como el que más de su tiempo los valores fundamentales que informan la cultura judía; está familiarizado con la literatura antigua y moderna, la sagrada *y* la profana, y no ha menester de ningún género de intermediarios para llegar a las palpitations del alma —la individual o la colectiva— hebrea. Comparado con Pinsker y Herzl que decenios más tarde inciden en el mismo problema y arriban a soluciones idénticas, es infinitamente más osado, más soñador, y sus páginas parecen estar animadas de aliento visionario.

El libro a que venimos aludiendo, consta, en su primera parte, de una serie de cartas dirigidas a una amiga imaginaria en la que se

mezclan estados subjetivos con argumentos de tesis doctrinaria. Pero el tema dominante, ya bien como motivo de unos ya bien como conclusión de otros, está dado por la idea del resurgimiento de la nación judía en la tierra de los antepasados. Se esmera en infundir en el ánimo de la amiga un amor a su pueblo, despertar en ella el sentimiento nacional adormecido y, con persuasivo empeño, trata de inducirla a una comunión activa con la profesión de fe judaica. Por momentos polemiza con ella, oponiendo argumentos a razones que atribuye a su interlocutora y que no son sino objeciones que él presume en sus coetáneos, y por momentos le trasmite en forma narrativa, no exenta de relumbrones poéticos, las íntimas vivencias de su edad moza o las desventuras de su pasado reciente, procurando corroborar los hechos con aportes de la historia o bien con leyes cosmogónicas. Pero por sobre toda discusión, todo razonamiento frío o encendido, por sobre toda narración o silogismo filosófico, aletea una profunda fe en el progreso humano, en el triunfo de la justicia social cuya simiente fue esparcida en el mundo por el genio judío desde la aurora de los tiempos hasta acá.

La idea central que domina por todo el contorno así como el meollo de "Roma y Jerusalem", trasuntando la concepción de Moses Hess, se afianza en una peana de cuatro radios visuales, a saber: el amor al pueblo judío, resurgido en él a edad tardía y por eso con más intensidad; la íntima certeza que el ideal judío no sólo no encontraría los elevados ideales a que está comprometido el progreso humano, sino que, por el contrario, los asegura; la necesidad del resurgimiento nacional judío en la hora en que se recobran los pueblos sojuzgados de Europa; y, por último, el error en que se hallan sumidos aquellos judíos que se ilusionan de haber llegado a puerto apacible con sus devaneos supuestamente modernistas, conspirativos de la misión de Israel en la historia.

Después de más de veinte años de alejamiento de la vida judía, Hess anuncia el retorno definitivo, asociándose a sus penas y a sus regocijos con sincero amor. Un amor que brota de las reconditeces del alma y que él expresa con elegiacos acentos y mística exaltación. Recorre en su memoria las horas vividas con su grey en el seno de su hogar paterno, y en su evocación reaparecen rutilantes, cual manes familiares, las figuras de su proge, resplandeciendo virtudes imperecederas. A través de la imagen del abuelo se trasluce la

nobleza de la estirpe y a través de la imagen de su madre se define la figura de toda mujer judía en su calidad de "Mater dolorosa".

Es un amor sin condiciones el suyo, no como el de buscadores de oro que arrojan la ganga para retener solamente le pepita, porque ni los defectos del ser amado quedan soslayados sino que concurren a formar parte principalísima entre motivos de afecto. "La cicatriz en el rostro de la amada —expresa figurativamente en una de sus cartas tiene, a veces, más gracia y más atractivo que los hermosos ojos, pues acaso estribe en ese rasgo distintivo y peculiar el poder de encantamiento que ejerce sobre nosotros" ... En ese su deseo de restaurar la Sión de antaño no le detienen ni las resistencias de la ortodoxia extrema, a la que se adelanta a calificar de grey congelada, ni los anacronismos rituales que, de ser restablecidos, podrían contrariar las ideas progresistas. Cree con entera certidumbre en los efectos de la ley evolucionista que preside los destinos de Israel como para que los escollos rituales quedasen sorteados hábilmente, a despecho de los fanáticos recalcitrantes. No olvidemos, dice, que los sacrificios rituales eran practicados sobre las bestias en un tiempo en que los pueblos circundantes los ejecutaban sobre seres humanos; por manera que ya en aquella edad remota las costumbres judías representaban un avance apreciable. Esa afirmación de la nacionalidad judía no contrasta su plena fe en la fraternidad humana universal, sino que, por el contrario, la afirma. Precisamente para su logro definitivo es menester restituir la nacionalidad hebrea en Tierra Santa, ya que es condición ineludible la existencia previa de las culturas nacionales de todos los pueblos que, como el judío, tienen señalada una misión prominente en su residencia natural. "La naturaleza no produce una flora uniforme sino siempre una variedad de plantas; tampoco la fauna se da de una manera invariada. Del mismo modo el genio de la historia es producto de una diversidad profusa de pueblos de cultura peculiar".

Por lo demás, desde un plano realista, Moses Hess no se deja sobornar por el "cloroformo humanista" que exhalan las corrientes ideológicas de su tiempo, pues por debajo de éstas advierte correr las linfas turbias de la pasión egoísta, "plagada de odios y rencores que, en Alemania, por ejemplo, tocante a los judíos, se traduce en un antisemitismo mal disimulado que brota de un oscuro prejuicio

o recelo racial". Cree empero en Francia y allá se dirige para solicitar el apoyo indispensable para la restauración del Estado judío en el Oriente. "¿No había ese país, demostrado comprensión para con los pueblos sojuzgados? ¿No había sido Napoleón quien apresuró la emancipación de Roma? Toda vez que renace Italia resurge también Judea". Ha llegado, pues, la hora para Israel. Pero este pueblo debe retornar a la tierra histórica con una misión de trascendencia, esto es> el acercamiento entre Oriente y Occidente. De todas suertes únicamente cuando la nación de Israel se restaure podrá la humanidad ponerse en camino hacia el día de "Sábado eterno", era de la armonía universal. La torpe patraña de equiparar sionismo a nazismo dan por tierra con ese género de aspiraciones.

¡Cuánta polémica ha suscitado ese nada voluminoso libro en el reducido círculo de sus lectores! "¿Quién te ha puesto de juez y señor sobre nosotros?", dicenle los amigos que consideran un desvarío y un desatino la publicación de un libro semejante. Sus adversarios políticos y los enemigos del reformismo judaico lo califican llanamente de loco. Y unos y otros se dan la mano para injuriar al autor de "Roma y Jerusalem", del modo más despiadado. Hess replica en una serie de artículos titulados "Escritos judíos", que ven la luz en publicaciones diversas. Pareciera que esa misma hostilidad provocada en el ambiente le hubiese confirmado en la verdad de sus asertos. Debieron correr los años y con éstos sumarse las comprobaciones de los hechos para que el libro de Hess, junto a "Autoemancipación" de Pinsker y a "El Estado Judío" de Theodor Herzl, se convirtieran en los mensajes que anuncian abiertamente al mundo que ha llegado para el pueblo judío la hora de vivir de nuevo; vivir de nuevo una vida propia, recobrada, desempeñando su papel genuino en el escenario de la historia.

## **THEODOR HERZL,**

### **El renacimiento político**

En otros tiempos era frecuente ver su efigie en estampas o estatuillas colocadas en lugar visible de la sala de recibo de muchos hogares judíos, entre otras figuras honorables. Esta presencia representaba una insignia, acaso un blasón. Hoy día es efigie distintiva de los billetes de banco, emitidas por el gobierno de Israel. Israel, a cuya restauración nacional entregó su talento, sus energías, su vida. Si resurgiera de su tumba ahora, a más de ochenta y tantos años de su muerte, a la manera en que Juana de Arco resurge en la famosa comedia de Bernard Shaw ¿qué nos diría Herzl?... Acaso repetiría las palabras testamentarias que pronunciara en el sexto congreso sionista. Aquella misma noche, premonitória de su fin, al regresar a su casa, apuntaba en su diario íntimo: "¡Cuidado, no cometáis desafinos cuando yo me muera!"...

Sexto congreso, el último al que asistió como figura protagónica de una de las páginas históricas de tonalidades bíblicas. No sólo figura protagónica fue de los seis congresos en que estuvo galvanizando el sionismo político como movimiento de redención nacional judía. Fue también el númen inspirador, el padre de ese movimiento que, convirtió en ideología operante el sueño, hasta ayer de ribetes místicos, de un pueblo que no quería morir como nación portadora de una cultura singular.

No fue su caso como el de Weizmann ni el de Ben Gurión, forjadores del Estado Judío. Esto es, no había nacido en los dominios de los zares en donde el judío era un paria vejado y perseguido. Había nacido en Budapest y educándose en Viena, la docta y alegre Viena de las ciencias y de los valeses de moda, danzados en las salas de fiesta que bordean las aguas del Danubio. Escribía en alemán, hablaba el húngaro con elocuencia y el francés con gracia y riqueza de léxico. También sabía hacerse entender en inglés; pero, fundamentalmente, era hijo de la cultura germánica. No era, por ende, un judío del Ghetto. Gustaba de la música de Wagner, tenía a flor de labios sentencias de Goethe y recitaba los

*Lieder* de Heine. Pero su porte gallardo, su barba patriarcal y sus ojos negros, profundos, hacían pensar, a primer golpe de vista, en un daguerrotipo bíblico o en un rey asirio de la antigüedad. Quien entraba en trato con él quedaba fascinado. El sultán Abdal Hamid había dicho de él que se parecía a los profetas de Israel. Pero por lo que se colige de los documentos, su galanura cautivadora y su bizarría gentil no lograron añadir fuerza de persuasión a sus razones en las entrevistas con los señores poderosos. Le escuchaban admirados, pero lo tomaban por un poseso o por un hábil volatinero de la palabra. Los judíos de humilde condición, en cambio, mejor dicho, aquellos parias humillados por los zares, percibían en sus palabras el timbre de voz de los profetas, anunciadora de la era mesiánica.

Fue recibido por el Papa, por el sultán, por ministros del Zar, por el premier de Gran Bretaña, por el Kaiser Guillermo, así como también por numerosos otros dignatarios y magnates. Les hablaba en nombre del pueblo judío. Mas aquellos señores miraban al caballero de frac y guantes a la moda como se mira a un farsante o, en todo caso, como a un alucinado. Para ellos no representaba sino un cuento de hadas, pues sus alegatos carecían de solvencia política. El diario de mayor prestigio en Viena, lo había destacado en París como corresponsal; y desde allí publicaba, a más de sus despachos, sus chispeantes folletines que eran siempre bienvenidos. Sin embargo ese rotativo se negó a dar noticia del congreso de judíos que él, Herzl, había reunido en Basilea. (Ahora, el edificio en que esa histórica asamblea tuvo lugar, luce una placa recordativa, como timbre de orgullo). Únicamente los humildes judíos venidos de Polonia, de Ucrania, de Besarabia o Turquía, a más de algunos idealistas utópicos de otras partes, se costearon el viaje en vagones de tercera clase o en cabinas destartaladas de barcos de igual jerarquía para ver el rostro de esa figura mesiánica, para recoger su mensaje, para besarle las manos y tocar los faldones de su levita. Lo aclamaban con voces de júbilo en los corrillos y aceras. Pero Herzl no se dejaba impresionar por esas voces, ni por las demostraciones de entusiasmo o de éxtasis místico. Se mantenía imperturbable, sereno. La sangre se le helaba en las venas —según confiesa en su diario— ante el temor de que la historia lo considerase un nuevo "falso Mesías", un segundo Shabetay Zeví. Sabía que la acción

pública está rodeada de acechanzas. ¿Acertaría a sortearlas? Este era su mayor enigma que le perturbaba el sueño. "La vida —acotó Herzl— es un encadenamiento de intentos y fracasos. ¿Los sabré superar?".

"En los tiempos que corren, decía, son los periodistas quienes entienden en política; y yo soy un periodista solamente; no quiero ser un Mesías." No pretendía ser tomado por un Mesías; quería ser tan sólo un político, un gestor público, impulsor de los judíos, del problema judío. No pretendía abrir las puertas de Jerusalem, ni ambicionaba entrar en la santa ciudad cabalgando el blanco rocín de la leyenda. Quizás haya ambicionado también ser escritor. ¿Llegó a serlo? Ensayó el cuento, la novela, la comedia. Pero su novela *Altneuland* no resiste la crítica; sus comedias no pueden parangonarse con las de su contemporáneo Arthur Schnitzbr. Y por lo que toca a su obra capital, *Judenstaat* (El Estado Judío)... ¿acaso ya no le habían precedido otros que manejaron el tema con mayor maestría?

Un gran libro, empero, nos ha legado. Es poco conocido y menos aun leído. Nos referimos a su diario íntimo. Lo escribió con pasión contenida, en el silencio de las noches de los diez últimos años de su breve vida. Fueron diez años de torbellino, secuela de una grandiosa revelación surgida entre ideas refulgentes, brilladoras, animadas de entusiasmos, como asimismo de nubes ensombrecedoras por efecto de sus propias dudas y las burlas ajenas; su amigo y colega, Stephan Zweig, lloró después de leer el *Judenstaat*, pues llegó al convencimiento de que su querido Theodor había enloquecido. Empero, la revelación no perdió su poder mágico en el ánimo de Herzl. La llamó muy pronto por su nombre que brotaba del alma de todos los judíos del mundo, que es a saber, *Sionismo*. Palabra que pone en manos de todo judío el arma política en la lucha por el restablecimiento de la nación judía en la tierra de sus añoranzas. Sionismo es un vocablo creado por el pensador judío Nathan Birnbaum que publicaba sus obras con el seudónimo de Matías Acher, hombre de pluma acerada y pensamiento vigoroso, llamado por muchos el Kierkegaard judío. Lo denominó Sionismo con mera finalidad semántica, pero en poder de Herzl la palabra se convirtió en programa de acción política. Para uno fue verbo, para otro fue acto.

Desde aquel día de la "revelación", la vida de quien acaso no quiso ser más que periodista o comediógrafo, se convirtió en drama sin desenlace en su tiempo. Nadie, ningún biógrafo se asomó a esos diez años tormentosos que acabaron por darle muerte prematura: ¡Ni Stephan Zweig que realmente lo amaba!... ¡Y eso que la vida de Herzl no fue menos dramática que la de Fouché o Erasmo! Paul Mooni, astro radiante del cine de mediados de nuestro siglo, quiso protagonizarla en la pantalla, pero los hermanos Warner, soberanos en Hollywood, temieron un revés de taquilla y el intento se diluyó en aguas de cerrajas.

El diario íntimo de Herzl comienza con pasos de andante de sinfonía, mas prestamente sube de punto en un *crescendo* con brío: Herzl se pasea por las nubes del ensueño; cree haber sido el primero en avistar la solución del problema judío. Era un sueño en plena era de realismo políticos. La emancipación de los pueblos ya había estremecido a la Europa imperial. Unos pocos años más y el agitado problema de los pueblos avasallados llegaría a una solución. Así pensaba Herzl, como también muchos de sus colegas que hacían predicciones en las columnas de los periódicos. Por lo demás, Edison encendía la bujía eléctrica; Ehrlich asestaba un golpe mortal al cocobacilo que diezaba multitudes; Bell transportaba la voz humana a través de un hilo. Y Herzl inventaba el Congreso Judío. En verdad, la idea le obsesionaba, le encendía las venas. Toda vez que pensaba en esa idea, sentía —según propia declaración— algo así como un batir de alas de águila por sobre su cabeza. Esa idea había madurado en su espíritu después de haber escarabajado dentro de su alma desde la mocedad, desde los años de estudiante universitario. Allí había oído el "hep-hep", grito burlón antisemita de sus condiscípulos alemanes. Más tarde, estando en París, se entera que Dreyfuss es degradado y desterrado tras un juicio de dudosa factura. En su correspondencia al "Neue Freue Presse" comunica que Dreyfuss es degradado por ser judío. Fue, pues, el anti-semitismo reflorecedo en la ciudad cuna de los derechos humanos. Es, en sustancia, lo que le indujo a componer su obra titulada "El Estado Judío". Fue un libro salido de su no poseída erudición judaica. De los judíos, en realidad, poco sabía, aunque intuyera su historia o tuviera ligeras noticias a través de opúsculos de breve información. Hasta ignoraba que Moses Hess hubiese escrito

"Roma y Jerusalem" y Pinsker su "Autoemancipación". Lo que sabía de manera inequívoca era que el antisemitismo había resurgido y cobrado el aspecto de una serpiente de cien cabezas, cada cual de éstas despidiendo por su respectiva boca una ponzoña diferente. Embrazó, pues, el arma de la política bajo la divisa de Sionismo.

La idea de coligarse con otros judíos, hermanados por la misma ansiedad de redención, le ha hecho amar a su pueblo y amar a la tierra de los sueños de su pueblo amado. Y movido por esa doble pasión amorosa, emprendió un viaje a la tierra que necesitaba del sionismo para ser redimida; y allí fue recibido por un piulido de idealistas que se habían adelantado al movimiento Herzelian, los "**Jovevé Sión**" (los amorosamente apegados a Sión).

Herzl entró a Tierra Santa por la puerta de donde había salido Jonás para fugarse —sin lograrlo— de la voz de Dios que le ordenó dirigirse al pueblo antisemita de Nínive para inducirle a que volviera por el buen camino. Entró, pues, Herzl por el puerto de Yafo (Jafa) y llegó a **Rishón Le-Zión**, poblaciones ambas restauradas merced a la obra filantrópica de la familia Rothschild. El ilustre escritor y agricultor hebreo de Rejovot, Moshé Smilansky, como testigo presencial que fue, nos relata los pormenores emocionantes de la visita de Herzl al país de sus ensueños, de sus anhelos, de su obsesión redentora, de su utopía, de esa "locura" que hizo llorar a Stephan Zvveig.

Nos dice Smilansky al término de su relato: "...La portezuela del coche volvióse a abrir y con la agilidad de un muchacho, saltó del interior, de un brinco, un hombre gallardo, de barba negra, rectangular, de ojos intensamente negros, grandes, hundidos en sus órbitas, que traslucían una profunda angustia y una inefable ansiedad reflejada en el rostro; sobre todo en la frente. Hasta la suave sonrisa que flotaba en los labios parecía brotar del fondo de esa angustia. Su cara ejercía un raro hechizo. Nunca había sabido yo lo que era el miedo de algo sublime; pero esa vez las piernas se me doblaban".

—"Rejovot presenta su salutación y bienvenida al doctor Herzl", dije con trémulo acento. Mis camaradas recogieron mis palabras y las rubricaron con vítores atronadores: "¡Viva el doctor Herzl!"

Las aclamaciones fueron dadas con voces que denotaban emoción. Y supe, aunque no les miraba a la cara, que estaban pálidos y estremecidos. Yo no quitaba la vista de ese hombre

fascinante que se hallaba de pie, junto a mí. . . . Y vi un ligero estremecimiento cruzarse por su rostro y en sus ojos un brillo... ¿una lágrima? Quizá...

—“¡A la cabalgadura!”, ordené. Montamos las sillas. Herzl volvió al coche. Ya no cierra más la portezuela. La cara vuelta hacia nosotros, observándonos. “¡Viva Herzl, viva Rejovot!” tronamos, rasgando los aires; y nuestros corceles se encabritan, escarcean, galopan. La yegua del delantero de nuestra compañía cobró aires de justa hípica y levantó ímpetu en torno del coche. El jinete se afirma bien en la grupa, pareciendo una sola pieza con la trotona... Herzl no nos quita los ojos de encima. Yo siento a cada instante su mirada y cada vez que mi rocín hace un escarceo yo percibo el centelleo de sus ojos.

Nuevamente se detienen los jinetes y también hace un alto la carroza. Herzl asoma la cabeza y más de la mitad del busto. “Estos son los campos de Rejovot, más acá son sus linderos” —declaré ante el huésped... No sé si entendió mis palabras hebreas o si tan sólo las intuyó. Lo que sí vi con certeza fue que la lágrima rutilante se deslizó súbitamente por la cara; y tras ésta, otra y otra más. De ambos ojos le corrían lágrimas. También mis camaradas advirtieron las lágrimas y sus exclamaciones se convirtieron en verdaderos truenos: “¡Viva Herzl, viva Rejovot!” Las voces repercutieron en toda la vastedad de la comarca. En la calle Acrón estaba reunida toda la colonia. Herzl se apeó del coche y con él su comitiva. El jefe de la comuna se adelantó a saludarle y presentarle a sus camaradas y a los ancianos. El estrechó la mano de cada uno, dedicándoles una mirada profunda, penetrante. Y he aquí que de entre los ancianos se aparta el viejecito Rabí Yaacob, ataviado con su gabán de seda, ceñido con el cingulo ritual y la mitra sabática. Se aproxima a Herzl y le tiende su mano descarnada. Luego, levantando los brazos en vilo, pronuncia: “Bendito seas, oh Dios, nuestro Señor, rey del universo, que nos has permitido vivir, nos conservaste y nos has hecho llegar hasta este momento”... Y dirigiéndose a la muchedumbre, exclamó “¡Gut Yom-tov, Idn!...” (felices fiestas, judíos, dicho en idish).

Yo siento la llamarada de fuego que brota de los labios del anciano propagándose por todos los corazones. Contemplo la cara de los circunstantes y observo el temblor que los sobrecoge. Unas

cuerdas sutiles vibran en los pechos, se agitan como alas tremolantes.

Herzl retiene la mirada sobre el semblante del anciano y he aquí que una angustia se derrama sobre su faz... no oye ni percibe las palabras, sólo siente, siente sin atinar a comprenderlo.

El jefe de la comuna traduce al alemán las palabras pronunciadas por el anciano y el rostro de Herzl se ilumina.

Las dos hileras de alumnos avanzan y se detienen delante de Herzl. Una niña vestida de blanco y azul, de rostro terso, ojos púrpura y bucles dorados, le obsequia un ramo de flores. El la agradece con un beso en la frente. La niña prorrumpe a entonar el himno. Su voz resuena como el retintín de una campanilla de plata y todos los condiscipulos responden a coro, confundiendo sus voces con las de toda la multitud: "Nuestra esperanza aún no está perdida"...

"¡Meleh il Yahud!" (el rey de los judíos) murmuran los árabes que, instalados detrás de la arboleda, contemplan el espectáculo.

En la noche seguida a la inauguración del primer Congreso Sionista, el 29 de agosto de 1897, Herzl apuntaba en su diario, las siguientes palabras: "En Basilea he fundado el Estado Judío". Parco había sido en esa anotación; hubo de añadir "y en Rejovot, camino de Rishón Le-Zión, he descubierto a mi pueblo y avistado la tierra añorada, Tierra de Promisión". **Descubierto, sí. ¿No** ha sido, acaso, el suyo, un descubrimiento el que acababa de hacer? Encaramado en el monte Nebó<sup>6</sup> de sus visiones, ensueños y esperanzas había descubierto, avistado y fundado lo que la voz de lo profundo de la historia le señalaba.

---

<sup>6</sup> Nebó-. el monte desde el cual Moisés pudo contemplar la "Tierra Prometida".

**SAUL CHERNIJOVSKY,**  
**Un poeta renacentista hebreo**

Todo lo viviente — afirmaba Chernijovsky— se halla sumergido en un mar de lágrimas, se sofoca en una atmósfera nauseosa, se mata por el mendrugo de pan, lucha incesantemente con el prójimo hasta sucumbir en una guerra odiosa. Bien lo comprendo, bien lo sé y lo veo. Lo sé pero no quiero sentirlo. No lo quiero, porque en torno de mí sólo veo rosas... No, no es así como debe ser el mundo. No fueron para eso creados los días de luz, los abismos de cielo, la multitud de flores y todo el mundo de lo animado. ¡Para gozar de la vida, la luz y lo bello! Para eso se le ha entregado cuanto existe en el universo. El hombre no ha nacido para ser agobiado, sumido, oprimido, enfermo y desdichado. Quiero un mundo distinto y un hombre diferente. Toda gota de sangre debe ser convertida en torrentes de luz, en resplandores de alegría y de cantos. El mundo debe colmarse de flores, de rosas.

Pero ¿quién era Chernijovsky? y ¿qué representa ese hombre que hemos tenido ocasión de conocer, con aquella su mirada azulina, de rostro sonriente y fiero a la vez? Tosquedad de mujik, guedejas levantadas, ademanes inquietos y acusados, brazos siempre abiertos como para estrechar entre ellos al mundo entero: los hombres, los soles, los cielos, la vida misma en su incesante fluir, en su infinito devenir. Chernijovsky fue un poeta hebreo; un poeta pleno de señorío; un poeta hebreo que supo recoger en sus estrofas el rumor misterioso de todos los tiempos, de todas las latitudes de la sensibilidad humana, transformándolo en música.

Allá por los albores de la restauración nacional judía, cuando el cuerpo entumecido de Israel se desperezaba del largo sueño de la diáspora por obra de un romántico y visionario (Teodoro Herzl), nace en una recatada aldea de la Rusia peninsular, un nuevo poeta hebreo. ¡Y qué infancia la suya para un judío! Una infancia de "hereje": de flores, de caricias; una infancia sin humillaciones del

ghetto, a cubierto de la maldición inexorable que pesa sobre la grey en todo el resto de la Rusia; y muy lejos de los centros de estudios talmúdicos. Su infancia se impregna de aliento de rosas, de mirtos y jazmines, de sol; de esos soles que él luego canta a la manera gongorina.

El niño crece y el infinito de los cielos le infunde infinitud en el alma; una adolescencia colmada de amor convierten las fibras de su ser en cuerdas, cuerdas de lira, cuerdas de cítara. A la edad de 8 años aprende Chernijovsky el idioma hebreo. El espíritu liberal que predominaba en el hogar paterno tuvo la virtud de suscitar en el niño una curiosidad múltiple por la vida, al par que le infundía un amor lleno de orgullo y altivez por su origen judío. El estudio de la Biblia, compartida con lecturas de obras profanas, generalmente sobre la mitología griega, tienen la virtud de añadir incentivo a ese amor suyo, casi innato, a la vida. De manera que las proezas de Agamenón, la bravura de Aquiles que él conoce muy luego en el original de los poemas homéricos, no constituyen para Chernijovsky —según propias confesiones— sino una variación de las proezas de Josué, de David o de los Macabeos. Sus primeros versos compuestos, bien en lengua rusa, bien en lengua hebrea, son dedicados a reivindicar algunas figuras bíblicas que el texto relegó a segundo plano. Así es como acomete la defensa de Saúl, en contra de Samuel y David; la defensa de Uría el hiteo, aquel comandante de los ejércitos hebreos que mientras libra las batallas que otorgan la gloria de David éste le burla usurpándole la mujer. Chernijovsky advierte las graves injusticias que se traslucen en muchos episodios bíblicos y levanta su grito de rebelión en estrofas airadas.

"Desde que advertí —declara en sus apuntes autobiográficos— cuánta injusticia sanciona la tradición al haber consagrado muchas de nuestras figuras históricas, sentí por éstas una aversión profunda. He aquí por qué me he plegado a los partidarios de Saúl." Un poeta que se inicia de este modo, alzándose contra las figuras consagradas o que dedica sus más alados versos a cantar la vida y el amor que arde en sus venas; un poeta que no respeta los moldes aceptados ni las formas establecidas por los poetas que le preceden; más aún, un joven poeta que a los 16 años se presenta ante los maestros con un fajo de versos en los que se atreve a introducir formas libres, a inventar vocablos, a hebraizar términos rusos o

griegos ... un joven poeta que incurre en semejante "herejía" estaba expuesto al fracaso si no a la pena de ostracismo... Y en efecto, le rechazan reiteradamente en las redacciones de las revistas a las que se presenta. Por suerte, otros jóvenes escritores, tales como Klausner y Brainin, más tarde también Bialik, le alientan en el camino. Pero en verdad Chernijovsky no pudo ser aceptado por aquellos hombres que no se habían liberado todavía de la tonsura religiosa con que todo lo hebraico se hallaba apegado. En momentos que toda la pléyade de escritores y poetas estaba dedicada a ensalzar las bellezas de la Mishna, a exhumar las grandezas de la Torá o exaltar los mártires judíos que mueren *Al Kidusch Haschem*, no se pudo admitir sin titubeos que un joven poeta, que lee a Homero en el original y desconoce el Talmud, escribiera en lengua sagrada, profanos versos de amor, con un "qué me importa" a todo cuanto sea sagrado.

Chernijovsky se hallaba por entonces entregado a la vida, entregado al amor, entregado al estudio. Sólo era incapaz de ambicionar la gloria conquistada con cálculo. Para él, la poesía no era sino la expresión musical de lo vivido; y lo único que merece ser vivido es la belleza, la alegría, el gozo de la vida.

¿Quieres saber por qué escribo o por qué dejo de escribir? —dice al maestro Josef Klausner en una carta enviada desde Lausana donde a la sazón seguía estudios de medicina—. Escribo porque vivo; porque siento el canto de la vida. Toda vez que encuentres al pie de un poema mío citado tal o cual lugar, has de saber que fue allí donde sentí la poesía de la vida. La vida en sí, tal cual se nos presenta ordinariamente, es una cosa horrible y sofocante. Pero el contenido, la sustancia de la vida, su misterio, es la poesía; es un cantar de cantares, el más sublime que puede darse jamás. No es simplemente un canto común sino un canto triunfal: triunfo de la materia sobre el caos, triunfo del ser sobre el no-ser, triunfo de la vida sobre la muerte... Lo existente, lo eterno, lo infinito, es la muerte. Todo cuanto aparece, así no fuera más que para durar un sólo instante, es una victoria de la vida sobre la muerte. Y todo lo animado se halla en estado de poesía; quien logra cobrar conciencia de este vivir, se convierte en poeta.

"En el fondo —continúa discurriendo Chernijovsky— estamos destinados *todos* a ser y vivir como poetas de la vida, poetas del

triunfo del ser sobre el no-ser; pero ocurre que el lodo del mundo: la sordidez, la pobreza, la opresión obran como un narcótico en los hombres y los arrojan en un mar de miserias y crueldades... Por eso hay en la vida victoriosos y denotados. Como el triunfo dura sólo un instante, resulta en los hechos que son pocos los vencedores y muchos los vencidos. Yo quiero pertenecer a los vencedores."

Hallándose en Heidelberg aparece el primer libro de poemas de este nuevo poeta judío que apetece solamente la victoria de la vida de cada momento. "Visiones y Cantares" titúlase ese primer ramillete de poesías. Y he aquí lo que nos expresa uno de sus émulos, el poeta hebreo Jacob Fijman:

"Más de un siglo transcurrió la poética hebrea en ensayos y tanteos de los más variados, sin alcanzar el objetivo anhelado, o sea el de salvar distancias aproximando lo remoto. Pero hete aquí que viene Chernijovsky, el hombre que "jamás se unció a los yugos" y descubre al punto el talismán de aquella alianza. Descubre esta llave maestra en horas en que aún su propio lenguaje adolecía de pesantez, en que sus propias inspiraciones se resentían de serias violencias. Por aquellos días ya brillaba el sol de Bialik; pero un hechizo muy diferente ejercían estos versos primaverales. El mundo se ofrece aquí bajo un aspecto muy distinto. Con el advenimiento de Chernijovsky no sólo se acaba una etapa en la literatura hebrea, sino también una época. Nos hallamos en otra ribera. La respiración se hace más fácil; nada infunde ya temor, porque en el mundo entero parece haberse operado una mutación. El mundo es distinto. Esta voz fresca ha hechizado a todos; hasta el propio Bialik, que había volcado toda su amargura sobre este siglo, se impregnó en este aliento perfumado, se libró del peso de sus visiones proféticas presentando la cara al sol. Estas pequeñas estrofas chernijovskinas relucieron como flores de campo, resonaron como cantos de alondra, arrastrando a todos hacia el sol. ¿Qué puede haber más sencillo, menos artificioso que aquellos Cándidos y primaverales versos de "Salgamos, vivamos"? Sin embargo penetran en el corazón y comunican la dulzura y gracia infantil que jamás el ingenio libresco o erudito podrá proporcionar. No encerraban sino aquello por lo que honradamente se dejó impresionar un mozo en cierta hora. Este tipo de poesía no necesita

de simbolismos, no abriga un sentido oculto detrás de la palabra, sino que las quiere a ellas mismas porque tiene sed de tres cosas: de hierbas, de rocas, de aguas en su curso; y precisamente por ello es que se convirtió en símbolo. Bialik no pudo por ningún instante liberarse completamente del signo alegórico, en sus descripciones de la naturaleza. Chernijovsky, en cambio, se coloca frente a los seres como parte de ellos mismos, los hechiza y queda hechizado por ellos al propio tiempo; los conquista con su mirada silenciosa, persistente, con su amor poderoso, callado, tímido, tan descomunal en la exaltación judía. La voz de Bialik nos penetra en lo íntimo del corazón; su sangre se confunde con la nuestra en un ritmo común y simultáneo. Chernijovsky es totalmente distinto. Su aliento extraño flota en derredor suyo, en su vez, en sus palabras; aire de desierto y olor a mar."

Poeta semejante no pudo ser, ciertamente, comprendido en un momento en que la judería sufre los horrores del pogrom de Kischiniew y en que los más esclarecidos de sus hijos se hallan abocados al problema de ser o no ser, de dejarse acogotar o de sobrevivir como pueblo, libre de los horrores de la opresión y de los vejámenes del Ghetto. El materialismo parecía extender su dominio; en su aluvión incontenido parecía también estar amenazada la poesía. En el siglo en que florece la técnica, en que la industria se propaga, ¿habrá sitio seguro para la expresión de los sentimientos humanos individuales? Chernijovsky, cuya profesión de fe es la poesía, responde con un "No morirás hija del canto, no has de sucumbir jamás."

El taller, la fábrica con sus chimeneas de humo perenne, toda la técnica con sus millares de cables eléctricos, sus aviones y teléfonos, no podrán negar la poesía profunda y eterna que brota del alma humana desde la primera hora de la creación. La poesía no desaparecerá ni cuando todo el orbe quede aplastado por una inmensa aplanadora de materia o el hombre haga volar todas las crestas de los montes con dinamita o levante inmensas torres que rasguen los cielos, ni cuando el hombre empeñe todo el poder de la técnica para disimular la belleza de un atardecer. Acontecerá entonces que de en medio del taller, del humo que arrojan las chimeneas como lava los volcanes, de entre el chirriar de la máquina

y el retintín del martillo que cae sobre el yunque, emergerá la poesía siempre arrogante y airosa. "Mientras el corazón del hombre agite un latido; sea en el bullicio de la urbe, sea en la quietud de la aldea; entre suspiros de amor y ansias de vivir, se agitará retozona la flor del poema."

Tal es como aparece Chernijovsky en la poesía hebrea moderna. Con un credo y una práctica. Fe inalienable en la poesía como soberano bien del hombre; y una práctica de amor: amor a la mujer, a la belleza como entidad abstracta encarnada en todos los elementos de la vida. Chernijovsky se presenta en la literatura hebrea, ante un pueblo que gime y llora su dolor de siglos, un pueblo que apenas alienta una esperanza de redención futura. Se presenta ante su pueblo habituado a los encierros del Ghetto, descubriéndole la naturaleza; la naturaleza como fuerza generadora de optimismo, como fuente de vida positiva en la que se recrea el alma humana y como una finalidad en sí. En los tres aspectos en que Chernijovsky se manifiesta con su aparición, sea en el de descubridor de la naturaleza, sea en el de poeta del amor, sea en el de sacerdote de la belleza, es siempre un innovador. Si bien la mayor parte de sus composiciones se refieren a un tema tan antiguo como la vida misma, el amor, sus imágenes e ideas son enteramente novedosas. Por lo demás, así como no parece repetirse la naturaleza en su anual reverdecer, así el amor en Chernijovsky, como temática de la poesía, retorna renovado. El amor en este caso es, al decir de Heine, una historia vieja que permanece siendo nueva... En cada circunstancia se enriquece con los matices que le agrega quien experimenta de nuevo esta vivencia. Y en lo que concierne a la literatura hebrea, mejor dicho a la poesía hebrea, la presentación de esta vieja historia, siempre nueva por virtud del arte de Chernijovsky, constituyó una verdadera revolución. Todos los poetas del resurgimiento hebreo habían dedicado sus estrofas al amor y a la naturaleza; pero tratase de un amor artificioso que jamás habían experimentado y una naturaleza que nunca habían contemplado; eran meros elementos abstractos que conocieron a través de los libros y de los poetas hebreos del Medioevo. Los poemas más modernos procedían del influjo de los *Lieder* de Heine y de las canciones de Schiller que se habían infiltrado entre los

infolios sagrados, llegando hasta los escaños de la *Yeshivá*. Los hijos del Ghetto no habían conocido más que la penumbra de sus encierros y las sofisticadas de la sagrada enseñanza. En cambio este intrépido aventurero sólo canta lo que su propia sensibilidad había descubierto.

Ciertamente Chernijovsky, al igual que todos sus coetáneos, se había nutrido de los *Lieder* de Heine, los versos de Frug y los poemas de Goethe y Schiller. Pero contrariamente a todos, que se habían quedado prendidos en las redes de Werther, de Hermán y Dorotea o en los melancólicos acentos de Heine, Chernijovsky delata un gozo sin parangón, una verdadera alegría de vivir, en el amor, en comunión con la naturaleza. En tanto los poetas hebreos de su tiempo no iniciaban sus estrofas antes de tener dispuesta la almohada en que depositarían la cabeza vencida por la angustia imaginada ni mojaban su pluma sino en un torrente de lágrimas (éstas habían de brotar antes que la lira comenzase a tañer) este nuevo autor del cancionero amoroso judío rebotaba de contento cual un juglar triunfal que se embriagaba primero en el vino del holgorio hasta olvidar toda pena.

La contemplación de la naturaleza conduce a nuestro poeta a un estado de verdadera euforia, traducida generalmente en un himno a la vida, a un dejarse llevar jocosamente por los encantos que residen en todas las cosas: el campo, las flores, las aguas marinas. Mas ocurre también, por momentos, que esta propia contemplación le despierta una angustia profunda y callada. Y en algunas composiciones la angustia crece, sube de punto y raya alturas siderales: es la angustia de la eterna tristeza provocada por los arcanos de la vida. Tal es el caso de su "Elegía". Las olas golpean contra las rocas sempiternas; rompen y tornan a batir, y es una guerra sin término. El poeta lo contempla como un símbolo de la lucha perpetua que entabla la vida. Pero esta guerra porfiada que libra el hombre ¿qué fin tiene? ¿Con qué objeto y hasta cuándo continuarán las olas en su batallar? Y de haber término ¿qué ocurrirá entonces? "¿Tiene una finalidad la vida del hombre y su batallar?" En este ancho mundo nacen y mueren las criaturas sin cesar, nacen y marchitan como la hierba del prado, y sin embargo pelean; pelean sin saber para qué; y aun cuando en su batallar

aspiran a algo ¿daráse, por ventura, el hombre por satisfecho, hallará tan solo una hora de bonanza? ¿Puede acaso, el hombre renunciar a la ambición? ¿Cumpliránse sus apetitos algún día? La única respuesta es el batir de las olas contra la roca invulnerable. He aquí la razón de la pesadumbre infinita que acosa al estro de Chernijovsky.

Pero Chernijovsky es un poeta del optimismo y como un prestidigitador que con el juego mágico de sus baterías halla contento en su propias artes, así también él se consuela poniendo medicina a su dolor.

Descorreré el telón de los cielos y verás los secretos  
de la creación en las ocultas profundidades desta  
mar. Verás también el misterio del hombre y tu  
alma se estremecerá de pavor. Al contemplar las  
ruinas de sus ideados altares,  
Dios se manifiesta cerrando el cielo con tinieblas al  
llevarse el viento cual hojarasca tus sueños; y derramaré  
sobre tu cabeza un nuevo rocío que cual bálsamo  
restañará las heridas. Un mar de poesía derramarásc en ti,  
hermano; con visiones divinas será tu pecho colmado y  
con torbellino furioso y el latido de venas tomarán a  
florecer tus juveniles alegrías r agitárase la vida en olas,  
como olas del amplio mar.

Pero no por su hurgar en la naturaleza, por su bucear la vida explorando las zonas ignotas donde florece un amor con esperanza, se han embotado sus sentimientos judíos. A las voces ora dolientes ora iracundas de Bialik, que clama y trueno contra el triste sino de su pueblo, Chernijovsky replica:

No reposes más entre negras tinieblas; no más  
trepidar, contigo estoy yo. Iluminarése el  
Oriente con olas de canto; entre los trinos  
blanqueará la aurora, como otraño, también el  
sol despuntará. Y aunque tarde el día de  
redención, paso a paso llegará. No desmaye tu  
esperanza, nuestro sol alumbrará.

A ***La Ciudad de La Matanza***, replica Chernijovsky a Bialik con su poema ***La noche de Janucá***, en la que el poeta hace aparecer las

almas de los Macabeos y los pasea por los escondrijos del Ghetto, a fin de que contemplen la celebración de sus hazañas; y las almas de aquellos muertos heroicos se derraman en fulminante imprecación:

¿Son éstos los descendientes? ¡Montón de esqueletos  
escuálidos brazos, puños temblorosos y rostros exangües;  
cerebros compungidos, milagro es que puedan vivir; un vivir  
que no es vida, ancianos envejididos! Cerviz doblada y ojos  
reteniendo el pavor; vencido el torso cual gajo de sauce.

Solamente la belleza y la voluntad plena de vivir es lo que puede rehabilitar a ese pueblo humillado que reside en las tinieblas. Y por eso desea una generación que viva en la tierra ancestral, de lo contrario la música quebrará sus acordes en dolientes lamentaciones, en jeremiadas deplorables.

Chernijovsky fue motejado de pagano, al punto que por momentos se lo consideró extraño a Israel. Pero una observación más penetrante permite aseverar que Chernijovsky es el más auténtico de los judíos, un judío que anhela ardorosamente la restauración moral, espiritual y física de su pueblo que por obra de los acontecimientos históricos, tan adversos, quedó sumido en enervamiento imposible de sufrir por más tiempo. A la civilización judía que se ha refractado en los escondrijos del Ghetto, a una cultura que se salvó en la Academia de Yabne pero se malogró por efectos de un rabinismo curialesco, Chernijovsky opone el espectáculo del helenismo pujante. Por eso, sin desconocer la grandeza judía, este *poeta judío* se prosterna, lleno de admiración delante de Apolo:

#### A APOLO

"Héme delante de tí, deidad olvidada  
en destierro a días remotos  
gobiernas el flumen de la humana frescura  
las olas de inocentes plenitudes.  
Dios de los fuertes gigantes terrenos  
que vences con brazo potente a los que moran en las alturas  
cubiertos del laurel de la gloria

dominas sus dioses añadiendo misterio al arcano del mundo.  
Deidad de la tierra que te embriagas escanciando la vida, extraño  
eres a la muchedumbre enfermiza. Dios-mancebo, esplendente,  
radiante, apuesto **y** donoso, sometido al sol y a los arcanos de la  
vida a las voces del canto y su sinfín de matices sumergido en el mar  
melodioso con sus millares de olas.

Por el torrente de la vida con sus encantos heme llevado delante de  
tí. ¿Me conoces? Soy un judío. Nuestro litigio es eterno... Las aguas  
océanicas entre los continentes cubren el abismo vedando el acceso  
sólo lo cubren con su infinito rugido. Entre cielos y planicies de  
tantos desiertos ¿quiénes podrán levar los puentes?  
Nos separa la Torá eterna y las ideas que forman su norte.  
Te miro a los ojos y me alejo de cuanto me precede  
tomando la senda de los extraviados mortales.  
Soy el primero que junto a tí hoy retorna.  
Por un solo instante aborrecer quiero la perpetua agonía  
y rompo las amarras del alma hoy echada a tierra.  
Anciano es mi pueblo lo mismo que mi Dios  
Luz de Dios, luz divina, claman todos mis huesos.  
Vivir, quiero vivir claman mis huesos y también las venas.  
Y hasta tí he venido. A tu imagen me inclino;  
imagen de vida que la luz simboliza.  
A tí me prosterno; a la vida, la fuerza y la belleza  
que destruyeron los hombres de simiente podrida.  
Mientras el vencedor de Canaán entre tormentas y truenos,  
esté maniatado con las cuerdas de mis filacterias."

El litigio es eterno. Un abismo tan ancho como el mal los  
separa; eso no obstante, prefiere abatir su cara al suelo en  
admiración a Apolo, en admiración al Atica... porque quiere sentir  
un latido en sus venas; y prefiere el Atica a una Jerusalem en la que  
Dios está maniatado con las cuerdas de las filacterias. Aborrece un  
judaísmo amartelado que acabó por entumecer a Dios y envejecer al  
pueblo. ¡Cuánta indignación contra un siglo que despojó al Dios  
**Shadatj**, al Dios todopoderoso, de su prístino vigor y de toda su  
grandeza; mi Dios que otrora presentábase entre truenos y

huracanes, derribando a Jericó al son de trompetas y hoy se halla trabado entre filacterias.

¿Puedese, acaso, negarle derecho a la airada protesta a un poeta que tiene un sentido tan elevado, una noción tan históricamente veraz de lo que es el Dios de Israel? Quien tiene una tan certera noción histórica del judaísmo, un judaísmo racional y panteísta, no puede menos de enrostrar a los que extirparon la idea grande del seno de la judeidad, su preferencia por un Apolo y quemar inciensos en su honor. Los judíos que desnaturalizaron el sentido de una Yabne, que olvidaron la grandeza cósmica de una epopeya como Masada, que relegaron el recuerdo de los macabeos a los recintos sinagogales, despegaron de la tierra para hacer, al decir de Pascal, una vida entre la tierra y el cielo: ¡No gozar de los placeres de la vida presente y privarse de la vida celestial! Por eso ahora que pretendemos insuflar nueva vida en nuestro pueblo, ahora que intentamos su resurrección, preciso es conducirlo por el camino de la belleza, del placer y del gozo del vivir.

Y este camino que los judíos olvidaron lo señala la Grecia antigua con sus dioses de la belleza que la encarnan. No es entonces que Chernijovsky haya contrapuesto la concepción helénica del universo a la concepción judaica. Por más que no fue filósofo, en la acepción académica del vocablo, sino tan sólo poeta (y el poeta no se halla tan distante del filósofo, ya que los une idéntica visión intuitiva) Chernijovsky el poeta, avistó agudamente el peligro que corre el mundo en el caso de triunfar totalmente el judaísmo sobre el helenismo, Jerusalem sobre Atenas. Jerusalem sin Atenas no provocaría sino un desequilibrio en las fuerzas inmanentes que impulsan al género humano a estratos superiores de la escala animal. Jerusalem y la Hélade son dos fuerzas convergentes en el alma del hombre; junto a las ideas de Sócrates deben obrar las ideas de Isaías y en la República de Platón deben imperar las reglas sociales dictadas por Moisés; en otro orden de escalas, la doctrina de Nietzsche debe combinarse con la doctrina tolstoiana si se pretende equilibrar el espíritu del hombre que está hecho de barro y de cielo a la vez. Y en este sentido Chernijovsky, motejado de hereje y pagano, ha permanecido fiel al dictado sustancial de la ideación judía, del Estado de Israel redivivo



**MEDITACIONES**

**La zarza ardiente**

**El vitalismo móvil en lo inmutable**

**La fecunda era medieval judía**

## LA ZARZA ARDIENTE

*"... Se le apareció en forma de una llama de fuego emanada de una zarza."*

(EXODO III-2)

Ni al filósofo, ni al sociólogo, ni siquiera al hombre común se le revelaría nada nuevo si se le dijese que lo que caracteriza al hombre, por sobre todas las cosas, es que su condición humana no está sujeta a factores de orden físico únicamente, sino que a más de este mundo tangible, el hombre vive simultáneamente —y acaso de manera preponderante— en un mundo simbólico, abstracto o espiritual. Sentimientos, emociones, ensueños y reflexiones que se tejen y destejen de continuo en el interior del hombre, constituyen la urdimbre de ese universo trascendente del cual le resultaría imposible desahucarse sin lesionar la índole peculiar de su humana condición.

Trátase del mundo maravilloso que nos describe Sir James Frazer en su obra monumental titulada *La Rama Dorada*, o bien el mundo simbólico del que nos habla con tanto pormenor el eminente pensador judío Erich Kahler. Mundo, en fin, en que es grato vivir, a pesar de que no todos sus caminos estén sembrados de rosas, ni pocos en él sean nuestros pesares.

Tan importante es ese universo supraterráneo que cuando, por acaso, se produce una falla circunstancial en los centros nerviosos destinados a motorizar la facultad imaginativa, el hombre experimenta un penoso decaimiento, su vivacidad se entumece, pierde fertilidad su ensueño y todo él acaba por caer en una soledad pesadumbrosa. En su desesperación, el hombre moderno, en cuanto se siente acosado por ese mal, acude al psicoanálisis en procura de una tabla de salvación, sabiendo, sin embargo, por intuición, que el antídoto primario contra esa tosquedad del alma está dado en un zambullirse en el medio cultural en que se estratificó su personalidad en los años de formación; medio social que es por consecuencia, el repositorio fundamental de su memoria

sedimentaria. En ésta se conservan latentes las raíces de su identidad personal. En el caso de los judíos de la diáspora, esa memoria sedimentaria se encuentra localizada en los organismos activos de la comunidad judía, la *Kehilá*, que obran a manera de los corpúsculos sanguíneos en el organismo.

La memoria sedimentaria es el acervo de vivencias emocionales intensas e inolvidables que se agitan en nuestro interior, a veces serena y otras bulliciosamente. Como quiera que sea, evocarlas en momento propicio ayuda a crear estados de ánimo que nos retornan a un pasado que jamás dejó de estar presente en nosotros. Y por más que parezca paradójico, poseen el poder de aligerar la soledad y alejar el tedio del corazón. Es que por efecto de su evocación, irradian influjos catalíticos de horas emotivas vividas en compañía de seres con los cuales ensueños comunes, ansiedades solidarias y esperanzas conjugadas nos unieron para siempre con lazos afectivos. La memoria sedimentaria se reanima con brío y pone en movimiento recuerdos de tiempos juveniles, sucesos que en su desenvolvimiento cuajaron nuestra personalidad social en medio de una decantación imperceptible y sostenida de nuestra personalidad individual. Era la edad en que nos habíamos modelado a imagen y semejanza de nuestras ideas, costumbres y modos de actuar que nos dieron perfil propio, diferenciándonos de las demás sociedades humanas. En otros términos, modelaron y prestaron relieve singular a nuestra condición de judíos. Una vez que esos rasgos comenzaron a revelarse y a caracterizar nuestra personalidad colectiva en el escenario de la sociedad humana, ésta se mantiene invariable toda la vida. Es que en cuanto esas ideas toman asidero en nuestra psiquis, van adentrándose en nuestro interior o escalando en nosotros hasta llegar al cénit de nuestra emocionalidad. Puede ocurrir, a veces, que éstas se pongan a un lado, pero tan solo por momentos con el fin de dar paso a nuevas vivencias, pero reaparecen luego en un nuevo espectro de contingencias coyunturales.

El recordar es, en consecuencia, un signo de cultura. "Sin un espejo delicado que registre lo que pasó en las almas, la historia universal es tiempo perdido y en ella nuestra historia personal; lo cual afantasma", afirma Jorge Luis Borges. En efecto lo que yacía en apariencia dormido en la memoria sedimentaria, reaparece,

temprano o tarde, con nuevas formas de expresión, pero tendientes a reafirmar la identidad personal que viene enriquecida por las nuevas experiencias espirituales y esclarecida por una ilustración más acorde con los tiempos que corren. Se asemejan al proceso cíclico del que nos habla Aristóteles. "El sol, dice el estagirita, hace evaporar las aguas del mar, pero momentáneamente, y las acumula en las alturas formando nubes; allá el líquido se purifica y vuelve a caer al lecho originario en corrientes renovadas; sustancialmente, empero, son las mismas aguas."

La cultura judía, a la que en esencia aludimos con lo expresado más arriba, es una cultura siempre ajustada a los nuevos tiempos, sin renegar de las raíces de su pasado. Fue gracias a ese ensamblaje entre nuestro ayer judaico y nuestro hoy del mismo género, que los sufrimientos, las persecuciones y las miserias en el curso de los siglos pudieron ser sobrellevados con estoicismo y esperanza, fundados en los principios bíblicos que nos hablan de un mundo mejor, avizorado por los profetas y por el ensueño de los místicos judíos deseosos de hacer bajar al mundo terrenal las excelencias del mundo celestial. De acuerdo con esa visión, el reino mesiánico y el reino de Dios no son cosas reservadas a otro mundo, sino a éste, siempre que respondamos debidamente a los requerimientos de nuestra conciencia, en el sentido de marchar por el camino de la perfección. Lo que el judaísmo pretende en esencia, así sea considerado credo religioso o visión de mundo, es la perfección del hombre que es meta propinqua a la paz universal. He aquí una de las interpretaciones exegéticas de la expresión bíblica de *"Am-segula"* (pueblo propicio, pueblo escogido o pueblo del designio, esta última es versión del presbítero Carlos Cucchetti).

Desde este ángulo visual se torna más asequible e inteligible el simbolismo que entraña el episodio de la zarza ardiente adscripta a Moisés, fundador de la doctrina bíblica. Básicamente, la zarza en llamas avizorada por el gran conductor en el desierto de Horeb, sigue ardiendo en el corazón de todo judío. La llama que fulguró a los ojos del insigne visionario, sigue ardiendo en todos los tiempos como síntesis simbólica de los ideales que desde aquella hora alumbran el sendero del pueblo de Israel, así como también del de cuantos son adeptos de las religiones derivadas del judaísmo. La historia de Israel es cosa viviente; está en todo cuanto el pueblo

judío hace judaicamente. Es la esencia de la cultura judía gracias a la cual el judaísmo reflorece tras cada una de sus mutaciones, tras cada uno de los altibajos de su azaroso destino. De aquí que para andar por la vida sin devaneos ni falaces espejismos, el judío necesita de la memoria sedimentaria, de su ligazón perseverante y activa con su comunidad que es —valga la metáfora— el caldo de cultivo de su peculiaridad distintiva y fuente generadora de su fecundante espiritualidad.

Sin el trasfondo de una memoria sedimentaria, de ese "memento", ese replegarse sobre sí mismo y en el pasado histórico de su estirpe, el judío corre el albur de perder el diapasón moral que le da el tono adecuado a su condición, dejándolo a la deriva en el mar enturbiado por la asimilación vergonzante, en la que, tarde o temprano, acaba por ahogarlo en un desprecio a sí mismo: "No te imagines —dice Mordejay a la reina Ester— que te vas a librar tú sola entre todos los judíos; si te empeñas en callar en esta circunstancia, el socorro vendrá de otra fuente, mientras tú y tu hogar paterno pereceréis" (IV-14).

Como advertencia histórica, dada la subsistencia del antisemitismo, al que ni la derrota de los nazis ha servido para extirparlo de raíz y, sobre todo, los extraordinarios efectos causados por el resurgimiento del Estado de Israel, han producido entre los asimilacionistas una ansiedad de retorno. Retorno a la coherencia psicológica, ésto es, a una reconciliación con la historia de su pueblo y, por ende, a una paz del espíritu. Del espíritu de quienes fueron hasta ayer indiferentes, remisos y desdeñosos. El resurgimiento del Estado de Israel les ha hecho recordar, mejor dicho, cobrar conciencia de sus orígenes y recuperar la dignidad social e individual. Sin eufemismos diríamos que la zarza ha tornado a emitir la llama que, en verdad, no se había extinguido sino oculto en el ocaso. Tal es lo que había manifestado el inolvidable poeta Heinrich Heine después del período de su desertión, en el que pretendió desdibujar su identidad. La zarza que en Heine ardía le ha hecho retornar para relatarnos en páginas memorables la tragedia del Rabí de Bacharach en la noche de la celebración de la Pascua Judía o, en estrofas cinceladas, cantamos los esplendores de la "Reina de Shabat" y las peripecias bucólicas del hijo del Rabí de Zaragoza. De todo lo cual es dable concluir que el judaísmo, a más de una concepción religiosa para muchos, es una mística, una fe concomitante con la idea de un Dios que es la encarnación de virtudes, una fe y visión exaltada de ideas que enarbolan al Dios Uno que es promisión y esperanza en un mundo perfecto al que se llegará una vez que el hombre transite por los caminos de ese Dios.

Mística, que en Abraham se sustancia mediante un linaje que fue escogido para propagar entre los hombres la idea de justicia. Es la mística ampliada, profundizada y luego hecha ley por dictado de quien se sintió tocado de una mensajería redentora, Moisés, que lo establece como principio de conducta social. Más adelante se convierte en idea que preconizan los profetas y la proclaman como postulados divinos que el pueblo de Israel —linaje escogido— está llamado a difundirlo entre los hombres. La finalidad última de esa idea de justicia es la paz universal, en la esperanza que por virtud de ésta, en vez de armas de guerra se emplearán instrumentos de labranza para acrecentar el fruto de la tierra. Tales ideas, promesas y esperanzas se convierten en objeto de veneración, en culto religioso, para cuyo cumplimiento es menester realizar de continuo ejercicios espirituales. Estos consisten, fundamentalmente, en el estudio ahincado de las disposiciones legales para consustanciarse con su sentido profundo, a veces misterioso, hasta percibir sus alcances polivalentes. De esta suerte resultó que el culto judío considere el estudio más importante que el rezo y más meritorio que cualquier otra forma de adoración a su Dios. El estudio es el camino más corto hacia Dios, es un aproximarse conceptualmente hacia El, es sentir un regocijo íntimo en un estado de suprema espiritualización. De ahí que la corriente estudiosa primaria, esto es, el Talmud se abrió luego dando lugar a dos vertientes fecundantes **y** caudalosas: El Cabalismo y el Jasidismo, una para develar misterios en cada letra de la Torá y otra para transportarse a las regiones de la alegría y el ensueño fantasioso por cuya virtud el hombre judío despega de la terrenalidad para elevarse a estratos superiores.

## **EL VITALISMO MOVIL DE LO INMUTABLE**

**H**oy por hoy sería ocioso volver a las harto trilladas disquisiciones de orden semántico o a las elucidaciones políticosociales, no pocas veces de taimada intención confusionista, para precisar si los judíos constituyen una secta religiosa, un pueblo errátil o bien son hijos de una nación irredenta. Hoy día, la mayor parte de los pueblos civilizados y, dentro de ellos, hasta las personas medianamente informadas, saben que los judíos, dondequiera se encuentren, sea en el país de Israel, sea en la dilatada Diáspora, forman parte de un solo pueblo. Pueblo, que desde antiquísimos tiempos se distingue por su credo religioso y por una concepción de mundo que de ese credo deriva, cuya denominación genérica más conocida es judaísmo. No sabemos de individuos que, habiendo abjurado, abierta y voluntariamente, del credo religioso judaico, se considerasen a sí propios cual si continuaran siendo judíos. En cambio, aún los agnósticos y descreídos de entre los de origen judío, mientras no renuncien manifiesta y deliberadamente al credo religioso judaico, así no guarden apego a las prácticas tradicionales judías ni vínculo alguno con la grey, siguen siendo considerados judíos por ellos mismos y por sus congéneres. Pero en cuanto adopten voluntariamente otra fe religiosa, dejan, automáticamente, de ser reputados de judíos y son motejados de conversos, apóstatas, tráfugas o "ramilla caduca del árbol judío". Análogamente, aunque en sentido contrario, quienes procediendo de otra confesión religiosa adoptasen el credo judaico de conformidad con las formalidades reglamentarias del caso, pasan a ser miembros de la grey de Israel, del pueblo de Israel todo, en una plena identidad judía, partícipes absolutos del destino y de la historia de Israel, con títulos iguales a los que detentan los hijos de judíos por natiuidad.

Por tradición como asimismo por prescripción normativa, resulta difícil, por no decir imposible, admitir distingo alguno y, por ende, discriminación, entre pertenencia religiosa por adopción y pertenencia en razón de cuna de origen. Es que desde sus albores, el

judaismo y el destino de Israel están íntimamente unidos en una aleación indisoluble. Incontables e inconclusos son los datos históricos y bibliográficos que podemos traer a cuento en abono de este aserto. A título de ilustración, mencionaremos tan sólo dos episodios que nos permitirán vadear el río de las hipótesis para llegar a la comprobación documental. Uno de éstos, emanado del texto bíblico, esto es de la breve novela, compuesta a todas luces en remotos tiempos, como que está incorporada al cánón con el título del nombre personal de la figura protagónica. Nos referimos al personaje central del libro de Rut, obra que el autor ubica en la era de los jueces o, por mejor decir, al tiempo en que el pueblo de Israel se hallaba en los inicios de su organización nacional.

Al tomar Rut la decisión de ahijarse en el pueblo de Israel y a tal efecto quiere pasar a territorio judío en compañía de Noemí, su suegra, que se dispone a regresar a su tierra natal tras vicisitudes padecidas durante su expatriación voluntaria, esta trata de disuadirla. Pero Rut le responde a porfía: "No me insistas, que adonde tu vayas, allá iré; en donde tú te alojes allá me aposentaré, tu pueblo será mi pueblo, tu Dios será mi Dios". De lo cual es dable inferir que ya en aquellos tiempos, convertirse al judaísmo comportaba asumir esa fe, aceptar el destino del pueblo de Israel e identificarse con su nacionalidad.

Mencionemos el segundo ejemplo, referido a un hecho ocurrido con el clérigo cristiano de nombre Obadía (siglo XII) quien por convicción se convierte al judaísmo. Obadía se dirige al eminente sabio judío de su tiempo, en procura de una respuesta acerca del siguiente problema que le afecta seriamente, a saber: "¿Puede serme lícito pronunciar la plegaria que comienza diciendo: 'Dios mío y Dios de mis padres Abraham, Itzjak y Yaacob, siendo que mis padres comulgan con otra religión?'" A lo cual le responde el maestro: Desde el momento que eres hijo del pueblo de Israel, los padres a quienes has de invocar, son los padres de todo el pueblo judío, esto es, Abraham, Itzjak y Yaacob".

De los mencionados relatos anecdóticos, como de muchos otros, ejemplificadores por cierto, es posible afirmar que el texto bíblico y los antecedentes jurídicos son fuentes generadoras de doctrina y fijaron normas que de aquella derivan. Son lo que para

los alejandrinos constituían el Logos, al cual echaban mano en abono de autoridad.

Empero, es preciso tener en cuenta que nada envejece tanto como la historia de los pueblos y ninguna doctrina ideológica guarda su prístina legitimidad si no los reanimamos con nueva savia interpretativa, a objeto de su adaptación a las nuevas condiciones sicosociales. Es la savia que damos en llamar Comentario, Hermenéutica, Elucidación, interpretación o exégesis. Este último es el término más generalizado, para interpretar o adaptar a los tiempos modernos los textos escriturarios.

Básicamente, ya los libros de los profetas contienen, en buena medida, explicaciones, silogismos exegeticos y esclarecimientos de los dictados que contiene el libro fundamental de la Escritura, es decir, del Pentateuco. "El judaísmo que ya existe hace más de 3.000 años, dice el maestro Isaias Leibovitz de la Universidad Hebrea de Jerusalem, existe gracias a sus preceptos y las enseñanzas, que de estos derivan"; y es indudable que las enseñanzas primerizas las dictaron los profetas. Ellos profundizaron, elucidaron, preconizaron, razonaron y prestaron alas de alto vuelo al Pentateuco, luchando sin claudicaciones, hasta inculcar en el pueblo judío primero, y a través de este en las sociedades humanas de todos los tiempos y latitudes, las ideas de justicia social, paz y amor al prójimo como cualidades supremas deseadas por el Dios en cuyo nombre predicaban; esto es, el Dios de Israel. En otros términos, los profetas fueron los precursores de quienes, siguiendo el precepto mosaico, emprendieron la tarea interpretativa y esclarecedora, en consonancia con las nuevas condiciones de la vida y con sus coyunturas sociales. En el examen de los textos del Pentateuco, hecho por los profetas, la idea fundamental de Dios es la justicia pues es la idea coincidente con lo que el Dios de Israel quiere para el hombre, cualquiera sea su origen o nacionalidad; de aquí que fueron ellos los primeros exegetas que convierten al Dios del pueblo de Israel en el Dios universal. Por otra parte, dado que el Dios de Israel quiere justicia para todo el linaje humano, nada de lo que El crea es inamovible, excepto el mundo mismo al cual el hombre debe llevar a la perfección.

## **LA ALBORADA EXECÉTICA**

No obstante, siendo el libro de los profetas parte integrante de la Biblia y estando en ella echadas las bases de la ética como funcionalismo de la idea moral, es más propio considerar al conjunto de obras que constituyen el Talmud como punto inicial de la exégesis escrituraria y comienzo de la era sapiencial. La era del Talmud representa algo así como la nueva alborada para el pensamiento judío. Obra de siglos y de un sinnúmero de maestros, llegó a desempeñar el papel de suplemento de la propia Sagrada Escritura o, si se quiere, la respuesta dialéctica a los requerimientos de un mundo judío que había experimentado mutaciones de profunda significación políticosocial.

Por virtud de la respuesta que el Talmud significó, la preceptiva bíblica logró flexibilizar su rígido hieratismo y dotar de maleabilidad al dictado doctrinario. Como consecuencia, las normas de Moisés, nacidas por invocación religiosa, esto es, como verbo de Dios, se transforman en una filosofía de la vida asentada sobre bases morales que han menester de una ética para su instrumentación adecuada en la sociedad; o lo que es lo mismo decir, se transforma en lo que denominamos judaísmo. Por virtud, pues, de las escuelas talmúdicas, florece la inducción exegética como fuente de sabiduría. Tanta fue la autoridad que alcanzó la hermenéutica talmúdica en la consideración de sus discípulos que estos acabaron por sacralizarla. Y desde entonces las disquisiciones exegéticas como metodología para el estudio de la Escritura, no cesan ni se dan pausa. Se modifican los sistemas de estudio, cambian sus denominaciones, pero no sus modalidades intrínsecas, tendientes todas a hallar la luz que ilumine el camino certero de la verdad. Hoy se denominan, preferentemente, Escuelas de Ciencias Judaicas, Crítica Bíblica o Institutos de Sapiencia Judaica. A par con las ciencias modernas, sus investigaciones se renuevan de generación en generación. En vez del sistema casuístico o escolástico inalterable, el estudio de la Escritura Sagrada se tornó flotante y móvil, siendo admisible afirmar que el acervo sapiencial judaico, al igual que la filosofía que de este dimana, representa el mensaje judío fundamental. Mensaje que comienza en las primeras páginas del texto bíblico (Gen. in-9) con la dramática amonestación

de "¡Adán! ¿Dónde estás?", que continúa con el trágico episodio de Caín y Abel, culminando con la admonición sinaica de "¡No cometerás homicidio!"

Fue de esta manera, vía exegética, cómo se inicia la sustanciación de la ley moral judaica, comúnmente llamada judaísmo, que por obra de la persistente clarificación acabó por encender la antorcha de la ética, correlato necesario de la mencionada ley moral. Antorcha, cuyo resplandor no se extingue porque simboliza y a la vez evoca la zarza ardiendo entre las breñas del páramo de Joreb, desde donde se oyó la voz proclamando la libertad como atributo analienable del nombre. Resplandor que no acaba sino que, por el contrario, cobra nuevo pábulo en cada período histórico, dejando traslucir con creciente nitidez la esperanza en la justicia social y en la paz universal que son "presencia de Dios" y punto de mira del ser humano. (He aquí, de paso, un matiz diferencial entre la concepción básica de la ética cristiana y la tica judía -diferencia que no los aleja tanto a una de otra—: visión de mundo judía. De ambos bien se sabe su apego a la escuela talmúdica y su aversión a la corriente *Karaita*, contra la cual Saadia libró recia batalla polémica. Esa corriente en el judaísmo de la época era un desprendimiento de la antigua secta saducea endurecida y atrabiliaria, que pretendía desautorizar el Talmud y su implícita visión exegética de los textos bíblicos. La polémica sostenida por Saadia contra el conductor de los Karaitas. *Anán ben David*, acabó por cobrar el carácter de una verdadera lucha doctrinaria. Discípulo del reputado maestro Isaac Israelí (sig. IX), el Gaón llegó a sus 20 años con una versación plena en Biblia y en exégesis hebraica general desde los orígenes, y muy pronto logró pleno dominio de los tratados talmúdicos. No menor era su versación en los textos musulmanes más autorizados. No leía el griego, pero su dominio de la filosofía clásica la había alcanzado por vía del árabe.

Saadia era un convencido que el judaísmo bíblico por sí sólo estaría condenado, irremisiblemente, al anquilosamiento debido a la imposibilidad de flexibilizar sus interpretaciones; de prestarle un carácter de norma e interpretación inamovible nos veríamos limitados a una aplicación uniforme, cosa que es contraria a la vida, como es el imperativo bíblico desde las primeras páginas del

Génesis. La defensa de la *Mishná y* del Talmud se impone, pues, como una necesidad vital para el judaísmo, de manera que como Judíos debemos pretender que el Talmud subsista, viviente y actuante en la enseñanza bíblica.

De las altas academias de estudio que, en su conjunto, produjeron la obra gigante denominada Talmud, la que se hallaba instalada en Sura, a la orilla del extremo norte de Babilonia, junto al Eufrates, era una de las más célebres. En el 928 fue designado rector el joven Saadia quien muy pronto fue coronado con el título de *Gaón*, lo que implícitamente le otorgaba el título de suprema autoridad espiritual de las juderías de Babilonia. Bajo la soberanía persa, esto es, soberanía musulmana, los judíos gozaban de relativa autonomía. Fueron considerados como una minoría nacional y se regían por un gobierno civil propio. El título del gobernante era Exilarca, designado por los miembros de su comunidad.

En tiempos de Saadia se había establecido, no sin que antes se limasen diversas asperezas, una relación efectiva entre el exilarca y el jefe espiritual de la comunidad de Babilonia. Saadia fue reputado como filósofo racionalista con un agudo sentido analítico de la esencia espiritual de la idea bíblica y a la vez un filósofo de honda penetración socrática. Religioso como era, escribió la obra titulada *El Libro de las Creencias y Doctrinas*, obra que, en sustancia, es una historia de la filosofía o, mejor dicho, de la visión filosófica judía. "En mi vida, me ha tocado conocer numerosos creyentes apegados a falsas creencias y falaces razonamientos, en tanto que descaminados creyentes jactábanse de herejías y se mofaban de quienes andan en busca de la verdad. Me ha tocado ver gente sumergida en el mar de dudas y naufragando en las aguas del confusionismo, sin que se hallase un nadador que los extrajera de las profundidades, ni quien pudiese asirlos de la mano y sacarlos a flote. Yo quisiera asistirles, pues creo estar poseído de cierta aptitud en beneficio de ellos. Siento que es mi deber y una obligación el socorrerlos y guiarlos hacia la verdad.

El Tratado de las *Creencias y doctrinas*, al que Saadia se refiere, se relaciona con la perturbada filosofía de algunos coetáneos del Gaón a quienes les resultaba difícil conciliar la fe con la razón. "La obra, si leída en nuestro tiempo, nos aproxima, en cierto modo, al tiempo de Saadia: no son pocos los que en nuestro tiempo se

debaten en la contradicción entre el credo judaico y los aportes de la ciencia", dice el Rabí Kook. "Para muchos judíos del siglo X y para no pocos del nuestro, les resulta difícil salvar la brecha entre el judaísmo y las ciencias; y se ven ante la alternativa de renunciar a una cosa o a otra". Lógicamente, ello ocurre a quienes no fueron avisados que un hurgador de la verdad y en su propio corazón, —nos referimos al mencionado Rabí Kook de nuestro siglo— quien afirmó en uno de sus tratados que cuando se produce una situación inconciliable entre la ciencia de Dios, o por mejor decir, "urgencia de Dios", de trascender lo terrenal y elevarse a las alturas en alas de la esperanza, no un volar hacia las regiones de la quimera, sino hacia la esencia divina, o a lo superhumano en potencia. No importa si allá se llegará o si, por razones de la fragilidad humana, nos tendremos que limitar a marchar por la ruta que según Hermán Cohén y Erich Fromm se llama "los caminos de Dios". Cosa que es posible tanto para los jasidistas cuanto para los que siguen al mencionado filósofo kantiano y racionalista, que profesaba la religión judía: el ilustre profesor Hermán Cohén. Para unos y otros, imitar a Dios o seguir sus caminos hacia la perfección.

Ya en tiempos pretéritos, en la era intersticial de los dos calendarios (25 a.e.c. — 50 e.c.) el célebre filósofo judío de Alejandría, Filón, apasionado discípulo de la escuela neoplatoniana y a la vez judío entusiasta de la doctrina bíblica y quizá el primer místico judío de la diáspora alejandrina, dejó estampado entre sus escritos que: "Mirando hacia abajo, desde las siderales alturas a las que he llegado, ahondando los dictados de la Torá, dirigí los ojos de mi intelecto cual si yo estuviera en una torre de observación y columbré el inenarrable espectáculo del mundo mortal y me considero feliz de haberme alejado de las cosas terrenales y agradezco a Dios el no haberme relegado para siempre a un mundo de hosquedad y le doy gracias por las sublimes enseñanzas que me proporcionó por medio de Moisés. Se me enciende el entusiasmo por darlas a conocer a quienes no las conocen". Filón estudiaba a Platón en términos mosaicos y a Moisés en términos platonianos, decíase en su tiempo, hilando así una exégesis precursora de la que urdieron siglos más tarde, maestros de la talla de Ibn Gabirol, de Maimónides (a pesar de su formación aristotélica) y de León el Hebreo, éste último con rasgos de misticismo cabalista, no como fue

el caso de Pico de la Mirándola, sino por herencia de su padre don Itzjak Abrabanel que amaba la Biblia, al extremo de haber sustraído tiempo a los negocios de la corte española, para legarnos una exégesis que aun conserva vigencia en las escuelas sefaradíes. Gracias a la influencia de los mencionados maestros, principalmente del poema "Fuente de Vida" de Gabirol, la obra titulada "Los diálogos del Amor", de León el Hebreo (Yehudá ben Itzjak Abrabanel) contamos con las creaciones exegéticas en las que se cuecen ideas místicas en un caldo amoroso y profano.

El misticismo como tal responde a una variedad de connotaciones. Pero el misticismo judío es sumamente peculiar y debe ser observado a través de un prisma harto sutil. El misticismo judío no es un raptó del éxtasis, un arrebato hacia Dios, como define Ortega y Gasset al misticismo de Santa Teresa (de innegable origen judío por la sangre). El misticismo judío es un mirar en lo profundo de la Torá para descubrir el *Nistar*, es decir, lo esotérico que por arte de la numerología llega a la inmanencia de la letra bíblica. Sin embargo, el misticismo de connotación jasídica se da la mano, por momentos, con la visión racional y sus interpretaciones giran en órbitas concéntricas, yendo entrambas más allá del texto original inmutable.

### **En suma**

Dejaríamos truncas las consideraciones precedentes si a manera de ultílogo no echásemos si más no fuera que un atisbo aclaratorio, que concurriese a eliminar equívocos respecto de reflexiones tan aventuradas como las que venimos pergeñando.

Y bien, personalidades tan colmadas de sabiduría, espíritus tan profundamente religiosos; hombres de tan reconocidas convicciones humanistas como lo fueron el mencionando Filón de Alejandría, Ibn Gabirol, rabí Moshé ben Maimón, distanciados unos de otros por siglos de tiempo, provistos de copiosos bagajes culturales dispares, pero igualmente inmersos' en los temas bíblicos; asimismo, otros de lúcida calidad intelectual y don creativo, pero más cercanos a nuestra era, tales como el mencionado Hermán Cohén, Franz Rosenzweig, Martín Búber, Leo Beck y Mordejai Kaplan, por no citar más que algunas altas cumbres del pensamiento judaico moderno. Con aquéllos y con éstos el

horizonte se presenta con una nueva iluminación. Es la era en que se traspone los linderos de lo religioso puro y lo ceñido estrechamente a la letra para ensayar un análisis de las Escrituras con el escalpelo filosófico. Gracias a ellos y a sus conclusiones, la religión y su teología se metamorfosea en filosofía judía. Y de esta manera, ya bien ascendiendo, ya bien descendiendo —según se quiera entenderlo— los peldaños de la meditación, el Dios de Israel resulta ser una conceptualización filosófica no distante de la idea maimonidcana. El Dios de Israel es el resultado de una fe y una visión de mundo que se caracteriza por un monoteísmo cósmico; esto es, de la unificación de cuanto constituye el Cosmos, sin que sea fundamental en la preocupación del hombre el proceso teológico. Lo importante es el proceso evolutivo del hombre por los senderos de la perfección. De tal modo, lo esencial para llegar a ello —como para llegar a Dios— es la exaltación de nuestro espíritu, con todas las potencias en la dirección de los ideales que son modelos de lo perfecto en una relación afectuosa con todos los seres humanos.

## **LA FECUNDA ERA MEDIEVAL JUDIA**

EL dilatado período que en la historia se designa con el nombre de Edad Media se extiende, como se sabe, desde el siglo VI hasta el siglo XII. Comienza con el proceso de desintegración del imperio romano y se prolonga hasta la invasión de los bárbaros que trae aparejada, como consecuencia ineludible, el eclipse de la cultura que había sido el legado transferido por los helenos al mundo occidental. Si lo comparamos, empero, con el Medioevo judío, son menos las coincidencias que las divergencias, sea en lo referente a fechas sea en los hechos. Unas y otros merecen ser señalados, dado que de ello se pondrá al trasluz el papel que cupóle desarrollar a los remanentes del pueblo de Israel en aquella circunstancia histórica.

Para el judaísmo, el Medioevo inicia con las restricciones impuestas a los judíos por Constantino el Grande en el siglo IV, y se extiende hasta la emancipación de aquellos en Francia, a fines del siglo XVIII. Preciso es reconocer, sin embargo, que a pesar de las mencionadas restricciones —razón por la cual la historia la califica de era sombría— puede ser considerada como una etapa de fecunda creatividad y notable florecimiento intelectual.

Desde mediados del siglo VII, según datos que es dable extraer de la Historia de Europa, de Henri Pirenne, la porción más vital del judaísmo, así la comunitaria como la cultural y religiosa, se hallaba, a la sazón, centrada en el mundo musulmán, siendo Babilonia su primera etapa y la península ibérica la inmediata siguiente. En ambos medios políticosociales los judíos se habían integrado de un modo armonioso, en un ambiente de convivencia más bien pacífica. Y si por cierto la legislación musulmana les imponía, al igual que a los demás foráneos, determinadas gabelas gravosas, la verdad es que la recaudación resultaba, en la práctica, nada rigurosa. Por otra parte, en lo que respecta al período musulmán en tierra española, éste se ha caracterizado por una era de florecimiento inigualado en el orden del pensamiento y de las letras, que le ha merecido nombrarla con la calificación de "Edad de Oro de la Cultura Hebrea". En efecto, una pléyade de personalidades descolantes había surgido en las juderías, entre los siglos X y XII, con nombres que jalonan brillantemente esa era histórica hebrea, algunos de los cuales siguen en la cumbre de su fama hasta en nuestros días, por

mérito de sus obras poéticas, filosóficas y también científicas, gozando todavía de la categoría de clásicos hebreos.

Ya en el período babilónico, aun anticipándose al hispánico, es preciso mencionar al sabio y acaso primer filósofo hebreo de índole racionalista, Rabí Saadia **Gaón** (vocablo este último, que en hebreo significa sabio eminente). Con posterioridad al siglo IX en que nace Saadia, ya en territorio ibérico, no podemos dejar de mencionar sino, al menos, a los ilustres maestros de la cultura judía de la España musulmana, algunos de los cuales compartieron luego en la creación de la lengua romance. Tales son: Jasday Ibn Chaprut (915-970), médico de la corte, ministro de relaciones del Califa Abd-e-Rajman y distinguido maestro del saber judaico; Samuel Ibn Nagrella (995-1063), poeta, maestro, catedrático y estadista; Shelomó Ibn Gabirol (1021-1056), filósofo y poeta eximio que enriqueció el estro sinagoga; Yehudá Ha-Leví (1085-1140), comentador bíblico, poeta eximio, precursor de la lengua romance; Abraham Ibn Ezra (1091-1167), poeta y glosador bíblico. Por último, Rabí Moshé ben Maimón (1135-1204), el más eminente filósofo y comentador talmúdico.

Pero al irrumpir los Cruzados con huracanado ímpetu y cruel ensañamiento, empeñados a todo costo en recuperar los Santos Lugares, se trastrocó la paz de la región y, por ende, la tranquilidad de los judíos, no sólo por obra del poder musulmán, sino igualmente por voluntad de quienes empuñaban la cruz en una mano y la espada en la otra.

Los hijos de Israel dispersos entre los pueblos de Europa y Asia, excepción hecha los que moraban en el africano país del Egipto, fueron acometidos por oleadas de crueldad movida por una furia incontenida que no sabía de tregua. Esta arremetía contra las poblaciones judías con premoniciones de la inquisición del Santo Oficio que más luego sobrevendría. Llegadas estas, tiempo después, y consumada la reconquista por la cristiandad, los judíos, según se sabe, se vieron obligados a huir, a abandonar la tierra española en la que habían depositado tanto afán y amor, para buscar refugio en el norte de Africa y en Holanda; guarecerse en Polonia y en Lituania, fijando allí residencia y asentando en esas zonas sus centros de cultura, de fe religiosa y de esperanzas, Tres sangrientos siglos de

terror, de humillaciones y de constantes amenazas fueron los que precedieron a esa trágica huida.

Con fines de aligerar un tanto los efectos de esa asfixia moral, los judíos se sumergieron en sus estudios sapienciales, derivados de la Torá, fuente de la que esperaban que brotase la salvación, temprano o tarde. Replegados en Polonia, en los villorrios y en los Ghettos de las urbes, fueron rehaciendo sus centros culturales y culturales, en los que cimentaban nuevamente su fe en el Dios de Israel y afirmaban el afecto fraternal entre los miembros de la grey. Desde los podios sinagogales o de las casas de estudio, irradiaban las voces de los rabíes cuyo pregón de enseñanza alentaba los corazones y encendía con nueva fe las expectativas de la redención. De esta manera se volvía a asegurar la unión de la familia de Israel, como en los tiempos patriarcales. Y allí, en aquellos tugurios en que se había refugiado el estudio judaico y en aquellos humildes establecimientos sinagogales, fueron surgiendo en mentes esclarecidas, en las inteligencias iluminadas por la inspiración, las ideas del triunfo final, esto es, el retorno a la Tierra Prometida y al restablecimiento de la paz entre los hombres, cualquiera fuese el tiempo que demorase la hora de ese arribo definitivo. Sus pregones eran el fruto meditativo de estudios fundados en las enseñanzas de los profetas, a quienes acudieron nuevamente después de largo abandono por enfrascarse en la árida *Halajá* y que ahora, en tiempos de adversidad, se derramaba como un rocío vivificante en una aurora bonancible. Esos representan en la historia de Israel algo así como una anunciación previa al florecimiento de la pléyade de maestros de la escuela judeohispánica. Es cuando aparece en el escenario cultural judeoislámico la figura ilustre de Saadia *Gaón* a quien la historia lo apoda "el padre de la filosofía judía". No bien dado a conocer en Babilonia, en Egipto y en los círculos de investigación de los documentos griegos, Saadia es designado maestro superior de la Academia de Sura, uno de los más autorizados centros talmúdicos de los que surgió, renovado, el hontanar sapiencial iniciado por Rabí Yojanán ben Zacay y agigantado por el ínclito Rabí Akiba, figura suprema de la época talmúdica.

Saadia *Gaón* pertenecía al grupo de estudiosos que, respondiendo a su vocación, habían enriquecido su visión y en-

sanchado sus horizontes al contacto con los maestros de las escuelas musulmanas que en Siria se dedicaban a traducir al árabe los manuscritos que se hallaban en aquel país sepultos. A favor de esos encuentros judeomusulmanes en los que se debatían o elucidaban los pensamientos de los filósofos de Grecia, la Grecia casi olvidada, comenzaban a florecer con nuevos colores y matizados aleteos los bíblicos conceptos. Coincidían esos momentos con el inicio del florecimiento de la cultura musulmana por efecto de la versión al idioma arábigo de los infolios filosóficos precedentemente aludidos.

A la muerte de Mahoma en 632 e.c., los adictos a la nueva fe se empeñaron en la conquista del mundo en favor de su credo, y poco menos de un siglo más tarde conquistaron el Medio Oriente, incluso Siria, amén del territorio llamado anteriormente Palestina, Egipto, para más luego remontar el Africa del Norte hasta ocupar casi todo el territorio español. Por tal motivo, como era natural, la lengua árabe alcanzó preponderancia en todas esas regiones. Era evidente, pues, que por tal razón la literatura arábigo lograra predominar, así en Córdoba como en Barcelona, en Cairo como en Damasco y Bagdad. Los pueblos de habla musulmana, que a la sazón constituían pueblos de precaria cultura, vinieron, de pronto, a verse "arrollados" por los ilustres clásicos griegos, por las revelaciones científicas, novedosas en sus tiempos, y por la filosofía que no era sino un resplandor de las ideas de los grandes hombres habidos en la Hélade de otraños. Sus enseñanzas se habían preservado hasta entonces en las versiones siríacas realizadas por los estudiosos cristianos de anteriores tiempos. Por su parte, los califas que se hallaban al frente de los gobiernos musulmanes se habían coligado para hacer traducir esos manuscritos a lengua árabe. Y de tal suerte, al término del siglo IX, las obras de Hipócrates, Tolomeo, Galeno y numerosos otros autores entre los grandes clásicos griegos, se dieron a conocer en el mundo de predominio musulmán. Al propio tiempo, aunque lentamente, se daba a conocer también la obra de Platón, de Aristóteles y la de los neoplatónicos, entre ellos, la del autodidacto judío de Alejandría, Filón, de la escuela Neoplatoniana. Eso no obstante, hasta fines del siglo XI o principios del XII no se logró obtener la versión arábigo de la obra completa del Estagirita, pese al intenso revuelo de ideas que provocaron las disquisiciones de tema aristotélico que se

habían convertido en polémica entre los adeptos a los sabios Al-Farabi, Saadia Gaón y más tarde Maimónides o sus discípulos.

Como resultado de lo sobredicho prodújose muy pronto un animado despertar intelectual, principalmente en el orden filosófico y telógico, en el mundo musulmán. Una intensa actividad académica desarrollóse entretanto en una extendida región afroasiática y europea. Dicha actividad no pudo dejar quieta a ninguna comunidad judía, pero de manera particular a las zonas geográficas, por así decir, en las que se extendía la influencia de Saadia Gaón primero y del **Rambam** (Maimónides) siglo después. De ambos sabios, filósofos, eruditos y racionalistas, bien sabida es la adhesión a las ideas aristotélicas; de ambos bien se sabe el afán de establecer un maridaje entre la filosofía de Aristóteles y la visión de mundo judía. De ambos bien se sabe su apego a la escuela talmúdica y su aversión a la corriente **Karaita**, contra la cual Saadia libró recia batalla polémica. Esa corriente en el judaísmo de la época era un desprendimiento de la antigua secta saducea endurecida y atrabiliaria, que pretendía desautorizar el Talmud y su implícita visión exegética de los textos bíblicos. La polémica sostenida por Saadia contra el conductor de los Karaitas. **Anón ben David**, acabó por cobrar el carácter de una verdadera lucha doctrinaria. Discípulo del reputado maestro Isaac Israelí (sig. IX), el Gaón llegó a sus 20 años con una versación plena en Biblia y en exégesis hebraica general desde los orígenes, y muy pronto logró pleno dominio de los tratados talmúdicos. No menor era su versación en los textos musulmanes más autorizados. No leía el griego, pero su dominio de la filosofía clásica la había alcanzado por vía del árabe.

Saadia era un convencido que el judaísmo bíblico por sí sólo estaría condenado, irremisiblemente, al anquilosamiento debido a la imposibilidad de flexibilizar sus interpretaciones; de prestarle un carácter de norma e interpretación inamovible nos veríamos limitados a una aplicación uniforme, cosa que es contraria a la vida, como es el imperativo bíblico desde las primeras páginas del Génesis. La defensa de la **Mishná** y del Talmud se impone, pues, como una necesidad vital para el judaísmo, de manera que como Judíos debemos pretender que el Talmud subsista, viviente y actuante en la enseñanza bíblica.

De las altas academias de estudio que, en su conjunto, produjeron la obra gigante denominada Talmud, la que se hallaba instalada en Sura, a la orilla del extremo norte de Babilonia, junto al Eufrates, era una de las más célebres. En el 928 fue designado rector el joven Saadia quien muy pronto fue coronado con el título de **Gaón**, lo que implícitamente le otorgaba el título de suprema autoridad espiritual de las juderías de Babilonia. Bajo la soberanía persa, esto es, soberanía musulmana, los judíos gozaban de relativa autonomía. Fueron considerados como una minoría nacional y se regían por un gobierno civil propio. El título del gobernante era Exilarca, designado por los miembros de su comunidad.

En tiempos de Saadia se había establecido, no sin que antes se limasen diversas asperezas, una relación efectiva entre el exilarca y el jefe espiritual de la comunidad de Babilonia. Saadia fue reputado como filósofo racionalista con un agudo sentido analítico de la esencia espiritual de la idea bíblica y a la vez un filósofo de honda penetración socrática. Religioso como era, escribió la obra titulada **El Libro de las Creencias y Doctrinas**, obra que, en sustancia, es una historia de la filosofía o, mejor dicho, de la visión filosófica judía. "En mi vida, me ha tocado conocer numerosos creyentes apegados a falsas creencias y falaces razonamientos, en tanto que descaminados creyentes jactábanse de herejías y se mofaban de quienes andan en busca de la verdad. Me ha tocado ver gente sumergida en el mar de dudas y naufragando en las aguas del confucionismo, sin que se hallase un nadador que los extrajera de las profundidades, ni quien pudiese asirlos de la mano y sacarlos a flote. Yo quisiera asistirles, pues creo estar poseído de cierta aptitud en beneficio de ellos. Siento que es mi deber y una obligación el socorrerlos y guiarlos hacia la verdad.

El Tratado de las **Creencias y doctrinas**, al que Saadia se refiere, se relaciona con la perturbada filosofía de algunos coetáneos del Gaón a quienes les resultaba difícil conciliar la fe con la razón. "La obra, si leída en nuestro tiempo, nos aproxima, en cierto modo, al tiempo de Saadia: no son pocos los que en nuestro tiempo se debaten en la contradicción entre el credo judaico y los aportes de la ciencia", dice el Rabí Kook. "Para muchos judíos del siglo X y para no pocos del nuestro, les resulta difícil salvar la brecha entre el judaísmo y las ciencias; y se ven ante la alternativa de renunciar a una

cosa o a otra". Lógicamente, ello ocurre a quienes no fueron avisados que un hurgador de la verdad y en su propio corazón, —nos referimos al mencionado Rabí Kook de nuestro siglo— quien afirmó en uno de sus tratados que cuando se produce una situación inconciliable entre la ciencia y la fe judaica, es a la ciencia a la que hemos de someternos. Luego de explicar, Saadia, en la introducción a su obra aludida la conciliación posible entre judaísmo y filosofía y luego de clarificar la definición de fe, de razón y de señalar las sendas por las cuales se puede arribar al conocimiento, Saadia prosigue examinando los aspectos de una creencia que es cuestionada por la filosofía. En el problema harto discutido en el judaísmo, esto es, la creación, Saadia sostiene que Dios ha creado el universo *ex-nihilo*, de la nada, cosa que es objetada por quienes adhieren al punto de vista de Aristóteles.

Saadia bien sabía todo cuanto ciencia y filosofía estaban en poder de ofrecernos en su tiempo. Pero en tanto que ciencias y filosofías estaban de acuerdo sobre el hecho que el conocimiento no puede ir más allá de lo que el intelecto tiene capacidad de descubrir, Saadia, el hombre de fe, tenía la certeza que a más del que produce el intelecto hay otro tipo de conocimiento que va más allá: el conocimiento religioso impartido por el Creador, esto es, la revelación.

Esos razonamientos "saadianos" están impregnados de una calidad persuasiva y pedagógica, exenta de altiveces e imperativos. Hay en sus escritos un sí es no es de cavilación inconclusa. Al término de su obra a que nos hemos referido, enuncia la siguiente súplica: "En nombre de Dios, del Creador del universo, imploro al estudioso que leyese este volumen, que corrija todo yerro que llegase a encontrar, que esclarezca todo puntillo oscuro o expresión ininteligible. Que no se sienta cohibido, dado que no es su libro o porque yo le hubiese anticipado reflexiones que no le resultasen claras suficientemente. Sea el lector indulgente con quien se ocupa del saber y siente al prójimo que estudia cual si fuera miembro de su familia".

Después del siglo de Saadia y cuando ya los judíos bajo el dominio del Islam se encontraban asentados, mayormente, en España y a ese territorio había sido transportado el remanente de la ciencia talmúdica de Babilonia, es cuando se abre como el sol en el

cielo, la luminosa cultura judaica en tierra hispánica —como dijimos al comienzo— primero, bajo dominio islámico y a continuación bajo dominio cristiano. Impúsose luego la inquisición y la flor del siglo de oro judío se ajó.

¿Estaremos ahora en un período de recuperación de la vida en una España con atisbos auróres, lucientes para todos los hombres por igual?

Con Saadia, pues, se habría iniciado una nueva fase dentro de la era Medieval judía; una fase de renovación y de un despertar. Adecuadas parecen las palabras del profeta Isaías en su capítulo noveno: "El pueblo que anduvo entre tinieblas avistó una gran luz". Saadia Gaón representa algo así como un ventanal por el que en medio de la caliginosa oscuridad medieval penetran los rayos de la cultura para los judíos en medio de una perplejidad del mundo. Durante los gobiernos califales musulmanes fué posible a los judíos cierto pábulo a las escuelas culturales en medio de su desconcierto diaspórico. Habían encontrado en la Babilonia de la época talmúdica, por virtud de las tres célebres academias —Sura, Pumbedita y Nehardea— un remedo de redención. Siendo el árabe lengua pariente de la hebrea, esa lengua reemplazó muy pronto al idioma arameo y no tardó en pasar a ser la lengua culta de los judíos bajo el gobierno de los Califas. Libros de estudio, de meditación y de exégesis judaicos comenzaron a proliferar en esa Edad Media y enriquecían el acervo bibliográfico judío. El hebreo como idioma había quedado definitivamente fuera de uso, salvo para los rituales y los textos escriturarios. Pero con el acrecentamiento de las poblaciones judías en territorio español, territorio en posesión de los califas cuyo trato era benevolente para con los judíos, y abierta la Serafad antigua a todos los vientos de la cultura, en la fastuosa corte de Abd-e-Rajman, se produjo un suceso de extraordinaria significación histórica para los judíos. Suceso este que podríamos denominar la ***palingenesia de la lengua hebrea***, el renacimiento de la poesía de inspiración bíblica, de la poesía profana y de la prosa enriquecida por una persistente tarea de investigación y cotejo lingüístico, del cual nacieron nuevos modismos idiomáticos, por efecto de los cuales nacieron nuevas floraciones estilísticas hebreas. Desde los primeros tiempos de la conquista musulmana, los judíos se beneficiaron grandemente con la tolerancia de los gobernantes y

muchos fueron los judíos ilustrados que llegaron a tener acceso a las cortes. Así fue como ingresó a un alto cargo cortesano del califa Abd-e-Rajman el célebre judío, médico y sabio Jasday-Ibn-Chaprut, quien fue el brazo principal en la obra de remozamiento de la lengua hebrea. Y con justa razón puede afirmarse que por mérito de Ibn Chaprut surgen con brillo jamás igualado la poesía y la prosa hebreas. Si Jasday es el promotor de esta extraordinaria floración hebraica sefardita, su ejecutor, el maestro y guía que merece ser recordado, fue Rabí ***Moshé ben Janoj***, traído a tierra española por piratas que lo habían raptado junto con otros colegas, maestros los tres de la Academia de Sura, que es de donde también procedía Jasday, el padre forjador de la cultura judeosefardita medieval.

## **ELUCIDARIO**

La familia en la tradición judía

La institución matrimonial judía

La mujer en la tradición judía

El problema de la superpoblación a través del prisma  
judío

El mesías en la tradición judía

El año nuevo de los judíos



## LA FAMILIA EN LA TRADICION JUDIA

**H**ASTA los antisemitas obcecados hablan de la familia judía con cierto respeto. En la literatura vituperiosa contra los judíos, es frecuente que sus autores se vean constreñidos a hacer un alto en sus diatribas para señalar, con mal disimulada contrariedad, las virtudes que caracterizan a la tradición de familia de los judíos. Lejos de encarecerla, como es de suponer, se esfuerzan en demostrar que esas virtudes son más aparentes que reales; que en el fondo no constituyen sino rasgos de hipocresía con los que los judíos tratan de encubrir sus egoísmos cínicos encaminados a mantener la grey partada para perseverar, sin trabas, en "sus aborrecibles costumbres". Apión, el gárrulo ideólogo antisemita de comienzos de la era cristiana, famoso por el cúmulo de dislates acrimoniosos endilgados a los judíos, a quien Séneca acusa de pérfido y mendaz, ofrece el ejemplo más acabado de ese género de malevolentes argucias dialécticas. En las célebres Homilías Clementinas se cita una de esas aviesas declaraciones de aquel demagogo alejandrino que, como índice de su deformación mental, merece ser reproducida: "...¿Que no tengo motivos para despreciar a los judíos? La familia educó a aquella mujer en la castidad y por eso se muestra inaccesible a mis requiebros. Estos judíos, poniendo a su Dios por delante, como supervisor de la conducta humana, se han vuelto en extremo susceptibles".

Apión no fue, por cierto, el único en emplear acusaciones de linaje tan retorcido para negar las calidades morales de la familia judía. Otros siguieron su huella con igual desembozo, legando a la posteridad un cúmulo de estereotipos patológicos que hoy son materia de estudio de la psicología social. En su Historia de los Judíos de España y Portugal, Amador de los Ríos nos ofrece copioso testimonio de ese género de impropiedades empleados por los sabuesos del "Santo Oficio" cristiano. Ni el hecho que aquel voluble servidor de Calígula injuriase por igual a los descendientes de Abraham que a los discípulos de Jesucristo, detenía a los agentes de Torquemada a acudir, en abono de autoridad, a las falacias de aquel volatinero de la

patraña, toda vez que le servían para cohonestar la remisión de algún hereje judío a la hoguera expiatoria.

Lo cierto es, empero que ningún tendal de calumnias fue suficiente para ocultar el hecho evidenciado por la historia como verdad innegable, que la familia judía ha servido de diapasón moral a la sociedad, en todos los tiempos. "Para el judío —dice Mercier en su *Essaisttr la Literature Juive*— sigue siendo fundamental y básico el principio de la responsabilidad solidaria de la familia que sólo se logra por amor; únicamente los judíos han tenido la clarividencia de anteponer el amor a la familia al amor a la mujer." Glosando estas palabras del pensador francés, el célebre autor de *Roma y Jerusalem*, \loses Hess, acota: "y ese amor es la fuente genuina de aquel amor espiritual de Dios que, según Spinoza constituye el punto más elevado al que puede remontar el espíritu humano".

En la tradición judía, el amor a la mujer no se concibe sino como parte constitutiva del amor conyugal y éste como parte indivisa del amor a Dios que, en la familia, se resuelve, básicamente, en amor a los hijos. El más precioso don que puede ambicionar la familia judía, en efecto, son los hijos. "¿Qué puedes ofrecerme mientras yo no tenga hijos?", replica melancólicamente el patriarca Abraham, en el preciso momento en que Dios le promete que "en tí se bendecirán todas las familias de la tierra". En la soledad de aquella noche en que Dios se le manifiesta y en la intimidad del coloquio en que pactan eterna fidelidad, el patriarca deja traslucir la frustración de su amor conyugal debido a la falta de prole. Comentando aquella estremecida confidencia del padre del judaísmo, los talmudistas aseveraban: "Cuatro condiciones desdichadas hacen al hombre equiparable a un muerto: el indigente, el ciego, el leproso, el que se ve privado de hijos". "Fruteced, multiplicaos y colmad la tierra", reza una elocución bíblica, tenida por precepto capital en la tradición judía. Es que engendrar hijos, según la interpretación de ese enfático verso de la Escritura, no comporta solamente una manera de perpetuar la especie y prolongarse en el tiempo, sino, principalmente, asegurar al mundo la infinitud de la vida y con ésta, la continuidad de la creación. Dios ama a las criaturas humanas y quiere que se perpetúen, puesto que el hombre es el ser que le ayuda en su obra creadora —dicen los jasidistas—. Esta filosoficula atrevida, heterodoxa y poética de los místicos judíos, encierra todo un concepto metafísico acerca del

hombre. El hombre queda aquí definido como una entidad unívoca de la historia, más allá de toda diferenciación étnica y como agente principal del desarrollo cósmico; acaso como la encarnación de la historia misma.

Para la tradición judía, el amor conyugal dimana del amor de Dios; y la paz conyugal que lo condiciona es el equivalente de la presencia divina en el hogar. Es por eso quizás que la ceremonia de la boda bajo el palio se llame, en hebreo, *Kidushin*, santificación: Se consagran los inicios de un proceso cuyo desenvolvimiento armonioso culmina en los hijos. "El hombre no puede subsistir sin la mujer ni ésta sin el hombre, ni entrambos sin la presencia divina" dice un aforismo del Talmud, al cual complementa otro adagio que expresa: la presencia divina no se manifiesta en su plenitud sino cuando reina la armonía y prevalece el amor a los hijos.

Esa armonía que aparece en la cosmovisión judaica como principio inmanente y regulador de la familia, se basa en un enunciado axiomático de la Escritura: "No es bueno que el hombre esté solo". El individuo humano —dice Ortega y Gasset— no es el individuo físico, sino el individuo de la sociedad. De aquí que cuando la sociedad no está hecha, el afán primordial de cada aspirante a hombre, es hacerla. De otro modo, el hombre está solo. La soledad es una mutilación, una orfandad pluridimensional, un continuo despeñarse en el precipicio del no-ser. Para prosperar, el hombre ha menester de compañía.

Dos teorías se ensayan en el Génesis respecto del primer hombre. Por un momento se aventura la teoría según la cual Adán habría sido andrógino, hombre-mujer, una sola entidad corporal. Pero muy luego, una intuición más penetrante de las leyes biológicas e históricas hacen prevalecer la teoría contraria, esto es, que primero fue creado el hombre y poco después, la mujer. Comprobando que "no es bueno que el hombre esté solo", Dios se decide a proveerle de compañía, una consorte que se le aparease. A tal objeto lo sume en un profundo letargo, lo escinde y de una de sus piezas esqueléticas, una costilla, crea a la mujer "para que le sirviese de colaboradora" en la formación de la sociedad. La orfandad primera de Adán, esa soledad inconmensurable de su hora inicial, lo habría tenido inmerso en una añoranza inefable, acaso en un anhelo de pluralidad. La aparición de Eva, habríale causado una sensación de amparo, de jubilosa gratitud,

de dulce confortación. He aquí, según los comentaristas escriturarios y ciertos pensadores medievales —Abraham Ibn Ezra, entre otros—, la raíz trascendente del amor conyugal, de ese anhelo de integración recíproca que es fuente de la lealtad matrimonial. "Y la condujo (Dios) a presencia de Adán" —dice el texto bíblico—. Del estilo escueto, por momentos elíptico, con que está narrado ese episodio, es dable colegir que así, por mero impacto de presencia y de transustanciación bucólica se produce la primera boda humana en el mundo. Ceremonia sencilla, recatada, sin raptos ni transacciones contractuales, ejecutada bajo el firmamento como palio nupcial, con el solo testimonio del Dios invisible e inefable, percibido en el bronco rumor de los vientos. La *Agadá*, glosario libre, fantasioso, cuajado de parábolas y alegorías que forma parte homilíaca del Talmud, dedica una digresión exegética a aquel primer vínculo matrimonial, consagrado en los albores de los tiempos, bajo el resplandor de un sol infante, recién nacido, apenas liberado de la placenta cósmica: ¿Por qué no fueron Adán y Eva creados al mismo tiempo?, se preguntan y al punto explican: a fin de que primero Adán sintiera la falta de mujer y la reclamara de viva voz. Prueba de ello, agregan, es que no bien **expresó la necesidad de ella, • • Dios le hizo caer en un profundo** sueño y extrayéndole una costilla, es decir, un hueso de su propio armazón, creó a Eva. Ahora bien, prosiguen discurriendo los autores de la *Agadá*, si la Escritura dice que Dios la condujo a presencia de Adán, es de presumir que el Señor ofició de cortejo en esa boda. Avanzando en el entretenido coloquio, los rabíes imprimen un nuevo vuelo a su fantasía e imaginan los pormenores de la ceremonia: al advertirla Adán con su grácil silueta, rompió su timidez y exclamó alborozado: ésta sí que formará pareja conmigo, puesto que "esta vez es hueso de mi hueso y carne de mi carne" ¡tal la imaginé en mi sueño y por tal suspiré! Terciando en el coloquio, acota el Rabí Rish Lakish: "De lo cual se concluye que la mujer es el anhelado sueño del hombre". Siglos más tarde, los jasidistas —secta judía que rinde culto a Dios en la alegría— añadieron una apostilla de su propia cosecha imaginativa: "sueño anhelado también por Dios, puesto que Eva es 'la madre de todo ser (humano) viviente'".

Gratitud trashumante y recíproca es, según lo dejan entrever las citadas alegorías, la clave del amor conyugal; anhelosa transustanciación por la que los dos seres procuran reintegrarse,

volver a la unidad primera. Y como es evidente que nadie es más leal a sí mismo que uno mismo, no resulta sino lógico que las técnicas de la integración matrimonial en la tradición judía sean la lealtad y la abnegación que, en último análisis, son las manifestaciones unívocas del amor; de un amor que es comunión de almas abroqueladas de armonía. "Si la armonía se logra —dice el adagio talmúdico—, la *Shejiná* (la presencia divina), impera entre marido y mujer; si se malogra, el fuego (¿de la frustración?) los consume." De lo cual se sigue que la meta ideal del matrimonio es un amor que se sustancia en la armonía, en el monismo generado por la idea monoteísta que, a su vez, es nombre genérico de lo ilimitado, lo infinito en su virtud renovadora. El amor según la tradición judía resulta ser, de consiguiente, la dínamo social de alto poder que mueve al hombre a una renovación incesante, fermentada en el caldo de la lealtad, cuyos brotes afectivos son los hijos.

De conformidad con la tesis que queda esbozada, la unión sexual entre los cónyuges, si bien ejecutada por imperio del orden natural, responde ineludiblemente al mandato bíblico de "fruteced y multiplicaos". Siendo así y teniendo por fin último la perpetuación de la vida humana, la relación sexual dentro del matrimonio es reputada por la tradición judía de acto sagrado, acaso el más sagrado de la familia. Acto que se convierte en pecado, en sacrilego placer, cuando degenera y subvierte el sentido sublime que fluye de la armonía conyugal fundada en la lealtad recíproca. Subvertido, se torna burda mistificación, desnaturaliza el significado trascendente de la transustanciación y se convierte en frívolo o libertino. He aquí, de paso, por qué el adulterio es condenado por la Biblia y expresamente mencionado en el Decálogo, entre los preceptos de omisión de ese código moral. La relación sexual o erótica del matrimonio no queda, pues, para la tradición judía, encerrada en la cárcel secreta del individuo ni sometida a un régimen de ocultación, sino que es discutida y pensada religiosa y abiertamente como un fenómeno que trasciende lo meramente animal para elevarse a la más empinada escala de valores humanos. Si los hijos representan una bendición para un hogar, engendrarlos en amorosa vida conyugal constituye una de las prácticas sagradas del matrimonio. Ni el acto sexual ni el placer que lo condiciona pueden ser negados ni considerados vergonzantes; antes bien, deben ser aceptados y

sostenidos como un deber inexcusable del matrimonio. Desde este ángulo, la tradición judía bien pudiera adoptar como propia la opinión de la sociología moderna que afirma que el sexo ha sido otorgado no solamente con el fin de propagar la especie, sino también a objeto de acrecentar la felicidad del individuo. Únicamente el mandato divino que se cumple con placer —dice un aforismo talmúdico— lleva en sí el germen de lo sagrado. El Rabí Najman, apodado el Najmánides, insigne comentarista del Talmud, llega a declarar que, dado que el sábado es día sagrado y de solaz, según lo estatuido por el Decálogo, es este el día que más se aviene al cumplimiento del deleitoso precepto de la procreación. Sólo el cínico puede sonreír maliciosamente ante el tan cándido consejo brotado del sagacísimo Rabí Najman. Para sazonar el espíritu y disponerlo a ese acto con ánimo impoluto, Rabí Najman aconseja al marido leer el Cantar de los Cantares en la tarde del viernes, en lo posible, a la hora en que el sol se derrama en el confín y la atmósfera se envuelve en románticos cendales. Siguiendo la idea de ese comentarista, la tradición incorporó al rito sabático el recitado ceremonioso del capítulo xxxi del libro de Proverbios, a partir del verso 10, que es todo un idílico canto de alabanza a la mujer, a la madre, a la hacendosa ama del hogar. Lo canta el padre, lo cantan los hijos, todos a coro, mientras la madre y esposa los escucha con delectación cual plácido arrullo de palomos.



## LA INSTITUCION MATRIMONIAL JUDIA

EL casamiento o ceremonia de consagración de una boda **es**, entre los judíos, una celebración de honda raigambre tradicional. Sus orígenes se remontan a los primeros tiempos bíblicos, esto es, a la propia era inicial, formativa del pueblo de Israel. En efecto, ya el libro *Bereshit* (Génesis), el primero y quizás el más antiguo de los cinco volúmenes de la Torá, al narrar las vicisitudes de los patriarcas y referirse a las peripecias del patriarca Jacob, hace particular mención de su boda con Lea, hija de Labán. Este, según nos dice la Escritura, "reunió a los vecinos de la comarca y les ofreció un banquete" (29-22). Y párrafo más adelante, en que el patriarca reconviene a Labán el haberle engañado, dándole subrepticamente, por esposa, a Lea en lugar de su bienamada Raquel, por la que le había servido siete años, el suegro le responde: "Es que no se acostumbra entre nosotros a casar a la menor antes de la mayor; cumplirás la semana nupcial con ésta y te será entregada la otra también, a cambio de servicios que me prestarás por otros siete años" (29-28). De lo cual es dable colegir que aún en aquellos remotos tiempos la concertación de las nupcias estaba sujeta a formalidades y celebraciones de insoslayable significación social.

Como es obvio, desde aquella lejana antigüedad hasta el presente, múltiples y notorios cambios han ocurrido en las prácticas tradicionales judías; pero tocante a la boda, los rasgos que han caracterizado su celebración en el pasado, se conservan hasta nuestros días sin mayores alteraciones. De éstos los que conviene mencionar, por ser los más conocidos, son, en primer término, la fastuosa solemnidad con que se acostumbra a rodear la ceremonia de consagración; y en segundo término, los animados contornos es un don altamente beneficioso para el devenir del género humano". De ahí, según dichos maestros del Talmud, que quien se priva de la vida conyugal y, por ende, deja de ejercitar su deber genésico, se asemeja a quien "causa derramamiento de sangre humana, pues profana la imagen del Creador y aleja de sí la divina inmanencia (*Shejiná*) por lo cual deberá rendir cuentas en el mundo venidero".

Si bien en el texto bíblico figuran algunas reglas concernientes al matrimonio y a su legitimación, el grueso de las normas legales que rigen la institución conyugal, empezando por las formalidades a que ha de sujetarse la ceremonia nupcial, así como también las de la vida marital, se establecieron en la era talmúdica. Junto a dichas disposiciones, que con ligeras enmiendas o *Takanot* conservan su vigencia hasta nuestros días, se han ido añadiendo otras, derivadas mayormente de respuestas, esto es, de pronunciamientos rabínicos sobre casos de excepción, y otras más, originadas en costumbres o modalidades regionales, algunas no exentas de resabios cabalísticos que habían hecho su profunda impronta en el alma popular.

Básicamente y a los efectos del orden civil, el matrimonio se formaliza en conformidad con la ley del país<sup>7</sup> pero lo que legitima la unión de los cónyuges "ante Dios y ante la Grey de Israel" es la ceremonia religiosa denominada, en hebreo, de "*Jupá Ve-Kidushíri'* o sea, de *Palio y Consagración*. En otras palabras, cuando bajo el palio nupcial se imparten las bendiciones de rigor y en la mayor solemnidad el novio declara públicamente a su novia que la toma por esposa y le hace entrega del anillo matrimonial.

De acuerdo con lo que prescribe la *Halajá* o norma legal, esa declaración consagratória del novio, merece plena validez cuando ha mediado el libre consentimiento de la novia al desposorio, cosa de la cual han de dar fe los testigos que presencian la boda y firman el acta matrimonial delante de los contrayentes. Por lo que se estipula en dicho documento, el marido novel contrae obligaciones para con sociales que cobran los festejos con que se da cima a la celebración, a la que prestan singular realce las danzas, las coplas epitalámicas y los cantos folklóricos. Es que para los judíos de todas las épocas, ricos y pobres, ortodoxos o liberales, sin distinción de nivel, la consagración de un nuevo matrimonio constituye un acontecimiento de suma trascendencia, así en el orden doctrinario como en el orden social.

Para los maestros de las escuelas talmúdicas, el matrimonio es una institución sagrada de eterna vigencia, impuesta por voluntad divina, conforme al dictado bíblico de "Fruteced y multiplicaos y colmad la tierra". Su finalidad primordial y trascendente es dar un

---

<sup>7</sup> En nuestro país por la ley de matrimonio civil.

sentido moral y convertir en virtud de orden superior la facultad genésica del hombre, el cual, dentro de un sistema social, está llamado a asegurar la prolongación de la especie humana.

De lo que se acaba de expresar fluye, inequívocamente, como conclusión, que el casamiento, esto es, la ceremonia por la cual se consagra la unión matrimonial de una pareja, de conformidad con el rito, es una de las instituciones de señalada preeminencia en la tradición judía. Desde este punto de mira es fácil comprender por qué en la literatura rabínica se juzga con suma severidad al celibato; a tal extremo llega la severidad que se lo considera contrario al orden natural. En el tratado talmúdico de *Kidushín* se afirma que la finalidad del matrimonio no se limita únicamente a promover la prolongación de la especie humana dentro de un régimen moral, y con ello conjurar los perniciosos efectos de la soledad del hombre, sino también impedir su desnaturalización, ya que "el hombre que no tiene mujer, o por mejor decir, que no se ha casado, no es hombre propiamente, pues vive sin bendición y sin esperanza". El tratado de *Yevamot* se refiere a este punto en términos admonitorios: "No es el hombre casado quien se halla expuesto a caer en pecado, sino el célibe que siempre vive acosado por la tentación". Y en el mismo contexto se agrega que "la apetencia sexual no es un impulso desenfadado del individuo; antes al contrario, regulado por la vida conyugal, su consorte, algunas de las cuales figuran expresamente en el acta aludida que se lee durante la ceremonia. Tales son, por ejemplo, la de respetar a su mujer, profesarle fidelidad, proveer a su sustento en forma decorosa, asegurarle vivienda confortable, así fuese a costa de sacrificios, y depositar arras en su favor; esto es, dotarla de una reserva en bienes o en dinero, en previsión de cualquier infortunio que pudiese acontecerle. En los ya mencionados textos del Talmud, *Nezikín* y *Yevamot*, en los que se estudian los problemas relacionados con la vida matrimonial y, por lógica consecuencia, se contemplan diversas circunstancias que deben tomarse en consideración para el logro de un matrimonio feliz, se registran una serie de aforismos, sentencias y admoniciones en los que se trasluce el principio moral que ha guiado a aquellos sabios autores, al legislar sobre la materia. Mencionaremos algunos, a título de ilustración: "Amarás a tu mujer más que a tí mismo"; "Guárdate de hacer llorar a tu mujer, Dios lleva cuenta de sus lágrimas"; "No es

la conveniencia pecuniaria lo que ha de decidirte a contraer matrimonio"; "El hombre debe tomar por esposa a una mujer afable, hacendosa, de moderadas costumbres y de buena familia"; "No te cases con mujer sin que antes hubiese mediado conocimiento mutuo". Y, glosando un versículo del Deuteronomio (*Devarím*): "Primero construyete una casa, luego planta una viña y después cástate".

Hasta el siglo xii la ceremonia de casamiento se realizaba en dos etapas, mediando un año entre una y otra. En la primera etapa, denominada *Erusín* o sea, de *esponsales*, los contrayentes se daban promesa de casamiento, haciendo público el noviazgo. En dicho acto, al que generalmente concurrían los familiares y allegados, se impartían las bendiciones de práctica, se suscribía un convenio de nupcias y el novio hacía entrega del anillo a su prometida. En el segundo ceremonial, llamado *Kidushín* o sea de *consagración*, celebrado al año del anterior, se solemnizaba la boda con el ritual de rigor que culminaba en una fiesta de carácter social. En los tiempos que corren, empero, ambos ritos se efectúan en una sola ceremonia; razón por la cual se designa a la boda con el nombre conjugado de *Jupá Ve-Kidushín*.

La ceremonia del *Jupá y Kidushín* se puede celebrar en cualquier sitio decoroso y a cualquier hora del día, aunque modernamente se da preferencia al recinto sinagoga y en las primeras horas de la noche. No así los ortodoxos que siguen la antigua costumbre de realizarla a cielo abierto, a toda hora, con preferencia al anochecer. El cielo estrellado les hace vivir, imaginariamente, el pasaje bíblico según el cual Dios dice al patriarca Abraham: "Contempla el cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas; tanta será tu descendencia" (Gén. 15:5). Tocante al día, la ceremonia de casamiento goza de prioridad respecto de toda otra; todos los días son igualmente propicios, excepción hecha del día sábado, los días de contrición y los señalados en el calendario como días de duelo religioso. Los ortodoxos, por su parte, sin desechar cualquier otro día, prefieren la noche del martes, por ser la jornada en que, según la Escritura, Dios, al contemplar su obra de creación de aquel día, "la halló buena". De aquí que lo consideren día auspicioso.

En lo que respecta a la indumentaria de los novios, nada se ha prescrito; pero la costumbre más generalizada es que la novia se

presente ataviada de blanco o de otro color claro, con un velo transparente que le cubra el rostro y con la cabeza adornada con un tocado floral, a manera de guirnalda. En cuanto al atuendo del novio, nada especial ha impuesto la costumbre, salvo que, en algunas comunidades, sea de rigor que se presente bajo la *Jupá* o palio engalanado con un *Taled* flamante que en esa ocasión lo inaugure, debajo del cual habrá de lucir un *Kittel* o alba.

Antes de dirigirse a la *Jupá*, el novio acompañado de los testigos, debe examinar la *Ketubá* o acta nupcial, originalmente escrita en arameo<sup>8</sup> a la que se suele añadir una versión al idioma del país. Y a continuación, escoltado por los testigos y familiares, el novio se encamina al estrado en que la novia lo aguarda; y ella, al divisarlo, se cubre el rostro con el velo, tal como había procedido la matriarca Rebeca al divisar a su prometido, Isaac. Entretanto, el oficiante entona la bendición de parabienes, inspirada en los términos con que fue despedida Rebeca al marcharse de su casa paterna con destino a la del patriarca; a saber: "¡Oh, hermana, quiera el cielo que seas digna de ejercer el matriarcado para miríadas de tu descendencia!" Es el momento que en la tradición *Ashkenazi* se denomina "Bedekn di Kale", o sea en que la novia se echa el velo al rostro. En ese instante, el novio, tomado de la mano por los padres de los contrayentes, se ubica bajo la *Jupá*, de cara hacia el oriente: es decir, con la mirada puesta en dirección a la santa ciudad de Jerusalem, mejor dicho, a Sión. (Cuando la ceremonia se realiza en Jerusalem dirigirá la cara hacia el muro del Templo). Seguidamente, la novia tomada de las manos por las madres de los contrayentes es conducida al palio bajo los acordes musicales y las voces armoniosamente moduladas por el oficiante, tributándole la bienvenida.

En algunas comunidades ortodoxas de acentuada tradición jasídica, se practica todavía la costumbre de probable origen cabalístico, según la cual la novia se allega a la *Jupá* seguida de algunas damas —generalmente en número de siete— sosteniendo en alto sendas bujías encendidas, y juntas hacen la ronda en torno del novio, siete veces, en un intento exorcizante de "ahuyentar a los malos espíritus y preservar a la nueva pareja de todo maleficio".

---

<sup>8</sup> Lengua vernácula de las escuelas talmúdicas. En Israel se acostumbra a redactar el acta en hebreo moderno.

Superstición esta que, obviamente, carece de fundamento religioso o doctrinario.

El oficio litúrgico que sustancialmente consiste en las bendiciones, es precedido por el sermón de práctica a cargo del rabino de la comunidad, o en su defecto, por alguna persona de la Grey de reconocida autoridad en materia sapiencial<sup>9</sup>. Y a continuación, sin darse pausa, el rabino (u oficiante) levanta la copa de vino y bendice a los contrayentes, tras lo cual ofrece un sorbo de vino de la bendición (de la misma copa) al novio y a la novia. Acto seguido el novio extrae del estuche que lleva consigo el anillo nupcial y se lo coloca a la novia en el dedo índice de la mano derecha, pronunciando clara y pausadamente la fórmula de rigor por la que la consagra por esposa. Se procede entonces a dar lectura a la **Ketubá** o acta matrimonial, en voz audible, que habrán de firmar, indefectiblemente, los testigos para certificar la necesaria validez. Modernamente acostumbran a firmar también los novios y los padres de ambas partes. El acta es leída primeramente en su texto original que, siguiendo la antigua usanza desde los tiempos talmúdicos, viene escrito en arameo, como está dicho, y a continuación se lee la versión al idioma del país. Tocante al anillo nupcial, éste debe ser hecho de metal, preferentemente de plata u oro, de sencilla elaboración y sin pedrerío. De acuerdo a las disposiciones reglamentarias de antigua data, el anillo nupcial es uno solo, el que el novio entrega a la novia. Pero en los últimos tiempos, adaptándose a la costumbre general de nuestro siglo, en muchas comunidades conservativas y liberales se admite también la entrega de un anillo nupcial de la novia al novio y aún se la faculta a formular una declaración recíproca en los mismos términos que los del novio.

Concluida la lectura, oficiante y coro entonan las siete bendiciones (**Sheva Berajot**) consagradorias y se vuelve a ofrecer un sorbo del vino de la bendición, esta vez a la novia primero y al novio después. Escanciado el vino, el novio deja caer la copa al suelo<sup>10</sup> y la aplasta con el pie derecho, haciéndola añicos. (En algunas comunidades, de origen oriental principalmente, la copa es arrojada

---

<sup>9</sup> El sermón, llamado en hebreo clásico Derashá, no es obligatorio.

<sup>10</sup> Puede ser una copa similar.

con violencia contra una pared). Es esta una tradición cuya procedencia ha dado margen a diversas hipótesis. La más aceptada es la que le asigna un valor simbólico representando la nota triste que, según los maestros del Talmud, debe introducirse en los momentos de mayor regocijo, en recuerdo de la destrucción del Templo de Jerusalem. Según otros, tiene por objeto detener la alegría e invitar a la concurrencia a dedicar un momento de solidaridad con las personas que a la misma hora padecen privaciones y sufrimientos. Por último, las comunidades que conservan en sus costumbres algunos resabios cabalísticos, ven en la rotura de la copa algo así como un acto simbólico de exorcismo, de precaverse contra todo maleficio. Esta última hipótesis es la menos aceptada en los tiempos modernos.

Durante la pausa emotiva que naturalmente se produce, el oficiante, secundado por coro y órgano, recita los versículos 21 y 22 del capítulo II de Oseas: "Te desposaré para siempre, te desposaré honrosamente, con justicia, con afabilidad y con ternura: te desposaré con lealtad y conocerás a Dios". A continuación se da lectura del acta en su original; y concluida ésta, el oficiante recita las siete bendiciones o *Sheva Berajot*. Acto continuo, el oficial mayor del Templo lee la traducción castellana del acta matrimonial que firman los testigos junto a la signatura de los novios, tal como lo hicieron anteriormente en el original.

Con el restallido de la copa se da por concluida la ceremonia religiosa a la que pone nota culminante la voz del rabino, proclamando la clásica albricia de *Mazal Tov*, o sea "buenaventura", que parientes e invitados acogen con regocijo, mientras la música irrumpe con acordes de danza.

Las danzas, en una boda judía, comienzan con el primer anuncio de *Mazal Tov*. Tal es la costumbre, según nos consta, desde los tiempos talmúdicos. Hay amplia evidencia de ello en los textos. Tanto en la escuela de Hilel como en la de Shamay, al reglamentar los asuntos concernientes a los desposorios, se hace repetida alusión al carácter alegre que ha de asumir la boda y al género de danzas que servirían para darle realce. En otros pasajes, comentando bodas a que los maestros habían asistido, se dice que el Rabí Yehudá Ben Hay bailó con la novia sosteniendo en la mano una ramilla de mirto; y de Rabí Ajá se dice que su alegría había llegado a tal extremo que levantó

a su novia en vilo, la echó sobre sus hombros y bailó con ella en esta forma.

En algunas comunidades judeo-orientales, cuando uno de los novios, o bien los dos, son huérfanos de padre y/o de madre, se acostumbra, antes de dar comienzo a las danzas, rezar el **Malé Rajatnim**<sup>11</sup> por el descanso del alma del difunto.

En la modernidad, son muchas las comunidades que han introducido como parte de la liturgia de **Jupá y Kidushín**, el entonar el "**Hatikvá**" a la conclusión de la ceremonia.

La Jupá o palio nupcial es, como se sabe, un dosel portátil sostenido por cuatro varas que sujetan los circunstantes en momentos de realizarse el rito del desposorio. En la antigüedad bíblica designábase con este nombre a la tienda destinada a servir de alcoba para los que acababan de casarse y a la cual eran conducidos en festiva procesión. En la era talmúdica, según sabemos, ya se había generalizado la **Jupá** como sucedáneo de la tienda para la ejecución del ritual que los maestros habían reglamentado. La **Jupá** no fue ni es, sin embargo, de uso obligatorio. En algunas comunidades medievales, entre otras, las de Francia, el procedimiento de **Jupá** se reducía a que el novio cubriera la cabeza de la novia con su **Taled** mientras se pronunciaban las bendiciones. Con ello se simbolizaba el amparo prometido por el novio a su consorte, fundado en el capítulo 3 del libro de Rut, en que Boaz pregunta a la moabita: "¿Quién eres tú?" Y ella responde: "Soy Rut, tu sierva; extiende sobre esta sierva tuya tu mano, pues eres mi resguardo". A lo que Boaz le contesta: "Bendita seas con Dios. Y ahora, hija mía, no temas; haré por tí cuanto me digas, pues toda la gente de mi pueblo sabe que eres virtuosa". De aquí que si bien la **Jupá** es lo común, el Taled es igualmente empleado como palio nupcial. En los **kibutzim** (y en casos de emergencia) es el recurso frecuente.

El casamiento sanciona, pues, el vínculo conyugal convirtiendo al matrimonio en una unión sagrada. He ahí por qué su designación religiosa no se limita al término **Nisuín**, esponsales, sino que ha menester por igual del vocablo **Kidtishín**. Esto es, santificación. No obstante, el matrimonio judío no es un sacramento a la manera

---

<sup>11</sup> Oración en memoria de los difuntos.

cristiana, puesto que el divorcio es permitido dentro de condiciones establecidas por la ley religiosa (y confirmada en Israel por la ley civil). Una disolución matrimonial o por mejor decir, un divorcio, es, para el judaísmo, un hecho lamentable de todo punto —espiritual, físico y social—, pero una desavenencia conyugal irreconciliable, un desencuentro espiritual irreparable, una infidelidad de marido a mujer o viceversa, lo mismo que cualquiera otra de las aberraciones o anomalías taxativamente enumeradas en la *Halajá*, son consideradas por la doctrina judía como causales de perturbaciones más graves que el divorcio mismo.

De todas suertes, el divorcio ha sido siempre un hecho de excepción entre los judíos, más aún en los casi dos mil años de Diáspora, en que los judíos pertenecían mayormente a una sociedad cerrada con un intenso sentimiento de solidaridad fraternal entre las familias.

Por otra parte, desde los tiempos talmúdicos anteriores a la Halajá, el divorcio dejó de ser el resultado de un acto unilateral, para ser el resultado de un juicio dirimido ante un tribunal rabínico competente. Y más aún: Desde el siglo X, a raíz de la *Takaná* (enmienda) del célebre sabio de Mainz, *Rabí Gershom ben Yehudá*, por antonomasia apodado *La Luminaria de la Diáspora*, el divorcio sólo puede obtenerse si media el consentimiento de ambas partes. En aquel siglo y por decisión del sabio Rabí Gershom, se dio por eliminada también la práctica bíblica del Levirato. La *Takaná* consiste en convertir el Levirato *nupcial* en Levirato disolutorio o *divorcial*, cuyo término técnico hebreo es *Jalitzá*. La ley civil del Estado de Israel ha otorgado sanción legal a estas *Takanot*, incorporándolas a su sistema judicial.



Desde **ese mismo siglo xi y por efecto del pronuncia• to** autorizado de Rabí Gershom, ampliamente acatado <sup>III</sup> las comunidades judías de Europa y gradualmente aceptado por el judaísmo mundial, la poligamia ha quedado terminantemente prohibida, bajo pena de excomunión o **Jérem.** En la Israel de hoy esta prohibición es ley, sancionada por la Knesset en 1960 e inmediatamente refrendada por el rabinato superior.

La Biblia no prohíbe, ciertamente, la poligamia. Ni los menos versados en la Escritura ignoran que varias de las figuras señeras de la época bíblica practicaban la bigamia, a más del concubinato. Eso no obstante, aún en aquellos tiempos prevalecía la monogamia, sobre todo a medida que los dictados bíblicos iban siendo mejor comprendidos por las multitudes esclarecidas y adictas a la fe mosaica. Según algunos autores, el imperativo divino según el cual "el hombre se unirá con **su mujer** para formar entrambos un **solo ser**" acabó por identificarse con la idea de la monogamia. Fue por eso, según ellos, que en la ilustrada era del Talmud la bigamia estaba totalmente desacreditada. Tampoco se sabe de casos de bigamia entre los sabios judíos de Elefantina, Alejandría y menos aún entre la numerosa judería de Roma aun antes de que Teodosio prohibiera la poligamia para todos los que habitaban el territorio imperial. Por otra parte, en Grecia, donde se practicaba la poligamia, se han hallado diversas actas matrimoniales judías en las que se hace mención de una cláusula por la cual la monogamia será el régimen familiar.



## LA MUJER EN LA TRADICION JUDIA

COMO corolario del principio de integración matrimonial, la mujer está socialmente equiparada al hombre en la tradición judía. Sancionada, primero, por la costumbre, como parte del legado tradicional de los patriarcas, esa igualdad cobra categoría moral distintiva del judaísmo, al proclamar Moisés el mandamiento de honrar al padre y a la madre por igual. Doctrinariamente, las fuentes en que esta norma se inspira, se remontan a los pasajes iniciales de la Escritura; pero no contenta la tradición con verla reducida a los rigurosos confines morales, la exégesis posterior no se dio sosiego hasta encontrar entre las disposiciones dispersas en todo el texto bíblico los fundamentos que le permitieran extenderla al ámbito civil y, modernamente, también al político. Algunos tratadistas se aventuran a afirmar que el texto llega a conceder primacía social a la mujer. Esto se infiere, afirman, del relato del Génesis en el que se expresa de manera apodíctica que "... de consiguiente, el hombre **abandonará** al padre y a la madre y se **unirá** a su mujer para formal un solo ser". Siendo que el marido es quien debe ir en seguimiento de la esposa, se deduce claramente —razonan los rabíes— que la primacía social corresponde a la mujer. Y como para dar un toque de galanura a ese raciocinio feminista dejan apuntado un aforismo madrigalesco: "Quien ama a su mujer como a sí mismo y la honra más que a sí mismo, acredita títulos al versículo que dice: 'En tu residencia mora la paz.'"

Lo cierto es, sin embargo, que, de hecho, la igualdad cívica de la mujer, entre los judíos, se anticipó a su reconocimiento "de Derecho". En episodios salientes de la historia de Israel, prolijamente descritos en la Biblia, aparecen figuras protagónicas femeninas desempeñando papeles de rango principal, generalmente reservados al hombre y que por su ejemplaridad dieron la pauta jurídica al legislador. Baste, para el caso, mencionar figuras como la de Miriam, hermana de Moisés, dirigiendo las danzas y coros con que la muchedumbre aclama la prodigiosa travesía del Mar Rojo; la de Débora, profetisa y par entre jueces de Israel, moviendo guerras y conduciendo los ejércitos a las cimas victoriosas; la de Ester, en fin, salvando a su comunidad en una hora de grave desconcierto. Como quiera que sea, la fundamentación

filosófica y doctrinaria de esa igualdad femenina se logra recién en la época talmúdica, tras un largo proceso hermenéutico sobre la manera de conciliar preceptos en apariencia irreconciliables. Luego del retorno del cautiverio babilónico, el conductor político y espiritual de la restauración nacional, Ezra, el insigne escriba, se propone hacer revivir en la conciencia de las generaciones libertas la Ley bíblica que la generación de cautivos tenía olvidada. Con este objeto instituye las asambleas multitudinarias de estudio de la Torá. Tres veces por semana los Hombres del Gran Consejo reunían a los ciudadanos del pueblo en la plaza abierta con el fin de impartirles instrucción bíblica. De esta suerte, lo que comenzó siendo una acción de esclarecimiento, mera siembra de ideas antipaganas, acabó por producir, andando el tiempo, abundante granazón. Generaciones más tarde, en efecto, surgen las academias de altos estudios, en cuyos estrados se modela el intelecto de los creadores del Talmud hieroslimitano y del Talmud babilónico. Inspirados en el versículo 8 de la primera página del libro de Josué, por el cual Dios recomienda al nuevo caudillo ceñirse "día y noche" al estudio de la doctrina de su insigne predecesor, Moisés, el precepto de estudiar Torá pasó a la más elevada escacía de valores en el culto nacional.

Con el correr de los años, el concepto primigenio de Torá, restringido a la noción de Ley o doctrina religiosa, fue ampliando sus faldones hasta abarcar todo cuanto constituye ocupación del intelecto. Afanarse en el saber, estudiar Torá para abrir nuevas ventanas en el horizonte mental y sutilizar la inteligencia, era una manera de acercarse a Dios, no por la torre de Babel, sino por la escala de Jacob, para llegar, de este modo, o lo más cimero de la ambición del hombre: elevar la realidad a su mesiánica potencia. "Ante los horrores que cometen los hombres —dice la Agadá— todos los días se apresta un ángel dispuesto a aniquilar el mundo: mas en cuanto Dios repara en los chiquillos que estudian, la ira se le aplaca y se transforma en compadecimiento". Torá, como materia de adoctrinamiento religioso, se trocó en estudio sublimado de los arcanos del universo, esto es, en *Talmud*, o sea, investigación de las leyes de la vida y de las normas (la ética) que pueden conducir a la perfección. Lo que en un comienzo fue mera Torá, manantial de aguas profundas en perpetuo remanso, se abrió súbitamente en infinitos reciales por las que echaron a correr las caudalosas

vertientes de la exégesis, el silogismo preñado de ingenio y, de un modo principal, la digresión amena de libre vuelo, conjugada con el severo hurgar los designios de Dios respecto del hombre y su misión en la vida.

Pero acontece que el ahincarse "día y noche" en el estudio, sustrae al hombre al cumplimiento de otros menesteres expresamente ordenados por la Sagrada Escritura, verbigracia "con el sudor de tu frente comerás pan". ¿Cómo conciliar imperativos que en la práctica se excluyen, ya que unos y otros demandan las más de las horas de la jornada? Sin pan no hay Torá, sin Torá no hay pan, reza el adagio del Talmud. Sin pan que presta sustento, la vida es imposible; pero por otra parte, sin el estudio que eleva al hombre a las gradas superiores de la inteligencia, la vida carece de mérito. En el esfuerzo humano por redimir el mundo, por alcanzar el reino mesiánico en la tierra, los ejercicios espirituales que se concretan en el estudio de la Torá, son de igual valor que la dura lucha por el pan de cada día. El dilema era arduo, por cierto, pero se resolvía sin violencias, con espíritu armónico, fundado en el principio de integración conyugal: Mientras el hombre estudia con el fin de lograr la perfección, la mujer, su colaboradora natural, según lo establecido en el relato bíblico, toma a su cargo, abnegadamente, las tareas del pan llevar. Lejos de una dicotomía de tipo helénico, por la que el hogar se diversifica en gineceo y androceo, la subdivisión de tareas en aquella vida judía fue una conciliación sincretista con el exclusivo propósito de conducir el mundo por las rutas de la armonía en las que espíritu y materia marchan consustanciados.



## **EL PROBLEMA DE LA SUPERPOBLACION A TRAVES DEL PRISMA JUDIO**

**S**EGUN predicción de los augures demográficos de indiscutible autoridad, nuestro mundo se aproxima, a pasos galopantes, a una situación de crisis poblacional. Cálculos prolijamente cernidos permiten aseverar que al tiempo que traspongamos el umbral del nuevo milenio, la población de nuestro planeta habrá aumentado hasta un punto de sobresaturación. Por otra parte, cálculos no menos meticulosos llevados a cabo en los centros de investigación económica, no dan derecho a esperar un aumento correlativo de las fuentes de producción alimentaria. Frente al desequilibrio entre los bienes de ese consumo vital y de los agentes consumidores, el hambre, la desnutrición con su secuela de calamidades concomitantes, amenazan abatir a la especie humana con fuerza incontenible. La humanidad se ve, pues, según esas voces agoreras, ante el dilema hamletiano: *ser o no ser*. Los contornos pavorosos del dilema imponen el deber de abrir clara pupila para escoger el camino que conduce a una solución afirmativa de la vida. En un intento de conjurar el peligro que se cierne sobre nosotros, las ciencias sociales proponen una medida atrevidamente pragmática: un control de la natalidad, cosa que, en sustancia, comporta una rigurosa planificación de la familia mediante el empleo de métodos anticonceptivos que la medicina habrá de aconsejar. El debate está incoado y el punto en cuestión se está elucidando a puertas abiertas. Humanistas, teólogos, políticos y hombres de ciencia, abroquelados en los propugnáculos de sus personales convicciones, defienden con parejos acentos admonitorios las tesis más contradictorias. Unos y otros parecen estar levantando el índice hacia el arco iris posdiluviano, mítica advertencia contra cualquier intento de aniquilar el mundo. Mientras para unos la superpoblación que se acerca es punto menos que el diluvio humano propenso a anegarnos a todos, para otros ejercer un control artificial de la natalidad es arrogarnos presuntuosamente títulos, reservados tan sólo a Dios, para decidir *per sé* quiénes han de ser los Noés que merecen un lugar en el arca salvadora y quiénes los réprobos que deberán ser arrojados a la nada.

En polémica de tan serias consecuencias ¿cuál sería la actitud presumible de la tradición judía? ¿Puedese vislumbrar alguna pauta orientadora en los tan variados antecedentes históricos, en las tan dúctiles interpretaciones exegéticas adunadas en siglos de especulación casuística? ¿Podríase encontrar entre los vericuetos del Talmud u otros escritos posteriores algún hilo de oro conciliatorio? Si bien es cierto que el problema de un control de la natalidad jamás revistió las características de urgencia que las distinguen en nuestros días, el tema fue, no obstante, materia de preocupación de rabíes y pensadores judíos; de manera que por vía analógica se puede conjeturar una posición, al menos presuntiva. En tratados y respuestas de diversas épocas es dable observar que los autores adoptaban criterios maleables, de significativa ubicuidad sociológica. Los intérpretes de la doctrina se esmeraban en descubrir en la compleja urdimbre de la *Halajá* (cuerpo legal del Talmud) puntos de avenimiento entre los mandatos imperativos de la Ley y las circunstancias cambiantes de la vida. La *Halajá* discute el problema sin reservas y le dedica una copiosa hermenéutica. Una aguda intuición histórica los llevaba a inclinar el fiel de la balanza hacia una interpretación concordante con los intereses más humanos y menos dogmáticos. Si bien es cierto que el precepto de frutecer y multiplicarse, decían, constituye una exhortación de carácter imperativo, la Escritura parece dejar librada su aplicación práctica al arbitrio de cada cual, dado que ni el texto indica el número de hijos que debe traer a la vida un matrimonio, ni las figuras señeras de la Biblia sentaron claro precedente en esta materia. En vista de lo cual, la escuela de Hilel opina que el mandato alcanza obediencia plena con traer al mundo un hijo varón y una mujer; la escuela de Shamay, por su parte, postula dos hijos varones. Para ambas escuelas, en suma, dos hijos forman el número básico. Esta opinión casi coincidente de los academos más autorizados del Talmud ha permitido a algunas escuelas de la modernidad sostener que el judaísmo no podría estigmatizar con el baldón vituperante a quienes practicasen un control de la natalidad. Cierto es que el Talmud fustiga a quienes se muestran reacios a aumentar la prole por motivos egoístas, tales como eludir las responsabilidades derivadas de la crianza o las obligaciones emergentes de la educación de los hijos; pero por otra parte, el Talmud se allana a

admitir que se dan circunstancias en que el control podría ser necesario. En tres casos se justifica, según aquellos tratadistas, la práctica anticonceptiva: cuando la mujer impúber embaraza, con lo cual pone en peligro su vida; cuando la mujer en estado de gravidez revela evidentes síntomas de que el embrión está lesionado (en cuya circunstancia se autoriza el aborto); y cuando la mujer que por causa de nuevo embarazo se veía en la necesidad de suspender la lactancia de un hijo en crianza, con lo que éste quedaría expuesto a la desnutrición y, eventualmnte, a la muerte. A más de tales casos, la ley *halájica* contemporiza con otros casos de humana significación: la mujer del célebre talmudista Rabí Jiyá había alegado no poder soportar los dolores de alumbramiento; los doctores de la Ley autorizaron su esterilización definitiva. Con análogo espíritu humanista permitían el empleo de métodos anticonceptivos a la mujer que, con anterioridad, hubiese traído al mundo hijos afectados de incurables males congénitos; en estos casos, la decisión quedaba librada al exclusivo arbitrio de la madre.

Ahora bien, si la doctrina talmúdica, según se echa de ver, se muestra tan liberal en punto que es hoy tema de arduo debate, ¿cómo explicar el que en la práctica, los judíos siguiesen una línea contraria? En efecto, documentos fehacientes de la época medieval y testimonios de siglos posteriores revelan que hasta promediar la pasada centuria las familias judías se distinguían por su prole numerosa, con el aditamento de que cuanto más religiosas más pródigas en hijos. Más aún, entre los siglo X y XV menudean las respuestas rabínicas estimulando la procreación y condenando severamente cualquier intento de planificación genética. ¿Qué factores habrán determinado esa subversión, por decir así, de aquella posición talmúdica tan liberal? Muchos, por cierto; todos motivados por las peculiares condiciones de los judíos en los países de su dispersión, pero en particular, las que derivaban de las penosas vicisitudes de orden físico y moral. Las frecuentes persecuciones, las masacres, los ostracismos y todo el variado género de vesanías que les infligía la cristiandad en la Edad Media, acarreaban el terror, el hambre, la desnutrición. Los hogares quedaban mutilados, la población infantil diezmada. "Las casas más confortables, los hogares más sólidos —dice Charles Péguy— no podían significar para ellos más que una tienda en el desierto". En los momentos de relativa bonanza, es decir, en que las tropelías amainaban, los

*ghettos* miserables con el hacinamiento, las pestes, las privaciones, el aplastamiento moral, segaban las vidas en plena flor. Ante los peligros de una lenta inanición o de un aniquilamiento a sobresaltos, los conductores de la grey se vieron obligados a arbitrar recursos persuasivos que hicieran decir sí a la vida, a pesar de sus sinsabores. Con el auxilio de nuevos razonamientos hermenéuticos espumados en las corrientes filosóficas que a la sazón florecían en Europa y que fueron traídos al cauce judío por los afamados maestros Isaac Israelí, Moisés Maimonides, Josef Albo y otros médicos filósofos, pudieron extraer de la vieja raíz bíblica nueva savia dialéctica. Asignando a la ya citada alocución de "fruteced y multiplicaos" un valor imperativo ineludible, sostuvieron que los fundamentales deberes de la familia, la procreación entre estos, deben prevalecer por sobre toda otra contingencia, máxime cuando los hijos representan el factor eficiente y coherente del progreso humano, gracias al cual se perpetúa la vida. Contener ese avance comportaría unirse a las fuerzas de regresión que, en esencia, lo que pretenden es acabar con el pueblo judío. En cambio, traer hijos en esas circunstancias de prueba, es una manera de luchar contra los poderes contrarios a los designios bíblicos. Un antecedente aportado por la propia historia judía, documentado en la Escritura, daba pábulo a esa conmovedora exhortación: durante la esclavitud en el Egipto, los judíos fueron objeto de análogos padecimientos y, no obstante "cuanto más los maltrataban tanto más se multiplicaban". Al amparo de tales argumentos lograban infundir esperanza en un mañana mejor, a pesar de la adversidad del momento afrontado. A despecho de las tribulaciones supieron anteponer los intereses del grupo nacional a las conveniencias individuales. Mas al promediar el siglo xix, al soplo de las ideas liberales que agitaban la Europa, comenzaron a aparecer algunas respuestas menos categóricas en cuyos textos era fácil percibir un prudente retorno a la antigua posición talmúdica. El iluminismo europeo se infiltraba también en las esferas estudiosas judías, resquebrajando la hierática rigidez que hasta entonces predominaba en la interpretación doctrinaria. El romántico impulso de renovación, de modernización de las costumbres, de ajustar las ideas religiosas a los descubrimientos de las ciencias, estremecieron los viejos cánones, abriendo resquicios por los que penetraban nuevos destellos de luz. El retorno hacia la posición liberal de los talmudistas en lo concerniente al punto que nos ocupa, no era más

que uno de los signos de esa revolución silenciosa que se operaba bajo el rescoldo de la tradición añeja<sup>12</sup>. Los cambios no se produjeron, por cierto, sin explosiones cismáticas. El judaísmo religioso se dividió en corrientes de pensamiento diverso, siendo las más liberales fuertemente impugnadas por la ortodoxia que seguía considerando inmutables los esquemas de clásica textura. Y aunque las discrepancias se conservan con acusadas aristas hasta nuestros días, una auscultación cuidadosa de la opinión rabinica mayoritaria en los grandes centros judíos, permite columbrar la inclinación del péndulo hacia una posición contemporizadora con la ciencia moderna. "Es menester —aseveraba en sus respuestas el eminente rabino Kook, esclarecida figura de la ortodoxia de nuestro siglo— que quien piensa correctamente sepa que de ninguna manera debemos impugnar la opinión de la ciencia, aun cuando ésta contrarie la letra de la Torá. En el relato de la Torá, lo esencial es el sentido íntimo que alberga. Este cobra mayor significación cuanto más nos vemos obligados a confrontarlo con las revelaciones de la ciencia que aparentan contradecirlo. La ciencia debe espolearnos a descubrir la verdadera intención de la Escritura". Ateniéndose a la opinión de Kook, el judaísmo de visión moderna afirma la necesidad de perpetuar la especie humana a través de la familia, de conformidad con los preceptos clásicos; pero al propio tiempo reconoce que la planificación racional es un deber inexcusable de nuestra era. Y siendo la tal planificación un requisito de la ciencia, los judíos no pueden menos de someterse a ese dictado, alistándose en el escuadrón de fuerzas que se aprestan a defenderlo, a fin de conjurar todo cuanto conspire contra la felicidad del hombre en la tierra, según lo preconiza la tradición judía<sup>13</sup>. El consejo bíblico de escoger la vida entraña la idea de convertirla en una fuente de gozo y perfección, no en un pozo de agonía y maleficio.

Escoger la vida es, ante todo, ver las cosas a través del cristal de la historia, afirmarse en la obligación de la verdad; es crear

---

<sup>12</sup> El Principio de respeto a la vida es anterior a toda otra promesa dada por Dios a tribu o nación alguna en particular; la historia de los judíos es considerada (por la Biblia) como parte de la historia del hombre.

*Erich Fromm*

<sup>13</sup> Dios dijo al hombre: "Hasta ahora me he ocupado yo de la tarea; de aquí adelante, tú te ocuparás de ella".

*Rabí Pérez de Barcelona*

realidades universales que permitan al hombre guiar el mundo hacia condiciones que el judaísmo define como era mesiánica. Toda la riquísima preceptiva predicante de la Biblia, todo el manantial de sapiencia que brota del Talmud no concurre sino a probar que el mesianismo judío es el esquema imaginario sobre el que el hombre proyecta cuanto encuentra posible, mediante una tarea de dignificación de su propia naturaleza<sup>14</sup> Penetrado de la idea que comporta dicho esquema, el hombre se torna visionario, aunque sin por eso permitir que el ensueño le nuble los ojos para no ver que el torrente de lo real se encuentra sometido a contingencias inesperadas. Sólo así se le hace posible comprender que no todas las cosas de ayer son buenas hoy, que si es preciso aceptar la vida con sus altibajos es porque muchas otras cosas son posibles, que tal vez todo sea posible siempre que el espíritu sepa vigorizarse en el intentar y el errar, únicas maneras de domeñar las fuerzas de la naturaleza para ponerlas al servicio de una vida sin zozobras. De consiguiente, una superpoblación desmesurada que lleva en sí el germen agónico, resulta contraria a la vida y, por ende, contraria a la felicidad en el mundo terrenal que, en términos judíos, constituye el reino de Dios en la tierra.

La superioridad del hombre respecto del animal estriba, según la tradición judía, en la facultad de razonar con libertad, de sopesar los méritos de cada circunstancia histórica, convencido de que la historia avanza a oleadas y que en su marcha deben quedar orillados los dogmatismos que pretenden represarla. Solamente por virtud de su inteligencia el hombre es capaz de imaginar, inventar, introducir enmiendas en el orden natural preestablecido, toda vez que éste contraviniese el sentido de la historia inequívocamente definido como progreso<sup>15</sup>. Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre se

---

<sup>14</sup> La existencia del mundo y su evolución han sido puestas en manos del hombre, siempre, claro está, que la criatura se asemeje al Creador.

Zohar, obra básica del Cabalismo

<sup>15</sup> Dios ha creado al hombre a su imagen a fin de que éste pueda ocuparse del mundo tal como Él lo hacía hasta aquel momento.

ha constituido en el amo del progreso, en la dinámica que mueve los rodajes de la historia. Shabetay Donnolo, médico y comentarista de la Biblia que vivió en el siglo x, se aventuró ya entonces a afirmar que si fuimos creados a imagen de Dios, resulta legítima nuestra pretensión de semejarnos realmente a Él y hasta adoptar determinaciones en Su nombre<sup>16</sup>. Esta pretensión, agrega, no supone ambicionar una equiparación física con Dios sino con todo aque lio en que se revelan Sus designios<sup>17</sup>. Retomando ese pensamiento, cuatro centurias más tarde, el tratadista judeoespañol José Albo declara en su libro "Los Principios" (*Ikarim*) que en lo tocante a la creación de Adán, lo que la Escritura se propone es tan sólo ofrecernos un análisis espiritual de la naturaleza intrínseca del hombre. Y por su parte, su coetáneo Rabí Pérez de Barcelona, afirma que la intención real de Dios, al crear el mundo, fue instalar al hombre en él para que lo conduzca hacia la perfección ideal, es decir, a la paz universal preconizada por el profeta Isaías; esto es, a un mesianismo que es un estado de armonía universal en el que reina la vida perfecta<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> "Y lo has hecho (al hombre) punto menos que *Elohim* (Dios)... todo has puesto a sus pies."

Salmos

<sup>17</sup> Moisés pidió a Dios que le diera a conocer sus atributos; a lo que Dios respondió que sus atributos se manifiestan en sus actos. Sólo los efectos de su esencia es lo que Dios quiso revelar a Moisés, mas no la esencia misma.

*Hermán Cohén*, Las Fuentes del Judaísmo

<sup>18</sup> "Haz que el reino del mal desaparezca y que la humanidad quede unida en una sola hermandad para realizar la voluntad divina con corazón perfecto.

Del Libro de rezos. Plegaria compuesta por el talmudista *Aba Arija*.

## EL MESIAS EN LA TRADICION JUDIA

EL período bíblico es el ciclo histórico en que se enuncian las teorías cosmogónicas vistas por el judaísmo en su era primaria. Es asimismo el período en que se aquilatan los principios morales, religiosos y sociales. El período talmúdico, por su parte, es el período de la cristalización de una conducta en la que se establecieron los perfiles espirituales de la tradición de Israel. Las academias del Talmud son las que fijaron "vallados a la Ley", esto es, fijaron límites a su aplicación práctica en cada caso, de manera que con el andar del tiempo esas academias se convirtieran en las fuentes espirituales a las que han ido a calmar su sed todos cuantos ansiaban conocer los misterios del universo y la misión del hombre en la tierra. Un afán incontentido de cumplir con la voluntad de Dios los induce a un análisis sutil de los fenómenos de la vida, a un examen minucioso del complejo rodaje humano formado de miserias y grandezas, hasta derribar aquellos vallados e infiltrarse en todas las esferas del saber. Junto a la árida regla moral que elaboraron en la *Mishná*, amasaron en la artesa del *Midrash* las ideas que, en su conjunto, trasuntan un ansia de infundir optimismo en el destino del hombre. En ese homiliario —*Midrash*, en hebreo— quedaron registrados los discursos, las parábolas, las alegorías con que aquellos buceadores afanosos de la verdad calmaban sus dolores metafísicos para cuajarlos, finalmente, en una norma de conducta "del hombre para con Dios y del hombre para con su prójimo", esto es, en una ética practicable.

En el crisol talmúdico se templean y ductilizan los rígidos preceptos bíblicos, adecuándose al panorama real de la vida con su articulación de intereses, demandas y voliciones. Algunos postulados axiomáticos se secularizan al soplo imaginativo de la *Agadá*, otros se hieratizan bajo la presión de la norma rigurosa, pero todos se aunan, en fin de cuentas, en el propósito común de mantener despiertos y activos los dones superiores que yacen en el fondo del hombre. Más tarde, al influjo de las libres especulaciones de la *Agadá*, surge, en la Edad Media, la legión de pensadores, filósofos, médicos, astrónomos, poetas y aventureros de la inteligencia que labran la Edad de Oro de la cultura judía de la Diáspora. Es el período en que el pensamiento judío se hermana con el pensamiento universal; una suerte de vasos

comunicantes se establecen entre la filosofía helénica y la judía, a veces para armonizar y a veces para impugnarse, pero de todas maneras para fertilizar el campo intelectual de la Europa en que, a la sazón, avanzaba victoriosamente el pensamiento cristiano.

Es indudable que la entrada del cristianismo en Europa fue triunfal, si bien más por las ideas de San Agustín que por influjo directo de la Biblia. Esta victoria del cristianismo, alcanzada con las armas del intelecto agustiniano, que puso bajo su dominio al mundo pagano de Occidente, sirvió de acicate al pensamiento judío. Las diferencias entre la concepción-madre, la judía, y la concepción-hija, la cristiana, se pusieron de manifiesto en forma definitiva. Reservándole la bienaventuranza celestial únicamente y cercenando las alas al libre albedrío, San Agustín privaba al hombre de su participación activa en el advenimiento del reino de Dios en la tierra. "Todo el proceso de la conciencia que se desarrolla, así como el camino abierto por la historia humana con fines de llegar a la perfección humana —dice Erich Kahler— queda eliminado en la doctrina de San Agustín. La voluntad del hombre queda sujeta a la divina gracia que obra mediante la predestinación y los actos sacramentales; sólo y desprovisto de libre albedrío, el hombre queda privado de toda intervención eficiente en el reino de Dios; por causa de la caída de Adán, el hombre es constitucionalmente pecaminoso y sigue así. fluctuando entre Caín y Abel, entre seres providencialmente salvables y seres condenables, hasta alcanzar, por fin, la bienaventuranza celestial. Cuando el hombre aprende que en sí mismo no es nada —dice San Agustín en su comentario al Salmo 138, según cita de Momsen— y que no encuentra auxilio por sí mismo, sus armas se hacen pedazos". En suma, el hombre es nada, para San Agustín, y nada puede esperar de sí mismo. En la doctrina judía, en cambio, lo que se da en llamar la caída de Adán, relato de candidez mística, cobra un significado puramente simbólico, mundo de los efectos apocalípticos. El libre albedrío, don precioso del hombre, lo habilita a escoger su destino con plena autonomía, incluso a incurrir en pecado<sup>19</sup>. Así como el error es el escollo que encuentra el hombre en

---

<sup>19</sup> La Torá es la Ley que enseña al hombre seguir a Dios, indicándole cuáles son acciones justas y cuáles injustas.

su marcha por los tortuosos caminos que conducen a la verdad, así el pecado es el revés momentáneo que sufre nuestro gladiador invisible, la conciencia, en su lucha con los "demonios interiores" que lo acosan de continuo. Si por virtud del discernimiento —cualidad inherente a la razón—, el hombre es capaz de reconocer el error, por obra de sus mecanismos psíquicos —el sufrimiento moral, la reflexión, la vergüenza, la contrición—, puede expiar el pecado en este reino terrenal. En otras palabras, ni el error invalida el progreso ni el pecado cierra el paso al perfeccionamiento humano. Para los cabalistas, cuya era inicia al tiempo en que florece la doctrina agustiniana, el texto bíblico tal como aparece en su letra, no es más que un *Levush*, un ropaje que encubre un sentido más profundo que es preciso desentrañar. Ello se logra mediante una íntima consubstanciación con el anhelo del hombre que le fue infundido simultáneamente con el soplo divino en la hora de su creación;

---

El libre albedrío fue otorgado a todo ser humano. Todo aquel que quiera inclinarse al bien y a la probidad tiene la facultad de hacerlo. No permitáis que ni siquiera pase por vuestra mente la errónea idea que tienen muchos de que el Todopoderoso determina por anticipado quién ha de ser justo y quién perverso. Esto es absolutamente falso. Todo hombre puede ser tan justo como el Maestro Moisés de bendita memoria, o tan perverso como Jeroboam. Nadie ordena a nadie qué debe hacer, ni nadie puede inducir a nadie a seguir un camino u otro, puesto que todo hombre es libre de escoger el camino que quiera, espontánea y deliberadamente.

Maimónides, Mishné Torá

El hombre, poseído de una libre y espontánea voluntad, es por lo general dueño de sus actos y, de consiguiente, responsable de su justo o injusto proceder. Dios ha hecho al hombre libre, dotado de la facultad de obrar según su propio arbitrio y capacitado para discernir entre lo justo y lo injusto, entre la virtud y el vicio.

Filón

En la concepción judía, la sociedad mesiánica ideal no es aquella en que todo está al servicio de los poderes económicos, sino en la que la seguridad económica sirve de base a la libertad, de modo que el hombre y la mujer puedan manifestar su personalidad en forma legítima y sin trabas.

Isádore Epstein, *The Faith of Judaism*

No deja de ser un extraño misterio el que la Naturaleza, omnipotente pero ciega en su carrera secular a través del abismal espacio, haya producido una criatura que, si bien sujeta a sus poderes, está dotada de visión para discernir entre el bien y el mal y es capaz de manejar la impensada obra de su madre.

Bertrand Russell, *Misticismo y Lógica*

anhelo de instaurar la era mesiánica; si no ahora, al menos "en lo postrero de los tiempos"<sup>20</sup>.

Esta finalidad del hombre, descubierta por los cabalistas en un arrobamiento místico de anhelosa infinitud, es la misma que descubrieron los estudiosos judíos hurgando la compleja maraña de preceptos, predicaciones proféticas y relatos históricos que forman el texto bíblico. "Yo creo con fe absoluta en la venida del Mesías —declara el Maimónides— y aunque demore en llegar, lo espero." Lo espera aunque bien sabe que la llegada es remota, que es una meta de muy larga tardanza, más allá de todo momento presente<sup>21</sup>. Por su parte, Isaías Leibovitz, catedrático de la Universidad de Jerusalem, sostiene que la idea judía de la redención, del reino mesiánico relegado al fin de los días quizás, significa una realidad que está más allá de todos los tiempos, una realidad que trasciende el momento presente, pero a la que el hombre debe procurar "sin reposo". "Todo Mesías que se presentase en nuestro tiempo, agrega, antes de que se

---

<sup>20</sup> Los adeptos del Rabí Shneur Zalman quisieron saber en qué consiste la era mesiánica; a lo que el rabí respondió: la elevación del mundo a la más alta erada de la nobleza, esto es, un mundo de justicia. "¿Cómo se puede lograrlo?", volvieron a inquirir. "Cumpliendo sinceramente estos tres preceptos de la Torá", respondió: Alef, amaras a tu prójimo como a ti mismo; Bet, no humilles a tu prójimo en presencia de terceros; Guimal, no pongas obstáculo delante del ciego.

Beer Hajasidut (La Fuente Jasídica) Eliezer Steinman.

La conciliación de la doctrina del libre albedrío con la de la omniscencia divina constituye uno de los más arduos problemas de la religión judía. La conocida máxima talmúdica de "Todo ha sido previsto pero el libre albedrío ha sido otorgado" representa una afirmación dual de evidente contradicción. La filosofía judía procura resolver el problema mediante la fórmula de que la sabiduría de Dios no es causativa, y esto fue magníficamente explicado por Moisés ben Baruj Almonsino (1510-1580), según la cita de Samuel ben David Uceda (siglo xvi) en su comentario de la Mishná: lo que Dios sabo del futuro no es lo que sabe el hombre. Dios no sabe del futuro como futuro. Desde el ángulo de su eternidad, todo momento del tiempo, sea presente, pasado o futuro, no es sino un ahora.

Isadore Epstein, *ibid*

<sup>21</sup> Para los cabalistas, la era mesiánica puede ser adelantada mediante ejercicios espirituales que conduzcan a la purificación del alma hasta que uno logre persuadirse de que en cada uno se anida un ápice del espíritu divino, que el espíritu divino esparcido entre todos los hombres forma el UNO supremo y los jasidistas decían: Dios quiere retornar al mundo, pero por manos del hombre; por otra parte, el Mesías se demora en llegar esperando nuestra perfección.

lograse reconstruir la armonía, la unidad humana, sería un Mesías apócrifo. La unidad humana, dada la variedad de los hombres, es condición previa para el arribo del Mesías judío"<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> Las pinzas de nuestra inteligencia son rudas... y aplastan la delicadeza de la realidad cuando nos empeñamos en retenerla.

*Henri Bergson*

¿Por qué ha creado Dios un solo hombre? A fin de que todos los hombres fuesen hijos de un solo padre.

Agadá

## **EL AÑO NUEVO JUDIO**

### **SIMBOLISMO Y SIGNIFICACIÓN**

Los pueblos cuyas costumbres no se originan en hechos históricos o no tienen echadas sus raíces en sagas, leyendas poéticas acerca de sucesos heroicos que conlleven simbolismos de significación moral o religioso, carecen de tradición. La tradición encierra la fuerza espiritual que, andando el tiempo, determina la semblanza distintiva de un pueblo. Bien visto, podríamos decir con Karl Jaspers, que los pueblos que de tales elementos condicionantes carecen, no son pueblos, pues están exentos de fisonomía propia; son más bien masas humanas que el azar ha reunido y las más de las veces son la configuración del suelo donde han sentado sus reales o ciertas supersticiones o hábitos climáticos lo que los ha coligado. Al primer choque de intereses se disgregan tras un despedazamiento faccioso.

La tradición es el poder cohesivo genuino, puesto que se funda, por lo general, en un pasado de luchas por ideales o por vinculaciones genealógicas, sumadas a convicciones espirituales que a lo largo de los tiempos cristalizan en recuerdos, en ensueños y esperanzas comunes.

Las tradiciones judías, en su mayoría, son derivados de sucesos que registra la narración bíblica o de las creaciones intelectuales que de los estudios de la Sagrada Escritura surgieron, formando una diversidad de escuelas de hondo arraigo espiritual. Estas son las que han dotado al judaísmo de una acusada identidad inmutable. Las celebraciones judías que son las que otorgan fisonomía a las tradiciones, son, en su mayor parte, fastos de origen religioso, aun cuando su simbolismo y trascendencia social intrínseca van más allá de lo que comúnmente se entiende por episodio religioso. Ello se torna explicable si nos atenemos a la definición que del Dios de Israel establece el Maimónides: es el amo del universo, el todopoderoso al que no se debe asignar atributo corporal; esto es, que a Dios sólo se lo puede concebir como poseyendo características que no pertenecen a

la órbita de lo humano o, mejor dicho, que "no posee figura ni imagen".

Entre las aludidas celebraciones judías, las que ocupan un lugar de privilegio en la tradición, son los de año nuevo, conocidos por sus nombres bíblicos de *Rosh Hashaná* y día de *Kipur*, o sea dos días de Iniciación del año y el décimo día denominado día de expiación. Son los más solemnes del rito judaico, los más austeros y penitenciales del culto o, como lo expresa el *Majzor* (libro de rezos cíclicos), los días de mayor austeridad y sacralidad. Varias son sus connotaciones nominativas: día del juzgamiento, día de recuerdo, día de convocación sagrada. Por su parte, *Rosh Hashaná* se denomina también, día del tañido del *Shofar*, en tanto que el de *Kipur* se denomina asimismo día de contrición y ayuno.

De conformidad con la concepción religiosa judaica según lo formularon los maestros de la *Mishná*, todas las criaturas humanas del mundo —pero los judíos en especial— son sometidos al juicio divino como también y simultáneamente, al juicio de sí mismos, esto es, al de su propia conciencia, la de cada cual, de consuno con el de toda la comunidad. La suerte de todo ser humano, y en particular la del judío, está echada mediante un examen introspectivo, en un mirarse a su propio interior por el que se procede a un examen de conciencia, constituido, para el caso, cada uno en su propio tribunal; proceso judicial sumamente peculiar que el judío realiza con la imaginaria presencia de la "*Shejiná*" o Divina inmanencia, en abierta declaración delante del *Kahal* o comunidad congregada y constituida en asamblea sinagoga.

De aquí la singularidad de los días de Año Nuevo y de aquí su solemnidad extraordinaria dentro del conjunto de diez días penitenciales que en su totalidad forman el período inicial de un nuevo año judío.

Junto a las poesías himnicas que se recitan con devoción, en gran parte tomadas del texto sagrado, principalmente del libro de los Salmos, el libro cíclico de oraciones, denominado "*Majzor*", preparado al efecto por maestros de diversas escuelas, resulta, en verdad, un manual de inspiración. Ese manual ayuda, en efecto, a sumirse en la idea de arrepentimiento y contrición, principalmente en la condición del hombre y su destino, como asimismo en la conducta a seguir, a fin de vivir la vida sin ser acosado por los

remordimientos. Impetraciones, elegías, salmos penitenciales y poemas filosóficos creados por los poetas judeo-medievales, ayudan a implorar al Dios de Israel, a suplicar el perdón, pronunciados todos en alta voz, sin encubrimientos y sin solapar la confesión de los propios yerros; antes al contrario, manifestando abiertamente el deseo de expurgar su conciencia. De esta manera, el alma languideciente recibe los auxilios de una lágrima secreta que enternece el corazón con una impetración endechosa o con una sonrisa enternecida por efecto de la belleza del poema que estampó el autor-poeta con el propósito de suavizar la aflicción del alma a causa de las miserias humanas que le agobian.

Eso no obstante y pese a la severidad del momento, al suplicante judío no lo sobrecoge un sentimiento de desesperación, sino, por el contrario, una esperanza de lograr la enmienda anhelada y, como consecuencia, lo que damos en llamar "el perdón del ciclo", es decir, la seguridad de estar en condiciones de desandar el camino errado y reiniciar la senda con la rectitud debida, en acuerdo con la norma ética establecida por la Torá. Con esa esperanza encendida como una lucecilla en la mente, el orante judío, abre de pronto, el arca de la Torá, la contempla como un testimonio de su devoción por su contenido y prorrumpe en un alborozado cántico que refleja optimismo y acaba en entonaciones latréuticas que colman el recinto sinagoga de un murmullo alegre y nostálgico a la vez. Son, por lo general, murmullos melódicos introducidos por los cabalistas y jasídicos, para quienes cantar es un signo de esperanza, del optimismo que aleja la pesadumbre. Tal fue también lo que entendieron los poetas hispanomedievales quienes a más de las rogativas plañidas y lastimeras, colmaron las páginas del *Majzor* con estrofas rimadas y poemas aleluyáticos.

Son, pues, como se advierte, los días de iniciación del nuevo año, dos jornadas de dramática ceremoniosidad de la liturgia de señalado efecto psicológico y moral que infunden al judío un sentido religioso de arrepentimiento y purificación espiritual, tras reconocer sus debilidades humanas comunmente llamadas falencias, desvarios, pecados o yerros que sólo se subsanan o enmiendan mediante un enfrentamiento con la conciencia. Son los dos días penitenciales establecidos por la tradición que culminan en el día décimo, el más sagrado y más solemne. Día de sacra reunión tanto de judíos

religiosos como de librepensadores en un acto de fraternización judaica, conforme lo establece la Torá, acto de fraternización judaica y solidaridad social unificados en el convencimiento de que quien ha de juzgar mis proceder "soy yo", el orante, esto es, mi conciencia, en un acto de coraje, franqueza y libertad humana, uniéndome espiritualmente a la providencia divina; juzgarme yo mismo, dictaminando si he menoscabado la ley del Sinaí o si soy exento de culpa.

El *Majzor* o libro de plegarias en uso durante los oficios litúrgicos de esos solemnes días, ha retenido su validez en el curso de los años y sus preces hímnicas siguen siendo, hoy como ayer, fuentes de inspiración. Lo cual no es motivo de asombro a pesar de los cambios habidos en las costumbres tradicionales, tantas veces modernizadas. Es que en sus páginas figuran en elocuente síntesis, los linchamientos esenciales de las ideas filosóficas y éticosociales de la tradición religiosa; cierto es que muchas veces expresadas en parábolas de cándida factura alegórica. Tal el caso de presentarlo al Supremo Hacedor como ubicado en su divino Solio y pasando revista, uno a uno, a los seres humanos, clasificándolos según su conducta, condenando a diversos escarmientos, proporcional a las infracciones cometidas en el curso del año y absolviendo a quien tal se lo merece. Figura igualmente, en el libro, un relato escueto de los hechos sustanciales ocurridos con los hijos de Israel a lo largo de su existencia, así como también un enunciado de los principios morales que el judío profesa por prescripción bíblica y por disposición de las escuelas talmúdicas, algunas de las cuales datan de la era Mosaica; y aun cuando buena parte de esas prescripciones —principalmente las bíblicas— ya son pan nutritivo de toda la humanidad civilizada, preciso es admitir, sin embargo, que a los judíos lo que se da en llamar su credo religioso es lo que los distingue por sobre toda otra signatura. En sustancia es su visión de mundo lo que básicamente los torna diferentes: Dios no es tan sólo el lejano "Adón Olam", amo del universo, ni tan sólo el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, sino también y al mismo tiempo, el "Adonay Elohay", mi Dios y Señoría, Dios al que dirijo mis plegarias con la familiaridad y con la eutropelia con que se procede delante de un padre solícito de quien se está cerca, muy cerca, para hablarle de corazón a corazón, empleando el "Atá", el tú. En suma, es la fe de un Dios que no está en lo remoto, sino

cercano, inmediato, dándome la sensación que me oye, que me escucha de una manera directa, sin intermediarios, y me responde del mismo modo, bien que a través de mi conciencia. Y lo que es aún más trascendental, por ser el Dios de Israel, no es exclusivamente Dios de los judíos; es el Dios universal, cuyas son todas las criaturas, descendientes del único Adán que Él ha creado y por consecuencia, el judaísmo sostiene que hemos de bregar por que se restaure la fraternidad humana que por causa de los desvarios del hombre se ha malogrado en tiempos pretéritos. El *Majzor* lo expresa de manera inequívoca en el párrafo por el cual en esas solemnes ocasiones los judíos imploran por que la humanidad vuelva a constituirse en un haz "para el cumplimiento de Tú voluntad, oh, Señor, para rendirnos de todo corazón a prestarte acatamiento pleno".

Se infiere, pues, de lo que acabamos de expresar que lo que se pretende, entre otras cosas, con la liturgia de los días de Año Nuevo judío, se lleva a viva expresión el deseo de una fraternización con la humanidad entera. De ahí que los días penitenciales judíos representan las jornadas de la profesión de fe en la aspiración mesiánica.

Es que la visión de mundo judaica es un constante flujo y reflujo emocional, una búsqueda empeñosa, obstinada, un ansia de paz espiritual por virtud de la cual nos veamos convertidos, algún día, en seres que se identifican con los problemas del mundo todo, de manera que todos los hombres unidos por miras comunes logremos formar un mundo mejor y no desaparecer por efecto de las iniquidades que cometemos, que nos acosan y padecemos.

### **EL SHOFAR Y SU TAÑIDO**

De todo el conjunto de ritos que los judíos practican en la solemnización de los días de *Rosh Hashaná*, el del tañido del *Shofar* es el que da lugar a uno de los momentos más sugestivos, conmovedores y acaso también más candorosos de la celebración. Quizá ello sea efecto subconsciente de la variedad de episodios bíblicos, sumados a las consideraciones exegéticas de los comentaristas escriturarios, amén de las glosas homiléticas del período talmúdico —La *Hagadá*— que la tradición ha endosado a esa pintoresca ceremonia litúrgica. Sea que esos episodios evocativos

estén fundados en sucesos históricos reales, sea en otros puramente legendarios, incorporados a la Escritura con fines retóricos o emotivos, lo cierto es que tanto judíos religiosos como librepensadores, creyentes como agnósticos, al presenciar dicha ceremonia la contemplan con no disimulado recogimiento. Es que recobran vida y aletean en nuestra memoria los múltiples simbolismos con su íntima significación, profunda, de sabor histórico, tradicional y anecdótico que los clangores del *Shofar* sugieren y evocan. La ronca y monocorde clarinada del cuerno de carnero legendario nos hace vibrar las fibras del corazón del niño que subsiste en nuestro interior y la imaginación fantasiosa de aquella edad despierta nuevamente, abriendo sus alas para volar con nostalgias inconfesadas hacia mundos del pasado desde donde se proyectan ilusiones y remembranzas. Sentimientos de ansiedades insondables' recobran la sustancialidad originaria, para convertirse en una reafirmación de ciertos valores que cultiva el judaísmo. Los corazones de los fieles se ensanchan entonces y desde la hondura del ser brota de nuevo un anhelo de paz y buenaventura para todos los hombres y pueblos. Además, y aunque el semblante del cielo de nuestro tiempo se presenta enturbiado por torvas nubes que engendran ideas de guerra y la amenaza del hambre sigue aterrizando a pueblos y muchedumbres, los clangores de ese antiguo instrumento de anuncios y convocaciones, siguen siendo acogidos en *Rosh Hashaná* como presagio de días venturosos en un mañana lejano.

De las varias denominaciones con que la tradición designa a las solemnes jornadas del Año Nuevo, la que trasunta más nítidamente el hondo sentido admonitorio e ideológico de la celebración, es la del clangor (Yom Teruá, en hebreo). La *tékiá* o tañido del Shofar está vinculado al recuerdo del (incorrectamente llamado), sacrificio de Isaac, esto es, el momento de la gran prueba a que fue sometido el patriarca Abraham; momento en que el padre del judaísmo dio prueba de sí lealtad a lo que la Torá llamó luego Dios de Israel. El tañido del "*Shofar*" recuerda también que desde aquellos lejanos tiempos rige en el pueblo judío, con carácter de admonición rigurosa, el vedamiento absoluto de los sacrificios humano en los ritos religiosos, cosa que entre los pueblos idólatras y paganos lo practicaban en sus cultos para aplacar la ira de los dioses o rendirles

halagos concupiscentes en momentos de pasión morbosa y también para exorcizar maleficios demoníacos. Aberrantes prácticas aquellas contra las cuales esa prohibición judaica señalaba el punto inicial de la separación irreconciliable entre Israel y la gentilidad de entonces, adjetivo con el cual califica a aquellos pueblos el ilustre poeta y luminoso comentarista bíblico cristiano de estirpe judía, Fray Luis de León.

El *Shofar* y sus clangores están estrechamente unidos al más trascendente episodio bíblico: la proclamación de los 10 Mandamientos en el Sinaí, piedra basal de la concepción doctrinaria judía. Entre los sonos del Shofar, fragor de truenos, voces y resplandores, el pueblo apostado al pie del monte recogió de viva voz el mandato divino con los postulados que, en su conjunto, representan la primera Carta Magna dictada al género humano. Quizás sea por virtud de esa recordación que al Maimónides se le ocurrió la siguiente glosa acerca del ceremonial del Shofar: "El clangor del Shofar, dijo, es como el sonar de un clarín que advierte y pregona: ¡Despertad, corazones amodorrados, sacudid el letargo y pensad con espíritu alerta, pensad en los desafueros cometidos en el curso del año transcurrido y arrepentios!" Palabras sentenciosas, enfáticas, pero a la vez definitivas de la profunda significación de los días penitenciales. Textos y pasajes como el aludido son los que determinaron que las jornadas que venimos comentando recibieran también el nombre de *Yom Ha-zikarón*, día de recordar los principios fundamentales de la Torá, esto es del Decálogo.

El Shofar es también el clarín que convocaba al pueblo de Israel a la defensa de su lar nacional, así como también a la unión para afirmar solidariamente los postulados de la doctrina que juraron obedecer en la hora del Decálogo: "Haremos, pues acataremos", dijeron jurando. La ordenanza bíblica dispone que en esos dos días (de Rosh Hashaná) "del séptimo mes del año" se anuncie con clarinadas de Shofar la renovación del ciclo agrícola y se celebre, con ese motivo, las sobredichas jornadas que han de culminar el décimo día, día de *Kipur*, día de expiación y obtener, de esta suerte, la indulgencia del cielo. El profeta Ezequiel fue el primero que a los dos días penitenciales los denominara *Rosh Hashaná*, año nuevo. Profeta en el destierro babilónico, soñador anheloso del retorno al terruño perdido, se siente añorosamente ubicado en él y, evocando el pasado

nacional, llama a los dos días de reinicio de la actividad agraria, "comienzo del año". Pero al retorno de Babilonia, el camarada del gran Ezra, nos referimos a Nejemia, reafirma el apodo de Rosh Hashaná, quizás por haber sido en esos dos días cuando Ezra comienza a enseñar al pueblo lo que éste había olvidado en la diáspora: el texto de la Torà. Poderoso y sugestivo ha sido ese acontecimiento histórico de la renovación cultural judaica. He aquí, pues, otra razón valedera para el nombre de **Rosh Hashaná** dado al tiempo de la renovación de la labor agrícola: Cultivar la tierra y cultivar el estudio son los dos instrumentos clásicos judíos para el desarrollo de la cultura. Sobre tres cosas reposa el mundo, decían los maestros de la **Mishná**, sobre la Torà, esto es: el estudio, la labranza y la asistencia mutua entre los semejantes. En cierto momento de la historia, el vocablo "Avodá" que además de labranza, trabajo, significa Servicio divino, pero modernamente hemos ajustado el vocablo a su significación contemporánea.

Pese a la importancia suma de la liberación judía de la servidumbre egipcia y maguer la disposición de Moisés de que el mes de esa liberación, mes de Nisán, fuese el mes inicial del año, los maestros de la Mishná consideraron de significación igual al séptimo mes, este de **Tishrí**. El Rosh Hashaná, afirma el eminente pensador judío Rabí Yehoshúa Heshel, es el día en que nos hemos de mirar a los ojos luego de habernos mirado a nuestra propia conciencia.

La excepcional sacralidad que a través de los siglos adjudican los judíos a esas tres jornadas de celebración del Año Nuevo, se debe, sin duda, a la multiplicidad de significaciones y simbolismos que a esos días la tradición asigna. Todos, en su conjunto, forman un trozo de historia evocada; y ya hemos dicho: historia no es cosa transcurrida; historia es cosa siempre presente, sobre todo cuando ese presente recordado conserva su significación trascendental. En el libro Deuteronomio ("Devarim", en hebreo) en su capítulo xxx se establece: "Este precepto que hoy te imparto no es cosa imposible para tí, r.o está lejos de tí, no está en el cielo como para que digas '¡Quien puede llegar al cielo!' Yo lo he puesto dentro de tí". Las festividades judías están dentro de nosotros, son parte del todo histórico de este pueblo que no quiere perder su vitalidad.

## YOM KIPUR O DÍA DE EXPIACIÓN

De conformidad con la teoría bíblica, la noche precede al día y entrambos forman la unidad diurna. De ahí que la sacra jornada del *Kipur*, comience por la noche, denominada, comúnmente, *Kal Nidré*<sup>23</sup>, las dos palabras iniciales de la solemne declaración pública, que es a saber: "Con la anuencia de la divina Majestad y con la aquiescencia de esta feligresía; en nombre del Concilio celestial y con acuerdo del Sínodo terrenal, autorizamos decir oración junto con los incursos en trasgresión".

¡Cuánta temblorosa expectación producen estas palabras, cuánta solemnidad en esta declaración! ¡Es la noche de *Kipur*, del sacro día de la expiación! Con cuanto recogimiento y unción es propagado ese anuncio con el que comienza el oficio cuyo párrafo inaugural es *Kal Nidré*, frase en lengua aramea, anunciando que "todo voto" adoptando otra fe que no fuera la de Israel, queda anulado: "Betelim u-mebutalin", quedan invalidados y nulos de nulidad absoluta; y todo acto de apostasía se da por abjurado definitivamente.

Como en ninguna noche, en esa ocasión la feligresía se siente unida, formando una sola grey, una sola familia espiritual. Como ninguna otra noche de las demás noches del año, los hijos del pueblo de Israel se dan cita, por multitudes, en los templos, sinagogas y demás casas destinadas a la oración, tocados, todos, de una inefable ansiedad. Una atmósfera de estremecida sacralidad aletea por sobre todos los presentes y agita los ánimos con nostálgicas remembranzas que sería difícil describir. Hasta los menos afectos a las prácticas religiosas, hasta los menos asiduos al rito sinagoga sienten una necesidad imperiosa, casi instintiva, de ataviarse con el manto litúrgico, el *Taled*, y testimoniar su identificación con el pueblo judío, sin atender a los matices *ideológicos* que en otras circunstancias los separan; puesto que esta vez tratase de una expresión de identidad nacional y espiritual. Un impulso irrefrenable los induce a patentizar esa hora de comunión de almas por virtud de la cual todos se sienten nuevamente reunidos, en espíritu, con sus padres, invocando, juntos,

---

<sup>23</sup> KAL NIDRÉ: Aunque en hebreo la expresión es KOL NIDRÉ, se pronuncia KAL, pues el texto de esa imploración está originalmente aljamiada del arameo, en cuyo caso se pronuncia KAL.

a sus antepasados y las vivencias de todos los tiempos. Se sienten, en suma, ramas engastadas y unidas al mismo tronco del árbol genealógico del pueblo de Israel. Todos parecen estar nuevamente reunidos al pie del Sinaí rodeados de un collar de truenos y relámpagos, mientras se enuncian los postulados imperecederos que sellaron el carácter y la fe de este pueblo.

Es que *Yom Kipur* es un día altamente significativo en la tradición judía multiseccular; y la noche de *Kal Nidré* es el momento cumbre de esa jornada tan excepcional. No es cosa sorprendente el que los pueblos revelen en sus estilos de vida y en sus modalidades tradicionales la ley moral que los gobierna. Las tradiciones constituyen los moldes populares dentro de cuya dinámica la conducta de un pueblo se depura en una práctica cernida en la evocación de acontecimientos históricos trascendentes que el recuerdo estiliza. Los judíos poseen una tradición cultural y litúrgica de 2500 años que se depura en el tamiz de las interpretaciones siempre en renuevo. El judaísmo es una religión desteologizada: "A mí que me abandonen —dice Dios en el libro de Samuel— pero a mis enseñanzas que las respeten".

El día de Kipur tiene su momento inicial de celebración en la noche de *Kal Nidré*. Es un comienzo patético, en que el judío alcanza el punto más sublime de su reencuentro con el pasado. El pasado es la sombra del advenir judío, porque es en esa sombra donde el espíritu procede a reponer energías morales, mirar en torno, verificar el camino andado y enfilear con juicio el sendero a adoptar con el fin de llevar adelante las ideas recibidas por herencia. Al escuchar el *Kal Nidré*, súbitamente, como por arte de magia y como en estado de trance, de delirio, el judío siente desfilar junto a sí todos los momentos conmovedores, azarosos, gloriosos y luctuosos de su historia, del pasado de su pueblo. Y entonces, desde las profundidades más íntimas de su ser nacional se dejan oír, entre ecos de quejumbre y cantares celebratorios, las palabras del *Sliemá Israel*, palabras bíblicas, pronunciadas con exaltación por los mártires en los tiempos de Adriano, en los tiempos de los autos de fe inquisitoriales. Es el instante en que sin saber por qué, un estremecimiento penitencial le sacude el corazón, efecto de una congoja contenida. Son ecos de voces apenas perceptibles que llegan de todos los caminos del mundo por los que deambulaban los judíos en el curso

de los siglos. De entre los ecos parecen percibirse voces que nos dicen: "largos, difíciles fueron nuestros caminos hasta aquí, hasta llegar a tí; ahora debes seguir tú por ellos y por sobre toda tribulación que te aconteciera, deberás ir sembrando los ideales básicos de nuestro credo, esto es, justicia, paz y solidaridad social. No te desalientes ni pierdas esperanzas; llegará algún día el triunfo final. El sembrador que no se impacienta ni se desalienta recoge la mies esperada."

Ya van más de 1500 años desde que se introdujo en el rito judío este **Kal Nidré**. Nuestros sabios conductores lo instituyeron para reconciliarnos con los penitentes arrepentidos; son aquéllos que en un momento de flaqueza moral se habían alejado, los que en una hora de claudicación desertaron, "entregándose a servidumbres ajenas", al decir de los profetas. En este día de expiación suprema se les abre el camino de la reflexión, de la enmienda, de la cancelación de culpas y yerros, de todos los extravíos, en fin. Desde 1490 el **Kal Nidré** es cantado con melodía del cante-jondo español. Año tras año la melodía hace resurgir ante los ojos de todo orante el tétrico cuadro de lo que los cristianos llaman "el santo oficio" o la santa inquisición. Y si damos otra vuelta al dial de nuestra historia, aparecerán en el cuadro las comunidades judías de la España Medieval, de Provenza y Portugal en las que por mano insensible de los inquisidores y de odiadores de judíos; aparecerán los judíos fieles a su fe, quemados a fuego lento, torturados y vejados por resistir a la demanda de abjurar de su judaísmo. Aparecerán también judíos que habían simulado ceder a la presión jurando por la cruz, pero... al llegar **Yom Kipur** se reunían a sombra de tejados y al amparo de la noche, ocultos en los escondites, oraban al Dios de Israel, disimulando las palabras con las entonaciones del cante-jondo y de esta manera abjuraban de una conversión no deseada.

Giremos el dial un tanto más y estaremos presenciando las víctimas del azote nazi. Oíránse también las voces que levantaban con fur.'a de huracán los esbirros del Tercer Reich contra las multitudes inocentes. Se oirá el fragor de la arremetida del Ghetto de Varsovia, demostración patente de que "a pesar de todo seguiremos teniendo fe en los valores que dieron nacimiento al credo de Israel. La paz reinará algún día, no ahogemos la esperanza en el hombre, a pesar de las crueldades que lo enajenan".

El día de la expiación en el que culminan los días penitenciales, es considerado por la liturgia el día del dictamen definitivo, como resultado del enjuiciamiento de nuestra conducta humana. Es asimismo el día en que los judíos conmemoran un acontecimiento de honda significación espiritual. Según el texto bíblico, hace unos 3.000 o más años, en un día del séptimo mes hebreo, bajaba Moisés del sagrado monte con las nuevas tablas con los mandamientos en ellas grabados y desde la cumbre resonaba el mensaje divino, diciendo: "*Salajti laúm hazé*", he perdonado a este pueblo. De ahí probablemente el apodo de *Yom Kijmr*, día de exculpación. Dios absuelve al pueblo judío del grave desvarío de haber adorado al becerro de oro. Necedad ha sido y como tal debe ser recordado; razón ésta por la cual ese día se denomina día de la recordación a fin de extraer de ese yerro la lección, confesarla públicamente para conocimiento de las generaciones venideras. Recordando se llega, en efecto, a la reflexión y a través de la reflexión, al fondo de las ideas morales que nos dicen, con el profeta Malají (Malaquías) "¿No somos, acaso, todos, hijos de un mismo padre, no somos, acaso, todos hermanos?" Pensando y recordando nuestros yerros para no repetirlos, procuramos prevenir a todo el género humano contra los fetichismos y las paganías que enajenan al hombre y lo dislocan de la cultura alcanzada después de los persistentes esfuerzos para alejarnos de la barbarie. Pensar en todo ello en el día de *Kipur*, el judío no ha de hacerlo en beneficio de sí mismo solamente, sino en beneficio de lo humano universal.

Por último, en cuanto a la norma bíblica de no ingerir alimentos en ese día de contrición, los términos en que está prescripta esa disposición en el texto bíblico, es incuestionable que al dar ese signo de aflicción, lo que la Escritura pretende es dar un No simbólico a todos los apetitos terrenales, a fin de entregarnos por entero, en ese día, a una expurgación espiritual, con mejor disposición para percibir el sentido de la pregunta bíblica de "*¡Adám: Ayeka!*" "Hombre ¿dónde estás?". Según los rabíes jasídicos, con esa pregunta, el texto sagrado quiere producir un severo impacto en el ánimo del hombre. El hombre es un ser débil, quebradizo, que tiende a ocultarse del reproche de su conciencia ¡cuanto más ante el reproche ajeno! Pero al sustraerse al propio reproche y, con más razón ante el reproche de la norma moral objetiva, el hombre convierte toda su vida en una fuga, quedando su ánimo amartelado sin recobrar el sosiego, la paz del

espíritu. "Cuanto más pretenda huir, ocultarse, más retadora será la voz que desde el fondo su conciencia lo llama y el día de Kipur se convertirá en un lastre sin fin."

### **IZKOR, PLEGARIA POR LOS DIFUNTOS**

Así como en Rosh Hashaná, al promediar el día, la ceremonia del tañido del *Shofar* es momento de extraordinaria solemnidad con un contenido simbólico de múltiple significación evocativa, así en el día de *Kipur* lo es la plegaria de la recordación de los muertos venerados y bienamados. Es el momento en que el sacro día alcanza su conmovedora culminación. Es el instante en que una voz que brota de las profundidades de la historia está llamando a la feligresía con acentos de nostalgia y ternura. Las puertas de los recintos sinagogales se abren de par en par y la capacidad parece ensancharse para dar cabida a cuantos acuden a unirse a los orantes e identificarse con ellos. Es la hora llamada en hebreo de *Azkarat Neshamot* (recordación de las almas) o bien "hora de *Izkor*"; esto es, de elevar la plegaria en sufragio de las almas de nuestros seres queridos, de los miles de millares de congéneres, hermanos, maestros, conductores y principalmente las innumerables víctimas de la hostilidad antijudía que ya no esían con nosotros en este mundo. Es la hora de honrar con devoción a las figuras veneradas de nuestra historia, de rendir homenaje a los héroes y mártires del pueblo de Israel que han rendido sus vidas "*Al Kidush Hashém*", es decir, en aras del santo nombre del Dios de Israel.

Es el momento en que quedan esfumadas las diferencias entre ortodoxos, liberales, creyentes y agnósticos, entre racionalistas y escépticos. Todos por igual sienten un íntimo deseo de estar juntos, próximos unos a otros, en comunión de almas, hermanados por los lazos que los unen a su destino de judíos.

Esa sencilla plegaria aquieta el ánimo, serena el espíritu y trae un alivio al corazón. "*Kedoshim U-Tehorim*" (santos y puros) llama la tradición a esos invocados, a esos hijos del pueblo que en el pasado lejano o en el reciente ayer se entregaron con abnegación hasta el sacrificio de sus vidas a conservar encendida la antorcha del judaísmo que hoy sigue rutilante. Santos y puros que en nuestros anales forman legión y que ya en los tiempos bíblicos el profeta Jeremías,

previando lo que acontecería, había dicho, en un arranque de angustia: "¡Ah, quien me diera que mi cabeza se convirtiese en un hontanar y mis ojos en una fuente de lágrimas, que yo lloraría noche y día por los abatidos de mi pueblo." Se refiere, el poeta, a los hijos de Israel que han luchado heroicamente hasta caer como mártires de la subsistencia nacional y cultural de Israel. Lucha con las armas de guerra y con las armas del espíritu plenos de fe en los ideales que constituyen la motivación de esa fe. rales fueron, entre los numerosos otros, los mencionados diez martires que en Yom Kipur el *Majzor* menciona como ejemplo v dechado de héroes de 'a fe. Nos referimos al grupo de maestros presidios por Rabí Akiba, a quienes Adriano perseguía por no cejar en el afán de seguir dictando enseñanza judaica a sus millares de discípulos. Todos éstos murieron torturados, quemados, calcinados vivos, envueltos en los rollos de la Torá para prolongar, de este modo, el dolor y los sufrimientos. De la misma manera sucumbieron en diversas etapas de la historia los mártires de la inquisición, de los pogroms, de los campos de concentración nazis.

Es explicable que desde el Holocausto se recuerde con particular dolor y amargura a los millones de mártires del nazismo y con análoga pena, aunque no sin orgullo, a los heroicos soldados que en las diversas contiendas defendieron con heroísmo al Estado de Israel renacido.

Santos y puros los califica la tradición puesto que con razón decían nuestros místicos: "estos héroes de la fe judaica obran dentro de nosotros como un fuego sagrado que al enardecer nuestro corazón con amor y reconocimiento, nos elevan a la mayor sublimidad y purifican a todo el pueblo de Israel." De aquí, pues, que el *lzkor* sea algo más que una simple plegaria y más que una invocación litúrgica. Es una profesión de fe judía, una identificación con el pasado judío, un Sí a la vida a pesar de todas las adversidades. Si, en este día de contrición y arrepentimiento. Por otra parte, no se concebiría el Yom *Kipur* sin ese momento enternecedor en que traemos a nuestra memoria y a nuestra reflexión a los muertos venerados. De no haber sido así, no sería completa la purificación de la conciencia judía, la conciencia de un pueblo de quien Spinoza dijo a su amigo cristiano, Burg: "Nuestro pueblo es el pueblo que más mártires ha ofrendado en honor de sus ideas." El poeta Heinrich

Heine que supo cantar en estrofas exquisitas las virtudes que encierran las tradiciones judías y exaltar la grandeza de nuestros mártires, al aludir a los recordados en el ceremonial del *lzkor*, dijo: "Cuando el oficiante entona el *Malé Rajamin* (la plegaria de "Oh Señor, de piedad plena") y nosotros lo repetimos en recogido silencio, resuena en nuestros oídos la melodía con que nuestros padres entonaban las estrofas del Salterio. En esa melodía se arrullan las almas de nuestros antepasados, los cuales "no han muerto del todo".

## ULTILOGO

A modo de conclusión, es preciso advertir al lector que, con lo expresado en las páginas precedentes, no nos habíamos propuesto sino transmitir nuestras reflexiones acerca de un tema que, mientras haya judíos en el mundo ^crá tema candente. Esto es, transmitirle nuestra visión del judaísmo, tal como lo concebimos nosotros, sin intención de convencer a nadie, ni inducir a nadie a pensar como nosotros. Cada cual se convence por sí mismo, por órgano de sus propias meditaciones, puesto que nadie puede escapar a su humana condición personal que, como sabemos, no es de vida física únicamente. En la combinación íntima de esa su vida física y su vida espiritual o de ensueño, surgen, como una florescencia, las convicciones personales. Si algo hemos pretendido no ha sido otra cosa que inducir a nuestro lector a una confrontación de ideas sobre un tópico en que caben interpretaciones diversas. Quizás hayamos logrado provocar en él un soliloquio, cosa que, según Platón, es un coloquio con el alma, acerca de un tema que a muchos llega, ciertamente, al alma, dado que es trasunto de su identidad individual. En la confrontación de ideas el hombre se enriquece, el espíritu se aviva, nuevos entusiasmos se le encienden y un impulso interior incita a uno al diálogo, a conversar o *cum-versare* que es, para nosotros, un pasearse con el prójimo por el jardín de las ideas, peripatéticamente.

Por lo demás, es natural que tengamos ideas diferentes sobre el judaísmo, como es natural que alentemos ideas diversas sobre el hombre y su destino. El judío que sufrió los horrores de un campo de concentración nazi, piensa del judaísmo de manera distinta de la que piensa un soldado israelí, por ejemplo, que luchó a sangre y fuego por la liberación de Jerusalem; o la de un judío que vivió toda su vida en la pacífica tierra argentina. Eso no obstante, hay algo en común entre los tres: es la historia o lo que Lión Feuchwanger llama "un pasado histórico común". Sin embargo, y a modo de ultílogo, nos permitimos añadir algunas consideraciones que, en nuestra opinión, vienen a cuento, por momentos ya dichas anteriormente.

En 1964, casi al término de la vida de Martin Buber, el autor de las presentes páginas ha tenido la ocasión de compartir una tertulia de amigos y discípulos con el ilustre maestro, en su casa de Rejavia, en Jerusalem. Todos los contertulios eran judíos. Con honda melancolía quejábase el maestro de lo que él llamó "la crisis de nuestro tiempo". Sus palabras fueron aproximadamente las siguientes: "Vivimos una hora de inmenso desconcierto y desazón por causa de la crisis que afecta a toda la humanidad; es la crisis de la cultura, la crisis del hombre. Pareciera que todo lo que hemos conquistado en el orden de la cultura está a punto de desmoronarse. El hombre que medita se da plena cuenta de esta situación, pues siente un vacío interior, un vacío caótico, sólo comparable al vacío caótico que precedió a la creación, según la Biblia. Lo siente también el hombre común, pero este, que forma parte de la mayoría, llena ese vacío con pasatiempos baladíes, con naderías multitudinarias que a nada sustancial conducen. La técnica parece haber levantado el hacha para asestar un golpe mortal a la cultura que es el árbol florido de la vida humana. La vida es trascendental cuando se desarrolla a la sombra de la cultura que es el árbol que la sustenta. La cultura —añadió Buber luego de cierta cavilación— es hija de la historia que es el derrotero ascensional de la vida humana hacia las esferas superiores. Pero el hombre de hoy se deja llevar por los halagos sensualistas que ofrece el confort y las estulticias técnicas que provienen de un bastardo aprovechamiento de los progresos de la ciencia. Los progresos científicos que nos ayudan a develar los misterios del universo y nos permiten descubrir los caminos que conducen a la plenitud del saber, son soslayados por el hombre común que, facilitado por la técnica, está dejando de pensar en los valores trascendentes". Y tras larga pausa y como hablando consigo mismo, el maestro añadió interrogativamente: "¿Tendrá todavía salvación ese árbol?" A continuación, dirigiéndose a los jóvenes que fueron sus discípulos, prosiguió: "Ustedes que me sobrevivirán, ustedes deben seguir el camino que nos fue señalado en el monte de Sinaí el día que aparecimos en el escenario de la historia. Los judíos debemos seguir siendo los guardianes de la cultura humana, los centinelas del espíritu".

Se apagó la voz de Martin Buber, mas no así el eco de su admonición. La perplejidad y la perturbación que le acongojaba a su

edad provecta, no ha cesado y resuena como un clamor en muchas conciencias. La incertidumbre respecto del porvenir no se ha despejado aún. La generación de padres vive en desconcierto y la de los hijos no da señales de haber hallado la senda definitiva, ni un norte certero, ni el punto de conciliación con sus progenitores, a quienes no perdonan ni las guerras tan cruentas como infructuosas, ni las tragedias del tipo Hiroshima, ni los horroríficos odios de pueblos contra pueblos, odios que emponzoñan a los hijos de esos pueblos. Entre tanto, desde el fondo de nuestras conciencias, Búber nos sigue exhortando a oficiar de centinelas, a asumir el papel de custodios de la doctrina sinaica.

Después de la horrorosa matanza nazi, el mundo esperaba una expurgación, una recapitación y vuelta a una era de justicia. Pero en lugar de un avance en el orden de los valores morales, nació la desconfianza, el recelo, dejando únicamente un lugar para las ciencias de las que, lamentablemente, de muchos de sus descubrimientos, pueblos y gobiernos se valen no solamente para beneficiar a la sociedad sino también para usos satánicos: Se vuela hacia los espacios siderales en procura de caminos novedosos, no siempre inspirados en la idea de paz, sino en otras que amenazan dejar maltrecho a nuestro hermoso planeta. Un hedonismo parece haberse apoderado de los hombres y un "qué me importa" se apodera de la modernidad. El pregón de los profetas y las ideas que fueron sembradas desde la era de Sócrates hasta Einstein han quedado relegadas al gabinete de los estudiosos, pero sin efecto en la mente del hombre común. El hombre común se ve cada vez más atraído por los demagogos que manejan a su antojo a las masas. Una espesa niebla nos envuelve y nadie sabe, a ciencia cierta, hacia dónde el camino irá. En vez de los pueblos son las masas las que detentan el poder decisivo. El individuo humano parece estar atrapado en la red de las masas que, según Jaspers, es una muchedumbre amorfa, sin conciencia ni raíces históricas. Pueblo, en cambio, es la sociedad que lleva sobre sus hombros la conciencia histórica y la responsabilidad del destino del hombre.

Con todo, preciso es afirmar que no todo está perdido. Acá y allá, dispersa por el mundo, sigue habiendo una reserva humana que no desove la voz de la historia, que con tenacidad se resiste a ser arrollada por el aluvión masificado.

Y entre los de esa reserva humana están también los judíos que, invocando sus tradiciones históricas, se niegan a marchar en retroceso y se baten con esta novísima barbarie. Bárbaro, según Toynbee, es el adolescente que perdió su inocencia de niño sin alcanzar la condición de hombre en plenitud. Si es que de la condición de adulto se trata, el pueblo judío, a través de sus incontables vicisitudes, ha dado prueba suficiente de tener dominio de sí mismo y de poseer clara conciencia de su papel en la historia. Es por eso que el pueblo judío jamás pudo ser confundido con la masa; siempre ha sido pueblo y como tal fue considerado por sociólogos e historiadores; esto es, pueblo que posee una historia y una finalidad histórica. Historia es, en esencia, espejo de los tiempos en el que se refleja la lucha del hombre por alejarse de la animalidad e imponer la primacía de los valores del espíritu o elevar su condición a una categoría moral, categoría que se sintetiza en los **no** del Decálogo, según afirma Max Scheler. Dicho en otras palabras, historia es el documento testimonial de los esfuerzos del hombre por seguir el camino señalado por el Dios de Israel, con fines de alcanzar una elevación moral que lo aleje de la animalidad pura y simple. La función de la historia no es pasiva, su objeto primario es recordar lo pretérito con fines de tenerlo presente e iluminarse mientras sigue camino del progreso. Recordar es la condición de la historia. Olvidarla es retrogradar. Sin recordar el pasado, o sea, sin un fondo histórico, perdemos el rumbo en la vida. Mirando el pasado, recordándolo, comprobamos que el hombre pasa por este mundo dejando, como las naves en la mar, una estela de ideas que engendra cultura que es la sal de la vida humana. El poder del hombre, según la Biblia, se manifiesta "no por la fuerza, ni por las armas, sino por el espíritu" cuya emanación razonada es la cultura. Como consecuencia, lo importante del conocimiento de la historia es la finalidad que le hemos de dar. Para el judío dicha finalidad está dada en la elucidación de las ideas que a través de la historia los hombres produjeron, porque son las que iluminan la mente y elevan al hombre a estadios superiores. Es por efecto del estudio de la historia que el texto judaico por excelencia —la Biblia— ha establecido la idea de justicia y equidad como los valores éticos supremos, los sillares, en fin, de la ley moral judía, 110 sólo judía sino humana total.

He aquí, pues, enunciada la filosofía de la vida según los judíos. Es una filosofía que nos singulariza, puesto que su aplicación práctica condiciona y caracteriza al judaísmo. Es lo que ha convertido a los judíos en "pueblo soledoso y apartado", según dice Balaám (personaje bíblico de ribetes peculiares), pueblo que no se asimila ni se amilana ante las acechanzas; pueblo que, al decir de Búber, debe seguir figurando entre los centinelas de la cultura en tiempos de gravedad social. Es una misión que se han encomendado los judíos, en los albores de la era bíblica y que se puso en ejercicio y en pregón en la era de los profetas; era en la que en China vivían, Confucio y Lao-Tsé, en la India los Upanishamas bajo la conducción de Buda. Ninguna de esas doctrinas han podido derribar, sino, al contrario, han logrado reafirmar la grandeza de las enseñanzas de los profetas bíblicos. Lo que el judaísmo ha creado entonces se mantiene vivo hasta hoy; siempre se renueva en su interpretación, reverdece y torna a inflamar los corazones con esperanzas en el hombre, pese a su quebradiza condición, y se reaviva en el rescoldo de la tradición. Pero es preciso prevenir que una cosa es una nueva interpretación de una norma moral y otra, diferente, es arrojarla por la borda en nombre de una nueva corriente ideológica, porque como bien dice Isaia Berlín, quien en nombre de un ideal subjetivo pretenda destruir una tradición en vez de interpretarla, contraría las leyes de la historia y comete una irracionalidad. Puesto que pasado el furor de la nueva ideología, viene un desengaño e invade el alma una angustia, propia del penitente arrepentido. De ahí que los judíos no sólo somos distintos, sino que debemos permanecer siendo distintos. Cuando el judío cobra conciencia del papel histórico de su pueblo y logra una noción clara de su judaísmo, afirma y quiere esta condición diferencial. Esta condición le permite tributarse al país en que reside o en que nació y vivir aportándole una expresión cultural de otro tipo que contribuye a enriquecer con otro matiz la vida nacional del país a que pertenece.

Más aún diríamos: el judío que se asimila a la vida no judía desertando y abandonando la que recibió por herencia, se empobrece y, lo que es peor aún, empobrece el medio social en que vive. Es preciso tener en cuenta que una cosa es asimilación y otra es integración nacional. Lo primero supone renunciar a lo que uno es en el orden cultural, religioso e histórico, para diluirse, restando a la sociedad lo que él podría aportar de genuino. Integración, en cambio,

es consubstanciarse con la suma de los intereses del país, en una comunión de ideas y con el estilo de vida de la mayoría. Desde este ángulo visual, la condición de judío no impide integrarse cabalmente al país de su residencia, siendo este un país en que rige libertad e igualdad. En otros términos, la condición integracionista permite ser parte legítima del país en que se ha nacido, se ha criado, se ha educado y se vive. El judío, por lo demás, es un elemento integrativo útil y provechoso: es industrioso, estudioso y empeñoso, es un hombre de hogar, un hombre de orden, cultiva las buenas costumbres como el que más y ambiciona el progreso que es base de la prosperidad de todo país. Todas estas son características que el judío lleva por tradición y por herencia. Por otra parte, el judío es integracionista por prescripción bíblica: cuando los judíos fueron desterrados a Babilonia, el profeta Jeremías aconsejóles diciendo: "Vivid en ese país en paz y en orden, acatad las disposiciones del poder público, obedeced sus leyes, cultivad la tierra, plantad viñas, construid viviendas y ajustaos a las normas de vida del lugar. Es decir, pues, debeis integraros al país de adopción, sin por eso abandonar ni a vuestro Dios ni la esperanza en el retorno a la patria no olvidada."

Bien sabemos que no faltarán quienes digan: todo esto )RS "música celestial", porque en la práctica se nos *tolera*, puesto que de buen grado no se nos acepta como pares. Se nos mira como inasimilables, cosa esta que afirmamos; pero no se quiere ver que somos integracionables. Asimismo se objeta nuestra lealtad a Israel; es decir, se valen de la antigua argucia antisemita de "doble lealtad", cual si ello fuera un pecado capital, sin tomar en cuenta que lealtad a Israel es sinónimo de lealtad a la tradición judía. Por lo demás es preciso saber que por imperativo bíblico los judíos, al igual que los cristianos, debemos practicar otra lealtad más, lealtad al género humano, ya que todos "somos hijos de Dios" esto es, hermanos. Añadamos —por cuanto vienen al caso las palabras de Maimónides: "Los profetas y los sabios no pregonaron la era mesiánica con el fin de que gobiernen los judíos en el mundo o para tener un gozo de vida para ellos solamente. Lo desearon para que seamos libres y podamos todos juntos dedicarnos por entero a fundar un mundo de paz y sosiego entre todos los hombres." Es que para dar a conocer claramente la posición ideológica y la actitud que hemos de asumir frente a los problemas que les plantea la sociedad mayoritaria. es

preciso proceder a un persistente esclarecimiento hasta que se logre dar transparencia a la retina mental del obcecado y poseído del prejuicio que le impide comprender la realidad. O bien proceder a la manera del Estado de Israel que dice claramente al mundo: "110 nos dejaremos humillar más, combatiremos a quienes nos combatan y tenderemos una mano amiga a quienes quieran la paz." O si se prefiere, responder con la altivez de un D'Israeli quien, aunque hijo de judíos conversos, declaró en el parlamento británico: "No oculto mi abolengo, como lo habían hechos otros hijos de conversos. Mi origen judío es un título de distinción". Y en su novela *Tancredo*, D'Israeli declara: "Los faraones, los reyes asirios, los emperadores romanos, los príncipes góticos, los inquisidores (por nuestra parte podríamos agregar: los antisemitas de toda lava y los nazis) invirtieron y todavía invierten sumas ingentes de dinero y energías para destruir al pueblo judío. Todos ellos pusieron en práctica los métodos más crueles que imaginar se puede para ese pérfido propósito: expatriación, exilio, cautiverio, confiscación de bienes, pogroms, campos de exterminio. a más de diversos sistemas de degradación. Pero fue en vano. Después de tantos horrores y calamidades, los judíos están firmes como en los tiempos del rey Salomón".

Fue en vano, ciertamente, querer quebrantar la ley de la historia según la cual un pueblo de ideales superiores jamás será destruido. Por eso tras toda caída, cuando ya se cree que el judío quedó convertido en hojarasca arrasada por el viento, su pueblo se alza gallardo y comienza de nuevo a verdecer. Y una vez erguido torna a ser lo que dijo de los judíos el historiador y hombre de pensamiento, Ernest Renán: "Israel, levadura del progreso". Levadura del progreso son, indudablemente, los judíos de las Américas y en el Estado de Israel. Desquiciados, diezmados por el nazismo, los judíos sobrevivientes a esa inenarrable calamidad del siglo, lograron rehacerse con bríos y levantar en su tierra ancestral, Israel, la bandera de Sión. Empero en momentos en que desde *ese* rincón histórico se oyó el grito de esperanza en un mundo de paz, los judíos de Israel se vieron atrapados por el cruel conflicto promovido por el mundo árabe, preso él mismo de las angustias de su propio despertar después de siglos de modorra. Fue entonces que comenzó el espectáculo de guerras no deseadas por Israel, que había regresado a

su país de origen en son de paz. Y entonces, fue la patria del "socialismo comunista", el pueblo soviético, que se lia apodado a sí mismo "pueblo amante de la paz" el que se convirtió en el enemigo político, en función de sus intereses estratégicos internacionales, rotulando su actitud con la denuncia de una conspiración sionista-imperialista-racista, añadiendo, con descaro, la equiparación del movimiento de retorno a la patria ancestral judía al propio nazismo. Pero, no todo está perdido: países y pueblos de sincera entraña democrática no se han dejado seducir por las sirenas de la perversidad y, por otra parte, Israel cuenta con un aliado incondicional, el pueblo judío disperso por el mundo civilizado. Es el aliado que siente el llamado proveniente de las profundidades de su historia, como bien lo expresa el poeta hebreo Pinjas Sadé sintetizado en las siguientes estrofas: *"La tierra me llama./No para arar ni para sembrar/ni plantar viñas o saborear su fruto./De sus profundidades me llama/con jadeo ardiente, embriagador/con jadeo de esperanza en un mundo mejor./Me llama a la fiesta del eterno amor/En bien de todos los seres humanos. Un escalofrío me rotura el espinazo./Y mis ojos lagrimean venturanza./Al sonreír angustiado pensando en la matanza./Ahora, ahora está mi hora./Y abiertas han quedado todas las puertas /todas de una nueva primavera./La noche de terror se ha cerrado./Y las galaxias me fulguran en la testa;/Brazos infinitos me tiende la dulce tierra./ El dolorido sentir ya se aleja. /El pasado llega por fin a su fin./El mundo de ayer se pierde en la bruma./La hora de la liberación llegando está./Empecemos de nuevo a vivir".*

## INDICE

Presentación .....	5
A manera de introducción .....	9
SOLILOQUIOS	
Definición .....	15
La pasión amorosa de los judíos:	
El libro .....	21
El peligro de ciertos libros .....	29
Tradición judía .....	39
Holocausto .....	49
Diáspora y comunidad .....	59
Ética y comunidad .....	71
El impulso vital y la concatenación histórica .....	77
EL RENACIMIENTO JUDIO	
Resurrección de las letras hebreas .....	89
El renacimiento ideológico: Moses Hess, el soñador solitario	97
El renacimiento político: Theodor Herzl .....	115
Saúl Chcrnijovsky, un poeta renacentista hebreo .....	123
MEDITACIONES	
La zarza ardiente .....	137
El vitalismo móvil en lo inmutable .....	143
La fecunda era medieval judía .....	153
ELUCIDARIO	
La familia en la tradición judía .....	165
La institución matrimonial judía .....	173
La mujer en la tradición judía .....	185
El problema de la superpoblación a través del prisma judío .....	189
El mesías en la tradición judía .....	197
El año nuevo de los judíos .....	203
ULTILOGO .....	221



Máximo  
Yagupsky

"Soliloquios de un judío" es un conjunto de breves trabajos escritos por uno de los hombres más sabios y lúcidos de la generación que conformó el rostro primero de la judeidad argentina.

Hijo de esa rica y singular experiencia que fue la colonización judía en Argentina, Máximo Yagupsky, amén de entrerriano, es escritor, traductor, editor, periodista; pero, por sobre todas las cosas, es una suerte de rabí laico, una suerte de fascinante maestro cuya enorme sabiduría respira humor y afecto.

Los múltiples temas que conforman este volumen presentan reflexiones inéditas y, de pronto, aristas polémicas que enriquecen al lector ya que provienen de alguien que se ha nutrido en las fuentes y que expone sus ideas con probidad intelectual y sin improvisar.

Jorge Luis Borges

# Destino y obra de Camoens



**EMBAJADA DE PORTUGAL**

Buenos Aires

10 de junio de 2001



A Banca Lombarda,  
este Banco português  
y "épico"

com todo o respeito  
e



J. A. 2007

borges  
destino y

obra de

camoens

TÍTULO  
DESTINO Y OBRA DE CAMOENS

AUTOR  
JORGE LUIS BORGES

Edición de la  
Embajada de Portugal en Buenos Aires,  
con el apoyo de la  
Dirección General de Asuntos Consulares  
y de las Comunidades Portuguesas  
del Ministerio de Negocios Extranjeros  
de Portugal.

En colaboración con  
EDIÇÕES DO TÁMEGA

Tirada 500 ejemplares

DISEÑO GRÁFICO  
CARLOS ALBERTO MARTINI

b o r g e s



LISBOA 1924

JORGE LUIS BORGES

destino y obra de  
camoens

SEGUIDO DE

un día de jorge luis Borges

DE MIGUEL DE TORRE BORGES

INTRODUCCIÓN / JOSÉ AUGUSTO SEABRA PRÓLOGO /

JOAQUIM DE MONTEZUMA DE CARVALHO TRADUCCIÓN / RODOLFO

ALONSO Y MIGUEL VIQUEIRA VERSIONES DE POEMAS / JOSÉ

AUGUSTO SEABRA

**EMBAJADA DE PORTUGAL**

Buenos Aires

10 de junio de 2001



# introducción



# Borges y camoens

JOSÉ AUGUSTO SEABRA

Entre los "héroes literarios" que Jorge Luis Borges eligió, ya cuando la ceguera lo había llevado, según dice en su *Autobiografía*, a preferir, como "consecuencia importante" de ella, a la poesía clásica, se cuenta Luis de Camoens, a quien había dedicado, en *El Hacedor*, un soneto que sucedía a aquel en que evocaba a sus "mayores portugueses". De hecho, como confesó un día, su predilección se orientaba hacia la épica, y es al Épico que en ese soneto se dirige, evocando la "*Eneida lusitana*". A Camoens volvería, entretanto, recurrentemente, en conferencias que pronunció y que, gracias al atento y generoso recuerdo de Joaquim de Montezuma de Carvålho, fueron exhumadas del limbo en que yacían, debido al desconocimiento que se les consagró.

Una de esas conferencias, pronunciada en la Embajada del Brasil en Buenos Aires, el 19 de junio de 1972, gracias a la iniciativa y diligencia de la hija del poeta Carlos Drummond de Andrade, María Julieta, que entonces vivía en la Argentina, se titulaba *Destino y Obra de Camoens*, habiendo sido grabada, transcripta y después publicada, en el mismo año, en aquella capital. Ella fue reeditada, en buena hora, por la mano del poeta Antonio José Queirós, abierto a la solicitud y persistencia de Joaquim de Montezuma de Carvalho, en las *Edições do Tâmega*, en 1993, acompañada de un prólogo de aquel ensayista, y enriquecida con la reconstitución de "*Un día de Jorge Luis Borges*" por su sobrino Miguel de Torre Borges, en una versión bilingüe que contó con la

traducción de Miguel Viqueira<sup>1</sup>". Es esa misma conferencia la que ahora la Embajada de Portugal reedita en Buenos Aires, en ocasión del Día de Portugal, de Camoens y de las Comunidades Portuguesas.

Este opúsculo contiene un verdadero maná de informaciones, que del prólogo a los postextos nos restituyen un Borges entregado a sus deambulaciones imaginarias, entre las cuales la fascinación nostálgica por sus raíces portuguesas de infinito navegante "por los diversos mares del mundo", como en una elegía imaginó a su "destino", identificado con el del "mar" -escrito en masculino, como el de Portugal en otro soneto donde Camoens, émulo de Ulises, aparece<sup>2</sup>.

La lectura intertextual de ese *puzzle* de piezas poético-críticas nos ofrece materia para una aprehensión de la visión nítida que, en su ceguera, Borges delineó de un Camoens ideal, como el suyo, donde se cruzan sus obsesiones creadoras con una erudición de la que siempre nutría a sus construcciones literarias, en intersecciones múltiples que, siendo las de un recorrido laberíntico, eran iluminadas por la reverberación de un hilo de Ariadna que en las tinieblas lo conducía.

En su conferencia de 1972, Jorge Luis Borges comienza por discurrir con discreción acerca de la importancia de las cuestiones de lenguaje en el "arte de la literatura", discutiendo la problemática de la convencionalidad o motivación de ésta, en el sentido cratiliano, para luego abordar, en términos architextuales, el "modelo" de la epopeya. En el caso de Camoens, él considera que, tratándose *Los Lusíadas* de una epopeya en la cual interviene el autor, eso no significa que es el autor quien rige la obra, "cuando realmente la obra rige al autor", al contrario de lo que pretende la "literatura comprometida", de la que dice descreer. Así, lo que hay de misterioso en Camoens es que el destino de la obra y el destino

del autor son indisociables: "diríase que nadie conoce su destino, el destino va haciéndolo". En otras palabras "hay algo que está trabajando en un libro más allá de la voluntad de este poeta", lo que por otro lado, desde Homero, ya los antiguos sabían.

Ese "algo que va más allá del escritor", y que se podrá designar como "espíritu" (¿el "Espíritu Santo", como el de los libros proféticos?) supera en importancia a la biografía, aunque ésta tenga su interés. Y, en el caso de Camoens, pone de relieve el hecho de que el padre era de estirpe gallega y la madre de estirpe portuguesa, lo que lo impele a entregarse a "esa pasión portuguesa, que no tiene nombre en español: la *saudade*". Eso prueba que "el lenguaje es un modo de sentir del Universo y que ese modo varía según las naciones, según los individuos y según las épocas". De allí que, para Borges, las traducciones españolas de *Los Lusíadas* sean "mediocres", llevándolo a leer la epopeya en portugués.

Para Borges -y eso es según él esencial- los portugueses, como los gallegos, tuvieron algo que no se dio en Castilla, tuvieron el sentimiento del mar". De ahí que considere sobre todo a Camoens un "navegante" y un "desterrado". En cuanto tal, él fue sobre todo, épicamente, un "soldado", un "capitán". Justificando el nombre con que lo invoca en su soneto, Borges argumenta: "capitán me parece el título más poético para un soldado", tal como lo empleara Tasso. Debiendo entenderse que ese título significa que es un "hombre ejemplar". Ahora, según Borges, "el poeta debe cantar a los mejores", comenzando por sí mismo, dando el ejemplo, como proponía Millón: "el poeta debía ser él mismo un poema", de tal modo que "nadie podría atreverse a cantar varones justos y ciudades ilustres sin que su vida fuese un dechado también". Al comparar la epopeya con la novela, Borges, pensando en Eça de Queirós, a quien por otro lado mucho admiraba, considera que ésta es una degeneración de la epopeya...

En cuanto a la mitología de *Los Lusíadas*, en que la cristiana y la pagana se entrelazan, Borges piensa que, más que una figuración retórica, "los dioses eran reales" para el poeta, tal como sus "sueños" y sus "imaginaciones". Diciendo no haber entendido nunca la "diferencia entre lo real y lo irreal", él fundamenta así la coexistencia en Camoens del platonismo y del aristotelismo.

Borges termina, no con una tesis, sino con una "hipótesis", que por otra parte en su soneto enuncia: la de que cuando Camoens regresó a la "patria nostálgica", "pobre y triste", debe haber sentido que todo lo que estaba perdido o iba a perderse, "todo eso no se había perdido realmente, se había perdido en el tiempo pero persistía en la eternidad". La "eternidad" de la cual él, Borges, un día escribió la historia.

En otra de sus conferencias, en Sao Paulo, ya en el año 1984, de la que Joaquim de Montezuma de Carvalho nos da cuenta en su prólogo, Borges vuelve a su hipótesis, dándole ahora otra formulación: "En el caso de Camoens todavía la épica es la elegía, pues él cantaba lo que estaba ya perdido, o lo que se estaba perdiendo". Y, por eso, en un soneto en que evoca el "mar de Ulises" y sus avatares, él habla de Camoens como

"...aquel caballero que escribía A la vez la epopeya y la elegía De su patria".<sup>(4)</sup>

Es en el epílogo de su soneto "*A Luis de Camoens*" que Borges visualiza, proféticamente, lo que en la epopeya, más allá de la elegía, se salva para la "historia del futuro", de que hablaba

Vieira. En un lenguaje de tono sebastianista, escribe, dirigiéndose al Épico:

"Quiero saber si aquende la ribera  
Ultima comprendiste humildemente  
Que todo lo perdido, el Occidente Y el  
Oriente, el acero y la bandera,  
Perduraría (ajeno a toda humana  
Mutación) en tu Eneida lusitana".<sup>(5)</sup>

Se diría que Jorge Luis Borges proyectaba en Camoens y en *Los Lusíadas* la epopeya de los Borges, "vaga gente", que más allá de todas las decadencias, "son Portugal", como

"...el rey que en el místico desierto Se perdió y el  
que jura que no ha muerto".<sup>(6)</sup>

Por eso la lectura de Camoens que hace su émulo argentino, cuatrocientos años después de la publicación del gran Poema nacional y universal, es apasionante para nosotros, Portugueses de las Comunidades errantes por las siete partidas del mundo.

Buenos Aires, junio de 2001

*Traducción de Rodolfo Alonso*

NOTAS.

- (1) Jorge Luis Borges. Destino e Obra de Camões, Edições do Tâmega. Amarante, 1993
- (2) Ídem p. 90
- (3) Ídem p. 17
- (4) Ídem p. 89
- (5) Ídem p. 87
- (6) Ídem p. 86

# prólogo

JOAQUIM DE MONTEZUMA DE CARVALHO

En el libro *Camoens en la Argentina* (Lisboa, 1972), patrocinado por la Embajada de la República Argentina en Portugal y por su Embajador Francisco Ricardo Bello, en una expresiva adhesión al IV Centenario de la publicación de *Los Lusíadas*, quise integrar el texto "Destino y obra de Camoens" de Jorge Luis Borges, pero los azares de la fortuna no lo permitieron. El libro se abre en el elegíaco soneto "A Luis de Camoens", del verbo de Jorge Luis Borges, pero no contiene ese texto oral que fue conferencia concurrída en el Centro de Estudios Brasileiros, sector cultural de la Embajada del Brasil, en Buenos Aires, donde trabajaba la diligente y *saudosa* María Julieta Drummond de Andrade, hija del poeta Carlos Drummond de Andrade.

Mi prólogo a *Camoens en la Argentina* está fechado en Lourenço Marques, 24 de abril de 1972. La conferencia de Jorge Luis Borges fue pronunciada el 19 de junio y, después de grabada y transcrita por María Julieta, publicada en la imprenta Electra (Catamarca 2252, Buenos Aires), el 21 de septiembre de 1972.

Antonio F. Azeredo da Silveira era el Embajador del Brasil, el dr. P. M. Maia el director del Centro de Estudios Brasileiros y María Julieta aquella llama sin la cual la cera de las velas ni da luz ni tiene utilidad. Hija de poeta, ella misma poeta y ligada por el casamiento a la Argentina, era el empujón vital en estas cosas del espíritu y sin el cual el Espíritu no se revela ni vivifica, en la plural dádiva de darse a quien se aproxima a su fuente.

Tenía amistad con María Julieta. En agosto de 1983 dejó Buenos Aires y regresó a Rio de Janeiro para estar junto al padre. Fallecería en 1987. El golpe fue tan profundo que el poeta, su padre, no le sobrevivió sino para extinguirse poco tiempo después.

Los gallegos recuerdan aquel día en que María Julieta visitó la cuna de los Andrades, en Puentedeume, entre El Ferrol y Betanzos, en el área de La Coruña. Ella compuso un poema al ínclito Andrade, el *Bueno*, cuyo túmulo medieval se encuentra en la Iglesia Matriz de Betanzos desafiando los siglos.

Era una mujer dinámica y obstinada y quiso llevar a Jorge Luis Borges al Centro. Lo consiguió y a ella le debemos la memoria de Camoens. La charla, si no hubiera sido grabada y minuciosamente transcrita, con revisión final del propio conferencista, se hubiera perdido en los aires de Buenos Aires. Llenaría de satisfacción a los privilegiados de esa noche, pero no a la posteridad.

No bien el texto se publicó, tuve un ejemplar, volando desde la Argentina hasta Mozambique. Fue el texto que no llegó a tiempo de ser incorporado en la obra de *Camoens en la Argentina*, aunque el prodigioso poeta y ensayista me hubiese enviado a Lourenço Marques la grabación de su lectura del soneto "A Luis de Camoens" y el magnífico estudio "Camoens, un poeta del amor" de su admirado Leopoldo Lugones, incorporado en la edición de la Embajada de Argentina en Lisboa. Borges era entonces el Director de la Biblioteca Nacional y le fue fácil, en ese laberinto de libros, ya presidido anteriormente por otros dos escritores ciegos, José Mármol y Paul Groussac, encontrar el difícil elogio de Lugones a Camoens.

Recordé en la edición de la Embajada de Argentina en Lisboa: "Camoens fue festejado en 1924 por los argentinos con una vivacidad que el tiempo no llegó a acabar. En ese mismo año

*Lusitaniia* (Revista de Estudos Portugueses, Lisboa, vol. 2º), la famosa revista dirigida por la insuperable D. Carolina Michaelis de Vasconcelos, de la Universidad de Coimbra, en páginas 296-300, daba un eco de los festejos argentinos alrededor de la excelsa figura de Camoens. La nota se refería a un "largo y magistral estudio del sr. Leopoldo Lugones, erudito y agudo crítico argentino". La verdad es que este Leopoldo Lugones, íntimo de Rubén Darío y de Eugenio de Castro, es uno de los mayores poetas de América Latina y, en concepto de Borges, el mayor poeta argentino. La erudición y la agudeza crítica estaban por lo menos al pie de su genial talento de poeta. El gran Leopoldo, jefe poderoso de toda una amplia tribu literaria, festejaba también a Camoens. El eco de la revista *Lusitania* era seguido después por un artículo, "El vate nacional portugués", redactado en castellano, y del que era autor el *sautlos* y *saudosista* Alberto de Oliveira, el amigo más querido de *Auto*, ese poeta de elegía que anda en el corazón de todos los portugueses.

Igualmente incorporé a la edición lisboeta, costeadá por la Embajada de Argentina, el hermoso texto "Camoens", del pensador Francisco Romero, el filósofo que la generación de Jorge Luis Borges tiene como maestro de civismo y de libertad del espíritu. El ensayo de Romero es de 1924, y aborda el tema del platonismo en nuestro épico-lírico y que Joaquim de Carvalho, igualmente en ese 1924, estrenará entre nosotros con el ensayo "Estudios sobre las lecturas filosóficas de Camones", publicado en el referido número de *Lusitania*. El pensador argentino y el pensador portugués todavía no se conocían.

Años después serían dos grandes amigos y correligionarios de ese agosto partido que no es partido y se llama Libertad y Justicia.

Recuerdo esto porque Francisco Romero incitaba a todo argentino a leer Camoens. ¡Que el argentino no se encerrase en el

mar interno de las pampas! ¡Que todo él se abriese al mar océano, al mar-mar, estando *Los Lusíadas* escrito con la tinta de ese mar! ¡Que fuese espiritualista como Camoens lo fue, guiado por soberbios y soberanos arquetipos! Que...

Y recuerdo, esencialmente, para enaltecer la fidelidad argentina hacia Camoens. El año 1924 podía haber concluido en 1924. Pero eso no ocurrió. Un hombre de la generación siguiente, 1924, Jorge Luis Borges, heredero de Lugones, también le hereda el placer por Camoens. Las palabras de recomendación de Francisco Romero encuentran en Buenos Aires el perfecto eco. Este nunca dirá del mar lo que muchos argentinos dicen del Atlántico, el charco. El mar es siempre el mar, nunca el charco que separa Europa de las Américas.

Existe, así, generación tras generación, una continuidad de amor y sabia admiración de Argentina, entre sus rostros más egregios, por el Portugal eterno de Camoens. Se da, de este modo singular, aquel deseado y espontáneo tratado de fidelidades que, a veces, los otros, los diplomáticos, no alcanzan, tan cautivos están de las efímeras circunstancias.

La voz de Jorge Luis Borges leyendo su soneto "A Luis de Camoens" está guardada en la Biblioteca Municipal de Figueira da Foz. Pertenece a una legión de grabaciones, de los más representativos estudiosos de Camoens en todo el mundo, que en ese 1972 hizo volar de muchos países hasta Lourenço Marques. La voz de Borges festeja a Camoens entre las voces especialistas de Manuel Ferrer, Silvio Pellegrini, Germaine Mamalaki, Laurence Antony Dominick, Hugo Montes, Anson C. Pipper, Fernando Diez de Medina, Luis Piva, Celso Lafer, Hernâni Cidade, Jorge Guillén, Ernesto Guerra da Cal, Monica Letzring, etc. En Mozambique, donde Camoens padeciera penurias y comiera de amigos, se recreaba en su honor un aplauso internacional para su figura única.

Esta daba ahora alimento y fascinación a muchos talentos. Continuaba matando el hambre... por otros. La asistencia fue diminuta porque la hora era de la turbia política que todo empaña. A la sesión de Borges asistieron unas diez personas... Los otros estaban con la barriga llena, no tenían hambre de nada. Camoens era un símbolo reaccionario. ¡Era el Portugal opresor!

Espero que en este momento no sean diez personas las que adquieran este librito. La obra publicada por Edições do Tâmega trae la sombra protectora de Teixeira de Pascoaes, hijo idolatrado de Amarante y de un Portugal universal. Teixeira de Pascoaes es un poeta pensador cuya fama se derrama y crece en el mundo como la de su hermano argentino Jorge Luis Borges, en tantos y tantos aspectos formando los dos un tronco único de cautivantes singularidades. La edición de *Destino e obra de Camões* tiene ese origen. Pascoaes sitúa a Camoens tan alto que le confiere el patronato de Portugal y de la *Saudade*. Su mano, apagada en el humilde cementerio de Gatão, avanza en las sombras y, en un gesto de claridades, bendice esta edición bilingüe. Es algo que golpea en su cueva y en ella encuentra grato eco. Camoens es piedra fundadora de Portugal, de todas las piedras la más armoniosa y duradera.

La familia de Jorge Luis Borges está presente en esta edición. Su sobrino Miguel de Torre Borges, el sobrino predilecto, el hijo de su única hermana Norah Borges de Torre, nos recuerda un día de su tío, uno como tantos otros más que él, el poderoso y sutil artista, transformaba siempre en algo distinto y ejemplar. Miguel quiso honrarnos con su presencia en esta edición de un Portugal revisitado. También envió una foto del tío, para él el tío Georges, un nombre que hacia los lados de Amarante, Vila Mea y Porto recuerda de inmediato al delicado Antonio Nobre y aquel verso de encargo "*¡Georges! ¡vete a ver mi país de Marineros, /mi país de las Naves, las escuadras y las flotas!*". La foto fue tomada en una Lisboa de 1924, en el Rossio, donde sus padres y hermana se instalaron en un hotel del que perdieron la memoria del nombre (no, no era el Hotel Borges, más arriba, en el Ciliado). El poeta salió a la calle y un fotógrafo ambulante le tomó la fotografía en una rápida instantánea. Es el retrato de una juventud y de un breve segundo lisboeta, hoy precioso. A esa altura Jorge Luis Borges conoció y trabajó amistad con Antonio Ferro. Le oyó ciertamente hablar del modernismo en Portugal, de Amadeo de Souza-Cardoso, de Fernando Pessoa, de Mário de Sá-Carneiro... Y me gusta imaginar el mero cruzarse de Borges y Pessoa en uno de los paseos empedrados del bajo lisboeta. Tiene sentido y está en el meollo de las esencialidades.

Otro Miguel eficaz, Miguel Viqueira, profesor de castellano en el Instituto de Estudios Españoles de la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa, con la ayuda de alumnos suyos, facilitó una eximia traducción. Cada lector, incluyéndonos, agradece al prof. Miguel Viqueira su adhesión hidalga.

En septiembre de 1970 estuve con Jorge Luis Borges en Sao Paulo y ambos visitamos una *fazenda* de café hacia el lado de Lindóia, y en cuyo caserón se entretuvo en recitarme octavas de *Los Lusíadas*, con una tonada de .milonga, a lo largo de una abrasadora

tarde. Lo prodigioso es que no tenía un ejemplar entre manos, estaba totalmente ciego, las octavas grabadas en su cerebro...

Jorge Luis Borges volvería a Sao Paulo, los días 13 y 14 de agosto de 1984. El argentino difundía a Camoens para una multitud de estudiantes. Y les dijo (poseo la transcripción ([ue los posgraduados en literatura hispanoamericana de la Universidad de Sao Paulo, Vicente Cechclero y Laura J. Hossiassen hicieron después de la grabación) lo que aquí importa reproducir, para subrayar la posición de Borges frente a Camoens y su obra, y consiste en estas exactas palabras (*ipsis verbis*): "En cuanto a Camoens, fue tal vez el último poeta épico que se propuso -lo que yo llamé en un soneto y millares de personas lo habrán llamado una *Eneida lusitana*. Y tantos versos de Camoens quedan en mi memoria... Aquel, por ejemplo: "*Por mares nunca antes navegados*". Todo el poema. Y el hecho de que en ese poema él combine, de algún modo, la *Iliada* y la *Odisea*, y las renueve, las vuelva portuguesas. Leí, también, una versión hecha por el capitán Richard Burton (traductor de *Las*

*Mil y Una Noches*) de *Los Lusíadas*. Él no tradujo a un inglés contemporáneo del siglo XIX, sino a un inglés Contemporáneo del portugués de Camoens, y escribió también una biografía del gran poeta. Yo escribí un soneto sobre él, un soneto sobre Portugal también, pero pueden quedarse tranquilos porque no lo recuerdo. Soy muy sensible a la épica, no a la lírica. Por ejemplo, lloré muchas veces leyendo fragmentos épicos; fragmentos líricos o elegiacos, no. Lo que más me toca es la épica. Y Camoens fue, tal vez, uno de los últimos que enseñó afortunadamente la épica. En el caso de Camoens, sin embargo, la épica es la elegía, pues él cantaba lo ya perdido, o lo que se estaba perdiendo. En todo caso, conviene recordar que la poesía nace de la épica. Quiero observar, sobre todo, lo siguiente: el tema del mar es un tema casi ausente en las letras

españolas, puesto que no éramos navegantes y, sí, soldados. Y el tema del mar es un tema constante en las letras escandinavas, en las letras anglo-sajonas, en Francia con Hugo y, después, siempre en Portugal, sobre todo en *Los Lusíadas*, ya que, como todos saben, Portugal fue una tierra de navegantes".

A comienzo de 1993, París consagró a Jorge Luis Borges, como ya había consagrado a Fernando Pessoa, en el Centro Cultural Georges Pompidou, una gran Exposición sobre su vida y su obra. Este librito estaba destinado a figurar en esa exposición. Pero también los hados destruyeron la posibilidad. La obra debía haber sido publicada a fines de 1991. Surge finalmente a mediados de 1993. Trae la bendición de Teixeira de Pascoaes. Y aquella vivida y actuante de Antonio José Queirós. Si no fuera por este poeta y amigo de la cultura, el texto borgiano aún andaría por contadas manos del otro lado del Atlántico.

En 1980 Jorge Luis Borges autorizó a Roy Bartholomew la transcripción de siete charlas suyas, todas de 1977, ofrecidas en Buenos Aires en el Teatro Coliseo. Los temas de estas conferencias son varios: *La Divina Comedia*-, las pesadillas; el libro mágico de *Las Mil y Una Noches*-, el budismo; la poesía; la cábala y la ceguera. Poseo un ejemplar de la primera edición (Fondo de Cultura Económica, México, 1980, 172 págs.). Las transcripciones contaron con el concurso de Borges, la oralidad ganaba discurso con la adaptación. Cuando recibí el ejemplar de *Siete Noches* (las siete noches que fueron las de las siete charlas a la noche) pensé encontrar allí *Destino y obra de Camoens*, pero este texto continuaba casi incógnito. No estaba. El cobra proporciones considerables y verdaderamente difusoras en *Edições do Tâmega*.

Si viviera María Julieta Drummond de Andrade, para ella iría uno de los primeros ejemplares todavía con la tinta fresca...

Amarante, tierra hospitalaria, acoge a este libro.

Al final van aquellos poemas donde el genial creador plasmó para siempre la deuda de los suyos y la suya con Camoens, Portugal y los Borges de Torre de Moncorvo (el capitán Borges de Ramalho que embarcó hacia Brasil a fines del siglo XVIII o principios del XIX...), sin olvidar a los Amorins de Entre-os-Rios (Douro) ligados a su prima directa Esther Hacdo de Amorim, viuda del afamado novelista uruguayo Enrique Amorim. Fueron estos Amorin de Entre-os-Rios quienes llevaron la naranja a Salto (Uruguay) y a una de las fiestas de la naranja asistió Jorge Luis Borges cuando estuvo de vacaciones en *"Las Nubes"*, la mansión de Esther y Enrique en Salto, hoy sólo habitada por Esther con sus lúcidos 93 años... Porque Jorge Luis Borges es tan argentino como uruguayo por el lado materno, no existiendo para él como para su hermana y sobrinos más que una sola familia de uno y otro lado del Plata.

Tenía a Portugal y a Camoens en el corazón. La madre, Doña Leonor, llevaba a Eça de Queiroz en el suyo. Esther y Enrique idolatraban a Eça. En la casa-museo *"Las Nubes"*, en el escritorio de Enrique, figura, llenando toda una pared, la inmensa reproducción de Eça pintado por Columbano, un cuadro que se perdió en un viaje atlántico y yace en el mar...

Era en este norte de Portugal, tan vinculado a los Borges, que el librito tenía que aparecer. Helo aquí. ¡Que tenga buena suerte! y también portugueses, argentinos y uruguayos se entenderán mejor. Y que la suerte genere otras suertes...

Lisboa, 5 de junio de 1993

*Traducción de Rodolfo-Alonso*

destino y obra  
de camoens

Cuatrocientos años, según se sabe, nos separan de la primera publicación del libro glorioso. Cuatrocientos años, y algo más de cuatrocientos años.

El hecho de que nuestros hábitos literarios han cambiado de un modo casi fundamental desde la fecha de la publicación de *Los Lusíadas*, suele olvidarse que el arte verbal, el arte de la literatura, está hecho de convenciones empezando por el mismo lenguaje, que es una serie de signos auditivos, o escritos, convencionales. Es verdad que hay un diálogo platónico en que se discute, los griegos sólo conocían su idioma, si las palabras son naturales a las cosas o si son símbolos convencionales, y se usa naturalmente el argumento de las onomatopeyas, el argumento de ciertas palabras que parecen proceder de lo que quieren significar; pero esto sólo podría aplicarse en ciertos casos y aún en esos, falla. Por ejemplo, alguien creyó advertir una analogía entre la palabra inglesa *wind* (viento) y el ruido del viento; ahora esto es falso si pensamos que en latín la palabra era *ventus* o según la pronunciación restituta *ventus* y ahí el parecido desaparece; y luego tendríamos, por ejemplo, la palabra *whisper* (susurro), *hush* (silencio), que puede parecerse a lo que significa en la voz española *susurro* con esas dos *eses* sibilantes, pero este argumento me parece a mí, no es válido ya que no entendemos o no percibimos ese parecido si no conocemos el sentido de la palabra, pues si yo digo *susurro* a una persona que ignora nuestro idioma, no tiene por qué saber lo que significa y si digo *hush*, a pesar del misterio que hay en la letra "u" y en el sonido "sh" nadie tiene por qué adivinar que se trata de una pausa, de un silencio.

Si esto se aplica a las palabras, que son el material de la literatura, puede aplicarse mucho más a la misma literatura que es una serie de hábitos, de hábitos emocionales ante todo, es decir de hábitos convencionales y tanto más convencionales porque no

sabemos que son convenciones. Alguien los ha comparado con el peso del aire, el aire tiene peso pero no lo sentimos porque estamos sintiéndolo continuamente y esto nos va a llevar más adelante al tema de la épica, al tema de la epepeya, y *Los Lusíadas* son una epepeya, aunque una epepeya en la que interviene el autor, a diferencia de los modelos que se había propuesto, porque en el caso de Camoens, Camoens se impone a su propósito. Creo que esto sucede con los verdaderos poetas, por eso descreo de la literatura comprometida, porque esa literatura supone que un autor rige su obra, cuando realmente la obra rige al autor, aunque el propósito puede servir como un estímulo. El caso clásico sería el de Cervantes, que se propuso escribir una sátira contra los libros de caballerías, cuya lectura ya había caducado entonces y escribió un libro que ha hecho entre tantas otras cosas que recordemos esos libros de caballerías. Yo estuve releendo el *Amadís de Gaida*, el *Palmeirim* que es un libro del portugués y descubrí que esos libros merecían ser leídos, como sin duda lo sintió Cervantes, que acaso escribió el *Quijote* para librarse de esa pasión por esos libros, y una prueba es que después escribió *Los trabajos de Persiles y Sigismundo* en la cual él vuelve a las extravagancias que ahora llamaríamos románticas, que él había satirizado en su libro anterior.

Hay algo, hay algo misterioso en Camoens, no sólo en su destino sino en el destino de la obra, que hace que nos congreguemos esta tarde, que hace que la tarde nos congregue aquí para honrar su alta memoria. Diríase que nadie conoce su destino, el destino va haciéndolo. Recuerdo aquella frase de Shakespeare que dice que hay una divinidad que nos pule, a pesar de que nosotros tratemos, o a pesar de que nosotros creemos que hay asperezas, hay algo que está trabajándonos, hay algo que está trabajando en un libro más allá de la voluntad de este poeta. Todo esto lo supieron los antiguos. *Canto, oh musa la cólera de Aquiles,*

dice Homero, es decir, él no es el cantor, él es el amanuense de la musa y los hebreos, viviendo un artificio más raro atribuyeron todos sus libros (es decir todos sus libros dignos de recordación, libros por ejemplo eróticos como *El cantar de los cantares*, libros de discusión filosófica, como el *Libro de Job*, libros de historia, las indignaciones de *Los Profetas*. las profecías); los atribuyeron a un solo autor anónimo: El Espíritu Santo, y cuando a Bernard Shaw le preguntaron «¿usted cree realmente en el Espíritu Santo, el "Holy Ghost", espíritu de la Biblia?», dijo: no sólo la *Biblia*, sino todos los libros dignos de ser leídos.

Ahora tenemos una mitología menos hermosa, no hablamos del "rúa" (el espíritu), no hablamos de la musa, pero hablamos de algo no menos incomprensible y menos bello, hablamos de la subconsciencia o del subconsciente colectivo. Pero las cosas no cambian, hay algo que vá más allá del escritor, hay algo que vá más allá de sus meros propósitos. Yo había pensado resumir la vida del poeta en los diez cantos del poema que ustedes conocen mejor que yo. Pero quizá sea más interesante el considerar esas cosas, el tratar de pensar sobre esas cosas. Los hechos de la vida de Camoens no ofrecen mayor misterio, salvo en el sentido de que toda vida es misteriosa, de que yo mismo apenas sé quién soy, como decía Wall Whitman, Walt Whitman que dijo después de leer una biografía: "Sé poco o nada sobre mí mismo y escribo este libro para entenderme" y se trata simplemente de unos rasgos... Pues bien, sabemos que Luis de Camoens procedía por el lado del padre de estirpe gallega, por el lado de la madre, de estirpe portuguesa, que fue un caballero hidalgo, que se educó en Coimbra y que sintió quizá más que nadie esa pasión portuguesa, que no tiene nombre en español: la *saudade*.

Hay una palabra, *morriña*, que supongo que significa algo equivalente, según los diccionarios, pero yo descreo de los

diccionarios, porque los diccionarios nos llevan a pensar que los idiomas son juegos de símbolos traducibles, esto puede ocurrir en el caso de objetos concretos, pero tratándose de emociones, se ve que el lenguaje es un modo de sentir del universo y que ese modo varía según las naciones, según los individuos y según las épocas. Así dejemos la palabra *saudade* y no tratemos de traducirla ya que todos sentimos y sabemos lo que significa, habría palabras más o menos equivalentes, pero no del todo equivalentes en otros idiomas. Podríamos decir, por ejemplo, *eagerness*, *Sehnsucht*, una palabra inglesa, otra alemana, pero no es exactamente eso, yo diría que ninguna otra cosa es exactamente otra, que todo es individual, que cada momento de nuestra vida es individual. Los diccionarios son simplemente ayudas para la comprensión, pero no corresponden a la verdad, la verdad es arte más misteriosa y una prueba de ello, una suficiente prueba es que existe un sistema organizado de perplejidades sobre el mundo, que llamamos, no sin alguna pedantería, filosofía.

Un profesor de cuyo nombre no quiero acordarme les enseñaba a los alumnos qué es la filosofía y el alumno tenía que contestar: "un conocimiento claro y preciso", y si no contestaba eso, si se equivocaba y decía "un conocimiento preciso y claro", quedaba aplazado en el examen. Pero vivimos una época extraña, si ese profesor en lugar de pensar en su libro, hubiera recordado lo que sin duda sabía, sabría que hay por lo menos dos escuelas filosóficas, la platónica, que cree en entes, digamos, abstractos y la aristotélica, que cree en los individuos. Es sabido que los platónicos han llegado a creer en un triángulo, en el triángulo ideal que no es, inconcebiblemente ni equilátero, ni isósceles, ni escaleno; es simplemente un inconcebible triángulo platónico. Y luego se dijo que a cada individuo corresponde un arquetipo platónico, con lo cual tenemos dos universos no menos intrincados, no menos

merecedores de perplejidad, el universo platónico y este universo que llamamos, no sé por qué, real. Tampoco he entendido nunca la diferencia entre lo real y lo irreal, no sé por qué el telegrama que nos envía una agencia es más real que lo que yo soñé anteanoche, soñé y olvidé. Todo eso es parte de un esquema.

Pero volvamos a Camoens y veamos cómo el destino, claro está que esta palabra no explica nada, como no explican nada las demás palabras, quiso que él escribiera el poema y cómo se valió de un modo implacable de esa necesidad, de esa necesidad que todos sentimos como algo indispensable. Camoens fue, según se sabe, un soldado, un navegante, un desterrado durante tantos años, creo que diecisiete, pero mis fechas son vagas y fue, y esto es lo esencial, un gran poeta. Para hacer estas cosas, era necesario que le acontecieran otras y así tenemos al principio los años de estudio de Camoens en Coimbra y luego, a los veinte años, creo, la llegada a Lisboa, esa ciudad que siempre le fue tan querida y luego el deseo de que la patria tuviera un monumento y el saber que él estaba predestinado a levantar ese monumento. Creo que esa voluntad fue la que lo llevó a aprender todo lo que podía aprenderse entonces. Sabemos que fue educado por los jesuitas y que en esa enseñanza intervenía la memoria, esto puede parecer absurdo, pero creo que en los países orientales es corriente que se aprendan primero unas palabras, unas fórmulas y que luego el tiempo vaya enseñándonos a descifrarlas. Es sabido que en los diez cantos de *Los Lusíadas* interviene la historia, sobre todo la antigüedad clásica, la historia legendaria o verdadera de Portugal, pero lo legendario, a lo largo, es lo verdadero y luego el conocimiento de la lengua materna, del español, del español que está tan cercano, que no sé hasta dónde conviene que se traduzca a Camoens, ya que mediante un esfuerzo mínimo podemos entenderlo. A mí me sucedió algo parecido con la lengua italiana, yo no tengo, que yo sepa, pero quién puede saber

algo sobre los miles y miles de miles de los antepasados que tiene, yo no tengo sangre italiana, sin embargo, yo he llegado a leer *La Divina Comedia* en italiano. Bien es verdad que las ediciones son excelentes, que casi cada verso está anotado y que las anotaciones aclaran el texto. Esas anotaciones, las primeras fueron teológicas, las segundas históricas y las últimas, las de Momigliano y la de Drafer son estéticas y supongo, la de Sapegno, también, y supongo que se encontrará otro tipo de edición y que cada vez iremos ahondando en la *Comedia*. Las traducciones españolas son mediocres y pensé que hay algo que no puede sustituirse y que es oír la voz del poeta a través de sus palabras y así yo he leído arriesgadamente, imprudentemente, pero sé que con una recompensa suficiente *La Divina Comedia* y *Los Lusíadas* sin saber ni el italiano, ni el portugués, porque esos dos idiomas y el español, son formas del latín, yo alguna vez supe el latín, lo estudié durante cinco años y en algunos de mis poemas he dicho que el olvido del latín -eso podría aplicarse a mi conocimiento del latín- es una posesión, haber olvidado el latín es algo, es una disciplina y nos acerca a tantos otros idiomas.

Pues bien, Camoens estudia la astronomía, la astronomía ptolomeica, que figura en el final de *Los Lusíadas*, estudia la antigüedad clásica, la conoce perfectamente, con tal perfección que allá en los destierros de Goa y de Macau puede recordar esa mitología con esta precisión y luego, como he dicho, la historia de su patria y las diversas leyendas celtas, *la bat tulle de Bretagne*, que había llegado a su patria y así tenemos la historia de los doce pares, de aquellos caballeros portugueses que saben que unas damas han sido injuriadas en Inglaterra y que emprenden el viaje más largo ahora que entonces, dado las dificultades de las navegaciones (esta palabra, navegaciones, es una palabra que inmediatamente trae a la memoria *Los Lusíadas*), y que se batan por el honor de damas que

no conocían y vencen a quienes las habían injuriado. Esto encontrará después su lugar en el poema, pero se dá más patético que la historia de los doce pares, se dá más patético porque la historia es simplemente la historia de esos doce quijotescos caballeros que van a defender a damas que no han visto, como Alonso Quijano, que llegó a ser Don Quijote a fuerza de leer los libros de caballerías. Es más patética porque la cuenta un soldado en vísperas de una batalla, es decir ellos van a arriesgar su vida a la mañana siguiente, alguno sin duda murió, y él les cuenta ese ejemplo de heroísmo que no es menos real por ser un ejemplo legendario, es decir que Camoens llena sus memorias de hechos; además estudia las matemáticas, la retórica, conoce a los clásicos y creo que era costumbre del colegio hablar en latín y en griego, y hablar en latín no significa, según he dicho ya, usar sinónimos latinos, sino pensar en latín, pensar de otra manera, porque conocer un idioma no es traducir palabras de un idioma a otro si aparte de nuestra conciencia.

Camoens, pues, posee perfectamente la antigüedad, estudia las matemáticas, la retórica, conoce bien a los clásicos y todo eso va saturándolo, no sé si él supo desde el principio cuál sería el fin de aquello, posiblemente fue sintiéndolo poco a poco, pero sé que antes, cuando apenas tenía bosquejada *Los Lusíadas*, la historia de los hijos de Luso, los portugueses -Luso es un hermano mitológico de Baco-, ya hubo quién lo llamó el Virgilio lusitano, y esa palabra, y ese título él llegó a merecerlo plenamente, pero no bastaba con los conocimientos, además de esa erudición enciclopédica, era necesario el sufrimiento, la pasión y sobre todo lo que sentimos con más intensidad, era necesaria también la desdicha, y quizá, para sentir mucho a un país -esto yo lo sé por experiencia personal y Uds. lo sabrán también sin duda-, sea necesario el alejamiento. Cuando Joyce dejó Irlanda, dijo que se proponía trabajar con tres

armas, no recuerdo dos de ellas, pero recuerdo la esencial: el destierro, es decir, la nostalgia de Irlanda, la nostalgia de Dublin haría que él se sintiera más cerca de Irlanda, es decir, las cosas que se ven mejor vistas de lejos. Camoens estaba, creo, pero Uds. pueden corregir mis afirmaciones, en una situación un poco equívoca, era un caballero de familia ilustre, lazos de sangre lo unían a su héroe: Vasco da Gama, pero no era un hombre rico y seguía en lo que se refiere al dinero, lo sospecho, aquel precepto evangélico que dice que no debemos pensar en el día siguiente, y en el que se habla de los lirios que están mejor ataviados que Salomón en toda su gloria.

\*\*\*

El libro se publica y merece el aplauso inmediato, una pensión de tres años, y que después fue prolongada por el rey. Pero, mientras tanto, había muerto la mujer que él quería; había muerto su madre, que siempre en los últimos años estaban juntas, y las conjunciones hartamente ingratas: la gloria y la pobreza.

Tasso le envía una carta alabándolo. Herrera, el "divino Herrera", que cantaría la derrota de Alcazarquivir también le escribe y Cervantes en un pasaje que no he podido identificar y que no está en el *Quijote*, en aquel capítulo en que se describe el "donoso crutiño del cuore del barbero", pero que seguramente está en el *Tesoro del Parnaso*, habla con debida admiración de los *Los Lusíadas* y los llama "el tesoro del luso". Hay otro hecho lateral que yo querría destacar, y que es este: los portugueses, como los gallegos, tuvieron algo que no se dio en Castilla, tuvieron el sentimiento del mar, ese sentimiento que encontramos en Inglaterra desde las primeras piezas, desde el Beowulf del siglo VIII, por ejemplo, en que se describen los ritos funerarios de un rey de

Dinamarca, que viene del mar y vuelve al mar, cuando está a punto de morir ordena a sus súbditos que lloran, que lo aten al mástil de la nave, que lo rodeen de espadas y de tesoros que él había traído cuando llegó, huérfano, desconocido, a Dinamarca y que empujen la nave hacia la mar, y el poeta dice: "nadie, ni los consejeros en sus asambleas, ni los héroes bajo los cielos, saben quién recibió esa carga". Es decir, lo que Rubén Darío diría después de un modo más abstracto, de no saber a dónde vamos ni de dónde venimos, porque todos somos ese rey de Dinamarca, *Shulteshelvi*, que llega de los desconocidos y vuelve a lo desconocido. Es significativo el hecho de que haya once versiones inglesas de *Los Lusíadas*, sin duda porque ambas naciones, Portugal e Inglaterra, sintieron el mar. No creo que los castellanos lo sintieran, los castellanos estaban más interesados en sus pequeñas y desdichadas guerras con los Países Bajos. Hicieron la conquista, pero no sé hasta qué punto la sintieron, y hay otro hecho significativo, la Armada Invencible zarpa de Lisboa, pero la tripulación no era portuguesa, si los marineros hubieran sido gente de Portugal y no gente del Levante, acostumbrada al blando Mediterráneo, quizá la expedición hubiera tenido otro fin que el desdichado que tuvo y la historia del mundo sería distinta, pero la historia del mundo está a punto de ser distinta en cada momento. Yo poseo en casa una traducción del siglo XVII de Van

Schof, que fue Embajador en Portugal, y he buscado y no he encontrado hasta ahora la traducción del Capitán Burton, que conoció la India como la conoció Camoens, que hi/o una peregrinación a la ciudades Santas del Islam, a la Meca y Medina, que escribió la vida de Camoens y que tuvo la curiosa idea, no se si literariamente afortunada, de traducir el poema que admiraba tanto, no al inglés del siglo XIX, sino al inglés del siglo XVI, un curioso experimento; y hay además una traducción parcial del poeta

sudafricano Roy Campbell, en que empieza diciendo: *fiorn in t he black aurore of disaster* ("Nacido en la negra aurora del desastre") y luego dice: *I found a comrade where I sought a master* ("Encontré un camarada donde buscaba un maestro"), y al final del destino de Camoens, de los hechos de su vida y termina con este verso que dice: "enseñó a cantar a esa gorgona, su destino", un verso terrible y memorable.

Camoens vuelve a Portugal a morir en ella y con ella, según dijo, previendo el fin, la leyenda que suele ser verdadera le atribuye un esclavo negro, Antonio, que lo ayudó y a quien él no pudo darle una moneda de cobre una mañana que el otro precisaba para el mercado, y luego muere en un hospital sin una manta para cubrirse y lo entierran en la fosa común y sólo, creo, que quince años después se le levanta un monumento. Así, glorioso, pobre, ignorado, muerto.

Y ahora después de estas consideraciones, trataré de decir algo del poema y de lo que nos aparta, ahora, a nosotros. Ante todo, el poema es una epopeya y el poema empieza con un verso virgiliano: *As armas e os bardes assinalados* que es, evidentemente, *Arma virumque cano* y eso ya nos muestra la diferencia entra las dos edades, porque ahora con un miserable criterio que se llama filológico por científico, pensamos en la hechicería y en el plagio, pensamos que Camoens tradujo el verso del Latino, del Latino que como él pasó de lo pastoril a lo épico, pero ya decir eso es no comprender a Camoens. Camoens no quería traducir a Virgilio, Camoens no quería imitarlo, Camoens empieza así su poema deliberadamente para que recordemos a Virgilio, a Virgilio que fue una felicidad para él y para que el lector comparta esa felicidad. Es decir, él escribe *As armas e os bardes assinalados* precisamente para que el lector recuerde a Virgilio, para que el

poema que está leyendo se enriquezca con la sombra gloriosa de este latino.

Y luego vienen aquellos versos del desafío, aquellos justificados versos en que él dice de las glorias de Alejandro y de las glorias de César que han sido obscurecidas por la gloria portuguesa y habla de sus navegaciones: *Por mares nunca Jantes navegados*, y que luego han ido *más allá de Taprobana*, es decir, de Ceylán, él se propone cantar la primera expedición de aquel hombre de su linaje, Vasco da Gama, *Vasco da Gama, forte capitão*, y se propone una epopeya. Se ha dicho, se ha repetido, que la novela, que es el género de nuestro tiempo, y del siglo pasado también, procede de la epopeya, yo iría más lejos, yo diría con debida reverencia a los novelistas, que yo quiero especialmente -pienso en este momento en Eça de Queiroz; yo diría que la novela es éticamente una degeneración de la epopeya aunque sus personajes sean más complejos, y aunque nuestros hábitos literarios actuales acepten la novela y rechacen instintivamente la idea de un largo relato en verso. Hemos perdido esa costumbre y es una lástima. Mis razones son de orden ético, se trata de una hipótesis mía y como tal no tienen por qué tomarlo demasiado en serio. Pero es fácil comprobar que la epopeya en todas las latitudes, en todas las épocas se propone cantar a los hombres ejemplares, y esos hombres fueron al principio los reyes y los héroes, porque se creía que el destino era justo, si el hombre era un rey, si el hombre era un capitán, capitán me parece el título más poético para un soldado y así la usa Tasso cuando llama capitán, al *dugén* que conquistó Jerusalén. Es un hombre ejemplar. Puede no parecemos ejemplar ahora, yo por ejemplo no puedo simpatizar con Aquiles, que se hurta a la guerra de Troya porque le han negado su parte en el botín y que luego combate para vengar personalmente a un amigo y que vende el cadáver de Héctor a su padre, pero Aquiles era sin duda el

hombre mejor que podía soñar Homero, y Ulises todavía merece nuestra gratitud y nuestra simpatía, es decir, la epopeya no es un juego retórico, la epopeya corresponde a la idea de que el poeta debe cantar a los mejores.

Millón dijo que "el poeta debía ser él mismo un poema, que nadie podía atreverse a cantar varones justos y ciudades ilustres sin que su vida fuera un dechado también". Camoens tiene que haber sentido eso.

Actualmente la novela parece complacerse, parece revolcarse yo diría, en lo más bajo de los hombres. En el drama generalmente, éste también, se buscan las vilezas, las locuras, las degeneraciones, los pecados (¿por qué no usar esa palabra?), y en cambio el poeta épico quería cantar la grandeza de los hombres y de los pueblos y esto es moralmente superior sin duda, y no se si se ha insistido bastante sobre este tema.

He dicho que la memoria de Camoens estaba llena de mitología, sus días y sus noches estaban llenos de Homero y de Virgilio y esa mitología estaba entretejida en él, es un rasgo propio de un hombre del Renacimiento y esto explica lo que ahora nos parecen incongruencias y que ya fueron señaladas por el ilustre Voltaire, el hecho de que en esa epopeya cristiana intervengan con tanta frecuencia los dioses, el hecho de que Marte y Venus estén de parte del bando de los lusos y en cambio Baco y Neptuno sean los contrarios, no se trata simplemente que Camoens haya pensado que en la *Eneida* y en la *Odisea* y en la *Iliada* intervenían los dioses en los asuntos del hombre, sino que sentía a éstos dioses. Ahí además sabemos que la Iglesia no negaba la realidad histórica de los dioses, antes bien los vio como hombres divinizados alguna vez, pero eso fue después, como *demonios*, pero no negó su realidad, y para Camoens que vivía no menos en los episodios cotidianos de la vida que en su imaginación, los dioses eran reales, de suerte que Baco

puede disfrazarse en Mozambique, o puede tratar de engañar a los portugueses, y que Venus y Marte pueden ayudarlos, y esto no eran unas incongruencias para él que vivía en el mundo, digamos, de la mitología cristiana y de la mitología pagana, y es verdad que su vida fue una vida de sueños y de imaginaciones y que sin esos sueños y sin esas imaginaciones él no hubiera podido escribir *Los Lusíadas* a través de los largos años adversos y de las largas navegaciones.

He usado la palabra *larga navegación*, el epíteto ocurre en *Los Lusíadas* y ciertamente no se trata de una pobreza retórica, lo que el navegante siente ante lodo es eso, las navegaciones son *largas* y lo eran más en aquellas épocas de incertidumbre donde dependía de los caprichos del viento y de los azares de las tempestades. Tenemos así la historia de las hazañas de Vasco da Gama, que está visto no sólo como personaje real, sino ya, aunque históricamente no estaba muy lejos, como personaje mítico, todo esto era fácil para Camoens, todo esto acaso es difícil para nosotros. Luego hay otros elementos de carácter mítico, uno que ha quedado en mi memoria desde los ya lejanos años, cuento setenta y dos, en que leí *Los Lusíadas*, es el sueño del rey Manoel, que sueña con dos ancianos resplandecientes, húmedas de agua las barbas y esos ancianos le dicen que son los ríos sagrados de la India: el Indo y el Ganges, y le piden que envíen sus soldados y sus misioneros ahí. Ese es uno de los episodios y luego tenemos el quizá más extraño de todos, el último, aquél en que aparece Thetis.

Thetis lleva a Vasco da Gama y a algunos de los suyos a la cumbre de una montaña, de una montaña que está esmaltada de flores, después de atravesadas las asperezas, como el cielo está esmaltado de astros, y ahí les muestra el universo, les muestra un globo luminoso y ese globo viene a ser el arquetipo del universo ptolomeico, las diversas esferas concéntricas y transparentes que

corresponden a los diversos cielos. Vasco da Gama ve lo que nadie ha visto del universo, de suerte, y además se habla de Dios, se habla de Dios que no tiene fin, como la esfera. Y Pascal hablaría después de la esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, y la compara con la no menos misteriosa divinidad, esa divinidad que Parménides concibió como esfera; y esa visión del universo, del universo luminoso es la última, viene a ser como un galardón dado al héroe, y dado al héroe cristiano, por una divinidad pagana, por esta Thetis.

Y ahora yo querría agregar para concluir una... -lo que podríamos llamar, una sospecha mía, salvo que me parece segura-, es que cuando Camoens vuelve a su patria, (esto lo he dicho en un soneto, malamente, pero quiero repetirlo), él debió sentir que todo lo perdido y que lo que estaba a punto de perderse, que todo eso no se había perdido realmente, se había perdido en el tiempo pero persistía en la eternidad y persiste ahora también en esa extensión de Portugal que se llama Brasil y que no es menos heredera de Camoens que el propio Portugal. Aquí una pequeña broma personal: un español dijo una vez, "nosotros que somos los nietos de los conquistadores". Y yo le dije: no, Uds. son los sobrinos, los nietos somos nosotros, los nietos somos los descendientes de quienes se quedaron aquí, no de los que se quedaron en Castilla. Creo que esto puede aplicarse, pues bien, estoy seguro de que Camoens sintió que nada se había perdido, que las banderas, las guerras, los heroísmos, famosos o anónimos, el Imperio y esa grandeza que él entrevio y que ahora está cumpliéndose en otro continente y a la luz de ese continente también, y a Pedro Alvares Cabial, que lodo eso de algún modo estaba salvado para siempre, no en la mera geografía y en la mera historia que son supersticiones actuales, sino en algo más importante, en la eterna *Eneida* lusitana, en el poema de *Los Lusíadas*.

un día de  
jorge luis Borges

MIGUEL DE TORRE BORGES

Ese día, digamos un miércoles de la primavera de 1944, se "recordó" a las ocho. Había dormido pasablemente bien; varias veces las campanadas de la Torre de los Ingleses habían sonado sin que él las oyera. Los *encorvados tirantes de enorme fierro\** del insomnio estaban quedando atrás. La sirvienta abrió las persianas -que daban a un balcón sobre Maipúy dejó sobre la mesita de madera oscura, que tenía un cajón grande y tres laterales más chicos, una bandeja con un tazón de café con leche, nada más. Con los pies fuera de la cama de bronce, sentado, tomó despacio el "bebido" desayuno y recorrió con la mirada su cuarto, que en realidad no era un dormitorio, sino el comedor del *breve departamento*, separado del living por puertas corredizas, que siempre estuvieron cerradas. Vio el mobiliario: aparte de la mesa y la cama había dos bibliotecas "Thompson", una vieja silla de madera pintada, cuyo asiento estaba tapizado con una "Dame á la licorne" bordada por mi madre, dos acuarelas de Xul Solar y una despiadada litografía norteamericana que mostraba a un aterrorizado prisionero, de rodillas, las manos atadas a la espalda y una piedra al cuello, a punto de ser arrojado al río por unos hombres armados, que bien podría haber ilustrado algún cuento de *Historia universal de la infamia*. Fue al baño, mezcló el agua hasta que la encontró suficientemente caliente, esperó que se llenara la bañera y entonces se sumergió largo rato. Envuelto en una "robe" de toalla volvió al cuarto y se vistió con la ropa ya preparada por su madre desde la noche anterior. No poseía más de dos o tres andados trajes -escrutinio que ignoraba y que tampoco le hubiera interesado-, con bolsas en los pantalones a la altura de las rodillas (al sentarse nunca los acomodaba subiéndolos), y se vestía por esos años con toques muy personales: metía los faldones de la camisa abajo del calzoncillo, se abrochaba los tres botones del saco, con lo cual

parecía como fajado, y llevaba la lapicera fuente prendida del bolsillo superior externo. Levantó la tapa de vidrio del primer estante de la biblioteca colocada cerca de la cabecera de su cama, sacó el primer tomo de *The Works of the late Edgar A. Poe* (New York, 1850), lo abrió entre la tapa y la primera página, extrajo un papel de 10 pesos y lo metió, doblado, en una gran billetera de cuero negro, que guardó en el bolsillo interno del saco. Buscó *La Nación* -ya leída por su madre-, con la punta de los dedos la tomó, la colocó bajo el sobaco izquierdo y, tieso, bajó a la calle y cruzó a la Plaza San Martín, donde alzó el brazo dejando caer el diario sobre un banco. Ya libre de la carga caminó por Florida hasta la peluquería en la esquina de Viamontc; allí, mientras el barbero lo afeitaba, *el íntimo cuchillo en la garganta* y le hablaba de fútbol y de política (Hitler, Sarlanga, Perón), él armaba un poema: *Zumban las balas en la tarde última. / Hay viento y hay cenizas en el viento, / se dispersan el día y la batalla / deforme, y la victoria es de los otros....Por* Florida siguió hasta Cangallo, dobló y entró en Mitchell's. El solícito vendedor, que nunca conoció sus gustos, le ofreció obras de química y de golf, recién recibidas. Solo, recorrió los estantes y las mesas y compró *They Were Seven*, de Eden Phillpotts, con el propósito, si le gustaba, de hacerlo traducir y publicarlo en "El Séptimo Círculo", una colección de novelas policiacas que se estaba abriendo camino. Entonces sí, después de ver la hora en un reloj de esfera marrón -regalo de Navidad de Adolfo Bioy Casares, que yo conservo-, con el libro firmemente empuñado en la mano derecha, caminando ligero por Florida, volvió a su casa. Apenas llegado se sentó a su mesa. Por largo rato escribió laboriosamente en las hojas cuadrículadas de un cuaderno, consultando varias veces la "Enciclopedia Británica", *uno de mis paraísos perdidos*, hasta quedar satisfecho con la enumeración

caótica:... vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo, vi un poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplican sin fin, vi caballos de crin arremolinada, en una playa del Mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales... La madre lo llamó para almorzar. Comieron frugalmente una sopa de cabellos de ángel, bifes "bien hechos" con papas y de postre queso y dulce de membrillo, bebieron agua fresca de la canilla y una tacita de peperina al final. Se levantó de la mesa y apartó el libro para el largo viaje de casi una hora que lo esperaba -ya había leído así, en el trayecto de ida y de vuelta tres o cuatro ediciones anotadas de la *Divina Comedia*, *La decadencia y caída de! Imperio Romano*, el *Orlando furioso*, las obras de León Bloy y de Bernard Shaw...-; ahora estaba con el décimo y último tomo de la *Historia de la República Argentina* de López. Mi abuela le mojó el pañuelo y la cabeza con agua de Colonia que sacó de un antiguo frasco de cristal con tapa de plata labrada, le arregló el pelo con un cepillo y con un peine de metal y lo acompañó hasta el ascensor, donde se despidieron. Esperó en una esquina, no lejos de su casa, subió al tranvía 7, se sentó -resignado ya a combinar la música de las palabras con el traqueteo del cochey abrió el libro, aunque el oculista le había advertido el peligro que corrían sus ojos disminuidos si leía con poca luz y en un vehículo andando. De vez en cuando, mientras el "7" se internaba en el sudoeste, levantaba la vista y verificaba con invariable satisfacción -aunque ya llevaba seis años cumpliendo el mismo caminolas viejas casas, los pasajes, los

conventillos, *unos leones de manipostería en un portón de la calle Jujuy, a unas cuadras del Once*, los baldíos y hasta las modernas y curiosas fachadas Art déco. Al llegar a la página 386 de la *Historia*: "No contaba Molina con las fuerzas que el coronel don Isidoro Suárez mandaba en el norte. Ese brillante jefe de caballería había sustituido al coronel Pacheco en el mando de la frontera...", sintió que a él, leyendo la mención a su bisabuelo, también (como a Laprida) le *endiosa el pecho inexplicable un júbilo secreto* y enternecido, suspendió la lectura unos instantes. Pero estaba llegando al término, bajó del tranvía, caminó unas cuadras y entró en la Biblioteca Municipal Miguel Cañé, donde *desempeñaba, aunque indigno, el cargo de auxiliar tercero*. Se sentó y acometió lo que ya se la había vuelto una estupidizadora tarea: clasificar no más de cien obras por día, para no dejar al descubierto la cultivada haraganería de sus compañeros de trabajo. Después, con la intención de aislarse del opresivo y pesadillesco ambiente del empleo, y como el buen tiempo lo permitía -en otro caso se hubiera recluso en el sótano, donde, justamente, había escrito: *La Biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible* y donde, también, había traducido a Virginia Woolf y a Faulkner-, subió a la azotea a releer *El castillo*. Al atardecer bajó, se acercó a las estanterías y acarició amorosamente los lomos de los volúmenes, cuya ubicación conocía ya de memoria; tanto era así, que hubiera podido localizarlo aun con los ojos cerrados. Salió a la vereda y caminó hasta el almacén de la vuelta, en Muñiz y Estados Unidos. Se acomodó al estaño y pidió una ginebra, que apuró de un trago. Otras veces tomaba un guindado oriental, o una caña de naranja, o hasta un vermut con aceitunas, aunque lo que le servían nunca le importó demasiado. En él, *los años, el desgano y la soledad fomentaron ese criollismo algo voluntario, pero nunca os-*

*tentoso* de entrar en un boliche y tomar algo. Volvió a la biblioteca y al rato pasó a buscarlo una amiga suya, hecho que ocurría con frecuencia y que llamaba la atención de los otros empleados -eran casi medio centenar-, especialmente de las mujeres, porque quienes se llegaban a esos *arrabales del Sur* eran a veces señoras elegantemente vestidas, muy perfumadas, y que además aparecían retratadas en *El Hogar*. Aparte de esta contradicción entre las paquetas damas y el humilde empleado municipal, otro sucedido había llamado la atención de sus compañeros: cierto día uno de ellos encontró, en la página 411 del tomo II del Apéndice de 1931 del "Espasa", un artículo con una fotografía-ésta mostraba a toda una personalidad, con bigotes y moñito sobre un tal Jorge Luis Borges, y comentó con él la coincidencia de que existieran dos individuos con el mismo nombre... Mi tío aclaró que el del artículo y él eran una misma persona, pero nadie le creyó. Tomaron el tranvía y volvieron al centro, fueron a un cine de la calle Lavalle y después, en subterráneo, al restaurante de la estación Retiro, donde comieron jamón con melón, ravioles y arroz con leche, rociados con vino tinto, mientras charlaban y reían muy animadamente. Acompañó a su amiga hasta la casa y volvió, antes de medianoche, a la suya. Como siempre, su madre estaba esperándolo, ya acostada y leyendo Dickens. El se sentó a su lado, en el sillón "seesaw", y habló:... *Espero que la gripe te haya olvidado. Madre: vi un film mediocre, pero que me conmovió y que me gustaría rever con vos: "Marie Louise", tomado en los cantones centrales de Suiza, con cielos, nubes y montañas enternecedoras. .Hablando de montañas ¿cómo anda "The Tree of Life" de Machen? Mandie ya está ilustrándolo. Mañana iré a lo de Ortiz Basualdo; se discutirá el destino de la revista, no demasiado claro, por cierto. Adolfo y Silvina volvieron de la estancia; casi todas las noches trabajaremos en el fdm. Es-*

*tamos ya en lo bravo, en los diálogos y en las indicaciones de las imágenes. Adelantamos con lentitud, pero vamos conociendo mejor a los personajes. Ya establecido el argumento, lo demás es mecánico. Lo importante es el hallazgo de continuas y pequeñas sorpresas y simetrías. Hablando de films, vi noches pasadas uno mediocre, pero eficaz, de sentimentalismo escocés -"Los verdes años" en el que trabaja un chico bastante parecido a (aquí me nombró) Miguelete. Concluyo en estos días la redacción de un largo (para mí) relato fantástico. Cada día escribo mi página y pico... La madre y el hijo se despidieron hasta el otro día. Entró en su cuarto, se desnudó y se "encajó" el largo camisón blanco, igual al que llevaba cuando era chico, igual al que seguiría usando toda su vida. Se metió en la cama y, tendido, leyó un buen rato, alumbrado por la escasa luz indirecta que llegaba desde el techo. Cerró el libro, se levantó y comprobó en las bibliotecas que los títulos en los lomos de los volúmenes estuvieran hacia arriba -en los ingleses al revés-, para no encontrar, a la mañana siguiente, caídas las letras de las páginas, como en los libros que duermen cabeza abajo. Apagó la luz, se acostó de espaldas con los brazos pegados al cuerpo, y murmuró, saboreando cada palabra: "Our Father, who art in heaven, Hallowed be thy Name. Thy kingdom come. Thy will be done, in earth as it is in heaven..."*

Buenos Aires, 1991

NOTA.

(I) Lo subrayado son citas de J.L.B. extraídas de sus libros, artículos y **correspondencia**.

# poemas de la nostalgia portuguesa

# los Borges

Nada o muy poco sé de mis mayores  
Portugueses, los Borges: vaga gente Que  
prosigue en mi carne, oscuramente, Sus  
hábitos, rigores y temores. Tenués como si  
nunca hubieran sido  
Y ajenos a los trámites del arte,  
Indescifrablemente forman parte Del tiempo,  
de la tierra y del olvido. Mejor así. Cumplida  
la faena,  
Son Portugal, son la famosa gente Que forzó  
las murallas del Oriente  
Y se dio al mar y al otro mar de arena. Son el  
rey que en el místico desierto  
Se perdió y el que jura que no ha muerto.

## a luis de camoens

Sin lástima y sin ira el tiempo mella Las  
heroicas espadas. Pobre y triste A tu  
patria nostálgica volviste, Oh capitán,  
para morir en ella  
Y con ella. En el mágico desierto La ílor  
de Portugal se había perdido  
Y el áspero español, antes vencido,  
Amenazaba su costado abierto. Quiero  
saber si aquende la ribera Ultima  
comprendiste humildemente Que todo lo  
perdido, el Occidente  
Y el Oriente, el acero y la bandera,  
Perduraría (ajeno a toda humana  
Mutación) en tu Eneida lusitana.

## elegía

Oh destino el de Borges,  
haber navegado por los diversos mares del mundo o por el  
único y solitario mar de nombres diversos, haber sido una  
parte de Edimburgo, de Zürich, de las dos  
[Córdobas,  
de Colombia y de Texas,  
haber regresado, al cabo de cambiantes generaciones, a las  
antiguas tierras de su estirpe, a Andalucía, a Portugal y a aquellos  
condados donde el sajón guerreó con el danés y mezclaron sus  
[sangres,  
haber errado por el rojo y tranquilo laberinto de Londres, haber  
envejecido en tantos espejos,  
haber buscado en vano la mirada de mármol de las estatuas,  
haber examinado litografías, enciclopedias, atlas,  
haber visto visto las cosas que ven los hombres, la muerte,  
el torpe amanecer, la llanura  
y las delicadas estrellas, y no haber visto nada o casi nada sino el  
rostro de una muchacha de Buenos Aires, un rostro que no quiere  
que lo recuerde. Oh destino de Borges, tal vez no más extraño que  
el tuyo.

Bogotá, 1963

## el mar

El mar. El joven mar. El mar de Ulises  
Y el de aquel otro Ulises que la gente Del  
Islam apodó famosamente Es-Sindibad del  
Mar. El mar de grises Olas de Erico el Rojo,  
alto en su proa,  
Y el de aquel caballero que escribía A la vez  
la epopeya y la elegía  
De su patria, en la ciénaga de Goa. El mar  
de Trafalgar. El que Inglaterra Cantó a lo  
largo de su larga historia, El arduo mar  
que ensangrentó de gloria En el diario  
ejercicio de la guerra. El incesante mar  
que en la serena Mañana surca la infinita  
arena.

### NOTAS:

Los sonetos "Los Borges" y "A Luis de Camoens" figuran en el libro *:/ Hacedor*, 1960 El poema "Elegía", escrito en la ciudad de Bogotá, capital de la República de Colombia, en 1963. pertenece al libro *-:/ Olio. !:/ Mismo*. 1964. El poema "El Mar" integra el libro *:/ Oro t le los Tigrex*. 1972.

## Í N D I C E

INTRODUCCIÓN	9
Borges y Camoens José Augusto Seabra	
PRÓLOGO	15
Joaquim de Montezuma de Carvalho	
DESTINO Y OBRA DE CAMOENS	25
Jorge Luis Borges	
UN DÍA DE JORGE LUIS BORGES	43
Miguel de Torre Borges	
POEMAS DE LA NOSTALGIA PORTUGUESA	53
Jorge Luis Borges	

destino y obra de camoens



VIAJES DE  
**BENJAMIN III°**  
DE MENDEL MOJER SFORIM

EL  
**Quijote  
Judío**

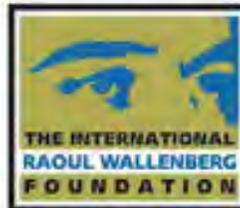
TRADUCCION DE SALOMON RESNICK



Edición digital exclusiva de



**Casa Argentina**  
en Israel Tierra Santa



**THE INTERNATIONAL  
RAOUL WALLENBERG  
FOUNDATION**

## **OBRAS DE S. RESNICK**

### **ORIGINALES:**

DOS FORMAS DE NACIONALISMO ESPIRITUAL JUDIO: AJAD

HAAM Y DUBNOW. Buenos Aires, 1931.

LA LITERATURA JUDIA DE LA POST-GUERRA. Buenos Aires, 1931.

ESQUEMA DE LA LITERATURA JUDIA, Buenos Aires, 1933.

### **TRADUCCIONES:**

LOS CABALISTAS, por Isaac León Peretz. Con prólogos de Alberto Gerchunoff y del traductor. Buenos Aires, 1919. (Agotado).

CUENTOS JUDIOS. Antología de los mejores escritores israelitas.

Con prólogo del traductor. Buenos Aires, 1920. (Agotado).

ADAN Y EVA, por Isaac León Peretz. Buenos Aires. 1922. (Agotado).

ARTISTAS Y REBELDES. ESCRITOS LITERARIOS Y SOCIALES, por Rodolfo Rocker. Buenos Aires, 1922.

HISTORIA CONTEMPORANEA DE PUEBLO JUDIO, por Simón Dubnow. Primera parte (1789-1815). Buenos Aires, 1925.

LOS IDEALES Y LA REALIDAD EN LA LITERATURA RUSA, por Pedro Kropotkin. Buenos Aires, 1926.

UNA HIJA DE ISRAEL \ otros relatos judíos, por Schalom Asch.

Con prólogo del traductor. Buenos Aires, 1928.

ENSAYOS SOBRE LA NACIONALIDAD JUDIA, por Jaime Zhit-lowsky.

Con prólogo del traductor. Buenos Aires, 1931.

MANUAL DE LA HISTORIA JUDIA, por Simón Dubnow:

Tomo I. — Epoca bíblica. Buenos Aires, 1937.

Tomo II. — Desde la hegemonía de Grecia hasta la Edad Media. Buenos Aires, 1934.

Tomo III. — Desde la Edad Media hasta nuestros días. Buenos Aires, 1932.

UNA EXCURSION A BIRO-BIDYAN, por O. Perelman. Buenos Aires, 1936.

EL TALMUD, por Iser Guinzburg, Buenos Aires, 1937.

GENTILES Y JUDIOS, por Ahraham Coralnik. Buenos Aires, 1938.

VIAJES DE BENJAMIN III, por Méndele Mojer Sforim. Buenos Aires, 1939.

### **EN PREPARACION:**

PAGINAS DE HISTORIA JUDIA, por el Instituto Científico Judío.

RELATOS DE KASRILEVKE, por Scholem Alejem.

MÉNDELE MOJER SFORIM

**VIAJES DE BENJAMIN III**  
**(EL QUIJOTE JUDIO)**

Traducción del idish de  
SALOMON RESNICK

-----

Ediciones del Ateneo de Buenos Aires

1939

## ***Mendele Mojer Sforim***

*DESDE las últimas décadas del siglo pasado, Mónde le Mojer Sforim, el pseudónimo que eclipsó el nombre real de Scholem Jacobo Abramovich, sirvió como abanderado de la novísima literatura judía. Su fama era ya considerable cuando los grandes escritores contemporáneos suyos, como Scholem Aleijem y Peretz, apenas empezaban a perfilarse. La obra de Mónde le, que alimentó a dos generaciones de lectores, sirvió asimismo de norte a una pléyade de autores jóvenes que aparecieron detrás de él. Fue, desde muy temprano, desde la época en que ya literatura idisch se hallaba aún en vías de formación, un maestro respetado, un innovador, un clásico.*

*Hasta Abramovich predominaba en la literatura idisch un afán didáctico, moralizador. En sus orígenes, esa literatura había sido propuesto difundir entre la gente rústica, sobre todo entre las mujeres, que no leían el hebreo, el conocimiento de la moral y de la historia judías. Por eso los libros que datan de aquella época —traducciones y adaptaciones de la Biblia, obras de moral y novelas ejemplarizadoras— son de un carácter eminentemente instructivo.*

*De naturaleza similar, si bien imbuida de un rasgo combativo, fue la literatura de los siglos siguientes, hasta la aparición de Mónde le, expresión del movimiento iluminista (Hascala).*

*Abramovich clausuró aquel ciclo didáctico y combativo e inauguró una era estética en las letras judías. Con él entraron éstas en un periodo de belleza. Por eso, porque encabeza el renacimiento de esa literatura, se le considera como padre o "abuelo" de la misma. Y no sólo la literatura idisch, sino también la hebrea tuvo en él a un renovador insigne. Porque lo mismo que todos sus coetáneos, había empezado por cultivar el hebreo. Pero la evidencia de que sólo en el idioma popular podría desarrollarse una literatura floreciente que contase con un vasto público de lectores, lo indujo a escribir en idisch. Sus primeras obras, de carácter satírico, tuvieron una difusión extraordinaria, por la gracia chispeante, la crítica de costumbres, el lenguaje fluido y pintoresco, la inmensa piedad por los humildes y el tono tierno y simuladamente indiferente, que son las características de este autor. Mónde le ha sido el más grande estilista que han producido las letras judías en el siglo pasado. Conocedor profundísimo del idioma, lo empleaba como instrumento artístico, con cariño, con amor entrañable y no cesaba jamás de pulirlo y de perfeccionarlo con nuevos matices y giros originales.*

*En sus primeros escritos notase la influencia de su época: la tendencia a la crítica y a la educación del pueblo, pero en sus obras posteriores se ha elevado a la altura del arte puro, si bien mezclando a él su sátira mordaz. Mónde le es un pintor de multitudes y de ambientes y un excelente paisajista, uno de los pocos que hay*

*entre los escritores judíos. Sus novelas, deliciosamente incoherentes, llenas de mordacidad, reflejan soberbiamente el espíritu inquieto y burlón de las juderías abigarradas, compuestas por menesterosos y gente de abolengo que vegetan en espantosa miseria. Ellas no se ajustan a una trama preconcebida ni a un plan estético premeditado. Son descripciones cautivantes del ambiente, de las costumbres y preocupaciones de los pequeños pueblecillos judíos, páginas que encierran una honda psicología de la multitud y admirables tipos sueltos.*

*La pintura de esta vida miserable, sórdida y estancada, contrasta notablemente con la descripción de las bellezas naturales que Méndele se complace en intercalar en sus producciones, como un oasis, como un alivio en medio de la general tristeza y hasta en esto permanece original, pues las imágenes de que se vale para reflejar la naturaleza son de una visión típica, judía. El artista se compenetra del ambiente del paisaje, de lo que ocurre en torno suyo, todo lo cual aparece ante él como algo íntimo, como algo que forma parte integrante de la vida que describe.*

*Últimamente la gloria de Abramovich parecía haber declinado. Sus obras, el ambiente y los tipos que ha descrito, lo mismo que su estilo, resultaban un tanto extraños para la gente joven. El viejo mundo judío que Méndele reflejó en forma tan admirable en sus escritos, fue desapareciendo en los últimos años, hasta extinguirse casi por entero después del cambio que sobrevino en Rusia. De ahí que muchos consideraran a Abramovich como un clásico olvidado, inapropiado para nuestros días. Pero justamente el país donde se había producido un cambio tan fundamental fue el que se encargó de rehabilitar al viejo escritor judío. En la U. R. S. S. la crítica literaria marxista, tras algunas vacilaciones, exhumó la obra de Méndele, buscó en ella el fondo social y le ha dedicado trabajos enjundiosos de exégesis y de divulgación. Con motivo del centenario del nacimiento de Abramovich, vió la luz en la U. R. S. S., en idisch, una edición académica de las obras del "abuelo" de la literatura judía. Tal es, por lo demás, el destino de todos los grandes escritores; a veces, por contingencias de la vida, caen en el olvido, pero luego resucitan con nueva frescura. Abramovich vuelve a ser un autor vivo, sus novelas son leídas y estudiadas, porque se descubre en ellas un cuadro fiel de la vida judía del siglo pasado, un cuadro pintado por un artista de primera magnitud. Sirva la versión castellana de una de sus novelas, tan extraña por su factura, por su ambiente, por sus modalidades, para conocer, siquiera indirectamente, la obra de este ilustre representante de las letras judías.*

S. R.

## BIOGRAFÍA DE MENDELE MOJER SFORIM

SCHOLEM Jacobo Abramovich, más conocido por su pseudónimo Méndele Mojer Sforim, es el creador de la nueva literatura judía. No se conoce la fecha exacta de su nacimiento, pero se admite que vió la luz el 2 de enero de 1836, en el pueblecillo de Kapulie, gobernación de Minsk, Rusia. Su padre, muy versado en las letras hebraicas, le dió la instrucción judía tradicional, sin descuidar, empero, la Biblia y la gramática hebrea, consideradas entonces como estudios de índole liberal. A los catorce años Abramovich poseía sólidos conocimientos del Talmud y de la literatura rabínica; pero lo que cautivó principalmente su imaginación fué la Biblia, que ya conocía de memoria a la edad de nueve años. Antes de cumplir catorce, perdió a su padre y sus parientes le enviaron a estudiar en otras ciudades, entre ellas a Wilno, en cuyas academias perfeccionóse algún tiempo. Entretanto, su madre había contraído segundas nupcias con un molinero radicado en una aldea pintoresca, y Abramovich se fué a vivir en su casa, actuando como maestro de sus hermanastros. "En ese lugar solitario y perdido, escribió más tarde en su autobiografía hebrea — se me apareció mi musa. . . Me atraía con sus hechizos para que la siguiera al bosque, bajo los verdes árboles, donde todo es sosiego y tranquilidad. Hizo conmigo un pacto por medio de los árboles, de las aves del cielo y los reptiles del suelo, enseñándome su lenguaje". . . A esta época corresponden sus primeras tentativas literarias: himnos fervorosos a la naturaleza, escritos en un hebreo retórico. En esos ensayos infantiles, carentes de valor literario, se revelaban ya, sin embargo, los dos rasgos fundamentales de su talento: el amor a la naturaleza y la tendencia hacia la sátira.

Abramovich, empero, no pudo soportar por mucho tiempo la triste y pesada atmósfera que reinaba en el hogar de su padrastro, y regresó a Kapulie, en cuya sinagoga tornó a estudiar. Por aquel entonces había llegado a esa población, tras largas peregrinaciones, cierto mendigo errante, Abramcito el rengo (prototipo, más tarde, de su novela "Fischke el rengo"), el cual excitó la imaginación del joven Abramovich, narrándole las bondades de Wolhinia, la dichosa región de la Rusia meridional, y lo indujo a que lo acompañara en sus correrías. En esta forma atravesaron ciudades y aldeas.

Vagando de pueblo en pueblo, viviendo de limosnas, en contacto continuo con los bajos fondos, pudo Abramovich estudiar este ambiente singular que más tarde describió magníficamente en su ya recordada novela "Fischke el rengo". El aventurero explotaba al pobre muchacho y hasta pretendió, en beneficio propio, hacerlo tomar estado, sin lograr su objeto. Una feliz casualidad, el encuentro con un compañero de infancia, lo salvó a Abramovich de manos de su explotador y pudo llegar a Kamenitz, donde el poeta hebreo Abraham Gotlober contribuyó grandemente a su formación intelectual; las hijas de Gotlober le enseñaron el ruso, el alemán y matemáticas. Abramovich rindió examen de maestro y en 1856 le confiaron un puesto en la escuela judía fiscal de aquella ciudad.

Un año más tarde, Gotlober, sin ponerle en antecedentes, dió a la publicidad su primer trabajo literario, un estudio sobre la enseñanza en general y sobre la necesidad de enseñar a los judíos el idioma ruso y los conocimientos positivos. En 1858 pasó Abramovich a Berdichew, donde se consagró seriamente a las letras. En 1860 publicó una colección de artículos en hebreo que, por ser la primera tentativa crítica en esa lengua,

llamó la atención de los círculos iluministas sobre el joven autor. Otra colección de sus trabajos críticos vió la luz en 1866. Hallándose bajo la influencia positivista que predominaba en aquella época en la literatura rusa, Abramovich adaptó al hebreo la "Historia Natural" de Lenz. Al mismo período pertenecen también algunos de sus trabajos literarios en hebreo, si bien poco notables, entre ellos la novela "Padres e hijos", que trata de los conflictos entre la vieja generación fanática y la juventud librepensadora. En esta novela, escrita en un lenguaje retórico, no se descubre aún la originalidad del autor. Su verdadera personalidad adquirió relieve cuando, abandonando el hebreo, empezó a escribir en el idioma popular, el idisch. Ponerse a escribir en idisch, en aquel entonces, sobre todo para un escritor de la fama de Abramovich, requería audacia y valor moral. "He ahí —cuenta Abramovich— que yo observo la vida de nuestro pueblo y trato luego de referirla en la lengua sagrada (el hebreo). Pero la mayoría del pueblo no entiende esta lengua y habla el idisch. ¿De qué le sirve entonces al escritor su esfuerzo y su buena voluntad si no trae ningún provecho a su pueblo? Esta pregunta —"¿Para quién trabajo?" — me ha dejado intranquilo y perplejo... Nuestros escritores, los cultores del idioma, contemplaban al idisch desde un plano superior, con el mayor desprecio. La idea de que escribiendo en idisch tendría que rebajarme, me atormentaba constantemente; pero el deseo de ser útil venció la falsa vergüenza, y me dije: "Sea lo que fuere, asumiré la defensa del idisch denigrado / seré útil a mi pueblo".

De esta manera comenzó el segundo período de su actividad literaria, en el que empezó a escribir en idisch bajo el pseudónimo tan famoso como querido de Méndele Mojer Sforim. La primera obra publicada bajo ese

pseudónimo fué "El hombrecillo", que alcanzó gran éxito. En 1868 apareció "Fischke el rengo", descripción de la vida de los mendigos judíos y "Di Taxe", drama satírico contra los dirigentes y explotadores de las comunidades israelitas. La acre censura contra los caudillos obligó a Abramovich a abandonar la ciudad de Berdichev y a trasladarse a Zhitomir, donde rindió examen de rabino, pero debido a que su sermón de prueba fué demasiado radical, no le otorgaron el diploma respectivo. Aquel mismo año publicó "Di Kliatsche", alegoría de la vida judía que acrecentó notablemente su renombre. El libro tuvo una popularidad inmensa, a pesar de que su mérito artístico reside tan sólo en las magníficas descripciones de la naturaleza. De carácter alegórico es también el extenso poema "Idl", en el que pinta, en estrofas anticuadas, las vicisitudes del pueblo judío desde la creación del mundo hasta la época de Mendelssohn. Al mismo período corresponden también otros escritos novelescos de menor cuantía.

En 1878 dió a conocer "Viajes de Benjamín III", donde su humorismo alcanza su apogeo. El conocido escritor polaco Clemente Junosza aprendió ex profeso el idisch para poder traducir al polaco esta obra maestra de Abramovich, a la que dió el título de "El Don Quijote judío". Más tarde vertió también "Di Kliatsche", traduciéndose asimismo al ruso otras novelas de Abramovich. Después de ese libro, Méndele dejó de producir hasta el año 1884, fecha en que publicó el drama "La conscripción". En Odesa, donde residía desde 1881, ejerciendo las funciones de director de la Talmud Tora, comenzó para él un nuevo período de labor literaria. Había abandonado casi por entero su papel de publicista, para llegar a ser lo que debía ser: un gran artista. Por aquel entonces volvió a escribir también en hebreo, introduciendo serias reformas en este idioma. El sencillo y flexible estilo

realista que empleaba ejerció una poderosa influencia sobre el desarrollo de la nueva literatura hebraica. Al propio tiempo no dejaba de escribir en idisch, componiendo la primera parte de su obra maestra "Dos Wunschfinguerl" ("El anillo de los deseos"), novela que ofrece un magnífico cuadro de la vida judía en la primera parte del siglo XIX. Escribió asimismo una serie de novelas cortas, y más tarde, septuagenario casi, publicó "Salomón, hijo de Rab Jaime", obra admirable, de carácter autobiográfico. Además de ser esta novela un tesoro de tipos judíos maravillosamente pintados, ella se distingue porque resume los rasgos principales del talento de Abramovich: la sátira mordaz contra la tremenda vacuidad de una multitud de desdichados, la conmiseración profunda por el triste destino de su pueblo, un tono lírico que conmueve y enternece. Es el libro de los libros de Abramovich. Compuso luego varias obras más, y en 1905, apesadumbrado por los pogroms, partió para Ginebra, donde quedó dos años preparando la edición completa de sus obras, en idisch y en hebreo, con motivo del septuagésimo aniversario de su natalicio.

En 1909 realizó Abramovich una jira por varias grandes ciudades judías de Rusia, la que resultó un verdadero viaje triunfal. Millares de personas lo recibieron entusiastamente. En diciembre del año siguiente fué celebrado el 75<sup>o</sup> aniversario de su nacimiento, acto que fué considerado como fiesta nacional de la que participaron todas las clases sociales. Miles de telegramas llegados de todos los rincones del mundo saludaron al más grande escritor judío, al "abuelo de la literatura idisch". Con ese motivo se hizo una edición de sus obras completas, en 17 tomos.

Pero, aun después de esta pública consagración, el anciano escritor no abandonó su pluma. Publicó todavía varios capítulos de su inconclusa

autobiografía "Salomón, hijo de Rab Jaime"; trabajó, en colaboración de sus íntimos amigos Bialik y Rabnitzky, en la versión de la Biblia al idisch y llegó a dar a conocer algunos fragmentos de sus "Memorias". Falleció Abramovich a la edad de 81 años, el 14 de diciembre de 1917, en Odesa, Rusia.

## PREFACIO DEL AUTOR

DICE Méndele Mojer Sforim: Loado sea el Sumo Hacedor, que determina el giro de los astros en el firmamento y la marcha de sus criaturas sobre la faz de la tierra. Ni una sola hierbecilla sale a flor del suelo sin que un ángel, previamente, la golpee y le diga: "¡Crece! ¡Germina!". Cuanto más un hombre, a quien sin duda le palmoteo un ángel, ordenándole: "Vamos, sal a flote". Y con más razón tratándose de esos hombrecillos distinguidos, los judihuelos pagados de sí. Ningún necio deja escapar una palabra, entre nosotros, ningún mentecato se convierte en prudente, ningún rústico, en virtuoso, ningún ignorante en docto, si antes no le incita para ello algún ángel. Tocan también los ángeles a toda la ralea de nuestros desheredados, diciéndoles: "¡Creced, pobretes, nacidos en la miseria o venidos a menos, indigentes francos o velados, brotad, surgid como la hierba, como las ortigas. Andad, hijos de Israel, como pordioseros, por las casas. . . "

Mas, no es mi intención hablar de esto ahora. Lo que me propongo es relataros, señores, la manera cómo uno de nuestros hermanos se ha ido lejos, muy lejos, a las regiones distantes, cubriéndose de gloria.

El año pasado todos los diarios ingleses y alemanes estaban llenos con la admirable travesía que Benjamín, un judío de Polonia, llevó a cabo por los países de Oriente. "¡Cómo, cómo! —decían sorprendidos— ¡Que un judío, un judío polaco, desprovisto de armas, sin máquinas, llevando solamente una bolsa en el hombro y un lío con el taled y las filacterias bajo el brazo, llegue a zonas tan retiradas que no alcanzaron ni los viajeros ingleses más renombrados! No cabe sino admitir que esto lo consiguió

gracias a alguna fuerza sobrehumana, una fuerza que la razón del hombre no puede concebir, o sea, una razón que está fuera de toda fuerza, así como esta fuerza está fuera de toda razón. Pero de cualquier manera, sea como fuere, el mundo le debe a Benjamín esas grandes hazañas en virtud de las cuales, a partir de hoy, el mapa del mundo tendrá otro aspecto. Benjamín merece con justicia la medalla que la Sociedad Geográfica de Londres le ha conferido". . .

Los diarios judíos acogieron estas palabras con algazara y estuvieron ocupándose del asunto el verano último, conforme lo sabe todo aquel que lee aquellos periódicos. Pasaron revista a los sabios eminentes que han producido los hebreos desde Adán hasta el presente, a fin de demostrar cuán inteligente es el pueblo judío. Asimismo, confeccionaron una nómina de los viajeros de todos los tiempos, desde Benjamín I, que vivió hace unos setecientos años, hasta Benjamín 11 y toda esa grey de viajeros que andan ambulando entre nosotros. Y para realzar la hazaña de nuestro Benjamín, pulverizaron a sus predecesores, como es uso y costumbre entre los nuestros, aseverando que toda la caterva de viajeros actuales no son más que unos simples andariegos, hombres faltos de sentido, cuyas travesías, valga la palabra, consisten únicamente en ir arrastrándose por las casas como unos mendigos. Todos ellos parecen unos monos en comparación con nuestro Benjamín III, viajero auténtico. De éste y de los libros que hablan de sus viajes, afirmaron que no ha habido entre los judíos plantas tan olorosas como ellos. "Bendito y envuelto en diamantes sea —dijeron unánimemente— aquel que recoja el tesoro precioso que es el viaje de Benjamín, relatado en todos los idiomas, y lo traslade a la lengua hebrea,

para que los pobrecitos judíos puedan también disfrutar de la miel que fluye del panal hebraico y sientan cómo se les ilumina la vista".

Y yo, Méndele, que abrigo siempre la intención de traer alguna utilidad para nuestros judíos, conforme a mis posibilidades, no pude contenerme y me dije: Antes de que los autores hebreos, cuyos dedos son más abultados que mis muslos, salgan de su sueño y editen en la lengua santa los viajes de Benjamín, yo me empeñaré, mientras tanto, en publicar siquiera un resumen de ellos en el idioma corriente, en idisch. Ceñí pues mis lomos, como un héroe, y, aunque viejo y enfermo como estoy, me esforcé sin embargo en entresacar del vasto tesoro aquellos asuntos que pueden servir a los hijos de Israel, refiriéndolos libremente, según mi hábito. Yo sentía como si me golpearan desde arriba diciéndome:

"Méndele, despierta, Méndele, y sal de tu cuchitril. Ve, extrae montones de plantas aromáticas del tesoro de Benjamín y adereza con ellas unos manjares para tus hermanos, conforme a su paladar. Y yo, Dios mediante, salí de mi retraimiento y preparé los manjares sabrosos que os presento hoy aquí. Probadlos, señores, y que os hagan provecho.

## CAPITULO PRIMERO

**Que trata de Benjamín, de su lugar de origen y de cómo se le ocurrió repentinamente emprender este viaje**

TODOS los días de mi vida —escribe el propio Benjamín III— es decir, hasta el momento de emprender mi largo viaje, residí en Tuneiádevke; allí nací, allí me crié y allí me casé en buena hora con mi mujer, la virtuosa Zelde, prolongados sean sus días.

Tuneiádevke, pueblecillo minúsculo, es un rincón perdido, a un costado del camino real, cortado casi del mundo, de manera que si alguna vez llega a venir allá una persona, óbrense las ventanas y las puertas y la gente se pone a contemplar con asombro al recién venido. Los vecinos, a través de las ventanas abiertas, se preguntan unos a otros: "¿Eh, quién será éste? ¿De dónde ha salido de golpe? ¿Qué tendrá que hacer aquí? ¿No traerá algún designio oculto? Sin duda no viene así no- más, porque así nomás no se viene. De fijo hay algo de por medio, que es preciso averiguar"... Y a todo esto cada cual pretende lucir su sagacidad, su experiencia, y caen las hipótesis como los desperdicios. Los ancianos refieren historias y traen ejemplos de huéspedes llegados en tal o cual año. Los chuscos lanzan sus gracias, no del todo decentes. Los hombres se toman de las barbas y sonríen; las mujeres de edad reprenden en broma a los graciosos, un poco irritadas y riéndose al mismo tiempo; las señoras jóvenes levantan oblicuamente la vista caída, se tapan la boca con la mano y ahogan la risa en el puño. La conversación sobre este punto va circulando de casa en casa, como una pelota de nieve, y a medida que gira se va agrandando más y

más, hasta penetrar en la sinagoga, cabe la estufa, el lugar donde se concentran todas las habladurías relativas a todos los asuntos, así sean secretos del hogar como hipótesis políticas sobre Estambul, Turquía o Alemania; así sean cuestiones de dinero, como la fortuna de Rothschild, comparada con la de los nobles lugareños y demás hombres acaudalados; ya sean rumores sobre nuevas restricciones contra los judíos o relatos acerca de los Judihuelos Rojos y otras cosas por el estilo; todas estas versiones son clasificadas continuamente por un Comité de judíos de nota, quienes, sentados allí todo el día, hasta altas horas de la noche, con abandono de sus mujeres y de sus hijos, se dedican a esos negocios con gran celo, hacen su trabajo a la perfección, desinteresadamente, sin percibir por su esfuerzo, por su dura labor, la más mínima remuneración. De este Comité pasan a veces los asuntos a la casa de baños, a la primera fila, donde una asamblea de vecinos espectables los confirma, y entonces todo debe cumplirse según lo disponen ellos, y aunque vinieran todos los reyes de Oriente y de Occidente y se pusieran cabeza abajo, no lograrían alterar sus decisiones. Un día, el Turco estuvo a punto de perecer en uno de esos conciliábulos celebrados en el banco superior del baño, y quién sabe dónde estaría en estos momentos si unos vecinos linajudos no hubiesen intercedido en favor suyo. Rothschild, ¡pobrecito!, casi pierde allí de diez a veinte millones; por eso, en cambio, dos semanas después, tuvo más suerte: la gente estaba alegre, de buen humor, reinaba un calorcito agradable en el banco de arriba, las escobillas subían y bajaban, y le adjudicaron de repente una ganancia de 150 millones de rublos!

Los habitantes mismos de Tuneiádevke son, casi todos ellos, pobres, indigentes, pero, la verdad sea dicha, son unos pobres alegres, animosos,

lentos de un optimismo sin límites. Si se preguntara bruscamente, verbigracia, a un judío de Tuneiádevke de dónde y cómo se gana el sustento, se quedaría en un principio confundido, no sabría, ¡pobrecito!, lo que contestar, pero luego, vuelto en sí, replicaría con ingenuidad:

— ¿Yo de qué vivo, yo? ¡Bah! Existe, se lo aseguro, allí arriba, un Dios que no abandona a ninguna de sus criaturas. El es el que proporciona el sustento, y lo seguirá proporcionando, a fe mía.

— Sin embargo, ¿cuál es su ocupación? ¿Tiene usted algún oficio o un medio de vida fijo?

— ¡Alabado sea Dios! Yo, tal como usted me ve, poseo un regalo del Todopoderoso, loado sea Su nombre, un instrumento vocal, una voz para rezar en público, en nuestros contornos, durante las festividades de Año Nuevo. Soy también circuncidador y amasador de panes ácidos como no lo hay otro igual en el mundo entero; a veces concierdo un partido matrimonial, y poseo también, tal como usted me ve, un sitio propio en la sinagoga. Tengo además, y quede esto entre nosotros, una tabernilla, que se ordeña de a poco, y soy dueño de una cabra que, gracias a Dios, se ordeña bastante bien. No lejos de aquí vive un pariente mío, hombre de fortuna, el cual, en momentos de apuro, se deja también ordeñar algo. Y fuera de todas estas cosas, le aseguro que Dios es nuestro padre y los hijos de Israel son bien misericordiosos, gracias al Todopoderoso. . .

Justo es reconocer, en elogio de los habitantes de Tuneiádevke, que ellos se sienten satisfechos con su destino y no son, en manera alguna, demasiado exigentes ni en el vestuario ni en la alimentación. Si el levitón sabático, por ejemplo, está raído, desgarrado, algo ajado y no muy limpio, eso no importa, con tal de que sea de raso y brille. Y si en uno que otro sitio

el cuerpo se trasluce, como a través de una zaranda, eso no le hace.

¿Quién se preocupa de ello, quién se parará para observarlo? ¿Acaso no ocurre lo mismo con los talones? ¿No son los talones una parte del cuerpo humano? . . . Un pedazo de pan y una sopa de sémola, con tal de tenerlos, son un almuerzo excelente. Nada digamos ya de un pan entrelazado y de un estofado, los viernes; quien tiene eso, tiene un manjar de príncipes, no hay nada mejor en el mundo. Si se les hablara, verbigracia, de otros platos que no sean jugo de pescado, marmita al horno o dulce de zanahoria, eso les parecería sobremanera extraño y lo acogerían con chanzas, con burlas, como sí el que les contara eso fuese un mentecato, un desequilibrado, y pretendiera volverlos locos también a ellos, convencerlos de una cosa absurda, imposible. Un pedazo de algarroba para la festividad del 15 de Schebat, es una fruta exquisita. Viéndola se acuerda uno de Palestina y más de una vez se le ponen los ojos en blanco y dice, suspirando: "¡Ah, Padre nuestro, ojalá nos conduzcas a nuestra tierra, donde las cabras se alimentan de algarrobas!"... Por casualidad, alguien trajo un día al pueblecillo un dátil. Había que ver cómo corrían para ver el milagro. Abrieron el Pentateuco para mostrar que la palabra dátil figura allí y que es una fruta que crece en la Tierra de Israel... Mirando el dátil parecióles que tenían delante de sus ojos la Tierra Santa, que cruzaban el Jordán, que tenían ante sí la Cueva de Macpela, la tumba de la Madre Raquel, el Muro de las Lamentaciones; se les figuraba que estaban bañándose en las termas de Tiberiade, que escalaban el Monte de los Olivos, que se hartaban de algarrobas, de dátiles y se llenaban los bolsillos con tierra de Palestina. ¡Ah!, suspiraron, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

“En aquellos días —apunta Benjamín— toda Tuneiádevke, cuan grande es, se hallaba en Palestina. Hablábase -asiduamente del Mesías. He ah! que se venía el viernes, al atardecer. El nuevo comisario de policía, recién llegado al pueblo, lo manejaba con mano firme. A un par de judíos los despojó de sus solideos; a otro le cortó las patillas trenzadas; a varios, ¡pobrecitos!, los sorprendió a altas horas de la noche en una callejuela apartada, sin pasaportes; a uno le privó de su cabra, que se había comido un flamante techo de paja de una casa. Todo eso fué causa de que el Comité que funcionaba al lado de la estufa de la sinagoga hiciese algún alboroto: ¿Hasta cuándo imperaría de esa manera el representante de Ismael? A este respecto vino a colación el tema habitúa] acerca de las Diez Tribus, cuan felices viven allá lejos, en los países distantes, rebosando de gloria, de riqueza y de honores; se habló de los Judihuelos Rojos, de los Hijos de Moisés, se relataron historias hiperbólicas tocantes a sus hazañas. Eldad Adani, naturalmente, bailó también en el medio. A aquellos días, principalmente, debo la decisión de emprender el viaje que realicé luego.”

' Antes era Benjamín como un polluelo dentro del huevo o como un gusano metido en su guarida. Creía que al otro lado de Tuneiádevke terminaba el mundo, y que no había una vida más dulce, más agradable que en su pueblo natal.

"Yo estaba convencido —dice Benjamín en cierto pasaje— que no había que ser más rico que el arrendatario de nuestro pueblo. Y no era para menos su casa y su hacienda: cuatro pares de candeleros de bronce, una araña de seis caños rematada por un águila, dos cacerolas de cobre para las comidas lácteas, y cinco marmitas del mismo metal, un estante con platos de estaño y, sin exagerar, unas dos docenas de cucharas de plata

vieja, dos copas de plata, un candelera para la festividad de Jánuka, un reloj de pared, dos vacas y una vaquillona preñada, dos levitas sabáticas y otros objetos de valor. Creía yo que había un solo sabio: Rab Aizik David, el hijo de Rab Aarón losel, esposo de Sara Zlate. Dicen que en su juventud tenía nociones de quebrados; podría haber sido ministro si la suerte le hubiese acompañado. ¿Quién, pensaba yo, tenía un aspecto tan majestuoso, una labia tan agradable, como nuestro Jaikel Tartamudo? O bien: ¿dónde había un especialista tan habilidoso, un médico que resucite a los difuntos, como el curandero nuestro, el cual, según dicen, aprendió el arte de curar de un gitano que lo había heredado de los magos de Egipto?"

En una palabra, la vida en su pueblecillo parecióle a Benjamín muy hermosa, muy grata. Verdad es que vivía en la mayor miseria, él y su mujer y sus hijos andaban desarrapados, pero ¿acaso Adán y Eva, mientras se encontraban en el Paraíso, supieron que debían avergonzarse de andar desnudos y descalzos? Las historias maravillosas acerca de los Judihuelos Rojos y las Diez Tribus se filtraron bien adentro en su corazón, y a partir de entonces encontrábase incómodo en su pueblecillo, se sentía atraído por las regiones distantes; su corazón parecía dilatarse, como se extienden las manecillas de un niño hacia la luna. En el fondo, ¿qué es un dátíl, un comisario, un birrete, una patilla, un judío extraviado en una callejuela a altas horas de la noche, una cabra y un techo de paja? Empero, todo esto produjo un cambio fundamental en su manera de ser, dió lugar a que favoreciese al mundo con su viaje famoso. Más de una vez ocurre que las pequeñas causas producen grandes efectos: el hecho de que el campesino siembre el trigo y la cebada y el molinero la muela, hace que una parte llegue a la destilería para convertirse en aguardiente y que otra parte de la

harina caiga en manos de Guitel la Tabenera, la cual la hace leudar, la amasa, la extiende en hojaldre y prepara con ella empanadas; y por el hecho de que los fenicios hayan inventado el vidrio hace miles de años, han aparecido las copas y las copitas; de todas estas pequeñas causas han surgido en muchas de nuestras poblaciones esos tremendos hombres públicos, esos famosos favorecedores nuestros. . .

Posiblemente haya habido dentro de Benjamín una chispa de viajero, pero esa chispa se habría apagado si las circunstancias y las historias de aquel tiempo no la hubiesen avivado; y aun cuando esta chispa no se hubiese extinguido del todo, su fuerza, a no mediar las circunstancias de entonces, habría sido tan escasa, que con el tiempo Benjamín habría terminado por ser un simple aguador, o, cuando mucho, un auriga común.

En mi vida me he topado con muchos cocheros y conductores de carros que tenían, a fe mía, aptitudes para ser viajeros tan ¡lustres como aquellos que deambulan hoy en día entre los judíos. . . Pero no voy a esto ahora.

Desde aquel momento Benjamín solía enfrascarse en la lectura de los viajes de Rabo Bar Bar Jano por el mar y por el desierto. Más tarde consiguió también el libro de Eldad Adani, los "Viajes de Benjamín de Tudela", cuyo autor recorrió el mundo de un confín a otro hace unos siete siglos, la obra "Alabanzas de Jerusalén", con adiciones, y el libro "Sombra del Universo", que encierra en siete pequeñas páginas todas las siete ciencias y refiere aventuras prodigiosas del orbe entero y de los extraños seres que lo pueblan. Estos libros le abrieron los ojos y lo transformaron en otro hombre.

"Estas admirables historias —expresa Benjamín en su libro— solían llenarme de asombro. ¡Ay, ay!, exclamaba yo más de una vez. Quiera Dios

que yo merezca ver con mis propios ojos una centésima parte siquiera de todo eso. Mi mente me transportaba lejos, muy lejos" . . .

A partir de aquel momento, Tuneiádevke le resultó demasiado estrecha y resolvió salir de allí a toda costa, como un polluelo que rompe la cáscara del huevo para salir a la luz del día.

## CAPITULO SEGUNDO

**De la manera cómo Benjamín se convirtió en mártir y Zelde, su mujer, fué abandonada por él**

POR su modo de ser era Benjamín el Viajero tremendamente miedoso; a saber: de noche temía andar por la calle y aunque lo hubiesen llenado de oro no habría dormido solo en una pieza. Salir por los alrededores del pueblo equivalía para él a exponer la vida. ¡Vaya uno a saber lo qué podría ocurrirle! La vista de cualquier perrito le hacía temblar de pavor.

"Una vez —refiere el mismo Benjamín— lo recuerdo como si fuese hoy, era en verano, en un día terriblemente caluroso, nuestro rabino, acompañado por uno de sus acólitos, salió a bañarse en el riachuelo que hay fuera de la población. Yo y otros dos muchachos, compañeros míos, los seguimos respetuosamente y estábamos seguros que no nos pasaría nada malo y que. Dios mediante, volveríamos a casa sin inconvenientes, amparados por el rabino. Y no era para menos, ciertamente: un rabino respetado por todo el mundo, una autoridad suprema, cuyos títulos ocupaban toda una página... El rabino, nuestro protector, caminaba holgadamente delante de nosotros, y en el momento en que estaba desvistiéndose llegó repentinamente un mozalbeta cristiano y azuzó a su perro. Nuestro protector, más muerto que vivo, se puso en fuga, asiendo, con perdón sea dicho, sus pantalones con una mano y su redonda gorra de piel con la otra. Nosotros, los chicos, naturalmente, nos quedamos turbados, porque si el Leviatán cae en la red, ¿qué les queda ya por hacer a los pececillos del fango? Aprontamos nuestras piernas y, veloces como

los ciervos, disparamos adelante, lanzando amargos gritos, hasta que llegamos, intempestivamente, junto con nuestros héroes, al centro del pueblo. Produjese un barullo, una corrida, una alarma: ¡Fuego! ¡Nos están matando! ¡Nos pegan! Uno no entendía al otro."

Cuando Benjamín estuvo por emprender su viaje hacia los países lejanos, resolvió ante todo armarse de valor y despojarse del miedo. Impúsose la obligación de caminar a solas a altas horas de la noche, dormir solo en una habitación y salir sin compañía por los alrededores del pueblo, aunque eso le costara salud y el miedo le hiciera bajar de peso. Su nuevo comportamiento en el hogar y en la sinagoga, su semblante pálido y meditativo, sus misteriosas ausencias por varias horas empezaron a llamar la atención y lo hicieron objeto de toda clase de habladurías. Unos decían: "No hay duda que está loco, falta de juicio". En primer lugar —aducían— Benjamín, efectivamente, ha sido siempre un poco alelado, le faltaba un tornillo; en segundo lugar, hace ya varios años que Tuneiádevke no tiene su loco, y ya se sabe que toda ciudad que se respeta debe tener su sabio y su loco consagrado. Sobre todo ahora, con estos calores terribles. ¿Por qué no admitir la hipótesis de que, en efecto, es un desequilibrado?" Otros, y a su frente estaba Aizik David, el hijo de Aarón José, esposo de Sara Zlate, decían: "¡Bah, bah!... Y nuevamente: ¡Bah! ¡bah! Verdad es que Benjamín es un poco atontado, es decir, bastante atontado, pero de esto no se infiere de modo alguno que deba ser loco. Porque si así fuere, habría que preguntar: ¿por qué justamente ahora y no antes? Por el contrario, el verano pasado y el antepasado los calores han sido mucho más intensos. ¿Entonces? Pues veamos el ejemplo de nuestro río. Es cosa pública que nuestro río nos priva anualmente de una persona, y sin embargo, hace ya

un par de años que no nos ha quitado a nadie. Contrariamente: en los últimos tiempos ha decrecido a tal punto que en algunos parajes se le puede cruzar a pie, sin mojarse. . . Pero, ¿y el caso de Benjamín, entonces? En fin..." Empero, los más, incluso las mujeres, afirmaban: "Debe estar en relación con los majos espíritus. . . Sin duda está en combinación con el propio Maligno... con él en persona... Si así no fuera, ¿por qué anda arrastrándose de noche, a solas, en la obscuridad? ¿Poi qué se pierde por varias horas diariamente? ¿Por qué, si así no fuese, duerme solo en la despensa? Su propia mujer, Zelde, cuenta también que de noche oye como unos gol pee jtos en la despensa, escucha unos ruidos cual si dieran allí pasos". . .

Estas conversaciones, naturalmente, fueron girando hasta llegar al círculo que sesionaba en torno de la estufa de la sinagoga, y de allí pasaron el conciliábulo de la casa de baños. Por de pronto, no llegaron a terminar con Benjamín. Pero, entre tanto, pusieron de acuerdo para formar una comisión de judíos virtuosos, incluso el escriba de la localidad, encargada de visitar las viviendas con el fin de revisar minuciosamente los amuletos colgados en los dinteles. Y como la asamblea consideró que este asunto era de interés público, un beneficio para la población, resolvió en consecuencia que, para cubrir los gastos que semejante elenco debía hacer, era preciso subir el precio de la carne. . . Hay en Tuneiádevke un dicho: De cualquier cosa que se hable, hay que acabar hablando de la muerte, y sea cualquiera el tema que aborde una asamblea, debe terminar por aumentar el impuesto a la carne. Y así es realmente, por vía natural, al parecer, y no puede ser de otra manera. Así lo concibe también la razón, porque el fin del hombre es la muerte, y el fin del judío es pagar impuestos.

La muerte y los impuestos, he ahí dos cosas inevitables. Con este objeto ha creado Dios el mundo, y tal como El lo ha hecho, así está bien, así debe seguir. Sólo los herejes plantean sus dudas. . .

Algo más tarde ocurrirle a Benjamín una aventura que le hizo famoso. En cierta ocasión, un día caluroso de estío, en pleno mediodía, justamente cuando el sol más abrasa, salió del poblado y se internó bien adentro del bosque, a bastante distancia de la población. Llevaba en los bolsillos sus libros, sin los cuales no daba un paso. Sentóse en el bosque, apoyado en un árbol, y sumióse en sus meditaciones. Y tenía mucho en qué pensar. Inmediatamente su mente lo transportó allá lejos, a los confines del mundo. Caminaba por montañas y valles, por desiertos y por todos los sitios mencionados en sus libros. Seguía paso a paso a Alejandro Magno, a Eldad Adani y a otros más, veía la terrible cerasta, el dragón, las víboras, los lagartos y otras especies de seres raros y deformes, llegó hasta los Judihuelos Rojos y habló con los Hijos de Moisés. Luego regresó pacíficamente y pensó en la manera de emprender realmente el viaje.

Entre tanto, había caído la noche. Incorporóse Benjamín, enderezó sus huesos y tomó el camino de su casa. Marchaba y marchaba y no terminaba de salir del bosque. Anduvo una hora, dos, tres, cuatro, sin dar con la salida. Extravióse en el interior del bosque. Reinaba una obscuridad completa, no se distinguía nada. De pronto se desencadenó una tormenta, cayó una lluvia copiosa, relampagueaba, tronaba y los árboles bullían y causaban pavor. Detúvose Benjamín, empapado por la lluvia, daba diente contra diente de frío, de humedad y de espanto. Parecíale que de un momento a otro iba a ser atacado por un oso, o sería destrozado por un león o un leopardo, o le saldría al frente el Matul, que, según lo describe el

libro "Sombra del Universo", es un animal enorme, de forma alargada, dotado de amplias manos, con las cuales puede derribar a un elefante. Sintióse invadido por el terror; a todo esto estaba hambriento, no había tenido en su boca más que una torta de sémola en todo el día. Apenado, se puso a recitar la plegaria vespertina, oraba con éxtasis, con fervor.

Dios mediante, llegó el día. Nuestro Benjamín se puso nuevamente en marcha, al azar. Anduvo caminando hasta dar por fin con un estrecho sendero. Tomó por él y marchó un par de horas, cuando de pronto oyó a distancia una voz humana. En lugar de regocijarse, se estremeció de miedo. Parecióle que no era sino la de un bandido. Espantado, con el aliento entrecortado, empezó a correr en dirección opuesta, pero al rato se dijo: "¡Fú, Benjamín! Tú pretendes viajar tan lejos, por mares y desiertos, donde abundan los lagartos, las bestias feroces y las razas salvajes, y he aquí que te asustas ante la idea de encontrarte con un bandido. ¡Ay, ay, vergüenza debiera darte esto, Benjamín! ¿Ha huido Alejandro Magno como tú? ¿Acaso él también se sintió descorazonado como tú cuando, montado en su águila, se le había acabado la carne en la punta de su lanza, la que servía de aliciente al águila para alzarse más y más? No. Alejandro Magno no se escapó, sino que cortándose un trozo de su propio cuerpo, lo hundió en la punta de la lanza! Por el contrario, Benjamín, tú debes animarte, porque ésta es una prueba a que ve somete Dios. Si sales bien de ella, tanto mejor será para ti. Entonces, Benjamín, habrás probado que eres un hombre y, con la ayuda del Todopoderoso, serás digno de lograr tus ansias relativas a los Hijos de Moisés, tu deseo de hablar con ellos acerca de los judíos de nuestras comarcas, de contarles prolijamente las costumbres de nuestros correligionarios de aquí, lo qué hacen y de lo que se ocupan. Si

vences en esta prueba y vuelves tus pasos en dirección a esa voz, entonces triunfarás sobre todos tus temores y sustos. Te convertirás en una pieza excelsa, en una bendición para los hijos de Israel y harás honor a Tuneiádevke. Tuneiádevke y Macedonia, estos serán los dos lugares igualmente famosos en el mundo, gracias a Alejandro Magno ya ti! . . .

Nuestro Benjamín, en efecto, volvió sobre sus pasos y, reconfortado, rebotante de confianza, siguió su marcha hasta tener delante de sí al bandido. Era un campesino que iba en un carro lleno de bolsas, arrastrado por una yunta de bueyes.

—¡Buenos días! —exclamó bruscamente Benjamín al acercarse, con una voz que encerraba todas las modalidades: grito y ruego al mismo tiempo, como si dijera: "Toma, ven, haz conmigo lo que quieras". Parecía implorar: "¡Por favor, ten piedad de mí, de mi mujer y de mis hijos, pobrecitos!". . .

Habiendo dicho, o gritado y llorado el "Buenos días", quedóse Benjamín mudo, como estrangulado. La cabeza le daba vueltas, su vista quedó nublada, las piernas se le aflojaron y, desfallecido, desplomóse en el suelo.

Cuando abrió los ojos y volvió en sí, encontróse acostado en el carro, encima de una gran bolsa de papas, tapado con un grueso capote. A su cabecera tenía un gallo maniatado, que lo miraba de soslayo con un solo ojo y lo rasgaba con sus uñas. A sus pies tenía varias canastas con ajo tierno, cebollas y otras legumbres. Al parecer había también huevos, porque salía de allí una pajilla menuda que le llenaba los ojos. El campesino, sentado en el pescante, fumaba tranquilamente su pipa y gritaba a cada rato a los bueyes: "¡Arre, vamos, arre!". Los bueyes apenas si se movían y las ruedas del carro chillaban en forma extraña, cada cual con

otro sonido, produciendo en conjunto un concierto destemplado que destrozaba los tímpanos. Por lo visto, al gallo tampoco le resultaba grato aquel chirrido, porque cada vez que las ruedas daban una vuelta completa y emitían sus agudos chillidos, hundía con fuerza sus uñas en el cuerpo de Benjamín y lanzaba su quiquiriquí con tanta furia, que durante varios minutos su garganta quedaba atragantada por sus resoplidos. Benjamín se sentía deshecho y quedó largo rato como abombado. No era poco lo que había sufrido: miedo, hambre, humedad y frío. Parecíale que un turco lo había tomado cautivo en el desierto y lo conducía ahora para venderlo como esclavo. "Ojalá —pensó entre sí— ojalá, por lo menos, me venda a algún judío, así tal vez me pueda librar algún día. Pero si me vendiera a un príncipe o —Dios no lo consienta— a alguna princesa de raza extraña, estaré perdido, perdido para siempre". Y justamente le vino a la memoria en aquel momento la historia de José con Zlija, mujer de Putifar, y, lleno de congoja, lanzó un profundo quejido.

Dióse vuelta el paisano al escuchar el suspiro de Benjamín, acercósele y le preguntó:

—¿Estás un poco indispuerto, judío?

La cabeza de Benjamín, entre tanto, habíase despejado y recordó lo que había acaecido con él. Pero hallábase en una situación de apremio: no sabía hablar el ruso. ¿Qué hacer, pues? ¿Cómo contestarle al incircunciso y cómo entenderse con él para averiguar adonde lo conducía?

Trató de incorporarse, pero en vano. Las piernas, doloridas, se negaban a obedecerle.

—¿Estás algo indispuerto? — volvió a interrogarle el aldeano, y acto seguido gritó bruscamente: ¡Arre, vamos, arre!

—Indispuesto. Pero mis piernas, ¡ay, ay, ay! —replicó Benjamín como pudo, señalando sus extremidades.

—¿De dónde eres, judío?

—¿De dónde eres, judío? —repitió Benjamín mecánicamente con una tonada.— Yo soy de Tuneiádevke, me llamo Benjamín.

—¿Eres de Tuneiádevke? Dime entonces, ¿por qué me miraste con ojos tan raros, como si fueras un extranjero? Y puede ser que seas un extranjero no más, la madre que te parió. ¡Arre, vamos, arre!

—Sí, ¿cómo?, yo te dije en seguida que soy Benjamín de Tuneiádevke — repuso Benjamín en su lenguaje mixturado, poniendo una cara de lástima y extendiendo una mano.— ¡Por favor: en Tuneiádevke mi mujer te dará un trago y pan del sábado y te lo va a agradecer mucho.

El campesino, por lo visto, comprendió lo que Benjamín quería significarle.

—Buen judío — observó y volvió a ocupar su asiento en el pescante, con el rostro vuelto hacia los bueyes, gritándoles: ¡Arre, vamos, arre!

Unas dos horas más tarde el carro llegó al centro de la feria de Tuneiádevke. Hombres y mujeres lo asaltaron con distintas exclamaciones. Uno gritaba:

—¡Oye: ¿cuánto quieres por el gallo, por las cebollas?

Otro preguntaba:

—¿Traes papas, huevos?

En esto intervino un tercero:

—Oye: ¿no has visto en el camino a un judío? Uno de los nuestros, Benjamín, se perdió ayer como en el agua.

Antes de que el aldeano pudiese replicar, las mujeres cayeron como langostas sobre el carro, levantaron el sobretodo y todas a una lanzaron un grito:

—¡Benjamín!... ¡Aquí está! Zipe querida, Bascheba-Brandel: corred ligero con la buena nueva a Zelde, decidle que se ha encontrado su pérdida. Ya no será una pobre mujer abandonada.

Prodújose una batahoda, una corrida, toda Tuneiádevke se mecía, chicos y grandes acudieron para ver a Benjamín. Lo acosaron con palabras, con preguntas, con chistes, le contaron que el día y la noche anteriores anduvieron buscándolo por doquier, removiendo la tierra y ya lo consideraban muerto como un mártir, en aras del Señor, y a su mujer, la pobre, en triste abandono para siempre.

De pronto, en medio de aquel tumulto, llegó llorando la mujer de Benjamín. Restregábase las manos al ver o su consorte tendido en el corro, pálido, semimuerto, sin poder moverse. Ella, la pobrecita, no sabía qué hacer: si maldecirlo y hacer recaer sobre él su triste ánimo, o si dar desahogo a su alegría, a su júbilo, porque Dios la había salvado de la viudez.

Unos minutos después, Benjamín, tal cual estaba tendido sobre la bolsa de papas, fué conducido con gran pompa a su casa, a través de la feria. La población entera de Tuneiádevke, pequeños y adultos, le rindieron honores, nadie se dejó rogar, todos lo acompañaron con estrépito, gritando: "¡Mártir, mártir, mártir!"

Desde entonces quedóle este mote. Lo llamaban Benjamín el Mártir, y a su mujer, Zelde la Abandonada.

Ese mismo día vino el curandero de Tuneiádevke y le aplicó a Benjamín todos los remedios imaginables. Le puso ventosas y sanguijuelas, lo afeitó completamente y le dijo, al irse, que con todos esos remedios estaría curado, con la ayuda de Dios, y podría asistir al día siguiente a la sinagoga para recitar una plegaria en acción de gracias.

## CAPITULO TERCERO

### Cómo Benjamín se acopló con Senderl "La Judía".

ESTA historia, acaecida con Benjamín, y que tantas penurias causara a su mujer y diera lugar a tantas habladurías en el pueblo, así al lado de la estufa sinagoga como en el banco superior de la casa de baños, debía, en realidad, haberle hecho desistir para siempre de su proyectado viaje hacia las comarcas lejanas. Gran error: el suceso, por el contrario, afianzó en él más aún aquella idea. A partir de ese momento mirábase a sí mismo con más respeto, se consideraba un hombre experto que pasó en su vida por muchas vicisitudes, y valía para sí mismo diez veces más por su coraje, por la fortaleza con que había soportado tantas pruebas difíciles y vencido a su propia naturaleza. Empezó a considerarse un héroe, un filósofo entendido en los siete sabidurías que se encuentran relatadas en el libro "Sombra del Universo", de cuya lectura se había empapado, así como de otras obras por el estilo, creyéndose por ello informado de todo lo que ocurre en el mundo. Empezó a estimarse a sí mismo y a compadecerse de que él, un hombre como él, se encuentre, ¡malhadado!, como una rosa entre las espinas, ¿dónde? ¡en Tuneiádevke!, en un reducto, en medio de gente rústica que no entiende nada ni sabe nada. Las habladurías y las indirectas que caían a costa suya fueron, justamente, las que le impulsaron a emprender su itinerario. Sentía ganas de irse cuanto antes de Tuneiádevke. "¿Cuándo llegará ya el día — pensaba — en que me vaya allá lejos, y regrese con buenas nuevas y mercedes para los judíos, con

hombres y fama universal, y entonces todos los de Tuneiádevke, grandes y chicos, sabrán lo que soy yo, Benjamín, y lo que valgo".

Entre tanto, deteníanlo las siguientes causas menudas: Primero: ¿de dónde sacaría para los gastos? El jamás había tenido un centavo en el bolsillo. Pasábase los días en el ocio, en la sinagoga, y Zelde, su mujer habilidosa, era la que ganaba el pasar con un almacén- cilio que se había hecho cuando perdieron la pensión paterna y pasaron a depender de sí mismos. ¿Y qué era, valga el término, ese almacencillo? Si su mujer no se dedicara, además, a tejer medias, a desplumar aves en invierno hasta altas horas de la noche, a preparar grasa para venderla en tiempo de Pascua, a comprar algunas pichinchas a los campesinos que conoce, los días de feria, no tendrían con qué sostener el cuerpo. ¿Vender alguno de los objetos domésticos? ¿Pero qué era lo que tenía? Un par de candeleros de bronce que Zelde había heredado de su madre y en los cuales hacía la bendición de las velas y que fregaba continuamente y se enorgullecía de su posesión. De joyas no tenía más que un anillo con una perla, sacada de la pañoleta estrellada de su madre, y lo conservaba bajo llave y no se lo ponía más que en las grandes fiestas y en las ocasiones solemnes. ¿Vender entonces algunos de sus efectos personales? Pero todos sus bienes se reducían a un levitón sabático hecho para su casamiento y que yacía, raído y deshecho, por delante y por atrás, con el forro amarillo que se le salía por todos los costados. Verdad es que poseía un sobretodo corto, pero de sobretodo, valga la palabra, sólo tenía el nombre, el cuello estaba mondo, sin piel alguna. Para su boda, su padre, que en paz repose, mandó que no le mezquinaran el género, sino que, por el contrario, le pusieran al abrigo un cuello largo, con mano generosa, y que le aplicaran arriba abundante

forro, que había sobrado de un gabán suyo, comprometiéndose al mismo tiempo a liquidar el resto de la dote y hacer forrar el sobretodo con pieles y el cuello con entretela. La dote no la solventó, y el abrigo y el cuello quedaron en este estado hasta el día de hoy. . .

Por otra parte, Benjamín no sabía cómo hacer para irse de su casa.

¿Hablar con su mujer respecto de su viaje y explicarle claramente todo el asunto? ¡De ninguna manera! Habríase producido un escándalo, una batahola. Ella seguramente lloraría a lágrima viva y lo tendría por un loco, porque, ¿dónde se ha visto que una mujer tenga discernimiento para comprender tales cuestiones? Una mujer, al fin y al cabo, hasta si es habilidosa, no pasa de ser una mujer. Lo que el más insignificante de los varones tiene en una uña, no lo tiene, ni puede tenerlo en la cabeza la más noble e inteligente de las mujeres. . .

¿Irse en secreto, sin despedirse? Eso resultaría chocante. ¿Quedarse en casa y renunciar del todo el viaje? Absolutamente imposible, sería lo mismo que suicidarse.

El viaje se hizo para Benjamín como una segunda naturaleza. Así como un judío debe rezar tres veces por día, así debía él pensar en su viaje a cada instante. Ni en sueños se le salía de la mente y se le aparecía bajo distintas formas. Grabábase hondamente en su corazón y ocupaba sus ojos y sus oídos, al punto de que dejó de ver y de escuchar lo que tenía en torno suyo y sólo veía y oía lo que sucedía allá lejos, en las regiones distantes. Más de una vez, conversando con la gente, intercalaba bruscamente palabras como: "India, Sambation, Antioquía, cerasta, dragón, asno, mulo, algarroba, melifluo, turco, tártaro, bandido" y otras por el estilo.

El viaje debía llevarse a efecto. ¿Pero cómo vencer los impedimentos? A eso no pudo encontrarle solución. Dábase cuenta que tenía necesidad de alguien con quien pudiera aconsejarse.

Había un hombre en Tuneiádevke y su nombre era Sénderl, en memoria de su bisabuelo Rab Senderl. Y este Sénderl era un sujeto simple, humilde, sin vueltas. Poseía en la sinagoga un sitio detrás del estrado, lo que por sí solo atestiguaba que no era de los prohombres de Tuneiádevke, de la crema, de la flor y nata. Las pláticas de la sinagoga las escuchaba habitualmente en silencio, como un extraño. Y cuando, a veces, salía con una observación, provocaba grandes risas, no porque ella encerrase quién sabe qué ingenio o agudeza, sino porque lo dicho por él, sin que se supiera por qué, causaba risa por más que él lo dijera con toda ingenuidad y estuviera lejos de querer hacer reír a nadie. Por el contrario, cuando la gente se echaba a reír, él ponía ojos de asombro, como preguntando por qué se reían. Pero no por eso se enfadaba nunca; era un individuo bueno, un hombrecillo pacífico, como una vaca calmosa, de esas que suele haber; ni sabía que tenía que incomodarse. Si alguno se reía, pues que se riera en buena hora si esto le causaba placer.

Lo que, sí reconocían todos era que una palabra de Sénderl contenía a veces una linda ocurrencia, aun cuando él mismo no quisiera darle ese alcance y la pronunciara ingenuamente. La gente gustaba hacer bromas con él. Todas las travesuras que se hacían en la sinagoga lo tomaban por blanco a él. En cambio, cuando había convite de aguardiente y pasteles, con motivo de algún aniversario u otro suceso, a él le tocaba siempre la parte más flaca.

En suma, Sénderl era siempre y en todas partes la víctima propiciatoria. No era, como otros, un empecinado; si alguien decía así, para él estaba bien así. Sénderl accedía a la voluntad ajena, no para anular la propia ni para que el otro dejara de anular la suya frente a la de él. sino que se sometía, lisa y llanamente, a la voluntad de los demás.

—¿Qué me importa a mí? —tal era su expresión Habitual— ¿Qué más me da? Si tú quieres que sea así, así sea.

Entre los muchachos era Sénderl un muchacho. Con frecuencia gustaba andar, charlar, jugar con ellos, y experimentaba gran placer en ello. En medio de ellos era Sénderl como una vaca calmosa que deja que los chicos se acerquen a ella, la monten y le rasquen el hocico. Los más atrevidos se le subían a la cabeza y le tiraban de la barba. Algunos se sentían molestos y gritaban :

—¡Respeto, tunantes, por un mayor, por un judío de barba! ¿Por qué le pellizcáis la barba, bribones?

—No importa, no le hace —respondía Sénderl— ¿Qué me importa a mí eso? ¿Qué más me da? Que me rasquen no más un poco.

En su propia casa, Sénderl, el pobre, no lo pasaba muy bien. Su mujer era la que llevaba los pantalones, y él recibía de ella un trato duro y amargo. Ella lo tenía siempre aterrorizado, a veces le propinaba una bofetada, que él, desmazelado, tenía que recibir con muestras de agrado. En vísperas de una fiesta, ella lo hacía blanquear la casa, recogéndole la barba con una pañoleta. El le mondaba las papas, le estiraba la pasta y le cortaba los fideos, le preparaba el pescado relleno, acarreaba y llenaba de leña el horno y le prendía fuego, igual que una mujer. Por esto, justamente, le aplicaron el apodo de Sénderl "La Judía".

A este hombre eligió Benjamín para abrirle su corazón y para aconsejarse con él sobre lo que debía hacer. ¿Por qué precisamente a Sénderl? Porque Benjamín había sentido siempre por él cierto cariño. Sénderl le agradaba por muchas cosas, coincidía con él en muchos asuntos y sentía un verdadero gusto en conversar con él. Posiblemente haya contribuido para eso el hecho de que Benjamín consideraba que Sénderl no era un testarudo. Aceptaría su plan y le cedería en todo lo que él le dijera. Y si en algunos puntos disintiese con él, Benjamín, con la ayuda de Dios y con su labia, lograría vencerlo.

Y cuando Benjamín fué a visitar a Sénderl, encontrólo sentado en un banco, pelando papas. Una mejilla la tenía muy encendida, debajo de un ojo se notaba una seña amoratada y un rasguño, cual si le hubieran arañado con un clavo. Estaba como adormilado, triste y malhumorado, a semejanza de una recién casada, a la que el esposo abandonara para irse allende el mar o como una mujer a quien su marido hubiese abofeteado.

La mujer de Sénderl no estaba en casa.

—Buenos días, Sénderl. ¿Por qué estás tan afligido, querido?

—preguntó Benjamín al entrar, señalando con un dedo la mejilla ardiente del dueño de casa— ¡Cómo! ¿Otra vez ella? ¿Dónde está, la malvada?

—En la feria.

—Muy bien — exclamó Benjamín con voz potente, movido por la alegría— Deja a un lado tus papas, alma mía, y ven conmigo a la alcoba. ¿No hay nadie allí? No me hace falta ahora guardián para estar contigo, pues quiero revelarte mi corazón. Ya no puedo contenerme, mi sangre bulle. ¿Vamos, ámate, querido, porque ella es capaz de llegar y estorbarnos antes de que acabemos.

—¿Qué me importa a mí! Sí quieres a prisa, así sea, ¿qué más me da?

— respondió Sènderl penetrando en la alcoba.

—¿Sènderl! —inició la plática Benjamín— Dime: ¿sabes lo qué hay del otro lado de Tuneiádevke?

—Sí que sé. Allí está la destilería, donde se consigue a veces un buen trago de aguardiente.

—Eres un tonto. Yo me refiero a más allá, a más lejos.

—¿Más allá de la destilería? —replicó, asombrado, Sènderl— No, de eso no sé nada. ¿Y tú, Benjamín, sabes?

—¿Sí yo sé? ¡Qué pregunta, si yo sé! Es allí precisamente donde empieza el mundo — dijo Benjamín con entusiasmo, como Colón en el momento de descubrir la América.

—¿Y qué es lo que hay allí?

—Allí, allí —enardecióse Benjamín— allí está la cerasta, el dragón. . .

—¿El dragón con que el rey Salomón cortaba las piedras para el Templo? — interpuso Sènderl, cándida- mente, una observación.

—Sí, alma mía, sí, allí se encuentra Palestina; allí, en aquellas comarcas. . . Dime: ¿tú quisieras estar allí, eh?

—¿Y tú?

—¡Qué pregunta! Yo lo quiero, Sènderl, lo ansio, y pronto he de estar alió.

—Te envidio, Benjamín. Vas a hartarte de algarrobas y de dátiles. ¡Ah, ah!

— Tú, Sénderl, puedes comerlos ¡guol que yo. Tú osees en Palestino una parte igual a la mía.

— Tengo una parte, pero ¿cómo llego allá si está bajo el dominio del Turco?

— Para esto, Sénderl, hay un remedio. Dime, querido, ¿sabes algo de los Judihuelos Rojos?

— Bastantes historias he oído a su respecto en la sinagoga, al lado de la estufa. Pero ignoro dónde se encuentran exactamente y cómo se llega hasta ellos. Si yo lo supiera, te lo avisaría seguramente. ¿Por qué no? ¿Qué me importa a mí?

— ¡Ah, ah! Pues mira, yo lo sé —dijo Benjamín con orgullo y extrajo del bolsillo el libro "Alabanzas de Je- rusalén"— Mira lo que dice aquí. Voy a leértelo.

"Cuando llegué a Bruti —así dice el libro— encontré a cuatro judíos de Babilonia. Hablé con uno de ellos, que entendía el hebreo y se llamaba Rab Moisés, y me contó muchas cosas verídicas del río Sambatión, del cual le hablaron ciertos ismaelitas que lo habían visto, y me aseguró que allí habitan los hijos de Moisés."

Y agrega: "Y ese hombre acaudalado me refirió que unos treinta años atrás había hospedado a un señor que era de la tribu de Simeón, el cual contó que en su región existen cuatro tribus, una de ellas la de Isajar, que se consagra al estudio de la Ley de Moisés, y de esta tribu tienen un rey sobre ellos".

Además, en el libro "Viajes de Benjamín de Tu- dela" se lee expresamente: "A veintiocho jornadas de allí están los Montes de Naisabur junto al río Gozán. Israelitas de Persía cuentan que en las montañas de

Naisabur existen cuatro tribus de Israel: la de Dan, Zebulón, Aser y Naftalí. Tienen ciudades y grandes poblaciones en las montañas; de un lado están circundados por el río Gozán y no pesa sobre ellos el peso de los gentiles, gobernándolos un príncipe cuyo nombre es Rab José Amarclá Halevi. Son aliados de Cafar al-Taruk". Figuran además otras muchas cosas acerca de los Hijos de Rajab, los cuales tienen sobre sí un rey judío y ayunan e imploran a Dios constantemente por los dispersos de Israel. Y bien, ¿qué piensas, querido, si ellos, por ejemplo, se encontraron súbitamente con que yo, su hermano Benjamín de Tuneiádevke, he venido a verlos? ¿Eh, qué te parece, Séndelr? Dime, por favor, ¿qué te parece esto, Séndelr?

—Sin duda sentirán un gran gusto, Benjamín, en recibir a semejante huésped, a un visitante tan grato. Cada cual te invitará a almorzar a su casa. Y seguramente lo mismo hará el rey Amarclá. Por lo menos, salúdalos cariñosamente en nombre mío. Si yo pudiera, por vida mía que te acompañaría.

—¡Ah! —exclamó Benjamín, inflamado por una nueva idea que se le acababa de ocurrir— ¡Ah! ¿Y si tú, Séndelr querido, hicieras efectivamente el viaje junto conmigo? Tontuelo, ahora se te ofrece una bella oportunidad. Ya que voy para allá, te llevaría conmigo. Entre dos, tontuelo, eso resulta más entretenido. Y si yo —vaya uno a saberlo— llegara allí a ser rey, te nombraré virrey, a fe mía. Aquí tienes mi mano, en señal de pacto. ¿Qué vas a hacer aquí, tontuelo, sufriendo el infierno de tu consorte, la malvada? Fíjate qué mejilla te ha dejado. Tu destino, en manos de ella, ¡ay de tí!, es triste y sombrío. Por Dios, Séndelr, ven conmigo y no te arrepentirás.

—¡Bueno! —respondió Sándler!— Si tú quieres que sea así, así sea. En cuanto a ella, ¿qué me importa? Tendría que ser un imbécil para decirle adonde pienso irme.

—¡Alma mía, déjame que te dé un beso! —exclamó Benjamín con gran regocijo, abrazando afectuosamente a Sándler! la Judía. — Tú, alma mía, me acabas de resolver un problema, un problema complicado. Ahora yo también digo, como tú: "En cuanto a ella, o sea mi mujer, ¿qué me importa? Pero hay otra cuestión: ¿de dónde sacaremos para los gastos?

—¿Para los gastos? ¿Pretendes acaso hacerte ropa nueva, Benjamín, o mandar arreglar tu levita? Yo, atiéndeme bien, diría que eso no hace falta. A fe mía que no. Estando de viaje, por el contrario, es preferible llevar ropa usada. Allí, en el punto de destino, hemos de recibir seguramente levitas nuevas y hermosas.

—Sí, es verdad. Estando allí eso ya no me preocupa. Pero entre tanto, hasta llegar allá, necesitamos de algún dinero, aunque más no fuera, simplemente, que para comer.

—¿Qué es eso de comer, Benjamín? ¿Acaso pretendes llevar contigo una cocina? ¿Para qué? ¿No hay posadas o casas por el camino?

—No entiendo, Sándler!, lo que quieres decirme — repuso Benjamín, con asombro.

—Entiendo —replicó Sándler!, con candidez— que con tal de que haya casas, se podrá recorrerlas en el trayecto y pedir ayuda. ¿Qué hacen los demás judíos? Hoy unos van a pedir a otros; mañana éstos irán a hacer lo mismo a casa de aquéllos. Estas cosas suceden, entre los judíos. Se trata sólo de un préstamo. . .

—Tienes razón, en verdad —exclamó Benjamín alegremente.— Ahora la luz se ha hecho en mis ojos. Si es así, yo, a Dios gracias, estoy listo y provisto de todo. Mañana mismo, bien temprano, cuando todo el mundo esté durmiendo todavía, podremos salir. Es una lástima perder tiempo, a fe mía. ¿Estás de acuerdo?

—Si quieres mañana, que sea mañana. ¿A mí qué me importa?

—Mañana bien temprano, óyeme Sénderl, saldré cautelosamente de mi casa. Te esperaré cerca del solitario molino de viento. Recuerda, Sénderl, mañana bien temprano tienes que acudir allí. Recuérdalo — tornó a repetir Benjamín, disponiéndose a partir.

—Aguarda un momento, Benjamín, aguarda — observó Sénderl, buscando algo en el bolsillo interior de su chaqueta. Extrajo de allí un viejo trapo sudoroso, envuelto con piolines y atado con veinte ligaduras, sin exagerar. —Mira, Benjamín, esta reserva he logrado juntarla a escondidas de mi mujer en todo el tiempo que estamos casados. ¿Nos vendrá muy bien al principio, eh?

—Ahora, querido, mereces que te bese todos los miembros de tu cuerpo, cada cual por separado —dijo Benjamín en voz alta, animosamente, abrazando a Sénderl.

—¡Ah, tragado seas por la tierra! ¡Miren un poco el gran cariño, cómo se abrazan, mientras la cabra, dentro de la casa, se está tragando las papas! ¡Así se comen tu cuerpo los gusanos! — dejóse oír bruscamente una voz.

Era la mujer de Sénderl. Estaba encendida como un fuego, señalaba con una mano a la cabra y con la otra llamaba hacia sí a Sénderl. Este, con la cabeza gacha, se puso a caminar a paso lento hacia el interior de la casa, como un niño culpable a quien se está por castigar.

—Animo, alma mía, ésta será la última vez que lo hace. Recuerda, mañana. . . — susurró Benjamín al oído de Sénderl, y se escurrió de la casa como un gatito.

## CAPITULO CUARTO

### Que trata de la salida que de Tuneiádevke hicieron Benjamín y Sénderl

AL día siguiente, al amanecer, antes aun de que el pastor condujera sus vacas al rebaño, nuestro Benjamín aguardaba ya cerca del molino de viento, con un lío debajo del brazo. Dentro del paquete llevaba todas las cosas necesarias para el viaje, a saber: el taled y las filacterias, un devocionario, los Salmos y demás libros sin los cuales no podía moverse, como no se mueve un artesano sin sus herramientas. Allí estaba también su levitón sabático, pues debía presentarse dignamente y quedar bien ante la gente. Llevaba en el bolsillo unos quince centavos, que había sustraído a su cónyuge, antes de partir, debajo de la almohada.

En suma, llevaba, gracias a Dios, todo lo necesario y podía ya emprender el viaje.

Entre tanto, el sol había salido muy hermoso y contemplaba al mundo con su rostro radiante. Cada mirada suya infundía salud, alegraba cada cosa que tocaba. Arboles e hierbecillas parecían sonreír dulcemente, antes de que las grandes lágrimas del rocío se les secaran, a semejanza de chicuelos que rompen a reír de súbito en medio de su llanto, cuando les muestran un juguete, mientras sus ojos conservan aún lágrimas como arvejas. Las avecillas flotaban, raudas, en la atmósfera, jugueteando y cantando en torno de Benjamín, cual si dijeran:

—Venid, cantemos y toquemos y alegremos al bello personaje que se encuentra cerca del molino de viento. Es Benjamín en persona, Benjamín

de Tuneiádevke, el Alejandro Magno de su tiempo, que ha abandonado su patria, ha dejado a su mujer y sus hijos y sale en misión, a la buena de Dios. Ahí está el gran Benjamín, que, a semejanza del sol, ha salido de su tienda y se regocija como un héroe al ponerse a correr mundo, con su bulto entre las manos. Es fuerte como un leopardo y ágil como un águila para cumplir la voluntad de nuestro Padre en el cielo. Cantad, tocad: trililili, trili, tril. Tocad, cantad y alegrad su corazón. . .

Benjamín, ciertamente, tenía el corazón pletórico de gozo. Pensaba entre sí: "Soy el hombre más feliz de la tierra. ¿Qué me falta ahora, a Dios gracias? A mi mujer, loado sea el Altísimo, la he asegurado bien. Tiene con qué ganarse el sustento. Y yo mismo soy un pájaro libre, igual que todos estos pajarillos de aquí. El mundo entero está abierto para mí. Con mi experiencia, con mi valentía, con mi conocimiento de las siete ciencias, un individuo como yo no ha de perderse. Además, soy judío, es decir, hombre optimista. Aparte de otros méritos, los judíos se pasan la vida a base de optimismo, y Dios es su guía.

Benjamín sentía el corazón henchido de placer, al punto de que sus labios se abrieron y entonó dulcemente a paso de marcha, con voz queda, un himno al Todopoderoso. Su marcha mezclóse con el canto de los pajarillos, con el zumbido de las moscas, con el chirrido de los grillos, elevándose en concierto hasta el Trono Supremo, en el séptimo cielo.

Mientras tanto, había transcurrido bastante tiempo y Sénderl no venía. Esto empezó a molestarle a Benjamín y a atenuar su alegría. Miró en todas las direcciones, los ojos se le salían escudriñando, pero en vano. No se oía, no se veía nada. Sénderl no aparecía.

¿Le habría convidado con alguna ocupación su malvada? No, no era ese el momento para ello, pues toda Tuneiádevke dormía aún profundamente. Las papas empezaban a pelarlas más tarde, los preparativos para el almuerzo los hacían las mujeres después de pelearse con sus esposos, después de castigar a los chicuelos y de colgar a secar los trapos. . .

No sabía qué hacer nuestro Benjamín, y se le iba enfriando del todo la alegría. ¿Volvería a casa? ¡Fu, eso sería muy feo! Alejandro Magno, para impedir su propio regreso, rompió el puente a través del cual entró a la India. ¿Partir solo, sin Sénderl? No, eso sería chocante, muy chocante. Sénderl le era indispensable, desde que se juntara con él la luz se había hecho en sus ojos. Ponerse en camino sin Sénderl hubiera sido una locura, se hubiera parecido a un barco sin timón o a un gobierno sin ministro.

De pronto dejóse ver a distancia algo así como una figura humana. Parecía Sénderl y sin embargo no parecía él. Diríase una mujer con vestido de percal y con un pañuelo en la cabeza.

Benjamín sintió un revuelco en el corazón y se puso lívido como un muerto. Parecióle que venía llegando su propia mujer. No, no caminaba, sino que corría, volaba, estaba a punto de llegar y de arrojarse sobre él con ira, veíala descargar sobre él su corazón lacerado y arrastrarlo de vuelta a casa, con llantos y gemidos.

"Sólo Dios sabe —refiere el propio Benjamín— cuán apenado, qué dolorido me sentía yo en aquel momento; hubiera preferido toparme con cien dragones antes que con mi mujer; porque un dragón muerde solamente el cuerpo, mientras que una mujer, cuando se pone iracunda, roe y muerde también el alma. El Omnipotente, empero, dióme fuerzas y acto

seguido, imbuido de valor, huí, escondíme detrás del molino de viento, y allí aceché como acecha el león a su presa."

Algunos minutos después salió Benjamín de su escondrijo, dando un terrible salto y un grito, como un desequilibrado:

—¡Ah, Sénderl!

Sénderl llevaba un batón de percal, tenía ambas mejillas atadas con un pañuelo grasiento, amoratados los ojos, rasguñado el rostro, un bastón en una mano y un bulto en el hombro.

En aquel momento Sénderl parecía a los ojos de Benjamín un dechado de belleza, como una novia engalanada a los ojos de su prometido.

Benjamín describe en estos términos su alegría de aquel momento: "Como un cervatillo ansioso de manantiales, como un sediento en el desierto que encuentra una corriente fresca y rumorosa que cae desde una peña, así se regocijó mi cuerpo anhelante con Sénderl, mi bien amado, mi fiel camarada".

—¿Qué ha pasado, Sénderl? ¿Por qué te hiciste esperar tanto?

—¡Cómo! Si he ido a tu casa —respondió ingenuamente Sénderl— Hasta que llegué y hasta que desperté a tu Zelde, pasó bastante tiempo.

—¡Despertaste a Zelde! —exclamó Benjamín con voz desaforada, fuera de sí— ¿Por qué has hecho eso, loco?

—¿Y por qué no? —repuso Sénderl, asombrado— Primeramente te llamé en la despensa, y como no contestaras, me puse a golpear en la alcoba, tac, tac, tac. Entonces Zelde, más muerta que viva, se levantó, y le pregunté por ti.

—¡Sénderl, estamos perdidos! Lindo mejunje has hecho. Ahora Zelde nos va a seguir, Zelde nos. . .

—No temas, Benjamín. Ella me mandó a los mil demonios con tanta furia, como si le hubiese quitado algo. "Vete junto con mi marido a los quintos infieras!", me dijo, cerrando la puerta. Largo rato me quedé afuera, como aturdido. Después me acordé del molino y pensé que a lo mejor estarías aquí. Por eso, según Parece, ha dicho tu cara mitad: "¡Vete junto con mi marido a los quintos infiernos!". Ella, según se colige, debe de haberte visto partir hacia aquí.

—¡Cómo, cómo, Sénderl! ¿Qué ella me ha visto? ¿Tal vez nos sigue ahora, nos sigue tal vez?

—¡Qué esperanza, Benjamín! Lo que hizo fué echar cadena a la puerta. Cuando, antes de partir, volví a golpear y a preguntar: "Zelde, Zelde, ¿qué le mandas decir a tu esposo? ¿Tal vez quieres mandarle algo, Zelde?", ella no contestó palabra. Parece que es de sueño duro y duerme profundamente, que esto no le pese. Entonces le grité: "¿Duermes, Zelde? Pues duerme, duerme en paz. ¡Adiós, Zelde!", le dije, y me fui.

Las últimas palabras de Sénderl reconfortaron a Benjamín como gotas. Suspiró, jadeante, cual si se le hubiera caído una piedra de encima. Su rostro resplandecía y sus ojos brillaban con gran alegría.

—Ahora, Sénderl —lanzó Benjamín un extraño chillido— ahora, adelante con el pie derecho.

Entre tanto, desde un lodazal llegaron voces de ranas, como si se despidiesen de nuestros personajes, croándoles una marcha. Las ranas de Tuneiádevke chillan con estrépito en sus ciénagas, son famosas en el mundo entero, a la par de las chinches y cucarachas de Dnieperovitz . . .

## CAPITULO QUINTO

### Lo que sucedió con nuestros personajes en su primera salida

ABALANZARONSE nuestros personajes y emprendieron la marcha con toda premura, cual si se hubiesen desprendido de una cadena que los sujetara, o como si alguien estuviese azuzándolos detrás con un látigo. Con sus amplios faldones que ondeaban al viento, eran comparables a un barco arrastrado velozmente por sus velas desplegadas. Bien quisieran los conductores de ciertas diligencias de nuestras comarcas, a fe mía, que sus caballos corriesen tan ligero como lo hacían nuestros viandantes. Cuervos y lechuzas que paseaban por el suelo les cedieron respetuosamente el paso y huyeron a todos lados, gritando, aterrorizados, a la vista de aquellos bípedos que caminaban tan presurosos y entusiasmados.

No hay pluma capaz de describir la dicha, la inmensa felicidad que los embargaba en aquel momento. Sentían un extraño placer y estaban contentos, locos de contento, consigo mismos y con el mundo todo.

Sénderl, al parecer, se consideraba feliz por haberse escurrido de manos de su consorte y por haberse librado de aquel cautiverio duro y amargo. El día anterior, sobre todo, había sido para él, ¡pobrecito!, muy cruel y despiadado, un día de pesares y de sufrimientos que dejó en su cuerpo una ristra de señales, que extirpó con furia abundantes pelos de su barba y dejó al descubierto, con toda evidencia, signos amoratados debajo de sus ojos. ¡No os deseo, hombres de paja, un recibimiento tan sombrío y triste como el que le diera a Sénderl, ¡malhadado!, ayer de mañana, su marimacho!

Largo rato estuvieron corriendo nuestros personajes con el alma en la mano, quedamente, sin cruzar palabra alguna. Entraron en calor y en sus rostros aparecieron gruesas gotas de sudor. Sénderl, jadeante como un ganso, empezó a ceder y a pararse por momentos.

—Rápido, rápido, Sénderl! — lo aguijoneó Benjamín, corriendo impetuosamente adelante, a semejanza de un héroe que, armas en mano, vuela como una flecha hacia la batalla.

—¡Piedad, Benjamín, ten piedad de mi alma! — imploró Sénderl— Ya no tengo fuerzas para seguirte. Tú corres, que esto no te pese, como un ciervo entre las montañas y como un macho cabrío delante del hato.

—¡Ligero, más ligero, Sénderl! —siguió gritándole Benjamín, mientras corría delante, orgulloso de su agilidad— Mira, Sénderl, yo correría así hasta el fin del mundo.

—¿Pero por qué, Benjamín, dímelo por favor, corres tanto? —preguntó Sénderl— Por vida mía que no estamos por perder nada. Aunque lleguemos allí con uno o más días de atraso, tampoco va a peligrar nada. El mundo no está por perecer todavía, pues, según tengo entendido, ha de subsistir aún, hasta el séptimo milenio, sus buenos siglos.

—¡Vamos, Sénderl, apúrate, es una pena perder el tiempo. Cuánto más pronto salgamos de aquí, tanto mejor será. Empéñate, Sénderl, esfuézzate un poco, no importa. Por eso, cuando lleguemos allá enderezarás tus huesos, respirarás libremente y vivirás como un rey.

—Tienes mucha razón, Benjamín. Si quieres más a prisa, así sea, a mí esto no me importa. Yo, de mi parte, accedo, ¿pero qué hacemos con las piernas, con mis piernas?

No quedaba otro recurso: Benjamín tuvo que ceder y aminorar un poco la marcha.

Cuando el sol se hubo alejado del horizonte y empezó a calentar con fuerza, a quemar con sus rayos luminosos, nuestros viajeros se dejaron caer cerca de un bosquecillo, al borde del camino. Allí quedaron, tendidos en el suelo, bañados de sudor, jadeantes y deshechos. Las huellas amoratadas de Sénderl se recalentaron y empezó a sentir un dolor cual si lo pincharan con agujas.

Después de descansar un rato, lo primero que hicieron fué extraer cada cual su taled y sus filacterias y entregarse a la oración. Benjamín se meneaba, rezaba animosamente, con ardor, merecía por ello un trago de aguardiente. ¿Pero dónde conseguirlo en aquel lugar? Hubiérase contentado con un simple trozo de pan.

Iba desfalleciendo, crecía su apetito después de aquella caminata intensa, sentíase capaz de tragar el mundo entero, pero, como por obra del diablo, no llevaba encima un mendrugo de pan ni del tamaño de un higo. Lanzaba miradas a un lado y otro, se retorció los dedos, bostezaba, se rascaba, se relamía, decía continuamente "ta, ta", acariciaba y estiraba sus patillas enrolladas, su barbilla, volvía a rascarse y a decir "ta, ta", hasta que, tomando una resolución, sacó de su bulto un libro de plegarias, y se puso a leerlo canturreando una melodía ritual.

—Sénderl —interrumpióse al poco tiempo— ¿Sabes lo que estoy recitando ahora? ¿Te das cuenta por qué lo estoy haciendo con esta tonada?

—Debes de tener hambre, sin duda — respondió Sénderl candidamente.

—¡Bah! \*—repuso Benjamín— Y aunque tuviese hambre ¿qué hay con eso?

—Pues bien, por eso cantas —contestó Sénderl— Hay un refrán ruso al respecto: "Canta el judío cuando tiene hambre". Tú, Benjamín, puedes seguir cantando. Canta, canta nomás, y yo, entre tanto, haré otra cosa.

Y mientras decía esto, Sénderl metió la mano en su bulto y extrajo de allí una bolsita.

—¡Bah! Tú no sabes, tú no comprendes por qué procedo así —adujo Benjamín— Sénderl, tontuelo, voy a explicarte el motivo.

Sénderl, empero, seguía haciendo lo suyo e iba abriendo lentamente la bolsita. Cuando Benjamín lo vió, sintió que todo su cuerpo se le inundaba de luz. Había en la bolsa de todo: pan común, pedazos de pan entrelazado que quedaran del sábado, pepinos, rabanitos, cebollas, ajo. Sénderl lo tuvo presente todo, había preparado todo como una buena ama de casa, y merecía por ello a los ojos de Benjamín más consideración que antes. Alegróse éste en su fuero interno que Dios le hubiese enviado tan excelente compañero de viaje. "Ah, —se dijo entre sí— a Sénderl me lo ha mandado Dios a semejanza del maná que enviara a los hijos de Israel en el desierto".

Una vez que hubieron satisfecho su hambre, Sénderl envolvió en la bolsita los víveres que habían sobrado, diciendo:

—Esta comida nos vendrá bien para otra vez, y la bolsita nos servirá para mil veces más, para toda nuestra vida. Con ella, Dios mediante, ¡remos a implorar por las casas. No importa: Dios, bendito sea Su nombre, no nos va a abandonar.

El mantelillo milagroso de los cuentos de hadas al que se le dice: "Manetlillo, mantelillo, dame de comer, dame de esto, dame de aquello", y el mantelillo da, ese milagroso y admirable mantelillo lo representa entre nosotros, los judíos, la bolsa del pobre. Muchos, muchísimos seres se alimentan toda su vida, con admirable facilidad, de esa bolsa, y aun la dejan en herencia a sus hijos y nietos. En el fondo, la bolsa es siempre la misma, pero varía de nombre y de forma, según la gente que la emplee. Entre el vulgo es simplemente una bolsa, una bolsa de lienzo; en cambio, entre la gente encumbrada adopta toda clase de formas: a veces es una caja social, un miembro del clero, una sociedad de beneficencia, un banquito de préstamos, una caja de socorros mutuos, un autor locuaz, etc. Todas éstas son en el fondo bolsas de mendicidad, bolsas auténticas, bolsas judías. . .

—Sénderl —habló Benjamín, reconfortado por las palabra de aquél— Nosotros dos parecemos una pareja concertada en el cielo, somos un solo cuerpo y una sola alma. Si tú te preocupas de las cosas terrestres, de los víveres necesarios para nuestro viaje, yo, en cambio, me consagro a las cosas del espíritu. Nuevamente te pregunto, Sénderl: ¿sabes por qué recito ahora la plegaria con esta melodía? Persigo con ello un gran propósito. Me preocupa ahora que, cuando el Omnipotente nos traiga allá lejos, a la tierra de los Hijos de Moisés, podamos abrir la boca y entendernos con ellos. Porque has de saber que ellos hablan medio en arameo, pero más que nada emplean el lenguaje de estas preces. El- dad Adani, que vino hacia nosotros de aquellas regiones, fué, a mi modo de ver, el autor de estas oraciones. Aquí, en nuestras comarcas, puede uno pasarse con nuestro lenguaje, el idisch; pero allá seguramente no lo entienden.

—En estas cosas confío plenamente en tí —repuso Sénderl con humildad— Eres un hombre instruido, consultas siempre tus libros y seguramente sabes lo qué haces y adonde te encaminas. La prueba está que yo ni siquiera te he preguntado si vamos por la ruta verdadera. Tú caminas y yo, ¡qué me importa!, te sigo como una vaca a su ternero.

Sintióse muy satisfecho Benjamín por la confianza absoluta que Sénderl tenía en su sabiduría. Considerábase a sí mismo como un capitán que dirige personalmente su barco. A pesar de esto, se le ocurrió en seguida que, en efecto, no conocía el sitio en que se encontraban y pensó que a lo mejor se habían extraviado, apartándose del camino verdadero.

Mientras estaba pensando en esto, Dios hizo aparecer a un campesino que guiaba un carro repleto de heno.

—Sénderl —dijo Benjamín— no está de más que le preguntes el camino al incircunciso. Ve, a propósito, e interrógale. Aquí, en estas comarcas, tú sabrás explicarte mejor que yo con los aldeanos en su lenguaje rústico. Para algo tu mujer solía llevarte con frecuencia a la feria.

Levantóse Sénderl, se acercó con gran respeto al campesino y le dijo en su lenguaje especial:

—¡Buen día! Dime, hombrecito, ¿cuál es el camino a Eretz Israel? (Palestina).

—¿Qué? —exclamó el aldeano poniendo una cara de asombro— ¿Qué Sruel? Yo no he visto a ningún Sruel.

—No, no —intervino Benjamín a distancia, no pudiendo contenerse— Esto de Sruel lo dice usted. Pero él, Sénderl, dice Eretz Israel, valga la diferencia. Díselo otra vez claramente, Sénderl. Tiene cabeza de rústico. ¡Claramente, claramente, Sénderl!

—A Errretz Isrrrael ¿dónde está el camino? — volvió a preguntar Sénderl, subrayando las eres.

—Que el diablo os entienda, judíos, que me estáis trastornando la cabeza. ¡Este es el camino a Pievki, y él dale con Elesluel, Elesluel! — rezongó el labrador remedándolos; y dando un escupitajo, siguió su camino.

Nuestros personajes, a su vez, tornaron a ponerse en marcha.

Benjamín sentía un dolor en las caderas, las piernas las tenía como amputadas. Sin embargo, se hacía el desentendido, dábase ánimo, se impregnaba de coraje. Y porque le resultaba difícil andar derecho y con rapidez, veíase obligado a ir dando saltitos. Sin duda, ya no era la misma manera de caminar de antes. Aquello resultaba un suplicio. No obstante, cumplía con su deber y avanzaba, porque, en verdad, ¿qué otra cosa le cabía hacer? ¿Tenderse en el suelo? ¿Qué habría conseguido con ello? ¿Y qué era eso de tenderse repentinamente, sin más ni más, en el camino? Con eso sólo hubiera causado sinsabores a Sénderl y el viaje se habría interrumpido. En fin, así anduvieron todo el día, hasta que, al anochecer, Dios les hizo llegar a Pievki.

Al entrar en la posada de Pievki, lo primero que hizo Benjamín fué tirarse cuán largo era en un rincón, para descansar las piernas y apaciguar su agitada respiración.

Sénderl, como una vieja ama de casa, fué a ocuparse de los quehaceres domésticos y a tratar de la cena.

Miró el posadero a Sénderl de pie a cabeza, y por su aspecto comprendió que no tenía que vérselas con un pasajero común, de esos que suelen pasar por allí habitualmente. Dióle la mano, preguntóle por su

nombre y por el lugar de donde venía, a lo que el otro le respondió ingenuamente que se llamaba Sénderl, que era un judío medio palestinese y actuaba como auxiliar de Rab Benjamín, el cual yacía en aquel momento con su honorabilidad en un rincón cercano. El posadero puso una cara piadosa, meditó un rato y luego invitó a Sénderl a tomar asiento.

Dejemos ahora a la princesa, o sea a Sénderl conversando con el posadero, y volvamos al príncipe, a ver qué hacía Benjamín.

Nuestro Benjamín, al echarse en el rincón, quedó yerto como una piedra, sin saber en qué mundo estaba. Las venas de sus piernas estaban muy hinchadas, la sangre hervía en ellas, corría y borboteaba, cual si lo estuviesen picando y agujoneando montones de hormigas. Latían sus sienes, golpeteaban como mazos. En sus oídos retumbaba un ruido persistente, que terminaba con un largo sonido, como el de una trompeta, o con un estallido agudo, como cuando se prenden cohetes. Con cada cohete que disparaban, resplandecían bruscamente ante sus ojos millares de llamaradas multicolores: amarillas, verdes, azules, rosas, rojas y de otros colores infinitos. Un minuto después los colores se extinguían, su vista se inundaba de una oscuridad absoluta y en sus oídos volvía a retumbar como en un molino.

Estando así embobado largo tiempo, oyó Benjamín, desde afuera, a mucha distancia, un retintín de campanillas. Los sonidos se venían acercando más y más, se hacían nítidos y potentes, y de pronto se oyó un chirrido, cual si un carro se hubiese parado de repente delante de un portón. Percibiéronse toda clase de voces que parecían llegar al cielo, como si toda una población se hubiese congregado allí para deliberar:

voces agudas, aflautadas, gruesas, broncas, gangosas, sin que se supiera a qué venían. Los gatos, cuando se reúnen, en su tiempo, en las azoteas, se sabe que son gatos, para qué se juntaron y lo que quieren con sus maullidos, aunque no se entienda el lenguaje gatuno. Aquí, empero, resultaba difícil decir por qué chillaban y qué querían; era una mezcla de risas, de quejidos, de suspiros, de lamentos, de susurros, al mismo tiempo que se dejaban oír tosecitas, un tono de insolencia, el sonarse de narices, golpes y palmaditas. ¡Como para comprender lo que era, lo que significaba todo aquello! Poco después abríase la puerta y un tropel de gente irrumpió en la casa con estrépito.

Benjamín se fué metiendo más y más en el rincón, y se acurrucó como pudo.

Entre tanto, la habitación se iluminó con muchas velas, prendidas en candeleros de bronce; las velas de unos se hallaban aseguradas con cuñas y se erguían como sobre patas; otros, con bocas demasiado grandes, anchas, no muy profundas, tenían sus velas torcidas y sujetas abajo, a un costado, con pedazos de cartón.

En un extremo de una larga mesa de roble había un grupo de músicos preparando sus instrumentos. El violinista se ocupaba del violín, cosquilleaba sus cuerdas, cada una de las cuales, con su particular sonido, le respondía "zim, zim", como si dijera: "No importa, puedes consquillearnos, nosotras estamos listas, con tal

de que no hayo inconveniente con tu arco". Asía el arco, lo acariciaba y lo aprestaba para tocar. El flautista conversaba quedamente con la flauta, el tamborilero recorría con los dedos su instrumento y lo golpeteaba suavemente con los palillos. Sólo el platillero ciego permanecía con la gorra caída sobre los ojos y dormitaba.

Cerca de los músicos, parado en una silla, había un personaje que, tan pronto como pronunciaba una palabra, todos se desternillaban de risa. Hasta los niños hacinados allí y que miraban a través de las ventanas, se reían locamente y lo remedaban. El personaje lanzaba un grito: "Hurra! ¡ Que toquen un baile alegre en honor de los padres de los novios y del dueño de casa!" Los músicos ponían en juego sus instrumentos alegremente, animosamente, hombres y mujeres se juntaban y salían a bailar en rueda.

Todo se movía, las chinchas y las cucarachas salieron de sus guaridas y se diseminaron por las paredes.

Bailando, alguien cayó sobre Benjamín. El bailarín lo miró en la cara y lanzó un grito:

—¡Oh, Benjamín! Lo he agarrado, a fe mía, a la buena pieza! ¡Aquí está, aquí está!

A los gritos acudieron otros individuos. Benjamín reconoció entre ellos a la gente espectral de Tuneiá- devke y al rabinillo local.

Todos gritaban, a voz en cuello:

—¡Benjamín, ven a bailar! ¡Benjamín, ven a bailar!

—No puedo, a fe mía que no puedo —imploró Benjamín— No puedo moverme.

—¡No importa, no importa! —le contestaron—

Ven, vamos te dicen, que ya vas a poder. ¿Qué hay que poder? ¡Vamos, hombre, muévete! Muévete, bestia, que lo vamos a contar.

—¡A Zelde no! —gritó Benjamín, alarmado— Os ruego que no se lo contéis a Zelde.

—Muévete, pues, animal —le gritaron— Muévete, bestia, párate.

—Tened piedad, hermanos —impetró Benjamín— No puedo, por vida mía, moverme en este momento. Hay un motivo por qué no estoy en condiciones de hacerlo. Es un secreto, se lo voy a revelar al rabino.

Al prenderse firmemente con ambas manos del rabino para revelar su secreto, sintió de pronto, en un costado, un terrible golpe, que le hizo ver las estrellas; dolorido, echóse a un lado, restregóse los ojos y notó que la habitación estaba a oscuras y que penetraba en ella un reflejo de la luna. A su lado, tendido en el suelo, había un ternero, al que tenía abrazado fuertemente con ambas manos.

¿Qué había pasado? ¿De dónde salió repentinamente aquel ternero? ¿Lo habría parido Benjamín, acaso? Admitamos que éste era un animal, diez, cien veces un animal. Pero era un animal bípedo ¿y dónde se ha visto que una bestia de dos patas dé a luz un ternero? Verdad es que entre nosotros abundan los terneros, sobre todo en las casas linajudas, pero no pasan de ser terneros con figura humana. La mayoría de ellos, por el contrario, son de lindo aspecto, de rostro agradable y graciosos hoyuelos; pero el que tenía abrazado Benjamín era un ternero vulgar y común. ¿De dónde entonces, cabe preguntar, había venido a parar allá? ¡Cosa milagrosa: ha de haber caído del cielo!. . .

No, señores. No creáis en los terneros del cielo; entre todos nuestros terneros no hay uno solo que haya sido enviado desde el cielo. No se trata

de un milagro, como lo suponéis. No hay por qué admirarse ante ese ternero, ni bordar tantos comentarios a su respecto. Lo que pasó, lisa y sencillamente, fué lo siguiente:

Cuando Benjamín, más muerto que vivo, se dejó caer en el rincón, no notó, a causa de su gran fatiga, que al lado suyo había un ternero. En el momento en que su sangre entró en ebullición, quedóse dormido y vió en sueños el casamiento, los invitados y la orquesta. Estaba terriblemente intranquilo, iba metiéndose más y más en el rincón y cuando abrazó, soñando, al rabinillo de Tuneiádevke, resultó que en realidad abrazaba al ternero del posadero de Pievke, susurrándole al oído el secreto de su viaje. Empero, el ternero mostróse disgustado, no quiso que le abrazaran y le hablaran al oído. Alargó una patita, tocó a Benjamín en el vientre y lo hizo despertar.

Una vez desvelado, Benjamín, todavía confuso y azorado, seguía abrazado al ternero. Sólo después de un rato pudo rechazarlo de sí; incorporóse, lleno de temor, y se puso en marcha apresuradamente. El ternero, por su parte, librado de manos extrañas, levantóse a su vez bruscamente y se puso en fuga, cayendo en su carrera sobre Benjamín y desplomándose ambos con gran estrépito sobre una amplia tina de agua.

Alarmados por aquel ruido, Sénderl y el posadero con una vela en la mano, salieron corriendo del otro cuarto y se quedaron estupefactos.

Si un hacedor de versos hubiera visto en aquel momento a Benjamín y al ternero, hubiérase expresado de este modo: "Tiernos y amorosos, no se separaron nunca, ni en el rincón ni en el charco". Empero, el posadero y Sénderl, que eran hombres vulgares y no poetastros, separaron en el acto a los tiernos y amorosos. El ternero fué mandado con su madre, con

insultos por su mal comportamiento, y Benjamín fué sacado del charco y conducido a una alcoba especial, donde lo acostaron sobre varios montoncitos de paja, con una almohada en la cabecera.

## CAPITULO SEXTO

### Benjamín recibe una bofetada

REMOJADOS por el agua fría de la tina, los miembros de Benjamín cedieron un poco, y aquél, al levantarse de mañana, se sintió fresco y sano. Veía con toda evidencia un dedo milagroso en la historia del ternero, gracias al cual había recibido la cura de sus dolores. Demostróle a Sénderl cuan injusto es el hombre pecaminoso que se queja de sus desgracias y no se da cuenta que, a lo mejor, esas adversidades lo conducen hacia la dicha y que del mal nace el bien; cómo el Supremo Hacedor convierte en emisario suyo a cualquier ser, incluso a un ternero; cómo un ternero puede, a veces, ser hasta un médico; cómo un mosquito puede picar la cabeza, molestar y hacer la vida imposible. Una prueba de esto lo tenemos en el mosquito que le picó al emperador Tito, antiguamente. El suceso de la víspera era para él una señal de que su viaje se había iniciado en buena hora y que, Dios mediante, alcanzaría sus objetivos.

—Un aguador cuyos baldes se pasan de llenos es buena señal desde antiguo. Con tanta más razón tratándose de una tina repleta — habló Sénderl con voz grave.

Pero, a causa del dolor que Benjamín sentía todavía en las piernas y debido a los montoncitos de paja que le servían de suave lecho, quedóse todo el día en Pievke. Parecíase a un barco en alta mar, encallado en la arena, sin viento propicio para zafarse.

Al día siguiente levantóse Benjamín de su lecho y se puso nuevamente en camino.

Largo rato anduvo como malhumorado, sumido en reflexiones, sin pronunciar una palabra. De pronto se palmoteo la frente y se detuvo, muy apesadumbrado. Sólo a los pocos minutos abrió la boca y emitió, suspirando, estas palabras:

—¡Ah, Sénderl, me he olvidado de una cosa!

—¿Qué has olvidado, dónde has olvidado? — repuso Sénderl, asiendo su bolsa.

—En mi casa, Sénderl, en mi casa lo he olvidado.

—¡Ah, Benjamín! ¿Cómo se te ocurre? —contestó Sénderl—. Hemos traído, a mi parecer, todo lo que a uno le hace falta en el viaje: la bolsa, a Dios gracias, está; el taled, las filacterias, los libros de oraciones, están también; lo mismo los levitones sabáticos. Yo creo, a Dios gracias, que hay aquí de todo, que nos hemos llevado todo. ¿Qué es lo que nos falta? ¿Qué podíamos haber olvidado?

—La cosa que he olvidado, Sénderl, es muy importante, en extremo necesaria; ojalá todo pase en orden, pero si, Dios no lo permita, sucediese lo contrario, será entonces cuando nos daremos cuenta del gran valor de esa cosa preciosa que me he olvidado. Al salir de mi casa, olvidéme, en mi apresuramiento, de pronunciar cierta fórmula mágica que figura en un libro, sacada de un manuscrito muy antiguo. Esa fórmula debe ser dicha antes de emprenderse un viaje, al abandonar uno su casa, mientras cruza el umbral, y sólo entonces está uno seguro contra toda suerte de peligros y adversidades en el curso de la travesía. ¡He ahí lo que me he olvidado!

—¿Tal vez tengas la intención de que volvamos? — preguntó Sénderl con candidez.

—¿Estás loco o te falta un tornillo? —gritó Benjamín y la sangre se le agolpó en el rostro—. ¡Cómo! ¿Qué es eso de volver? Después de tantos esfuerzos y de recorrer un trayecto tan largo ¿regresaremos ahora a casa? ¡Cómo! ¿Y la gente? ¿Qué dirá la gente?

—¡Qué nos importa la gente! —repuso Sénderl—. ¿Acaso la gente te ha pedido que hicieras este viaje? ¿Ha hecho contigo un contrato y ha contribuido para los gastos, para que vayas vagabundeando?

—¡Muy cuerdo! —burlóse Benjamín—. ¿Y a Alejandro Magno le ha rogado el mundo que fuera a la India e hiciera allí la guerra? Y todos esos viajeros que ha habido entre nosotros, los judíos, ¿les ha pedido alguien que fueran de ciudad en ciudad?

—¡Qué sé yo! —contestó Sénderl con una sonrisa—. Por mí, todos ellos podrían haberse quedado en sus casas, a fe mía; hubiera sido, por vida mía, mucho mejor para todos. ¡Ah, tontuelo, tontuelo que eras, Alejandro Magno: tenías en tu casa de todo, pues te hubieras quedado allí para disfrutar de la vida y para acariciarte la panza. ¿Para qué querías la India, tontuelo? Y más extraña aun es la actitud de nuestros judihuelos: ellos sí que podían haberse quedado cada cual en su sitio y ocuparse de sus asuntos. ¿De qué sirve andar errando, vagar como un alelado, sin saber lo que se hace, y romper inútilmente los zapatos? Por vida mía, Benjamín, que si yo encontrara a uno de esos individuos, le haría ver en seguida su desatino.

Mucho tiempo estuvieron disputando nuestros personajes. Sénderl planteaba preguntas y Benjamín no se cansaba de demostrarle que no tenía noción alguna de estas cosas.

Sénderl se parecía, en aquel momento, a un caballo que sirve a su dueño fielmente, le obedece hasta ir por él al fuego, pero de pronto se apodera de él cierta manía, se empecina, se planta y se resiste a moverse de su lugar, por más que se le castigue y grite. Si Benjamín, en aquel momento, no lo azotó a Sénderl con un látigo, lo redujo, en cambio, con su dulce lengua, lo envolvió con lindas palabras, hasta que Sénderl se ablandó como una pasta y tornó a ser el buen rocín de antes. Paró las orejas, al escuchar las razones, en extremo agudas, de Benjamín, y finalmente habló, según su costumbre, en estos términos:

—Si quieres que sea así, así sea. ¿A mí qué me importa?

Una vez que hubo terminado con Sénderl, pusieron en marcha y después de andar por caminos y senderos, llegaron, maltrechos y extenuados, a Teterivke.

Era Teterivke la primera gran ciudad que vieran en su vida nuestros protagonistas. Por eso no tiene nada de extraño que se pusieran a mirar las calles adoquinadas y los altos edificios, sin cansarse de contemplarlos. Caminaban por las veredas, casi en punta de pie, alzando las piernas en forma extraña, cual si se cuidasen de pisar demasiado las piedras lisas y de causar —¡Dios no lo permitiera!— algún desperfecto. Piernas que no tienen muy buena suerte en los villorios, que son tratadas allí sin mayores consideraciones; piernas pueblerinas que no conocen, pobrecitas, ni siquiera dentro de las casas, un piso llano; piernas que se arrastran, desdichadas, como cerdos por el fango; piernas cuyos dueños las hunden allí muy hondo y las hacen pisotear con simpleza, sin mayores ceremonias; piernas de esta clase deben verse confundidas, como los borrachos, cuando sienten de pronto bajo sus plantas un puente de piedra y se ven

obligadas, por la distinción que se les confiere, a dar saltitos y a no saber dónde meterse. Piernas flamantes, recién llegadas del pueblecillo, ¿quién no os reconoce al punto en las calles adoquinadas de la ciudad?

Nuestros personajes de Tuneiádevke caminaban con el corazón compungido, cediendo el paso humildemente a todos los que enfrentaban. En tales casos Sénderl asía a Benjamín por una falda del saco y le daba un tironcito a un lado. A veces, por esta causa, tocábale a Sénderl bailar un poco con alguno que le venía al encuentro. El otro marchaba tranquilamente y chocaba con Sénderl, el cual, precisamente por cederle el camino, en realidad se lo obstruía. Entonces el otro tomaba la derecha, pero nuestro Sénderl se le anticipaba y allí estaba ya listo; ambos se abalanzaban hacia la izquierda y luego nuevamente a la derecha, hasta que, finalmente, el otro conseguía escabullirse. Un viadante, que parecía no tener interés en bailar con Sénderl, lo tomó por un brazo, sin ceremonias, y lo empujó a un lado, haciéndole sonar los dientes.

Todo les resultaba nuevo a nuestros personajes. Todas las cosas parecían señalarlos a ellos con los dedos. Gritaban los carros, chillaban los faetones, las puertas se alzaban con soberbia, las ventanas miraban orgullosamente con sus grandes vidrios y la gente les hacía muecas, gritándoles: "¡Respeto, pobres diablos! ¡Respeto, judihuelos provincianos! ¡Respeto, respeto!. . .

—Escucha, Benjamín —habló Sénderl después de alzar la vista y de observar con unción los edificios— Yo pienso, Benjamín, que esto es una especie de Estambul.

—¡Anda, anda, tontuelo! ¿Qué tiene que ver esto con Estambul? —replicó Benjamín, cual si fuera nativo de aquella ciudad— Estambul,

tontuelo, tiene quinientas veces quinientas calles, cada calle tiene quinientas veces quinientas casas de quince, veinte y hasta treinta pisos, y en cada casa habitan quinientas veces quinientas personas. ¿Crees que esto es todo? Pues no, aguarda un momento, aguarda, tontuelo; están además las avenidas, los pasajes, las callejuelas, los baldíos, que abundan como la arena del mar.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó Sándlerl con estupefacción— Es una enormidad, da miedo una ciudad como ésa. Pero dime, Benjamín, te lo ruego, ¿de dónde salen todas estas grandes ciudades? ¿Por qué la gente se hacina en un lugar, los unos encima de los otros, como si el mundo fuese pequeño y no hubiese más terreno? Debe de haber algún motivo en el hecho de que la gente se aleja de la tierra y pretende alzarse hasta el cielo, tomar altura. ¿Será porque el alma del hombre proviene del cielo y por eso el pobrecito se siente atraído hacia lo alto, se ve dominado por el deseo de tender sus alas y encontrarse siempre en las alturas? ¿Qué dicen de esto tus libros, Benjamín? ¿No has encontrado alguna explicación de esto en tus libros?

—Según la filosofía —respondió el interpelado frunciendo el entrecejo— existe al respecto una doctrina de vasto alcance; hasta yo me he ocupado de esto en nuestra sinagoga, en las reuniones en torno de la estufa. Gracias a esto se explica la leyenda de los diez odres de pobreza que fueron enviados al mundo, así como el versículo: "Llena está la tierra de rapiña". Pero yo trataré de explicártelo de acuerdo con nuestra Tora, ya que tú, Sándlerl, has estudiado seguramente la Biblia. Según refiere el Pentateuco, antiguamente, en épocas pretéritas, nuestros antepasados vivían en tiendas, pero durante la generación de la Torre de Babel todos los

hombres se concentraron en un solo sitio, se pusieron a fabricar ladrillos y a construir una ciudad y enormes edificios que llegaban hasta el cielo. En medio de aquella faena se produjo entre ellos una confusión, uno dejó de entender al otro y quedó subvertido el orden. Por suerte, Dios los dispersó en seguida y los hombres tornaron a vivir, a respirar libremente y el mundo quedó salvado, pero no por eso desapareció el pecado de la generación de Babel. Desde entonces subsiste entre los hombres, por culpa suya, la tentación de congregarse y de hacinarse, de construir edificios elevados, de adquirir fama y de volar hacia el cielo. "¿Por qué me cargoseas como un mosquito? —díjole Abraham a Lot— ¿Por qué tu gente ha de pelear conmigo por una parcela de terreno? Ahí tienes delante de ti toda la tierra. Vete adonde quieras y déjame en paz".

Mas, antes de que Benjamín pusiera término a esta plática, dejóse oír el fuerte ruido de un coche que se vino sobre nuestros personajes desde atrás, derribándolos casi con su balancín.

—¡Zanahorias! —chilló el cochero, haciendo tremolar sobre ellos su látigo— ¿Por qué os arrastráis, demonios, como los cangrejos, y obstruís el camino? ¡Vamos, papanatas, vamos! ¡Eh, eh, autómatas!

Nuestros personajes, pobrecitos, alzaron las piernas y escaparon como ratas envenenadas, uno a un lado, otro al opuesto.

En su carrera tropezó Sénderl y quedó tendido en el suelo cuan largo era.

En su apresuramiento Benjamín chocó con una cesta de huevos que llevaba una mujer. Quebráronse los huevos y desencadenóse sobre él un infierno, un fuego, una gritería. La dueña de los huevos rotos —¡pobrecita! — lo cubrió de maldiciones feroces, quiso endilgarle un sopapo —o se lo

dió no más— y tenía intenciones de ensortijarse en su cabellera; en suma, Benjamín recibió su paga, hasta que, por fin, logró escabullirse de sus manos y huir por una callejuela lateral, adonde acudió también poco después Séndelr.

—Aquí tienes tu gran ciudad —apuntó éste, limpiándose el sudor de la frente con la falda del saco— Aquí no puede uno caminar, allá no puede pararse, acullá no puede descansar. ¡Que se lo lleven mil demonios!

—Todo esto trae su origen de la Torre de Babel —contestó Benjamín, jadeando como un ganso— Todo esto que ves ahora aquí es la Torre de Babel, con su tremenda confusión, con su estrépito, con sus latrocinios, sus rapiñas, sus crímenes.

—¡Ah, que el demonio se lo lleve todo! —repuso Séndelr— Ven, Benjamín, vamos a descansar. Tienes muy mal aspecto, te arde demasiado una mejilla, maldita sea aquella mujer. Limpíate, con perdón, el rostro; la malvada, en el ínterin, según parece, te lo ha embadurnado con una yema.

## CAPITULO SEPTIMO

### Del cambio que se produjo en lo político a causa de Benjamín

EN una de las casas de oración de Teterivke reinaba efervescencia con motivo de la guerra de Crimea que venía desarrollándose a la sazón. La gente congregada en torno de la estufa se había dividido en varios bandos, cada cual con su presidente y con su línea propia en política.

Jaikel el Ingenioso y su compañía ocupábanse intensamente de la tía Witie<sup>1</sup>, la analizaban minuciosamente y demostraban las intenciones y picardías que encerraba aquélla. Jaikel había sido relojero en un tiempo, poseía una mano liviana para surcar los panes ácimos, nadie se le comparaba en construir una tienda para la Fiesta de las Cabañas; en ninguna cabana la tabla de amasar, la pala, el banco de las comidas lácteas, la tapa del horno y la jaula rota de las gallinas estaban tan bien aprovechados como en la de él; por eso, cada vez que salía a flote alguna conversación relacionada con la maquinaria, la gente, respetuosamente, decía:

—Esto le corresponde a Jaikel. Jaikel sabe.

Jaikel refería siempre historias extrañas de raras máquinas inglesas, al punto de que el pelo se le erizaba a uno de espanto, y cuando alguien lo interrumpía con alguna palabra, preguntándole sobre el sentido de lo que explicaba, Jaikel se lo daba a entender breve y sencillamente, diciendo que se trataba de un resorte, y al hacerlo, empleaba una sonrísita tan dulce,

<sup>1</sup> Alusión al ministro ruso, conde Witte

como si le hubiera aclarado a su interpelante la pregunta más compleja y le hubiera traído la luz a los ojos. En una palabra, valiéndose del símil del resorte, Jaikel lo explicaba todo, tanto el funcionamiento del reloj como el del telégrafo o el de una caja de música y de otros inventos que circulan por el mundo. Pero Itzik el Simplificador nunca se mostraba satisfecho con los resortes de Jaikel, consideraba que sus explicaciones eran una especie de herejía, y observaba con tono de burla:

—Pronto Jaikel dirá que un autómatas y otros milagros parecidos se deben también a un resorte. . . ¡Fu, fu, por Dios! Todas sus cosas son, lisa y llanamente, con perdón sea dicho, simples nulidades, verdaderas tonterías.

Y porque Jaikel el Ingenioso estaba enteramente absorbido por la tía Witie, Itzik el Simplificador, eterno contrincante suyo, se prendió de la tía Rosíe<sup>2</sup>, defendiéndola con todas sus fuerzas. Cada uno de los dos bandos trabajaba celosamente por inclinar a su lado a los demás grupos. Cuando Jaikel parecía haber logrado ya algún éxito con Samuel Algarroba, presidente de la caterva del tío Ismael<sup>3</sup> y había conseguido ya, al parecer, un acuerdo con Berl el Francés, ferviente partidario de Napoleón, Itzik produjo alboroto al atraerse a Tobías el Ingenuo, adepto de Alemania; volaban mensajes de todos los rincones, cada cual ponía en juego sus recursos, el mundo se venía abajo y la sinagoga se mecía con violencia.

Justamente en aquel entonces, en pleno alboroto, llegaron nuestros dos personajes a Teterivke y se detuvieron en esa sinagoga, la que tomaron por albergue.

<sup>2</sup> Alusión a Rusia.

<sup>3</sup> Sinónimo de Turquía.

Sénderl, con su temperamento de ceder ante todos, tampoco se empeñaba en asuntos de política y asentía a todo lo que le decían. "Si quieres que sea así —solía decir— ¿qué me importa a mí?, pues así sea". Por esta razón cayó en gracia a todo el mundo. Al primer saludo, la gente coincidió en que Sénderl era un hombre sin hiél, un judío sin vueltas, desprovisto del hábito de la terquedad. Y mientras Sénderl, a semejanza de los demás, no se mostraba exacerbado ni hacía distinciones, Benjamín, en cambio, era muy seleccionador, habiéndole gustado más que todos, desde un principio, Samuel Algarroba, por quien se sintió atraído hasta el extremo de llegar a ser muy amigo suyo. Revelóle Benjamín el secreto de su viaje, y Samuel, prendado de aquel proyecto, conversó al respecto con Jaikel. Este puso en juego su cerebro, y aunque el asunto le resultó un tanto árduo, sin embargo le fué penetrando en la mente; poco después, en una sesión con Berl el Francés y con Tobías el ingenuo, planteó la cuestión, ante el consiguiente asombro de sus interlocutores.

—Benjamín —sostuvieron— no tiene, en realidad, el aspecto de un hombre común; es algo distraído, como si no estuviese presente en este mundo; cuando habla, resulta difícil saber lo que quiere; a veces se queda absorto, pone ojos inexpresivos y sonrío; su indumentaria y todas sus maneras son bien extrañas. Todo esto demuestra que es muy, pero muy de otra categoría, no un hombre vulgar; algo debe de haber dentro de él, no es posible que sea una cosa así no más. Tal vez este Benjamín ni siquiera sea tal Benjamín. ¡Vaya uno a saberlo! . . .

Cuando Benjamín y Sénderl, sin aliento, entraron en la casa de oraciones después de lo acaecido con la portadora de los huevos, reinaba allí un tremendo bullicio. El conciliábulo de nuestros políticos debatía

apasionadamente con Itzik el Simplificador, el cual gritaba con vehemencia, sobrepasando a todos:

—Mirad, ved lo que dice Josefo— gritaba Itzik, sin tiempo para respirar, señalando con un dedo en un libro— En Josefo se lee que Alejandro Magno quiso ir hasta los Hijos de Jonadab ben Rakab y llegó hasta los Montes Negros, pero ni él ni sus guerreros pudieron caminar allí, pues sus piernas se hundían en el fango hasta las rodillas. Porque allí no alumbra el sol y el terreno es muy fangoso. ¿Comprendéis ahora? Alejandro el Grande, Alejandro de Macedonia, fué volando, montado en un águila, y llegó hasta las puertas mismas del Paraíso, pero no pudo cruzar los Montes Negros. ¡Y va a hacerlo un personaje como el vuestro, un individuo como éste! De nada le servirá para esto Jaikel con todos sus resortes !

—¡Pedazo de bruto! —exclamó en alta voz Jaikel, toqueteándole a Itzik con un dedo— ¿Dónde están tus ojos? Por el contrario, fijate en lo que dice allí a continuación. Dice que Alejandro oyó que las aves le hablaban en griego. Un pájaro le dijo de esta manera: "Tu esfuerzo es vano, porque pretendes llegar hasta la casa de Dios y a la casa de sus siervos, los Hijos de Abraham, Isaac y Jacob". ¿Comprendes ahora, cabeza dura, por qué Alejandro Magno no pudo llegar hasta allí?

—En fin, ¿pero qué harás, gran filósofo, si resulta, conforme lo sostienen otros, que las Diez Tribus y los Judihuelos Rojos o Hijos de Moisés habitan en las inmediaciones del país del sacerdote Jon? Y bien: que trate tu personaje de dar con el país del sacerdote Jon. ¡Cualquier día!

—¡Bah! Tonterías, Itzik, por vida mía que son tonterías.

—Espera, espera, filósofo mío. Falta todavía el río Sambatión. ¡Alto! Allí llueve con piedras, es imposible dar un paso. Allí de nada te servirá ni siquiera tu Witte, aunque se ponga cabeza abajo.

—¡Eh, eh! Ya empiezas con Witte. Mira adonde has ido a parar.

—Realmente, Itzik, ¿qué es esto de molestar sin ton ni son al gobierno? —observó Berl el Francés, algo picado— Si ahora estamos hablando de Benjamín, insáltalo a éste todo lo que quieras, pero no mezcles en este asunto al gobierno, por favor.

—¿Por qué insultarlo a Benjamín? —adujo Tobías — Benjamín, a mi parecer, sigue un camino por el cual puede venir el bienestar para los judíos.

—¡Ah, Tobías, ingenuo que eres! —contestó Itzik con tono compasivo— De ti no esperaba, por vida mía, que estuvieras de acuerdo con ellos e hicieras semejante comentario sobre Benjamín. ¿Qué es lo que has visto en él?

—Vean un poco la salida de un hombre: "¿qué es lo que has visto en él?" —saltó Samuel Algarroba con acento de burla— ¿Estás loco hoy, Itzik, o qué? Su negligencia, su distracción, su manera de mirar, su modo de hablar, sus gestos demuestran perfectamente, a mi juicio, lo que es él; el semblante es el mejor espejo. Si todo esto no constituye una prueba para ti, no sé lo que significa para ti ser hombre. Aquí acaba de llegar, obsérvalo y dime, con perdón, si no está loco, simplemente falto de juicio. . . Vedlo: tiene una mejilla inflamada y tres líneas amarillas surcan su rostro. Y bien, Itzik, ¿qué cara tienes ahora?

Acercóse Itzik a Benjamín, lo contempló de pie a cabeza, escupióle casi en pleno rostro y se apartó enfurecido.

A partir de este debate relacionado con Benjamín, la política adquirió otro aspecto. Samuel Algarroba y Berl el Francés concertaron un pacto con Jaikel, Witte despachó a ultramar mil grandes barcos provistos de tremendas máquinas, el tío Ismael cruzó el río Pruth y Napoleón lanzó infinidad de hombres sobre Sevastopol. Tobías andaba con pies de plomo, no se decidía por un lado ni por el otro, mudaba de opinión sin saber en qué mundo estaba, e Itzik el Simplificador se quedó solo, aislado en medio de la corriente, hacía esfuerzos desesperados y se salía de su propio pellejo. No era para menos: ¡uno solo contra toda esa manga! Por esta razón le tuvo tiria a Benjamín, y a partir de aquel instante lo buscaba y trataba de dañarle.

"Dios es mi testigo —refiere Benjamín en un pasaje— que yo no me metí en aquella política. En primer lugar: ¿para qué sirve? En segundo término: ¿qué tiene que ver eso con un judío? Por mí, podría ser de un modo o de otro, que me daría lo mismo. Mi Sándlerl, por su parte, tampoco se inmiscuyó en estas cosas, y sin embargo Itzik no me dejaba en paz, ni de día ni de noche. A veces me adornaba con plumas por atrás, o me arrojaba una almohadilla, o hacía desaparecer un zapato mío y yo perdía la cabeza buscándolo; de noche, cuando me dormía en mi lecho, él, con una pajita, me hacía cosquillas en la planta de los pies, al punto de hacerme saltar, o bien daba un resoplido con tanta violencia, que yo me despertaba más muerto que vivo y me ponía a toser a causa del humo casi toda una hora, como si yo fuese el culpable de que los tres partidos hubiesen hecho un frente común".

## CAPITULO OCTAVO

### De la manera cómo nuestros personajes hacían de pedigüños

LA mayor parte del día nuestros personajes estaban entregados a su ocupación de ir recorriendo las casas de Teterivke, y al poco tiempo cobraron tanta fama que se les señalaba con los dedos y los recibían, quien con un chiste, quien con una sonrisa. Otro, en lugar suyo, se habría envanecido de aquel honor y habría difundido por doquier su grandeza, su fama entre la gente, con qué deleite se le contemplaba, cómo celebraban cada uno de sus dichos y con qué sonrisita se le recibía y acompañaba hasta la puerta. Nuestros personajes, empero, eran hombres humildes y no hacían caso de tales distinciones. Benjamín estaba abstraído por sus cosas y Sénderl se preocupaba de que la bolsa estuviese llena y que en la faltriquera hubiese algunas monedas para los gastos. Que uno las diera con una sonrisa y otro de mal talante, eso no tenía importancia, con tal de que dieran.

"Hoy es Purim, mañana se acaba.

Dame un cobre y échame afuera".

Esta canción popular judía nos habla bien a las claras de su sencillez, de su modestia, y Sénderl solía cantarla más de una vez en su caminata.

—Buenos días, que Dios os ayude —decía Sénderl al entrar en una casa, arrastrando detrás de sí, por la falda del saco, a Benjamín; luego le daba un empujón hacia adelante, susurrándole al oído que no tuviese vergüenza y que se colocase a un lado, con aire de dignidad.

Andando de esta manera, nuestros personajes entraron un día en una casa y encontraron a un joven conversando con el dueño. Parecía, a juzgar por lo que le decía, que estaba explicándole la importancia de algún asunto que preocupaba a la sazón al mundo; alabábase a sí mismo, exhibía unos papeles y exigía algo, pero el dueño de casa hacía muecas, se explicaba como podía y se mostraba ansioso de escabullirse de entre las manos del joven. Al divisar a nuestros personajes, el dueño asióse de ellos, como un náufrago que se agarra de una paja. Dirigióse rápidamente hacia ellos, en la creencia de que tal vez venían por un negocio importante y de paso lo librarían de su angustia. Mas, informado de quienes eran y lo que querían de él, quedóse confuso, atónito, como uno a quien la adversidad ataca súbitamente por todos los costados.

—Aquí tiene usted otros viajeros más —dijo el dueño de casa al volver en sí, dirigiéndose al joven— Estos señores, como usted ve, son también viajeros. ¡Vaya con esta novedad de viajeros que ha caído sobre nosotros!

El joven y nuestros personajes se miraron.

—Oye —tiróle Séndel del saco a Benjamín, mur- murándole algo al oído — Posiblemente este joven esté errando también hacia aquellos lugares. . . Es capaz — ¡Dios no lo consienta!— de adelantársenos y hacernos una mala jugada.

—A lo mejor formáis todos una sola banda —observó el dueño de casa.

—¡Qué esperanza! ¡De ninguna manera! —exclamaron al unísono Benjamín y Séndel— Nosotros andamos solos, andamos.

—Idos en buena hora por separado, pero para mí formáis una sola compañía — repuso el dueño de casa, sacando una moneda del bolsillo.

—Denos a nosotros, por favor, a nosotros —imploró Séndelr extendiendo una mano— Nosotros ya le entregaremos a este joven su parte. Vamos, joven, ya se la entregaremos, yo llevo cobres conmigo.

En esto se abrió la puerta de la cocina y una voz aguda resonó desde allí con gran violencia:

—¡Es él, es él! Ese que está al lado del judío flaco; también entonces venían arrastrándose los dos. Lo he reconocido, a la buena pieza, por su cara, por su bar- bita amarillenta, ojalá se le caiga pelo tras pelo. Dios quiera que se le paralice su corazón malvado, ojalá ruede por tierra a retorcijones y se le salga la medula de sus miserables huesos!

—Vámonos, Benjamín, vámonos —dijo Séndelr tirándole a Benjamín del saco— ¡Que el demonio se lo lleve al padre de esta desfachatada: todavía sigue preocupándose de los huevos rotos!

## CAPITULO NOVENO

### Cómo nuestros personajes fueron puestos a salvo por los méritos de sus antepasados

QUEJIDOS y suspiros se ve obligado a lanzar todo aquel que lee la historia de los hombres famosos, de las penurias que han tenido que soportar, pobrecitos, en este mundo, por el cual han sacrificado sus días y sus años, favoreciéndolo con sus obras útiles, inventadas por sus mentes esclarecidas. El mundo, por lo general, es habitualmente un niño que gusta estar pegado a la falda de la madre, sin apartarse un momento de ella; se deleita con las viejas y necias historias que las amas y abuelas le repiten cien veces por día; cree que no hay nada mejor que los juguetes suyos, los cuales encierran para él toda la sabiduría imaginable, y cuando llega el monitor para conducirlo a la escuela, con el fin de enseñarle algo, lanza alaridos como si estuvieran degollándolo. Prefiere el mundo vivir tal cual está acostumbrado, cualquier innovación le parece hartamente extraña, protesta contra ella, injuria y enloda al que tiene la osadía de inventarla. Sólo más tarde, cuando la novedad ha salido a luz, se ha aclimatado y pone en evidencia la grande utilidad que encierra, sólo entonces es acogida con frenesí, todos experimentan gusto en disfrutarla y echan en olvido al pobrecito que la inventó con el poder de su ingenio. Menos mal que el mundo se acuerda a veces de celebrar su aniversario o de erigirle un monumento. Millones de hombres viven hoy día felices y respiran libremente en América, en tanto que Colón, cuando le vino la idea de

descubrir el nuevo continente, hubo de padecer grandes sufrimientos, el mundo lo tomaba por loco y se burlaba de él.

Lo mismo ocurrió con nuestro Benjamín de Tuneiádevke. Mirándolo, lo consideraban un loco y oyéndole hablar de su viaje, la gente se descostillaba de risa, le hacía objeto de bromas, le tomaba el pelo. Por suerte, Benjamín no se daba cuenta de ello. De lo contrario, lo habría tomado a pecho, se hubiera enfermado y habría renunciado a su viaje.

Omitimos muchos de los brulotes que se le hicieron a Benjamín, a objeto de que esto no caiga sobre nosotros como una mancha eterna y no constituya un baldón para la historia de las generaciones venideras. Hacemos caso omiso de todas estas cosas, las pasamos por alto y proseguimos nuestro relato.

"En Teterivke—cuenta Benjamín— existe una gran comunidad de judíos, multiplicado sea su número. En vano les preguntaréis quiénes son, qué clase de gente son y de dónde proceden, pues ellos mismos lo ignoran. Saben, por tradición heredada de sus padres, abuelos y bisabuelos, que provienen de judíos, y a juzgar por algunas costumbres suyas, por su vestimenta, por su habla, por su comercio y por otros detalles, parecen ser realmente judíos, si bien judíos venidos de todas partes, desgajados de distintas tribus, porque uno casi no tiene que ver nada con el otro. Si, por ejemplo, uno de ellos se cayera, no sería levantado por otro, aunque. Dios no lo permita, se hundiera allí mismo y pereciera de muerte maligna".

"Hay entre ellos algunos que entienden muy bien el lenguaje del manipuleo, la jerigonza de los gitanos. Los judíos de este tipo conocen el arte de la mano, vale decir, que miran la mano de la gente y de esto extraen su sustento habitual... Conocen además otros oficios, entre ellos el de

fabricar globos y macanas, en el que son maestros consumados. . . Se dice que provienen de la plebe, de la simiente de los botoneros".

"En general —dice Benjamín— los habitantes de allí son gente honesta, buenas personas; siempre me han acogido con una sonrisita y me dedicaron mucha atención, se veía claramente que estaban muy contentos conmigo. Yo les deseo de todo corazón que Dios y toda la gente estén tan satisfechos de ellos como lo he estado yo. Amén".

Cosa rara —sigue contando Benjamín— en aquella zona se encuentran a veces personajes que suelen ser algo cochinos, lo que se nota a primera vista. Afirman algunos que se trata de una especie particular; otros sostienen que la región se presta para ello. Benjamín no quiere ahondar en este asunto, pues incumbe a los sabios estudiar la cuestión y explicarnos el significado del fenómeno. Pero sea como fuere —observa Benjamín— en una u otra forma, el asunto en sí no es nuevo en el mundo. Ya el viejo Matatías Delecarti, hace muchísimos años, trae en su obra "Sombra del Universo" un trozo de este tenor:

"Existe en Bretaña un pueblo dotado de colas, como las bestias; hay asimismo mujeres altas, grandes como gigantes, cubiertas de cerda, igual que los cerdos. En Galia ha aparecido un pueblo con cuernos. En sus montañas hay mujeres encorvadas, siendo tanto más hermosas cuanto más encorvadas son. Algo así como, en nuestros días, suele haber mujeres provistas de larga cola que se tamborea y se les arrastra por el suelo. Lo que ha sido, dice el versículo, también será, y no hay nada nuevo bajo el sol".

"Teterivke —afirma Benjamín— es grande, posee hermosos edificios y largas calles. Viéndola por primera vez parece que está viviendo, que se

agita y bulle, pero luego, cuando uno se acostumbra un poco, nota que en el fondo no pasa de ser una Tuneiádevke en grande. Sus moradores comen, se acuestan y se levantan todos los días a la misma hora. El tiempo se calcula allí en relación con las comidas; verbigracia: desde el desayuno hasta el almuerzo y desde el almuerzo hasta la cena, pues de desayuno, almuerzo y cena constituyen, en su vida, tres posadas, a las que ansian llegar para repararse y hacer algo, después de haberse pasado algún tiempo sin hacer nada en un descampado. Dicen que el aire de Teterivke produce pereza, negligencia y sueño. Cuando cae allí alguna persona enérgica, con deseos de hacer algo, pierde al poco tiempo su energía y sus deseos y no le queda más voluntad que para comer, dormir y levantarse para volver a comer y dormir".

En las posadas locales vió Benjamín a los recaudadores y picapleitos de los pueblecillos. Al irse de sus casas demostraron poseer valor y fortaleza más de lo que se requería. "Hay que viajar —trataron de convencer al público— trabajar y destinar el dinero para fines colectivos y otras necesidades de la población", por más que sus esfuerzos y su interés por estas cosas estaban completamente demás, algo así como una quinta rueda para un carro, ya que existe un padrón y todo se hace sin la intervención de ellos. Sin embargo, dominados por el ímpetu, demostraron muchas ganas, empezaron por recoger dinero para sus mujeres e hijos y para sus propios gastos, y se pusieron en marcha en buena hora. Al llegar a Teterivke, como por obra del demonio, perdieron en seguida su voluntad. ¡Qué habilidad ni qué habilidad! Permanecían en las posadas, perezosos, negligentes, y no hacían más que comer, beber y dormir, cual si se les hubiese aplicado un hechizo. En este estado se pasan allí los días y los

años. La gente, a su pedido, les envía dinero y más dinero y ellos, pobrecitos, no hacen más que bostezar, comer, dormir, como príncipes encantados, siendo imposible arrancarlos de allí; esto no lo logrará ningún taumaturgo ni curandero alguno.

Benjamín tenía ganas de trabar conocimiento con los renombrados sabios y autores de Teterivke. Al fin de cuentas él también era algo instruido, un pensador habituado al estudio y sabía lo que significaba ser un erudito judío y de dónde esa gente extraía sus conocimientos, su bagaje de las siete sabidurías. ¿Cómo podría haber estado allí sin visitar a esos hombres? Además, sentía deseos de conversar con ellos acerca de su viaje; individuos de ese jaez lo comprenderían y sabrían apreciar sus méritos. Abrigaba la esperanza de que ellos le otorgarían su conformidad y lo levantarían como sobre palancas, pues eran amantes de conferir su aprobación a cualquier pequeñez, a toda nimiedad, cuanto más a una empresa de tanta importancia como la suya; en este caso su pluma correría velozmente, a galope tendido.

Mas, a todos los doctos que visitara los encontraba o bien comiendo o bien durmiendo. Un día tuvo la suerte de dar con uno de esos personajes —escritor afamado, sujeto tremendamente célebre— el cual se hallaba recostado sobre un canapé, en un aposento apartado.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué desea, amigo?

—Así no más, conversar un poco.

Pese a todos los esfuerzos, el asunto no marchaba. El sujeto era muy cachaciento, apenas si movía los labios, tenía el alma en la punta de la nariz y los ojos se le iban cerrando. Benjamín lo reanimaba, incitábalo con

lo que podía, pero en vano; el otro se mostraba frío como el hielo. Sólo más tarde despabilóse un poco, bostezó y llamó a su mujer.

—¿Cuándo ¡remos a comer de una vez? —preguntó haciendo sonar los dedos, al tiempo que lanzaba un sabroso bostezo— Que sirvan la comida, porque —añadió\*— quiero ir a acostarme. . .

En una palabra, Teterivke era un excelente dormitorio; todo dormía allí pacíficamente, tanto la erudición como el comercio, los bancos, los procesos y demás negocios. Por más que se pretendiera despertarlos, no se conseguía hacerlos salir de su modorra. Cuando se reunían varios individuos, perdían en seguida el habla, se quedaban sentados, bostezaban y se miraban unos a otros como momias, hasta que el grupo entero se dormía. Sólo cuando iban a servir la comida sus miembros se ponían en movimiento, tornaban a la vida, se entregaban afanosamente a la comilona, terminaban de cenar y ¡buenas noches! Se iban a dormir a sus casas. . .

Más tarde Benjamín sintió en carne propia esta dejadez: no hacía en Teterivke otra cosa que comer y dormir, habiéndosele extinguido el deseo de llevar a efecto su travesía. Corría el riesgo de perderse allí, como un barco que entra en pleamar, y así habrían transcurrido sus días a no mediar un suceso que, cual una borrasca, para bien de él y del mundo, lo sacó de allí y le hizo proseguir su viaje.

El odio de Itzik el Simplificador iba creciendo de día en día. En los últimos tiempos habíase puesto a perseguir a Benjamín, a cargosearle como una mosca fastidiosa. Discutía con él acerca de su viaje, le oponía todos los escollos imaginables, diciéndole que llegaría al río Sambatión

cuando creciese pelo en la palma de su mano y vería a los Judihuelos Rojos como veía sus propias orejas.

Benjamín, empero, no se dejaba atrepellar y demostraba que existe un Creador del universo que no abandona aquellos que tienen fe en El. No importa — decía— él, con la ayuda del Omnipotente, llegaría hasta allá, para mal de sus enemigos. Y cuando Benjamín discutía, la sangre le entraba en ebullición, se ponía hecho un fuego y lanzaba en medio de la polémica, a grandes voces, palabras como "dragón, cerasta, mulo", lo que equivalía a decir: "Ladrad todo lo que os plazca, que yo ya estoy bien lejos, allá en el desierto, y voy caminando, caminando, caminando". . .

Itzik escupía tres veces y decía: "Está loco, falto de juicio, hay que llevarlo al curandero". Y tanto hizo, que apenas Benjamín aparecía en la calle, los pilletes le seguían como a un orate, le tiraban piedras, lanzaban hurras y gritaban: "¡Dragón! ¡Cerasta!"

Un día, mientras Benjamín y Sénderl andaban por la calle, una bandada de chicuelos los asaltó como langostas y los obligó a huir por una calleja estrecha. Corriendo por ésta, cuesta abajo, enfilaron por un largo y angosto pontón tendido sobre un riachuelo, donde se toparon de frente, justamente en el medio, con un individuo. No era posible eludirse, a menos de saltar abajo y romperse la crisma, o, cuando menos, quebrarse una pierna; cosas ambas, empero, que nuestros personajes necesitaban como su misma vida. Porque sin cabeza o sin una pierna no hubiera sido posible realizar el viaje. Y tanto Benjamín como Sénderl se quedaron inmóviles, con un palmo de narices.

—¡Ah, buenas tardes, Benjamín! —dijo el sujeto que les enfrentaba, con tono de reproche mezclado de burla— Buen encuentro, por vida mía, mejor no me lo hubiera deseado.

—Buenas tardes, buenas tardes, Rab Aizik David —replicó Benjamín todo turbado, con una voz que no parecía la suya.

El personaje que tenían en frente de sí era Rab Aizik David, el sabihondo de Tuneiádevke.

—¡Linda gente! —habló Aizik David en son de reproche— Se van de la casa con sigilo, como ladrones. ¿Por qué os habéis ido, puede saberse? Porque todas las cosas deben tener su razón de ser, su causa natural. ¿Qué es eso de irse y de dejar así no más a las esposas en estado de abandono? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde se ha visto? Y aun poniéndolo todo de lado, yo os pregunto nuevamente: ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde se ha visto? Al contrario, decídmelo vosotros: ¿qué habéis hecho? A ti me refiero, Sénderl. No importa, veo que estás metido allí atrás. Tu mujer, Sénderl, ya te lo va a pagar, no importa, te va a dar tu merecido, tu mujer. Su furia es tal que te va a retorcer como a un arenque. El corazón le anunciaba que debéis encontraros aquí, le anunciaba el corazón a tu mujer, y a toda costa quería venir conmigo acá, quería venir, tu mujer.

—¡Ah, está aquí! — clamó una voz femenina detrás de Rab Aizik David.

Por la voz, Sénderl reconoció a su consorte. Púsose lívido, se le fué el alma de susto. Agarróse con ambas manos del levitón de Benjamín, para no caerse del puen- tecillo, tal fué el mareo que le vino. Parecíale que de un momento a otro su cara mitad iba a soltar sobre él una lluvia de trompadas.

—¡Vedlos a los personajes, a estos bellos personajes! ¡Ojalá los trague la tierra a ambos! ¡Ah! ¿Dónde está el canalla mío? Dejad que me acerque a él, dejadme, que voy a mostrarle cuán grande es el Dios que tenemos.

Así chillaba, toda sofocada, la mujer de Sénderl, empujando a Rab Aizik David.

—Pero sin gritar, sin meter barullo —imploró éste — Hay tiempo para todo. Ya que usted ha esperado tanto, espere un poquito más. Ahora, a Dios gracias, ya no será usted una esposa abandonada. Y luego, ¿cómo se dice? ¿eh?, a fin de cuentas una mujer no pasa de ser una mujer. Es prudente, al parecer, y sin embargo, es una mujer. Tomemos las cosas por otro lado. En fin, ¿por qué tanta bulla? Claro que no deja de ser desagradable eso de que se hayan ido sin ton ni son. Pues todo debe tener su razón de ser, su causa natural, ¿me comprende usted? Pero ya que las cosas han salido así, cabe preguntar: ¿a qué vienen los gritos? Pero la respuesta, le pido perdón como a mi propia madre, es que una mujer, dispense usted, no deja de ser una mujer.

Rab Aizik David empezó a entrar en funciones y quería, según su costumbre, tratar el asunto desde otro punto de vista, para volver a analizarlo, luego, una vez más, con un criterio también diferente, adornándolo con matices novedosos y salpicándolo con un poquito de pimienta y de sal, pero en ambos extremos del pontón esperaba mucha gente, que había llegado en el ínterin.

Desde lejos daban voces de enojo contra ese grupo que se había puesto a platicar en aquel lugar, obstruyendo el paso, como si no les importase nada de lo que pasaba en el mundo.

Era tan estrecho el pontón, que no cabían en él dos personas. La gente de un lado debía aguardar siempre a que lo cruzaran los del lado contrario. Por esta razón, la mujer de Sénderl y Rab Aizik David tuvieron que retroceder hacia el extremo del pontón desde el cual habían venido, y lo mismo hicieron Sénderl y Benjamín, volviendo al extremo opuesto, y sólo después de esto el público empezó a cruzar el pontón.

—Por favor, Sénderl, ¿por qué estamos aquí esperando? —habló Benjamín, que fué el primero en volver en sí— Estamos aquí como un muchacho a quien se ata con un piolín a la pata de una mesa. Tuntuelo, estamos a tiempo para salvarnos.

—Tienes razón, por mi fe de judío —exclamó Sénderl alegremente, como uno que se escapa de un aprieto— ¡Vamos, Benjamín, rápido, si no quieres que yo caiga en sus manos! No es un pontón, sino los méritos de nuestros antepasados, lo que nos ha salvado ahora.

Nuestros personajes se pusieron velozmente en fuga y a los pocos minutos se encontraban en un extremo distante de la ciudad. No hicieron muchas cuestiones, liaron sus bártulos y se despidieron de Teterivke.

## CAPITULO DECIMO

¡Hurra, judihuelos rojos!

V RRE, vamos, vamos! —gritó desde su pescante, con voz bronca, un auriga, a punto de atropellar con su balancín a dos mozas que se hallaban en medio de la calle, la más activa de Glupsk, ambas con saquitos de alimentos bajo el brazo: carne, rabanitos, cebollas, ajos, mientras estaban comunicándose sus respectivos secretos, desahogando sus cuitas y gritando a voz en cuello, perceptible a una milla de distancia.

Huyeron las dos mujeres en medio de su plática, cada cual a otro lado de la calle, y prosiguieron su conversación a distancia, sobrepasando con sus gritos a las carretas, coches y carros cargados de leña que se sucedían uno tras otro, impidiendo el cruce de la calle.

—Jasie-Beile ¿vendrás esta noche allá, a casa de la adivina? Yo estaré allí con mi amigo. . . El tuyo también vendrá, me pidió que te lo dijera, pasaremos un rato alegre. Ven, tontuela, que tendrás un gran placer, a fe mía. Y bien, Jasie-Beile ¿vas a venir?

—Mi patrono, consumida sea por las llamas, me convidará esta noche con leudar el pan y preparar la cebada para la sopa. Pero yo me voy a escurrir y vendré. Pero te pido, Dobrisch, por favor, que esto quede entre nosotras, no se lo vayas a decir a nadie.

—Espera, Jasie-Beile, espera. El demonio no se la va a llevar a tu patrono si el almuerzo saldrá una hora más tarde. ¿Que ella quiere comer? ¡Pues que coma gusanos! ¡Ah! Me había olvidado de decirte, Jasie-Beile.

No zarandees tanto la harina. La molinera no está satisfecha de tu salvado.  
¿Cuánto te quedó de las compras de hoy?

—¡Sinvergüenza, sinvergüenza! ¡Agárrenlo a ese desfachatado! ¿Qué novedad es esta de quitarle a una las cosas? ¡Quitado sea él de la tierra!

—¿Qué pasa ahí, Jasie-Beile? ¿Por qué gritas tanto?

—Un estafador, Dobrisch. Casi, casi me arranca la bolsita de alimentos de debajo del brazo. Por suerte me di cuenta a tiempo.

—Mira, mira, Jasie-Beile. ¿Qué ocurre allí, por qué corren tanto? Sin duda, algún incendio; es el segundo de hoy. Hasta la noche puede haber varios incendios más.

—No se oyen campanadas, Dobrisch. Si fuera un incendio harían repicar las campanas.

—¡Chit! Ahí viene la comisionista. Le voy a preguntar. ¡Sime-Dvosie, Sime-Dvosie! ¿Por qué corren tanto?

—No sé, no hay mal alguno. Tal vez sepa Nejama- Guise.

¡Nejame-Guise: ¿qué rueda han hecho allá, querida? Sus patos gritan tan fuerte que no dejan oír nada.

Hudel ha dado a luz hoy; le va a comprar los patos. ¿Tiene usted también gallinas? Son patos muy gordos; hoy ha sido imposible conseguir huevos. ¿Por qué hay tanto barullo allí?

—¡Qué sé yo! Unos Judihuelos Rojos. Oí que gritaban: "Judihuelos Rojos".

—¿Cómo? ¿Han llegado los Judihuelos Rojos? ¡Ay, ay, ay! Conviene ir a ver este portento — gritaron todas al unísono y se abalanzaron hacia el corro.

—¡Hurra, dragón, cerasta! ¡Hurra, Judihuelos Rojos! — chillaba un grupo de pilletes en medio del corro.

Estos Judihuelos Rojos no eran otros que nuestros personajes, Benjamín y Sénderl, quienes, poco después de lo que ocurriera con ellos allá en el pontón, se vinieron a Glupsk, donde al poco tiempo adquirieron fama. Muchos judíos piadosos de allí se sentían transportados de alegría al verlos, como cuando miraban al zapaterito milagroso que en aquel entonces se había revelado en Glupsk.

Toltze y Traine, dos judías ancianas bien conocidas, almas piadosas, que, según era público, se engalanaban todas las tardes con sus vestidos sabáticos, sus polleras de fiesta y sus pañoletas estrelladas, y salían a las afueras de la población para aguardar la llegada del Mesías, éstas fueron las felices mortales que encontraron del otro lado del puente a nuestros dos personajes, a su arribo de Teterivke, y los hicieron entrar en buena hora en Glupsk. Ya en su primer encuentro ambas mujeres se informaron de todo y supieron en seguida lo que Dios les había enviado en suerte. Toltze y Traine se miraron asombradas, se codearon y cuchichearon: "¿Y bien, Toltze, y bien, Traine?" El corazón les decía que no se trataba de hombres vulgares. Toltze y Traine sentíanse regocijadas con la presencia de nuestros personajes, parecían haberse vuelto más jóvenes, sus corazones rebosaban de gozo al oír hablar del viaje famoso, contemplaban a los recién venidos y seguían toqueteándose con una sonrisita: "¿Y bien, Toltze, y bien, Traine?". . . Luego Toltze tejió para ellos medias, Traine les arregló sus camisas, les agregó cintas, y ambas se sentían felices, en extremo dichosas, lo mismo que en su época de novias, antaño, en su mocedad. En una palabra, nuestros personajes hallaron en Glupsk a gente

que supo apreciarlos. Es que sólo Glupsk es capaz de comprender y apreciar a individuos como ellos.

¡Todos a Glupsk, hijos de Israel! ¿Por qué os arrastráis, buena gente, y os perdéis en la ociosidad, en los pequeños villorios, en torno de la estufa? ¡Id a Glupsk, por todos los demonios! Allí encontraréis vuestros iguales, allí os aguardan vuestras Toltzes, vuestras Traines, almas santas; allí podéis crecer, haceros felices. Allí podéis agrandar, tener éxito, cobrar fama y disfrutar de la vida. ¡Todo el mundo a Glupsk!

He aquí cómo describe nuestro Benjamín a la ciudad de Glupsk.

Cuando llegáis a Glupsk por la calle de Teterivke, haréis el bien de saltar un lodazal, luego otro, y algo más lejos un tercer barrial, el más grande de todos, el cual afluyen, con perdón sea dicho, las zanjas de agua estancada y el contenido de las palanganas caseras, las que traen de todo, cada día otro artículo, objetos variados de todos los colores y de diversos olores, como cuadra al asunto, y gracias a lo cual resulta fácil adivinar qué día es. Si, por ejemplo, afluyen allí chorros amarillentos de arena, con la que se lava los pisos, y arrastran escamas, patas, cabezas y menuditos de gallina, y fragmentos de pelo con trozos de patas tostadas, sabed entonces que estamos en viernes; coged, por favor, una escobilla y una rasqueta y corred a la casa de baños. Si llegan hasta allá cáscaras de huevos, de cebollas, de rábanos, tendones de hígado, colas de arenque y grandes huesos vaciados de medula, ¡ah!, en este caso, hijos de Israel, disfrutad de un sábado dichoso. ¡Qué os haga provecho el budín sabático! Mas, si veis que el agua de las zanjas apenas se mueve, que se arrastran allí montoncitos de cebada, trozos de masa endurecida, un trapo roto y un plumero deshecho, señal que hoy es domingo. El aguador no ha traído

todavía el agua, a duras penas han extraído un poco de la barrica para lavar como quiera que sea las ollas de! horno y las cacerolas de barro. Y así, en todos los demás días de la semana, cada charco tiene su -aspecto propio, su figura especial, su aroma particular.

Una vez que hayáis cruzado en paz también este lodazal, pasaréis, señores, delante de un montículo de residuos, restos de una casita quemada, encima del cual se encuentra habitualmente una vaca, que rumia, mueve la boca y mira estúpidamente a la grey de judíos que corren abajo, como envenenados, llevando en la mano un bastón, una varita, un paraguas; de vez en cuando ella lanza un resoplido, un suspiro vacuno, cual si suspirase y se quejase, valga la palabra, de aquel público, así como de su triste destino por haber caído —¡pobre- cita!— en aquellas manos. . . Pasando este montículo, caminaréis derecho, siempre derecho. Tal vez, por imprudencia, tropecéis con las piedras puntiagudas del aljibe, dispersas a troche y moche, y si os caéis, haréis el bien de levantaros, si podéis, y seguiréis avanzando, avanzando siempre, si es que no os habéis roto una pierna, hasta que llegaréis a cierto lugar. Allí está el centro de Glupsk.

Si se admite la hipótesis de que a la calle de Teterivke se le puede dar el nombre de "estómago de Glupsk", cabe reconocer con justicia que el lugar supracidad constituye su corazón, el sitio donde palpita de día y de noche y donde está concentrada la savia vital, la vida misma. Allí se levantan almacenes, tiendas, armarios, roperos secretos en los que los sastres esconden los sobrantes: paños, cordones, cintas, terciopelos, trozos de piel. Hay allí una agitación continua, un movimiento incesante, un público abigarrado, que mal no le pese: judíos que se empujan unos a otros y reciben — ¡pobrecitos!— golpes de balancín de los carros y carretas. Dicen

los médicos de Glupsk que cuando se hace la autopsia a un judío glupskense, se encuentran habitualmente en su cuerpo fragmentos de un balancín. Pero no se puede confiar demasiado en los médicos de Glupsk; un papel mucho más importante desempeñan allí los curanderos. En aquel lugar se oye gritar siempre, por muchachos desarrapados que andan voceando con rara tonada: "¡Garbanzos calientes, señores! ¡Aquí, empanadas, ajo, cebollas!" A veces, en la hora del crepúsculo, se reza allí en compañía, se recita la bendición de la luna nueva y se grita a voz en cuello, a todos los que pasan: "¡Salud, amigo!". En aquel sitio se encuentran los mozos de cordel, la cintura envuelta por gruesas sogas; antiguos soldados de botas viejas y capotes ajados; vendedores de ropa que ofrecen pantalones viejos, caftanes, sacos y otros trapos. Y en medio de todo aquel fárrago aparece el "pan"<sup>4</sup> sereno, comiendo con gran deleite un pan entrelazado que algún judío le diera el sábado por haberle despabilado las velas, y pone especial cuidado, al dar un mordiscón, que no se le caiga al suelo ni una miga siquiera. Ladrones de carteras ambulan por allí, listos para hacer sus artimañas. Una muchacha embadurnada, de cabellera revuelta y desgredada, salta de repente, como salida de bajo tierra, ruge, pide limosna con voz bronca, se prende de los faldones de la gente y grita, resuella, llora, cual si la hubieran degollado y robado su dinero. Una pandilla de pilletes corre, lanzando hurras, detrás de un loco lindo, que canta canciones tristes, mitad en idisch, mitad en polaco, y lleva la cabeza cubierta por un sombrero arrugado. En un rincón, un mozo exhibe cierta cajita, la gente mira a través de una abertura, mientras él, haciendo

<sup>4</sup> Señor, en polaco.

muecas, va enumerando sus patrañas: "Esto es Londres. Este es el Papa que va a caballo vistiendo pantalones rojos y todos se descubren ante él. Ahora veis a Napoleón y a sus francesitos peleando con los prusianos que huyen como cucarachas. En este momento pasa en coche una dama acompañada por el Turco, con su general en jefe que maneja, látigo en mano; los caballos acaban de asustarse, tumban el coche, el Turco, ¡pobrecito!, se cae y se lesiona, y la dama trata de escabullirse. Bueno, basta de mirar tanto por un centavo". A un lado se ve una hilera de mujeres sentadas con sus bateas repletas de manojos de ajo, pepinos, cerezas, uvas agraces, moras, manzanas, peras y otras frutas. A un costado se levanta, quebradiza, una vieja casilla encorvada, sin puertas ni ventanas, que, según refieren personas provecas, albergaba en un tiempo a un centinela, al que toda la ciudad acudía a admirar entonces. Cerca de la vieja casilla, de la que todo Glupsk se enorgullece como de una fortaleza antigua, debajo de un techito cubierto de tablillas carcomidas, de paja y bolsa putrefactas, apoyado en cuatro postes retorcidos, está sentada Dvosie la Mercachifle, rodeada de bateas por todos los costados. A su lado tiene siempre su olla de brasas, sobre la que se sienta en invierno, como una clueca sobre sus polluelos, durante todo el día, ininterrumpidamente, menos cuando baja para azuzar los carbones y sacar de la ceniza las papas que pone allí para asar.

De aquellos judíos —circula una leyenda muy antigua— que el rey Salomón enviara en barcos hacia el país de Ofir en busca de oro y otras mercancías extranjeras, muchos, por causas diversas, se quedaron allí. Con el tiempo abrieron en la India importantes casas de comercio y grandes oficinas, alcanzaron notoria distinción entre los autóctonos,

desempeñaron distintas comisiones y fueron muy favorecidos por la suerte. Más tarde, empero, giró la rueda de la fortuna y nuestros mercaderes quebraron y tuvieron que huir. Parte de ellos se extraviaron en el desierto, otros cruzaron la frontera, ocuparon veleros y navegaron por el río Piatignílevke, que en aquel entonces desembocaba directamente en el mar. Así fueron navegando, navegando, hasta que, súbitamente, se desencadenó una tempestad, las olas llegaron hasta el cielo, destrozaron los veleros y arrojaron a la gente sobre la ribera. Allí edificaron una ciudad y le dieron el nombre de Glupsk.

Los investigadores del pasado, capaces de convertir con su vasta ciencia una nada en un elefante, dedujeron de esta leyenda toda una teoría y demostraron con mil argucias, según su costumbre, que ella encierra una parte de verdad. Las pruebas que aducen en apoyo de su tesis, son: primero, el aspecto de las casas, bien extraño por cierto, muy a la antigua, tal como eran hace miles de años, cuando los hombres habitaban todavía en tiendas y se revolcaban en cuevas. Muchas casas de Glupsk, en efecto, se parecen a cuevas y otras se asemejan a las tiendas de los tártaros; por su aspecto y por su posición parece que no hacen buenas migas entre sí. "Ya que tú estás metida dentro de la línea, yo, por llevarte la contra, me saldré bien afuera de ella; tú estás de costado, pues yo me pondré de revés; tú quieres tener un peldaño afuera, pues entonces yo prefiero una escalerilla y el que necesite, se molestará en ascender. Y ya que tú alzas tan en alto tu techito remendado, yo inclinaré el mío bien hacia abajo. Y al que no le guste que cierre los ojos". . . En suma, todo esto insinúa tiempos antiquísimos. En segundo lugar, las costumbres de los habitantes. Obsérvanse entre ellos hasta el día de hoy hábitos que provienen de los

idólatras, en medio de los cuales vivieron antiguamente. La escritura ciencia del cálculo no rigen allí, de modo que todos los asuntos de la comunidad y las sociedades son manejados allí sin libros y sin que los jefes rindan cuenta a nadie. En tercer término, las castas. Los habitantes se clasifican allí en varias castas, como antaño entre los hindúes, a saber: la casta de los trágalo todo, que dominan con brazo fuerte; la de los adictos, incondicionales de los trágalo todo, por quienes pelean con sus adversarios, recibiendo en premio ciertos sueldos y carne gratis; la secta de los embaucadores, que lleva a la gente a situaciones difíciles, mientras ellos mismos se escurren hábilmente. Estos individuos, a su vez se clasifican en laicos, que intervienen en asuntos de comercio, y en hipocritones, que mandan en cuestiones de la fe. Está, además, la casta de los cobardimudopobres, integrada por el grueso del pueblo desheredado, supeditada a todas las otras castas y a las cuales teme como a la fiebre maligna. Viene luego, en cuarto lugar, la moneda, descubierta allí al hacerse las excavaciones para la curtiembre. Una faz era borrosa, apenas si se distinguía un trozo de delantal pegado a un palo y abajo había algo que se parecía a una pequeña batea, de la cual emergían fragmentos de cabezas. La otra faz de la moneda era casi lisa, pero observándola bien se descubría una inscripción en caracteres arcaicos: IOSCHLOG V'ANOF. Los sabios se quebraron la cabeza estudiando esta inscripción, dando de ella diversas interpretaciones, cada cual a su modo. Algunos sostuvieron la hipótesis de que las letras I y G, al comienzo y final de la palabra IOSCHLOG, no eran tales letras, sino trozos de adornos, que quedaron borrados con el tiempo; en consecuencia, esas palabras significarían OSCHLO, árbol, y V'ANOF, rama, que es lo que encarnan el palo y el delantal. Otros

interpretaron la cosa en forma distinta y los sabios alborotaron el mundo con sus explicaciones, hasta que, finalmente, vino uno dotado de ojos abiertos y descubrió que la inscripción se compone en realidad de iniciales, correspondientes a "Iehudi Ofir SCHebou Lekán Glupsk Venisiaschbi Al Naar Piatignilevke" ("Judíos que vinieron aquí a Glupsk se radicaron a orillas del Piatignílevke"). El palo, el delantal y la bateíta con las cabezas simbolizan el barco con su vela y los pasajeros. Este sabio escribió un grueso libro sobre el asunto y en él pide que se proceda a limpiar el río, en cuyo lecho se encontrarían muchas otras cosas que arrojarían luz en lo tocante a los orígenes de los judíos de Glupsk. Mas los habitantes de ésta se resisten a efectuar la limpieza, sosteniendo que lo que legaron las generaciones debe subsistir tal cual, y ningún ojo humano tiene que penetrar en aquel misterio. . .

Dentro de la ciudad existen unos treinta o cuarenta pantanos, incluso los zanjones, los que se comunican por conductos subterráneos con el Piatignílevke, y en ciertas épocas, especialmente en vísperas de Pascua, desbordan e inundan las calles con un fango tan espeso y alto, que hasta los habitantes de mayor estatura se embarran las gorras al caminar. En las noches oscuras Glupsk es alumbrada por una sola pequeña linterna y es resguardada por un par de centinelas. Sin embargo, se camina allí de noche, quebrándose la crisma, y con frecuencia se producen también robos, a pesar de la vigilancia. De esto se deduce precisamente que no es posible asegurarse ni resguardarse y que lo que tiene que suceder, sucede, sin que de nada sirvan el ingenio y los recursos del hombre. Por eso —afirma Benjamín— debemos cerrar los ojos y andar siempre a la merced de Dios, animados de confianza, porque seguramente El ordenará a sus

ángeles que velen por nosotros y nos transporten en sus brazos. No se da un paso sin que tenga su destino. "¿Qué más precaución —agrega— de la que puse yo en asegurar mi bolsita con el taled y las filacterias? La guardé en la sinagoga, encima del estante. ¿Qué Jugar más seguro que ése? Sin embargo, porque Dios no ha querido resguardarla, me la robaron también de allí junto con los demás objetos nuestros!"

## CAPITULO DECIMOPRIMERO

### Aventuras prodigiosas en el río Piatignílevke

UANDO nuestros personajes divisaron por vez primera el río Piatignílevke, quedáronse pasmados de asombro. Nunca habían visto otro igual. Sénderl afirmó que ese debía de ser el río más grande del mundo. Porque otra cosa no le cabía en la sesera. Ciertamente, no era una broma ese río, cien veces mayor, tal vez, que el de Tuneiádevke. Sénderl, empero, era un hombrecillo simple, no conocía nada más allá de Tuneiádevke, tampoco era muy letrado, de modo que cualquier cosa que no fuese como en su pueblo le parecía maravilloso y lo tenía .por lo más excelso de la tierra. Benjamín, en cambio, mucho más docto que él; que había paladeado ya, como se dice, en libros varios, una pizca del gay saber; que conocía un poco la descripción del Paraíso Inferior, de los extraños seres de la India y de otras cosas por el estilo, aun cuando a primera vista quedaba atónito en su fuero interno, solía, sin embargo, hacer una mueca y una sonrisita, cual si dijera: "¡Bah, tonterías, esto no es nada en comparación con lo que falta todavía!"... Demostróle, pues, a Sénderl que el Piatignílevke era un lodazal, un simple montón de excremento, con perdón sea dicho, comparado con el Jordán, mucho más grande que él. Ese Piatignílevke no le alcanzaría al Toro Silvestre<sup>5</sup> para una sola dentellada, y no como el Jordán, cuyo nombre significa hipérbole, multitud, un Jordán!

<sup>5</sup> El Toro legendario, que, lo mismo que el Leviatán, servirá de alimento para los piadosos, al advenimiento de Mesías, según la leyenda judía.

—¿Sabes, Sénderl, lo que se me ocurre? —dijo Benjamín después de permanecer largo rato pensativo al borde del Piatignílevke— Se me ocurre que deberíamos salir de aquí por el agua.

—¡Dios sea contigo! —exclamó Sénderl, horrorizado— Recuerda, Benjamín, que el río nuestro se lleva todos los años a una persona. ¡Cuanto más este río! ¡Quién sabe cuánta gente ha de llevarse por año! ¡Ten piedad de nuestras vidas, de tu mujer e hijos, Benjamín!

—¡Confianza, Sénderl, confianza! Cosa judía es la confianza: con ella atravesó el Jordán nuestro patriarca Jacob; con confianza, como ves, abren aquí los hijos de Israel sus grandes almacenes. Todo lo que ves aquí es pura confianza. Hasta las escaleras y los cielorosos, así como muchos grandes edificios, se sostienen aquí únicamente a base de confianza.

—¿Pero por qué pretendes viajar por agua —preguntó Sénderl— si podemos hacer lo mismo por tierra?

—Tengo para ello bastantes razones —replicó Benjamín— En primer lugar, el trayecto por agua resultaría, a mi entender, más corto y más rápido también, y nosotros debemos tratar de llegar allí lo antes posible. Cuanto antes, tanto mejor. ¿Por qué? Eso lo sé yo, eso ya es cosa mía. A mí me presiona, Sénderl, me presiona fuertemente, me picotea aquí en la cabeza; yo quisiera estar allí con cuerpo y alma. Si fuese posible, volaría hacia allá como un pájaro por el aire. . . En segundo lugar, cuando Benjamín de Tudela, en su tiempo, salió de viaje, navegó también en un principio por el río Ebro, así lo dice expresamente su libro. No hay duda que si él, primitivamente, viajó por agua y no por tierra, eso significa que así debe ser y no de otro modo. El seguramente sabía lo que hacía, pues era tan perspicaz como todos nosotros, por vida mía. Rab Benjamín fué un

precursor, viajó antes que nosotros, y nuestro deber es hacerle caso sin vacilar. . .

—Si es así —observó Sénderl— entonces vamos bien. Por mi fe de judío, Benjamín, que no sólo por el río, sino que si Rab Benjamín de Tudela hubiese ido antaño montado en una trébede, nosotros, sin titubear, deberíamos, a nuestra vez, ponernos en marcha montando una trébede.

—Y en tercer término —interrumpióle Benjamín— no está demás que nos habituemos a viajar por agua antes de que nos toque, más adelante, cruzar el océano. Hasta diría que, antes de terminar con nuestras cosas aquí en Glupsk, no sería desacertado que intentáramos navegar un poco así nomás por el río. Allí, allí, mira, hay un individuo con un bote. Vamos, por vida mía, démosle algo y que nos lleve a dar una vueltita.

Algunos minutos después, nuestros viajeros, animados de valor, entraron en el bote y salieron a navegar por el Piatignílevke. En un principio, es verdad, tuvieron miedo. Sénderl se sintió mareado, le temblaban los brazos y las piernas. Parecíale que de un momento a otro iba a tumbarse el bote, él se hundiría en los profundos abismos del río, su vida tocaba a su término, su mujer quedaba viuda. Al rato, empero, sintióse algo mejor.

—No es nada, Sénderl —consolóle Benjamín, una vez que desembarcaron— No importa que a uno se le dé vuelta la cabeza y se sienta mal. Esto es el mareo, que debe sufrir todo aquel que anda por primera vez por el mar. La segunda vez, ya lo verás, estaremos mejor y no sentirás nada.

A partir de entonces, nuestros personajes salían a recorrer a menudo el río, lo que les causaba gran deleite. Sentíanse tan reconfortados, que les pareció un juego atravesar el océano.

Benjamín, por intermedio de Sénderl, entraba en conversación con el botero y lo acosaba a preguntas, como ser: "Sénderl, pregúntale al capitán cuántas millas tenemos desde aquí hasta el mar? Pregúntale si hay islas. ¿Qué gente vive en ellas? ¿Hay judíos entre sus habitantes? ¿A quién pagan tributos, conocen los males del cautiverio?". O bien le decía: "Pregúntale, Sénderl, al cristiano, de gusto nomás, acerca de los Montes de Naisabur y de Cafar al Turak. ¿Sabe algo respecto de las Diez Tribus? A lo mejor ha oído hablar de ellas". Y así por el estilo no cesaba Benjamín de formular sus preguntas.

Mas, el escaso léxico ruso que Sénderl había aprendido siguiéndole a su mujer a la feria, no bastaba para estas elevadas cuestiones. Regatear el precio de los huevos, de las cebollas, de las papas, eso, como quiera que sea, estaba en condiciones de hacerlo todavía; pero sostener una plática con un capitán sobre temas docto;, eso no podía hacerlo de ninguna manera. Daba pena ver cómo Sénderl se martirizaba en esas conversaciones. Hablaba con las manos y con los pies, hacía intervenir todos sus órganos, se cubría de sudor, daba lástima, en suma. Su capitán escupía, charlaba, lo miraba de reojo, irritado, y por el otro lado Benjamín no lo dejaba en paz, lo codeaba y le miraba en la boca.

Sénderl preguntó al botero, en su lenguaje pintoresco, si conocía los Montes de Naisabur. Mas, a pesar de sus esfuerzos, el otro no llegó a entenderle.

—Dile, Sénderl —gritó Benjamín— dile que es una montaña. Píntasela como puedas.

Sénderl alzó las manos en alto, gesticuló como para dar la idea de un montículo, mientras daba voces: "Muy, muy alto".

—¡Puf! — escupió el nazareno, mandándole a los mil demonios.

De sus excursiones por el Piatignílevke refiere Benjamín cosas maravillosas, aventuras que han causado sensación en el mundo. Aquí sólo traeremos una parte de ellas.

Navegando un día por el Piatignílevke, divisó Benjamín en medio del río un amplio lugar cubierto de follaje, cuyo verdor llamaba poderosamente la atención. Creyó que se trataba de una isla cubierta de hierba y de plantas olorosas y hasta sacó una pierna y quiso saltar sobre el islote, pero el capitán del bote lo asió repentinamente por atrás, lanzando un grito, y lo arrojó con todas sus fuerzas dentro de la embarcación, al punto de que quedó largo rato como atolondrado. No oía sino un alboroto, un bullicio en torno del bote, como si éste luchase con alguien mientras seguía su trayectoria con gran dificultad. Más tarde, cuando volvió en sí, díjole el incircunciso que había estado en peligro de ahogarse dentro de aquel verdor, que no era una isla, como él suponía, sino una especie de germinación con que florece el Piatignílevke todos los años.

"Pero yo —así escribe Benjamín— no me quise dejar convencer que aquello fuese una florescencia. Verdad es que tenía cierto aroma, pero en mi vida no había oído yo, ni encontré jamás en mis libros, que el agua floreciese. Pues si así fuese, tendría que producir luego alguna fruta, sobre la cual habría que hacer esta bendición: "¡Alabado sea el Creador de la fruta acuática!" Tengo para mí que aquello era el formidable pez marino

Kaleino, del cual existe una hermosa descripción en el libro "Sombra del Universo" y que dice así: "Este tremendo pez se cubre de hierba y de tierra, al extremo de aparentar ser una isla, y los que navegan por el mar creen a veces que aquello es una hermosa montaña y descienden en ella, hacen lo que tienen que hacer, cuecen su comida, y cuando el pez, a causa del fuego, empieza a sentir calor, se sumerge en los precipicios y todos los que acampaban sobre él se hunden". De aquí justamente se desprende una prueba irrefutable para todos aquellos raros pensadores según los cuales los habitantes de Glupsk provienen de la India. Es que navegando desde allí por el Piatignílevke en los tiempos pretéritos, arrastraron consigo al Kaleino, oriundo, en efecto, de la India y que tiene la costumbre de seguir a los barcos".

Un día, mirando fijamente dentro del río, descubrió Benjamín ciertos seres parecidos a figuras femeninas.

"Hace mucho tiempo —apunta Benjamín— he leído en los libros que existen hombres marinos, acerca de los cuales da su testimonio el autor de "Sombra del Universo" en los términos que siguen: "Su cabeza, su cuerpo, su rostro y su pecho parecen los de una doncella, cantan maravillosamente y se llaman Schereino. Personas provecas y verídicas, en cuya palabra puede confiarse plenamente, me han contado haber visto a esos hombres acuáticos entre los titiriteros que, después de la función, los exhiben a cualquiera, previo pago de algunos centavos;-pero hoy he tenido la suerte de verlos con mis propios ojos. Con gran sorpresa señalé las doncellas al botero, y él me mostro unas lavanderas que se hallaban al margen del río lavando ropa. Yo le indicaba hacia abajo, dentro del agua, él me señalaba hacia arriba, hacia la costa. Y porque no entendíamos nuestros respectivos

lenguajes, él no supo lo que yo le mostraba, ni yo comprendí lo que él me indicaba, de manera que no pude averiguar de él nada que se relacionase con este asunto".

No lejos de la ribera, en las inmediaciones de la ciudad, vió Benjamín cierto lugar en el río, donde el agua era extrañamente espesa, parecía congelada en algunos puntos, como si fuese témpanos, y en otros sitios aparentaba ser más densa aún. Este agua la extraen los aguadores para uso de los habitantes de la localidad. Allí los témpanos se diluyen con agua simple, en un barril, y es utilizada para preparar las comidas.

"Yo mismo —escribe Benjamín— he probado la comida hecha con este agua, y ojalá sea yo tan digno de participar del banquete que se haga con el Leviatán, como que era bien exquisita. Un guiso aderezado con dicha agua es un manjar de reyes; yo me he llenado los bolsillos con ese agua y a Sénderl le ordené que hiciera un bulto con él, porque en nuestro largo viaje por los mares y los desiertos podría resultarnos de gran utilidad".

Alegres y contentos iban una tarde nuestros personajes por los alrededores de la ciudad, riéndose y chanceando, se miraban mutuamente en los ojos y experimentaban un gran placer. Parecían una pareja de enamorados después de la boda, paseando libremente por el verde césped y deleitándose con cada palabra, con cada mirada. ¿Qué era lo que inspiraba tanta alegría a nuestros héroes? ¿Por qué, en verdad, se sentían tan jubilosos, por qué saltaban, cantureaban y hacían muecas como orates? Sucedió, señores, que habían determinado abandonar al día siguiente, sin más trámites, a Glupsk y tomar rumbo allá lejos. . .

Y mientras marchaban de esta manera, alegres y animados, salióles de pronto al encuentro un carricoche, en el que venían dos judíos; uno de ellos manejaba y el otro estaba sentado al borde, la gorra echada hacia atrás, con una pajita metida entre los labios, señales evidentes de que su cabecita tramaba en aquel momento alguna combinación complicada y trabajaba a todo vapor.

Miraron ambos judíos a nuestros alegres personajes, los observaron de arriba abajo y en el acto entablaron con ellos una conversación. La primera pregunta, como corresponde, fué el lugar de dónde venían y la segunda, respecto de sus nombres. Seguidamente vino el chorro restante de interrogaciones que un judío plantea generalmente a otro cuando se encuentran por primera vez. No necesitaron más nuestros protagonistas. Abrieron la boca y se pusieron a contar todo lo que llevaban dentro de su colete. Miráronse los dos judíos sonriendo cuchichearon un rato, y el de la gorra empinada y la pajita en la boca observó: "¡Bah, no importa, eso pasará, y en el peor de los casos será cuestión de unos rublos más". . .

—¿Sabéis una cosa? —dijeron finalmente los judíos— Nuestra ciudad, ciertamente, merece también el honor de contar en su seno a dos personas tan ilustres como vosotros; os rogamos por eso muy solícitamente, por vida nuestra, que, sin hablar más, toméis asiento aquí, al lado nuestro; os garantizamos que seréis recibidos honrosamente, con comida, con bebida y con todo lo que sea menester.

—A fe nuestra que quisiéramos complaceros —respondió Benjamín— pero hemos resuelto salir mañana sin falta por vía fluvial.

—No lo toméis a mal —respondieron los judíos— Habláis, con perdón sea dicho, tonterías. ¡Valiente agua el del Piatignílevke! Esto, dispensadnos

la expresión, es un meadero, una porquería, un lodazal putrefacto, un pantano recubierto de floración musgosa. ¡En nuestra ciudad, en cambio, tenéis el Dnieper, que desemboca directamente en el mar! Desde allí, con la ayuda de Dios, llegaréis rápidamente a vuestro destino. No os empecinéis, por vida nuestra. ¡Vamos, arriba, al carro!

—¿Qué me dices, Sénderl? —interrogó Benjamín — Accedamos tal vez al pedido de esta gente y acompañémoslos.

—¡Qué me importa a mí! Si quieres ir, vayamos.

No pasó mucho tiempo y nuestros personajes se ubicaron en el carro, muy satisfechos por la distinción de ir como invitados, y ya se imaginaban los honores que les aguardaban. Tuvieron un camino muy entretenido. Los judíos no les quitaban ojo, vigilaban sus pasos, les mimaban con alimentos, con bebidas, como a una parturienta. Nunca se habían figurado cosa igual nuestros héroes.

Al día siguiente, al atardecer, llegaron, sanos y salvos, al pueblo de Dnieperovitz. Los judíos los condujeron a una fonda y les hicieron servir una rica cena.

—Hoy os sentís cansados del viaje, tenéis sueño — dijeronles— Por eso es preferible que os vayáis a descansar temprano. Mañana, si Dios quiere, cuando amanecáis buenos, frescos y fuertes, os llevaremos a ver a ciertos altos personajes, intervendremos ante ellos con una buena palabra, y si os reciben, podréis contar con todo lo que os haga falta y estaréis en condiciones de emprender en seguida vuestro largo viaje. Buenas noches.

—Buenas noches, buen año —contestaron nuestros personajes. Y acto seguido recitaron el Krias Schemá<sup>6</sup> se acariciaron un poco el vientre, bostezaron, se rascaron, como es costumbre, y se fueron a dormir con el ánimo regocijado.

<sup>6</sup> Oración que se recita antes de acostarse, como prevención contra los malos espíritus nocturnos.

## CAPITULO DECIMOSEGUNDO

### Benjamín y Sénderl víctimas de un ardid

SOCORRO! ¡Quiero confesarme, dejad por lo menos que me confiese! — chilló Sénderl en sueños con voz abrupta, despertando con sus gritos a Benjamín.

Este, más muerto que vivo, saltó de su lecho, echóse rápidamente un poco de agua sobre las uñas y corrió hacia Sénderl, para ver lo que pasaba con él.

Afuera empezaba a clarear y en todas partes reinaba el silencio. Sólo se percibía el ronquido de la gente que dormía dentro de la casa; cada cual roncaba a su manera: uno con voz de trompeta, otro como un violón, un tercero en voz baja, en forma entrecortada, mientras que un cuarto la estiraba más alto, con aire de irritación, a semejanza de alguien que plantea preguntas, mientras se acompañaba soplando los mofletes. En conjunto aquello resultaba un concierto nasal, en el que las narices trabajaban celosamente, a toda orquesta, ejecutando un himno en honor de las famosas chinches de Dnieperovitz, en tanto que éstas se deleitaban afanosamente con los durmientes, chupando su sangre, su sangre judaica.

Durante mucho tiempo había cebado Dnieperovitz a sus chinches, a sus antropófagos, en aquella terrible posada, la solitaria y triste posada judía. Dondequiera que había una chinche se venía arrastrando hacia aquella posada, para chupar allí la sangre hebrea. . . Todo judío, al llegar a Dnieperovitz, venía ya preparado a la idea de que le costaría un poco de sangre y que no saldría de allí sin aquel tributo. "Muerde, muerde,

"dnieperovitz"; hiede, hiede, chinchecilla; escribe, escribe de una vez tus rastros sangrientos, y vete, vete a los mil demonios".

—¿Por qué gritas tanto, Sénderl? —preguntó Benjamín al acercarse a su lecho— ¿Alguna chinche que te ha dado un mordiscón demasiado fuerte? ¡Qué horror! ¡Cuántas chinches hay aquí! En toda la noche no me han dejado cerrar ojo. Hace apenas un ratito que he podido dormirme.

—¡Ay, ay! Huyamos ligero — seguía gritando Sénderl, atolondrado.

—Dios sea contigo, Sénderl. ¿Qué estás diciendo? ¿Y qué hay si una chinche le muerde a uno? Para eso es una chinche y tú un hombre. . .

Miró Sénderl a Benjamín durante varios minutos, como aturdido. Luego se restregó los ojos y dijo suspirando:

—¡Ah! He tenido un sueño muy malo. ¡Ojalá termine en nada ese sueño!

—¡Bah! Vaya con lo que puede soñar un hombre

—repuso Benjamín— Yo también he soñado hoy que un dragón se había acercado velozmente hasta mí, miróme fijamente y me dijo: "¿Usted es Rab Benjamín de Tuneiádevke? Venga usted, con perdón, allá lejos, lejos, donde se encuentra Alejandro Magno con su ejército, el cual se muere por conocerle a usted". Yo me abalancé; el dragón corría delante mío, y yo tras de él. "Corre usted, que esto no le pese, como una flecha salida del arco; no puedo seguirle", oí gritar a alguien detrás de mí. Volvíme y vi a Alejandro Magno. "¡Señor rey!", exclamé y lo tomé de una mano y se la oprimía, la oprimía, pero de pronto un terrible hedor invadió mi nariz haciendo que casi me desmayara. Desperté y vi en mi mano una chinche aplastada. . . ¡Puf! Escupe tres veces, Sénderl, hazme el bien, y olvídate de tu sueño. ¿Qué es lo que has soñado?

—¡Puf, puf, puf! — escupió Sénderl cándidamente tres veces y se puso a contar su sueño: — Estaba yo soñando que andaba así no más por la calle y que me iba lejos, muy lejos. De pronto, alguien me agarró por atrás, me metió en una bolsa y me estuvo llevando, hasta dejarme en cierto lugar. Yo sentía que alguien desataba la bolsa y me asestaba una bofetada, pero una bofetada de ordago, que me hizo saltar dos muelas. "Aquí tienes a cuenta —oí que me decían—, luego te daré el resto". Miré, y vi en frente mío a mi mujer, tocada de un sombrero, encendida de ira, los ojos ardiendo como un fuego vivo y de su boca salía una espuma. "Espera un poco, espera, tunante —me habló, riéndose—. Iré en busca de una trébede y te voy a demostrar cuán grande es el Dios que tenemos". Y mientras ella se fué en busca de la trébede, yo alcé los pies y rápido, rápido, me escapé, corrí hasta llegar a una posada. Estaba ésta obscura, resbalosa, sin un alma viviente. Me acosté en un rincón, cerré los ojos y me dormí. En sueños vino a verme mi abuelo Rab Sénderl, que en paz repose, el cual, muy entristecido, con los ojos llorosos, me dijo: "Sénderl, hijo mío, no duermas; como que amas a Dios, Sénderl, levántate, levántate, Sénderl, y escapa de aquí. Huye, Sénderl, adonde te lleven tus ojos, pues te encuentras en un gran peligro". Yo quise incorporarme, pero no pude hacerlo, como si estuvieran sujetándome. Me llévé la mano a la cabeza y toqué una especie de cofia. ¡Ay, ya! Yo no era Sénderl; yo, con perdón sea dicho, era una mujer, sin huellas de barba, llevaba una especie de bata y mi vientre, mi vientre, que esto no le suceda a ningún judío, me dolía terriblemente. "No importa —dijo alguien— un primerizo resulta siempre doloroso". "¡Ay, ay, amigo mío! —grité con frenesí— esto sobrepasa mis fuerzas, estoy por desmayarme". — "Un puñetazo en la nuca es un santo

remedio para esto; así te vas a reanimar —me contestó el otro, y en efecto, me encajó unos cuantos puñetazos.— Toma, aquí tienes por antes, por ahora y para después", agregó y dándose vuelta desapareció.

Apesadumbrado, permanecía yo tendido, tendido, hasta que, con la ayuda de Dios, di un salto y me incorporé. Acerquéme corriendo hasta la puerta. Estaba cerrada. Golpeé, golpeé, golpeé, pero en vano. De pronto alzóse la puerta y apenas yo di un paso, me agarraron unos bandidos y me condujeron a una cueva. Allí extrajeron un gran cuchillo y quisieron degollarme. En el instante en que extendían el cuchillo sobre mi cuello, lancé un grito: "¡Socorro! ¡Dejad por lo menos que me confiese!". Aquí tienes, Benjamín, mi sueño. Ojalá resulte para bien.

—Escupe tres veces más, Sénderl —aconsejóle Benjamín— y sácate el sueño de la cabeza. Por lo demás, si quieres, levántate, que ya es de día, y recita un par de capítulos de los Salmos.

Sénderl bajó suspirando del lecho, se echó agua sobre las uñas, vistióse su guardapolvo, extrajo su libro de Salmos en idisch. Buscó el capítulo décimo, donde había quedado la última vez, y se puso a recitar con triste acento:

Señor: ¿por qué estás lejos?

¿Por qué en el tiempo del pesar te ocultas? .

Su tonada se hizo más melancólica y conmovedora en las estrofas siguientes:

Hunde, Señor, del malo el pensamiento

e irradie tu justicia;

el alma vil destácase en su asiento"

y alaba el fundamento

del robador blasfemo, con malicia.  
Su gélida asechanza  
tiende doquier y mata al ¡nocente;  
como león se lanza  
sobre los pobres que su red alcanza  
y rasga el corazón del indigente.

Terminado que hubo de recitar el salmo, se hizo de día, y los moradores de la casa se levantaron todos. Un samovar, como un gran crisol, hervía en la mesa con estrépito y la gente tomaba el té. A Benjamín y a Sénderl les sirvieron también sendos vasos. Reanimáronse un poco y se tornaron más alegres.

La habitación, que poco antes era un dormitorio, luego un refectorio, convirtiéndose de repente en una casa de oración. Alzáronse las mangas, descubriéronse los desnudos brazos judíos: peludos, lisos, flacos, gordos, negros, blancos, oscuros, de todos los colores y de todas las formas. Cada cual se cubrió con su taled, se colocó US filacterias y se entregó al rezo.

Había allí dos judíos que rezaban con fervor, haciendo muecas, torciendo la boca, haciendo toda clase de ademanes, cual si se sintieran realmente quebrantados. Hablaban al Hacedor del mundo: "¡Padrecito, padrecito!" y se mecían al decir las plegarias más que todos los presentes. Concluida la oración, bebieron una copita de aguardiente, catándola previamente, se relamieron y en sus narices se hicieron ver unos relucientes granos rojizos. Luego dijeron a los presentes: "¡Salud! ¡Salud!", y añadieron: "Dios tenga ya piedad de una vez del pueblo de Israel, ¡pobrecito", mientras ponían los ojos en blanco, lanzaban quedamente un suspiro y se endilgaban la copita.

Señal de que no eran personas vulgares, sino judíos piadosos, honrados, de buena pasta. Entre tanto, uno de esos judíos de fuste se fué a la ciudad, donde permaneció un par de horas. A su regreso, miróle su compañero en el rostro, que brillaba visiblemente, y ambos se mostraron muy satisfechos. Mandaron preparar la mesa, fueron a lavarse las manos, fijándose antes en la jarra, como es costumbre de estos judíos de fuste, e invitaron a nuestros personajes a lavarse también las manos y a sentarse junto con ellos para el refrigerio. En la mesa se mostraron alegres, alabaron a la dueña de casa por sus excelentes manjares y subrayaron el gozo intenso que ella les causaba. Seguidamente iniciaron una plática acerca de los judíos en general, dijeron que era ya tiempo que éstos fuesen redimidos de una vez. ¿Por qué un pueblo como ése, un pueblo de tantos méritos, estaba penando tanto? Enumeraron una sarta de elogios de la raza de Israel, encomiaron hasta el cielo la capacidad de la mente judía.

—¿Qué es lo que no saben los judíos? Todos los inventos que circulan por el mundo, como el telégrafo, el ferrocarril y otras cosas por el estilo se encuentran desde antiguo entre los judíos. Pero todo eso no pasa de ser una insignificancia. Lo esencial es otra cosa: la conciencia, la conciencia judía, he ahí lo principal. . .

Y se lanzaron sobre los herejes, los sabios de hoy en día, maldita sea su osamenta, los cubrieron de improperios, a ellos y a sus escuelas, donde se enseñan blasfemias, con la cabeza en descubierto.

—Dentro de poco —añadieron— se pagará un ducado por leer un capítulo del Talmud y una simple moneda por escribir una petición en ruso. ¡Ah, qué mundo, qué mundo el de hoy, por vida nuestra!. . .

Así estuvieron perorando largo rato y luego pasaron a ocuparse del viaje de nuestros personajes.

—Os deseamos —dijeron— que el Todopoderoso os favorezca con mercedes y os conceda todo aquello que anhelamos en bien de vosotros.

Sentíase Benjamín en el séptimo cielo por esta bendición; además, estaba, como se dice, un poquito tomado. Abrió pues la boca y habló hasta por los codos.

—¿Sabéis una cosa, Rab Benjamín, Rab Sénderl? — hablaron los judíos estirando las palabras, una vez que se levantaron de la mesa—. Nos portaremos sencillamente, como judíos simples, tal como se conducían nuestros antepasados. Después de esta travesía, iremos todos a la casa de baños, para recalentar allí nuestros huesos. Allí podréis cortaros el pelo o afeitaros la cabeza y os haréis otros hombres, a fe nuestra, y después del baño volveremos a ocuparnos de nuestros asuntos. De esta manera, efectivamente, obrando con esta sencillez, todo resultará bien. Tal vez no sea una cosa muy de moda, a los herejes podrá parecerles chocante la casa de baños, pero nosotros no somos "civilizados". Procedamos como lo hacían antaño nuestros abuelos.

Ningún judío renuncia jamás a un baño. Lo que la taberna es para los campesinos, la que es el riachuelo para los gansos y patos, esto y cien veces más tal vez, es para el judío la casa de baños. El gusto que siente en el baño no podrá experimentarlo raza alguna. El baño tiene para él una relación muy estrecha con su religión, con sus sentimientos más íntimos, con su vida de familia. Ningún alma judía se mueve, allá en el cielo, para ir a albergarse en un vientre, no es posible decidirla ni convencerla con cosa alguna, si no es mediante un baño. Esa es la agencia central, la oficina

matriz entre el cielo y la tierra. Antes de que el judío nazca, antes de que mueva uno solo de sus miembros, se tiene ya noticia de él en esa oficina, desde el bañero y la bañera hasta la pedicuro y la masajista. Los sábados y días de fiesta no siente el judío su alma suplementaria si no toma antes sus abluciones en la casa de baños. Sin eso anda como envejecido, falto de frescura. Mirad al judío cuando llega del baño en vísperas del sábado: florece, parece rejuvenecido en varios años, la chispa judía arde en él y resplandece a través de sus ojos, sus sentidos parecen haberse hecho más agudos, más frescos. El aroma del pescado relleno y del dulce friturado penetra cual incienso en su nariz, la que aspira, huele y se llena de placer. Algo empieza a cantar en su corazón, resuena en él un concierto de melodías, entona como un jilguero el Cantar de los Cantares, gimotea como un niño, se enardece, entra en éxtasis, como si estuviera con un pie en el mundo de ultratumba. . . A la casa de baños llega el judío como a una patria, como a un reino libre, donde cada cual disfruta de los mismos derechos, donde tiene la posibilidad de alcanzar, igual que los demás. Un elevado escalón: subirse al banco de arriba, reanimar su alma entristecida, enderezar aunque sea por una hora sus huesos y desprenderse del fardo de preocupaciones y de penurias. ¡He aquí lo que representa el baño para el judío!

Por eso, el proyecto de ir a la casa de baños resultó muy del agrado de nuestros personajes. No hicieron grandes preparativos, y algunos minutos después marchaban en compañía de aquellos dos judíos de fuste.

Imaginábanse nuestros personajes que la casa de baños sería, como en los demás villorios judíos, un edificio sombrío, sórdido por fuera, situado en alguna cuesta, en un rincón perdido, de difícil acceso a través de tablones

ang4:tos y rotosos. De ahí que, al ser conducidos ante un hermoso edificio de tres pisos, en pleno centro, y al decirles sus acompañantes que aquello era el baño, alzaron la vista y miraron llenos de asombro.

—Sois unos verdaderos bobos —burláronse de ellos los dos judíos—. Venid, con perdón, adentro y veréis algo lindo.

Al entrar en la casa, nuestros personajes se sintieron deslumbrados por el piso encerado y por las alfombras que lo cubrían. Parecióles que se hallaban en el castillo encantado de que se habla en "Las mil y una noches". Pronto saldrían a recibirlos princesas, aquí se pasarían la buena vida. Pero en lugar de princesas acercóseles un soldado con charreteras y los invitó cortes- mente a desvestirse.

—Desvestios, por favor —dijéronles los dos judíos. — Nosotros, entre tanto, entraremos ahí al lado para pagar por el baño. No importa, aquí os espera un buen baño turco, sudaréis a mares.

Cuando nuestros personajes se hubieron desvestido, empezaron, como es costumbre, a desinfectar sus ropas. No se componía su guardarropa de una docena de camisas; mudaban de camisa cada varias semanas. Claro está que los pobrecitos se sentían picados, de modo que la limpieza de su ropa era para ellos cuestión de vida. Pero el soldado les quitó sus ropas y los introdujo en una habitación contigua. Había en ella muchas sillas, y en torno de una mesa estaban sentados unos caballeros muy bien vestidos. Miraron nuestros personajes en todas las direcciones, preguntándose asombrados dónde iban a bañarse y cómo podrían sudar allí.

—¿Es aquí el baño judío? —preguntó Sénderl en su peculiar lenguaje ruso, después de que Benjamín lo tocara con el hombro y le ordenara interrogar sin pérdida de tiempo.

Uno de los señores sentados en la mesa contempló a nuestros desnudos personajes, que eran, ¡pobrecitos!, flacos, enjutos, sin una pizca de carne, pura piel y huesos, y les dirigió la palabra en lengua moscovita.

—¿Eh, qué dice ese hombre, Sénderl? — preguntó Benjamín.

—No entiendo palabra —respondió Sénderl, moviendo los hombros—. Mirad un poco el lenguaje que emplea. Lo único que dice sin cesar es "boleto, boleto".

—¡Ah, tontuelo! —exclamó Benjamín—. ¿Qué es lo que no entiendes, tontuelo? Es el bañero y nos pide nuestro boleto, porque en un baño como éste hay que entrar con boleto. Dile que esos judíos ya han pagado por nosotros.

—Escucha, señor: aquellos judíos ya han pa. . . — habló Sénderl, pero de pronto se atascó, como si estuviera ahogándose, sin poder terminar lo que quería decir.

—El boleto, señor, ¡cómo!, los judíos, valga la diferencia, ya lo pagaron — salió Benjamín con su lenguaje característico, explicando las cosas con toda claridad, concisamente.(

La persona que se había acercado a nuestros personajes hizo una seña con la mano y fueron llevados a otra pieza, donde, según creyeron, iban a poder sudar debidamente . . .

Más tarde, cuando Benjamín y Sénderl fueron sacados a la calle, resultaba difícil reconocerlos, tan cambiados, ¡pobrecitos!, estaban: afeitados adelante, sin barbas, sin patillas enruladas, con grandes gotas de sudor en la frente, las caras envueltas en tinieblas, encorvados, encogidos, temblorosos y rodeados por soldados.

Una densa nube obscura cerñióse en el cielo. Un relámpago iluminó bruscamente a aquel grupo, y poco después un trueno retumbó con tanta fuerza que todos quedaron despavoridos. Desencadenóse una tormenta, girones de tierra volaban como demonios, atrapando en el camino residuos, paja, hojas, pedazos de papel, y todo parecía revolotear en un extraño baile, rodaba y rodaba hacia arriba, hacia arriba. . . La manada se vino corriendo del campo, intranquila y rugiente, cual si la persiguiesen lobos hambrientos. Bullía, relampagueaba y tronaba, como si el Omnipotente estuviese irritado contra la tierra pecaminosa y contra todo lo que sucedía en ella; agarrábase de la cabeza, refulgía con sus ojos iracundos, retumbaba y gritaba con su voz tronadora; al fin estalló un terrible trueno, del cielo cayeron gotas de lluvia en los que se mezclaban gotas de pesar y gotas sangrientas de nuestros dos desmazelados tristes personajes.

¡Ah! Ignoraban Benjamín y Sénderl que el peligro no residía en el desierto con sus bestias, víboras, dragones y alimañas, sino que estaba allí nomás, en aquellas comarcas pobladas; aquí era donde el peligro era realmente grande. Aquellos años en que andaban errando nuestros personajes, eran los años duros y sombríos del "reclutamiento" en que un judío trataba de atrapar al otro y Como un león en su guarida; con inhumano porte,

Acechaba para prender al que no tenía pasaporte, con el fin de entregarlo como milico, como holocausto por sus hijos propios o extraños<sup>7</sup>.

¡Ah! No sabían nuestros pobrecitos personajes que ya se encontraban, en efecto, en pleno desierto, en medio de alimañas y bestias feroces y que aquellos dos judíos de fuste eran en realidad unos dragones siniestros.

<sup>7</sup> Hace un siglo, el gobierno zarista imponía a cada comunidad judía la presentación de un número dado de conscriptos. Los jefes de las comunidades, para evitar que sus hijos hiciesen el servicio militar, los hacían sustituir por los judíos pobres o transeúntes que carecían de pasaportes. Muchos individuos, llamados "prendedores", como los dos miserables que describe el autor, se encargaban de atrapar a las víctimas, mediante la fuerza o por medio de ardides. (N. del T.).

## CAPITULO DECIMOTERCERO

### Nuestros viajeros, ¡ay de ellos!, son convertidos en milicos

QUALQUIERA puede imaginarse la triste situación de nuestros míseros personajes, cuan sombría y amarga era su situación, ¡pobrecitos! De más está que nosotros la describamos aquí.

En un principio estuvieron como atolondrados y no comprendían absolutamente nada de lo que ocurría con ellos. Todo les resultaba harto extraño, tanto el cuartel como los soldados, así el lenguaje como las demás cosas que les hacían. El capote colgaba sobre ellos como una bolsa, parecía una pollera, y la gorra militar se erguía sobre sus cabezas, valga la expresión, como una cofia. Mirándolos se tenía la impresión de que todo aquello no pasaba de ser un simulacro; diríase que dos judíos se habían disfrazado y se burlaban de los demás milicos, remedando sus gestos y mostrando a la faz del mundo, con entera libertad, qué bobos eran aquellos hombres con sus armatostes. ¡Guay del pobre fusil que había caído en poder de nuestros personajes! En manos de ellos no tenía cara alguna, lo mismo que una trébede en manos de un hombre que se mete en la cocina y se pone a revolver el horno. Durante los ejercicios de instrucción hacían tales gestos con las manos y las piernas, que aquello parecía una farsa.

Naturalmente, no les escatimaron los castigos, pero ¿dónde está el mal al que no se acostumbre el hombre, según se dice comunmente? Y no sólo el hombre; también los otros seres se habitúan. ¿Qué más libertad de la que tiene un pájaro? Sin embargo,, en cuanto lo cazan y lo meten en una jaula, se va acostumbrando poco a poco, empieza a picotear con apetito los

granos que le alcanzan, salta y canta alegres canciones, cual si el mundo entero, con sus praderas y sus bosques, estuviese reducido para él a aquella estrecha jaula. Nuestro Sénderl, poco a poco, empezó a acostumbrarse a su situación, fijábase cuidadosamente en la marcha de los milicos y trataba de imitar sus movimientos a su manera. Era un contento ver cómo Sénderl, a solas consigo, remedaba las marchas, se estiraba, recto como una cuerda, empinaba la cabeza, inflaba las mejillas a semejanza de un héroe, alzaba las piernas y se ponía a marcar el paso, igual que un pavo inflado, daba vueltas, iba de un lado a otro, hasta que, finalmente, tropezaba con sus propias piernas y se caía. En cambio, Benjamín no podía de manera alguna acostumbrarse a aquellos procedimientos; era, por su idiosincrasia, uno de esos pájaros llamados errantes, que tienen la costumbre de ausentarse a fines del verano y pasan el invierno en comarcas lejanas. La afición a los viajes es tan poderosa en estos pájaros, que, si se les encierra en jaulas, la vida pierde para ellos todo interés, dejan de comer y de beber, se trepan sobre las paredes enhiestas en busca de alguna hendidura por donde escapar. El viaje mismo a las regiones distantes, que había echado hondas raíces en la mente de Benjamín, que se había convertido en su segunda naturaleza y en aras del cual había abandonado a su mujer e hijos, ese viaje no le dejaba un momento en calma, lo taladraba y le picoteaba la cabeza y le gritaba sin cesar: "Benjamín: sigue adelante, sigue adelante, adelante".

Entre tanto, pasó el invierno y nuestro Benjamín, el pobre, padecía grandes sufrimientos.

En cierta ocasión, en un hermoso día después de Pascua, mientras Sénderl estaba pasándose revista a sí mismo, acercósele Benjamín y le habló en estos términos:

—A fe mía, Sénderl, que eres un chiquilín. Estás jugando y haciendo pruebas como si fueras un píllete. ¿Cuál puede ser, ruégote que me digas, el final de todo esto? No olvides que eres, a Dios gracias, un hombre casado, y judío por añadidura. ¿Por qué te dedicas a estas niñerías y pones en ellas toda tu atención? ¿Qué diferencia hay si vas a hacer un paso a la derecha o a la izquierda, si darás media vuelta, como lo llaman ellos, qué importancia tiene eso?

—¡Yo qué sé! —respondió Sénderl—. Si ordenan media vuelta, que sea media vuelta. ¿A mí qué me importa?

—¿Y nuestro viaje, dime, lo has olvidado ya? ¡Ay, ay! Nuestro viaje hacia allá, allá. . . Dragones, mulos, cerastas... — habló Benjamín con irritación.

—¡Marchen, marchen, marchen! — decía Sénderl marcando el paso.

—¡Ay de tí, Sénderl, y ay de tu marcha! ¡Fú, vergüenza debiera darte esto, a fe mía! Dime más bien, pillastre que eres, ¿llevaremos a cabo nuestro viaje?

—Por mí, encantado —repuso Sénderl—. Con tal de que nos dejen.

—¿De qué les servimos nosotros y para qué nos quieren ellos?

—razonó Benjamín—. Por el contrario, Sénderl, dime por tu fe de judío: si el enemigo —Dios no lo consienta— llegara a venir, ¿podrán oponérsele dos tipos como nosotros? Y aunque tú le dijeras mil veces: "Vuélvete, si no te hago pum, pum", ¿crees que te hará caso? Al contrario, se arrojará sobre tí y tendrás mucha suerte si llegas a escabullirte de sus manos. Créeme, a fe

mía, que según veo, estamos completamente demás aquí, y ellos bien quisieran desprenderse de nosotros. Yo mismo le he oído decir al mayor que somos una plaga y que si de él dependiera, ya nos habría expulsado a los quintos infiernos. Y en verdad ¿para qué le servimos? Yo te digo claramente, Sénderl, que desde un principio esto ha sido una combinación torcida, un partido mal concertado. Nosotros no les servimos a ellos y ellos no nos sirven a nosotros. Los judíos que nos han entregado en manos de ellos deben haberles contado que éramos unos héroes formidables, conocedores profundos de la estrategia. Bueno, ¿qué culpa tenemos nosotros si esos judíos los han engañado? También a nosotros nos han engañado feamente aquellos judíos. En realidad, hemos venido acá con el único fin de recoger algo para poder seguir nuestro viaje. De estrategia no se ha dicho una sola palabra; estoy dispuesto a jurar cubriéndome de mi taled que no se ha hecho mención para nada de estas cosas. Y eso de prenderle a uno porque sí no es cosa justa, pues en esta forma todo se vendría abajo. En una palabra, ellos no tienen la culpa de que nos hayan engañado, ni somos culpables nosotros de que se les haya engañado a ellos. Los únicos culpables son esos judíos embusteros, canallas, que han engañado a ambas partes. Esos judíos, Sénderl, esos judíos son los únicos culpables, no hay que culpar a nadie fuera de ellos. Esos judíos, siempre los judíos. . .

—Y bien, Benjamín, ¿qué pretendes que hagamos? — interrogó Sénderl.

—Quiero —fué la respuesta de Benjamín— que prosigamos nuestro itinerario. Yo creo que nadie nos lo va a prohibir, ni legalmente ni por ecuanimidad puede nadie retenernos. Pero, si a pesar de todo, tú crees que

no nos dejarán partir, en este caso hay un remedio muy sencillo: que nos vayamos sigilosamente. ¿A quién le importa averiguarlo? Al fin y al cabo no estamos obligados a despedirnos de nadie.

—Yo también creo que está demás despedirse — contestó Séndelr—  
¿Y si el año pasado nos fuimos de casa sin decir "hasta luego" a nadie, ni siquiera a nuestras propias familias?

A partir de esta conversación, nuestros personajes tornaron a pensar en su viaje y se dieron a buscar el modo de fugarse. Benjamín sentía hervir su sangre, estaba terriblemente inquieto e iba dando vueltas, todo excitado, como una gallina que está por encluecar en primavera. Hallábase tan absorbido por sus pensamientos, que no oía ni veía lo que ocurría en su derredor. Cuando pasaba delante suyo algún jefe, Benjamín, por distracción no se quitaba la gorra; si le asestaban un puñetazo en la cara o en la nuca, él no se daba por aludido; cuando le hablaban de cosas relacionadas con la instrucción militar, eso le entraba en un oído y le salía por el otro, como a uno que oye llover. No pensaba sino en su viaje y su imaginación lo transportaba lejos, bien lejos.

Una noche, mientras los milicos del cuartel estaban durmiendo, Benjamín se acercó en punta de pie a su compañero.

—Séndelr, ¿estás listo? — preguntó quedamente.

Séndelr movió la cabeza, tomó a Benjamín por un faldón, y ambos, ¡chito, chito!, salieron al patio.

Afuera soplaba una brisa tibia, trozos de nubes negras y pardo-azules flotaban en lo alto y se sucedían unos a otros, como si anduvieran allí millares de carreteros con sus carros cargados de mercaderías y se apresurasen para llegar a tiempo a la feria del cielo. La luna, a manera de

un dependiente de tienda, acompañaba a este largo desfile, sacaba de vez en cuando la cabeza, miraba lo que pasaba afuera y volvía a esconderla largo rato, agazapada debajo de un acolchado de nubes, negro como el alquitrán.

Nuestros personajes caminaron por el patio y se acercaron silenciosamente al tabique. Subiéronse sobre un montón de leña, de donde les resultaría fácil escalar la pared. De pronto Sénderl se detuvo y le dijo a Benjamín al oído:

—¡Ah, Benjamín! Me he olvidado la bolsa. ¿Me vuelvo para buscarla?

—¡De ninguna manera! —repuso Benjamín— Volverse es cosa fea.

Cuando Dios favorece a un hombre, le favorece también con una bolsa.

—Ahora se me viene a la memoria —adujo Sénderl— lo que mi abuelo, Rab Sénder, que en paz descansa, me advirtió en sueños: "Levántate, Sénderl, me dijo, y huye adonde te guíen tus ojos". ¡Ojalá sus méritos nos amparen ahora! Era un judío perfecto, sin vueltas. Mi abuela, que en paz repose, no se cansaba de contar...

Pero antes de que Sénderl se pusiera a referir lo que su abuela solía contar del abuelo, dejóse oír la voz de un soldado que montaba guardia.

Acurrucáronse nuestros personajes contra el muro, contuvieron el aliento, se quedaron mudos, inmóviles, y parecían dos trapos enormes. Luego, cuando volvió a hacerse el silencio, estos trapos empezaron a dar señales de vida y descendieron lentamente de la pared. Iban arrastrándose en cuclillas, alejándose más y más, hasta que, con la ayuda de Dios; consiguieron eludir al centinela y salir a una callejuela. Incorporáronse nuestros personajes, se detuvieron para calmar su agitada respiración y se contemplaron alegremente, con ojos encendidos.

—Mi abuela, la paz sea con ella, solía contar -- volvió a hablar Sénderl— cómo mi abuelo, Rab Sénder, pensaba todos los días de su vida en hacer un viaje a Palestina. Antes de morir, incorporóse en el lecho y habló en estos términos: "Si el Señor no ha querido que yo fuese digno de ir a la Tierra Santa, espero que alguno de mis hijos vaya allá". Ahora mi corazón me dice que aludía a mí. Dios quiera que así sea. Ojalá mis deseos lleguen a oídos del Todopoderoso.

Pero de la boca de Sénderl las palabras fueron a parar a otros oídos muy diferentes. Apenas pronunciara su deseo, alguien, en lenguaje moscovita, les interrogó súbitamente: "¿Quién vive?", y al no recibir respuesta, acercóse rápidamente hacia ellos y volvió a pregunta<sup>1</sup>.

La luna, para colmo, asomó su cabeza detrás de una nube, iluminó a nuestros míseros personajes, que permanecían sin habla, como muertos, así como al superior, que, sumamente enojado, movía los brazos y les echaba puteadas.

Unos instantes después nuestros personajes se hallaban en la guardia principal, en calidad de detenido:..

No existen palabras capaces de describir las tremendas penurias que padecieron nuestros héroes mientras se encontraban en la prisión. Demudaron de rostro, los pobres, y parecían simples espectros. Sénderl por lo menos se entregaba al sueño, y durmiendo dejaba de sentir durante algunas horas los terribles dolores; a veces tenía un sueño agradable: su abuelo, Rab Sénder, comenzó a visitarlo con más frecuencia y le hacía bromas, nunca venía con las manos vacías: unas veces traía un arco, un sablecito o un arriete, pellizcaba al nieto en una mejilla y le decía: "Toma, píllete, aquí tienes juguetes. Juega con ellos, mocososo, haz pif, paf, paf,

Sénder!". . . Otras venía con un trompo, se sentaba a jugar con su Senderito querido. Este hacía rodar el trompo, que giraba, giraba, giraba, y salía ganándole una moneda al abuelo. . . Grato es para el hombre aunque más no sea que un sueño agradable. ¿No es el mundo entero un sueño? Empero, Benjamín ni eso tenía, porque el sueño había huido de él. Estaba terriblemente nervioso, la sangre bullía dentro de él como en un crisol. A través de la ventana veía cómo el sol ardía que daba gusto, la hierba verde germinaba y crecía, los árboles florecían que era una maravilla, la gente iba y corría de un lado a otro, los pájaros volaban libremente bajo el cielo. Era el momento adecuado para viajar, pero él estaba encerrado y no podía proseguir su itinerario. De rabia saltaba de su lugar, se agarraba de la cabeza, corría como aturdido y gritaba, hablaba en alta voz: "¡Ay, ay! ¿Qué les hice yo? ¡Ay, ay! ¿Qué quieren de mí?". . .

## CAPITULO DECIMOCUARTO

Donde todo vuelve a quedar como era antes.

ALGUNOS días después de lo ocurrido con nuestros personajes, hallábanse reunidos en la oficina militar muchos oficiales luciendo sus uniformes de gala, y entre ellos el general y el coronel en persona. A un lado, cerca de la puerta, había dos milicos, gachas las cabezas, y parecían lauchas sacadas de un tarro de leche cuajada. Contemplaban los oficiales a los soldados, observándolos de pie a cabeza; luego hablaron algo entre sí.

—Oye, Sénderl —habló uno de los soldados, mientras los oficiales charlaban entre sí—. Aunque sepa que me muera aquí, les diré toda la verdad. Me siento muy cargado.

—Por mí, Benjamín, diles no más la verdad —replicó el otro—. Si quieres que sea así, así sea. ¿A mí qué me importa?

—¿Sois vosotros los sujetos que a altas horas de la noche se han escurrido del cuartel? —interrogó el general severamente—. ¿Sabéis la pena que corresponde por este acto?

—¡Ah, bien! ¡Ah, bien! — saltó Benjamín a la buena de Dios con su lenguaje medio en idisch, mitad en ruso, discurrendo en forma tal que el mismo Jaikel Tartamudo, el pico de oro de Tuneiádevke, bien podría enterrarse nueve codos bajo tierra.

El general apartó la cabeza a un lado, riéndose, hizo un ademán y en lugar suyo tomó la palabra el coronel.

—Habéis incurrido en falta grave. Vuestra culpa merece ser castigada duramente.

—¡Vuestra Excelencia! —estalló Benjamín con voz potente—. Agarrar a la gente en plano día y venderla luego como gallinas en el mercado, eso se permite, y cuando ellos, ¡pobrecitos!, pretenden salvarse, se dice que son culpables! Si es así, entonces el mundo se encuentra en desorden y yo no comprendo lo que es lícito y lo que no lo es. Por el contrario, preguntemos aquí mismo a los presentes y que digan quién es el culpable. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si a usted lo prendieran en medio de algún camino y le metieran por la fuerza en una bolsa? En ese caso, ¿sería usted culpable si consiguiera con algún esfuerzo escabullirse de la bolsa? Yo le digo expresamente que eso ha sido desde un principio una cosa forzada, un engaño. La culpa es enteramente de aquellos judíos. Dios sabe lo que han dicho de nosotros. Nosotros declaramos solemnemente; dilo tú también, Sénderl, dilo, ¿por qué te quedas como una momia? Sal con la verdad a la buena de Dios, sin temor alguno y di junto conmigo: declaramos solemnemente que nada sabíamos de estrategia militar, no sabemos ni queremos saber nada de eso; nosotros, gracias a Dios, somos casados, tenemos preocupaciones bien distintas y no podemos dedicarnos a estas cosas. No nos interesan en lo más mínimo. En estas condiciones, ¿de qué os servimos? Yo creo que vosotros mismos deberíais tener interés en deshaceros de nosotros.

Y en verdad, tenía mucha razón Benjamín. Hacía rato que pensaban en deshacerse de ellos. Cuando los jefes se fijaron un poco en nuestros personajes, en su indumentaria, en sus ademanes, en sus conversaciones, en sus caminatas, comprendieron en seguida con qué clase de sujetos

tenían que vérselas y más de una vez se descostillaban de risa. El objeto de la reunión actual de los militares era someter a una investigación a nuestros personajes, a fin de ver quiénes eran. Benjamín y Sénderl rindieron examen y, gracias a Dios, lo hicieron brillantemente, mejor de lo que hubieron deseado, de modo que todos los oficiales se deleitaban de risa.

—¿Y bien, doctor? — díjole el general a uno de los oficiales que habían trabado conversación con nuestros protagonistas y les dedicaban mucha atención.

Llevóse el médico un dedo a la frente y movió lentamente la cabeza, cual si dijera: "Aquí falta un tornillo".

El resultado fué que, después de que los militares hablaran algo entre sí e hicieran ciertas anotaciones, re ordenó que nuestros personajes fuesen declarados inaptos para el servicio.

—Idos —les dijeron—, idos en paz de aquí. Benjamín despidióse muy cortesmente, haciendo una reverencia y se puso en camino.

Sénderl, como un milico, levantó sus piernitas y lo siguió a paso de marcha.

## INDICE

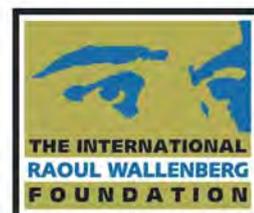
	<u>Pág.</u>
MéndeJe Mojer Sforim .....	7
Biografía de MéndeJe Mojer Sforim .....	11
Prefacio del autor .....	17
CAPITULO I. — Que trata de Benjamín, de su lugar de origen y de cómo se le ocurrió repentinamente emprender este viaje .....	21
CAPITULO II. — De la manera cómo Benjamín se convirtió en mártir y Zelde, su mujer, fué abandonada por él.....	31
CAPITULO III. — Cómo Benjamín se acopló con Sénderl "la Judía" .....	43
CAPITULO IV. — Que trata de la salida que de Tuneiádevke hicieron Benjamín y Sénderl .....	57
CAPITULO V. — Lo que sucedió con nuestros personajes en su primera salida .....	63
CAPITULO VI. — Benjamín recibe una bofetada .....	77
CAPITULO VII. — Del cambio que se produjo en la política a causa de Benjamín .....	87
CAPITULO VIII. — De la manera cómo nuestros personajes hacían de pedigüenos .....	93
CAPITULO IX. — Cómo nuestros personajes fueron puestos a salvo por los méritos de sus antepasados .....	99
CAPITULO X. — ¡Hurra, Judihuelos Rojos! .....	111
CAPITULO XI. — Aventuras prodigiosas en el río Piatig-nílevke.....	123
CAPITULO XII. — Benjamín y Sénderl víctimas de un ardid.....	135
CAPITULO XIII. — Nuestros viajeros, ¡ay de ellos!, son convertidos en milicos .....	143
CAPITULO XIV. — Donde todo vuelve a quedar como era antes.....	159

**LENA  
FAIGENBLAT**



*Mis  
Ayeres*

Edición digital exclusiva de



*Húndete en la mar del pensamiento  
y arranca preciosas perlas.  
Ibn Ezra*

*Hay sangres que incluso ya estando frías, queman...*

Lo que me propongo con este libro  
es perpetuar lo vivido y escuchado en mi familia  
siendo niña y jovencita. Lo considero una obligación,  
pues soy la sobreviviente de dos familias  
asesinadas en la Shoá.  
El haber sobrevivido es una casualidad, no un mérito...

Que éstas páginas eternicen el recuerdo  
de mi mamá, Malah MARKIEWICZ,  
y de mi papá, Itche Mayer GARTENSTEIN,  
auténticos varsovianos de muchas generaciones.

Sigo manteniendo una impagable deuda  
con mis hermanos.  
Muchas veces intenté retratarlos,  
pero de mi pluma mana sangre...

Lena

## INVITACIÓN

*“Que te toquen vivir tiempos interesantes”* es una vieja maldición china. Pero si bien uno no quiere haber estado en la piel de quienes fueron protagonistas involuntarios de tiempos signados por convulsiones de la historia, resulta apasionante escuchar o leer testimonios en primera persona de alguien que anduvo las calles del infierno y tiene el coraje y la generosidad de compartir con nosotros sus vivencias, más el don de saber contarlas.

Es lo que hace Lena Faigenblat en estas páginas, relatándonos episodios de los luminosos años de su infancia, adolescencia y primera juventud varsovianas, cortados abruptamente por la irrupción de unos interminables años negros que comenzaron el día en que las criminales tropas alemanas invadieron Polonia, rompieron todos los diques de la ética humana y desataron una inconmensurable tragedia colectiva. Resulta imposible para una mente sana captar siquiera el temblor que ocultan los multimillonarios números de la masacre. Sólo el relato de la humillación de una profesora obligada a matar ratas o la transcripción del dulce diálogo en voz baja entre la autora y una pequeña, ambas enterradas en un bunker a merced de las bombas, sólo esas escenas devuelven la dimensión humana, a esa inconcebible pesadilla que fue la Shoá.

¿Qué decir de la autora? Quienes tenemos el privilegio de conocer de cerca a Lena, podemos dar fe de la envidiable juventud de esta entrañable nonagenaria. Porque si más allá de la fuerza física, los indicadores de juventud son la fuerza espiritual, el entusiasmo, la curiosidad, la capacidad de generar proyectos y de llevarlos empecinadamente a cabo, no cabe duda de que esta mujer se encuentra instalada en la más fructífera de las juventudes. Muchacha madura y sabia, agraciada con una aguda inteligencia, un lenguaje cultivado y un humor fresco que gasta ironías consigo misma.

Estas líneas son, por lo tanto, una invitación a recorrer las páginas que siguen, escritas por una persona de sensibilidad despierta, que vivió años exageradamente históricos, hasta volverse ella misma un corazón de historia viva.

*Eliahu Toker*

## PALABRAS PRELIMINARES

Las páginas de este libro, "Mis Ayeres", nacieron en forma de diálogo, de una sucesión de preguntas y respuestas. Durante años Eliahu me preguntaba: *¿Cómo era? Contame.* Le interesaban mi familia, mi formación, mis recuerdos de los años turbulentos. Y cada relato mío recibía como respuesta su infaltable: *Muy interesante. Sería un crimen que se perdiese. Escribilo.* Pero, "mea culpa", no le hice caso hasta que la idea y mi edad maduraron.

Entonces recibí de sus manos un cuaderno que fui llenando de a poco. Rescataba de mi memoria escenas que creía perdidas para siempre, e intentaba volcarlas vivas en las páginas de ese cuaderno, que nunca pensé para ojos indiferentes, que nunca pensé para un futuro libro. La palabra **libro** significa demasiado para mí. Desde mi infancia tengo una cercana relación respetuosa con los libros. Y la idea de publicar mis atesoradas vivencias íntimas me provocaba el pudor del primer beso... Sin embargo, transitando el ocaso de mi vida, concluí que Eliahu tenía razón: Estos "ayeres" no son producto de mi fantasía sino de una palpitante realidad vivida, por lo tanto no son sólo míos, pertenecen a la historia de una época.

Agradezco la cariñosa insistencia de ese entrañable amigo-hijo que supo romper mi coraza, y agradezco su constante estímulo, que logró que aquel humilde cuaderno cobrara forma de libro. Y me ayudó a envejecer sin amargura, observando emocionada partes de esos AYERES que fructificaron. Gracias

LENA

# De LOS AÑOS LUMINOSOS

## MI MICRO HISTORIA

Mientras escribía una nota acerca de los etíopes me surgió, con toda frescura, un recuerdo de mi infancia.

Tengo 4 años. Estoy en cama, muy molesta, con una angina. A cada rato llamo a mamá y la apabullo con interminables preguntas:

- Mamá, ¿qué es una angina? ¿Habré tragado algún bicho?

- No, tragaste una palabra fea.

- ¿No puedo escupirla?

- No, ya es tarde, ya bajó a la pancita. ¡Y si no te quedás quieta también yo voy a tragar una mala palabra y voy a tener una angina!

Por suerte llegó entonces el abuelo Josef. Alto, hermoso, bondadoso. ¡Un rey! ¿Por qué no tendrá una corona? No me traía un juguete sino algo mucho más lindo, un cuento maravilloso:

--Muy, muy lejos, tras siete mares y montañas muy altas, viven judíos negros. Totalmente negros.

--¿Sus dientes también son negros?

--No, sus dientes son muy blancos. Viven rodeados de altas montañas y detrás de un río muy furioso que tira piedras para impedir que lo crucen. Solamente los sábados permanece tranquilo. El rey de ese país trata mal a los judíos. Sufren hambre y miseria; son muy religiosos y viven con la esperanza de que algún día va a llegar en una gran nube el Mesías y los va a llevar a la Tierra Prometida. Esos judíos se llaman etíopes, "Hijos del Rey".

Este cuento y el ambiente cariñoso en el que me fue contado, perduró en mi memoria durante los ochenta años de mi turbulenta vida. ¡Es imborrable!

## COPITA de LICOR

El día 3 de mayo, en plena primavera, era consagrado en Polonia a celebrar la primera Constitución Nacional. Había un gran desfile militar, con pintorescos uniformes de época, el armamento correspondiente y los caballos más hermosos del mundo. Por supuesto, tampoco faltaban los atentados antisemitas y los gritos de la multitud borracha: "Judíos a Palestina".

Y en esos años, 1928/29, en esa jungla, también había flores como la siguiente:

Yo, Lena, con mi *matura*, mi diploma de bachiller "*cum laude*", con honores, vestida elegantemente y con un ramillete de muguet en la solapa, me aprestaba a presenciar el desfile. La *mamusia* controló de modo severo mi atuendo, incluyendo comprobar si estaban rectas las hoy inexistentes costuras de las medias largas. Finalmente, contenta de haber recibido su visto bueno me despedí de mis padres, pero estando ya en la puerta mamá me volvió a llamar. Aunque descontenta por la demora, volví obediente. Mi papá, el *tatus*, estaba completamente ausente, leyendo el diario y meditando sobre política. Mamá, sin el menor respeto por la política, interrumpió su lectura invitándolo a admirar a su hija. Papá nos miró asombrado y mamá, sin otro comentario, le alcanzó una copita de licor como premio por su "lograda obra".

--¿Es linda? ¿Y dónde está el mérito? --preguntó papá con sonrisa pícaro.

## STANISLAWA, la LAVANDERA

Resulta difícil abarcar los enormes cambios sufridos por la cotidiana vida doméstica en los últimos ochenta años. Por ejemplo, el lavado de ropa, no en una aldea, sino en la capital de Polonia, en Varsovia.

Stanislawa, la lavandera, era un personaje fuera de lo común. Muy alta, muy gorda, una mole. Y muy querible. Durante años atendía a las familias de nuestro círculo.

El proceso del lavado de la ropa blanca, grande, era muy complicado. La noche anterior a su “visita” se ponía la ropa en remojo en una enorme tina de madera. Al día siguiente cada prenda era frotada con abundante jabón y colocada en una enorme olla de bronce para cocinarla durante una hora. Luego era frotada otra vez sobre una tabla, pasada varias veces por agua limpia y luego exprimida en un aparato provisto de dos rollos de goma manipulados con una manija. Luego un baño con diluido azul y el último toque con almidón.

Con la ropa bien exprimida y casi planchada, Stanislawa, yendo en procesión con sus ayudantes, subía por la escalera a la buhardilla del cuarto piso para colgarla por sectores, sin mezclar sábanas con toallas. Ese ambiente era cerrado con llave para impedir que fuese visitado por ladrones.

Una vez seca, llevaban la ropa al “manguel”, un taller de planchado provisto de grandes aparatos. Esa ropa recibía finalmente un toque de plancha manual de carbón.

Stanislawa trabajaba cantando con una hermosa voz de soprano. Un hermanito mío sostenía que alguien cantaba desde su panza. Para ella se preparaba en casa una comida especial, con abundante repollo, carne, garbanzos y grasa, todo acompañado con pan.

Durante su solemne comida recibía la “visita” de los chicos. Mi gran diversión –tendría unos doce años– consistía en comparar la enorme palma de su mano con la mía, y contar cuántas veces esta cabía en aquella...

## LA BARBA del ABUELO JOSEF

Yo abrumaba siempre a mamá y a la *niania* con preguntas, pero esa vez ellas estaban demasiado atareadas preparando una gran recepción; sin embargo a mí no había modo de hacerme callar. Yo ya no sólo era un estorbo; por añadidura me había echado a llorar indignada por la falta de atención... Fue entonces que a mamá se le ocurrió algo singular: Me llevó a lo de mi adorado abuelo.

Mi abuelo me recibió con gran alegría, ubicó a la “señorita por qué” de cinco años en sus rodillas y sorpresivamente se invirtieron los roles. Me disparó una andanada de preguntas respecto de mis lecturas, --yo ya era una avanzada lectora-- y pronto pasé yo a bombardearlo a mi vez con mis preguntas acumuladas. Él fue contestándome pacientemente una a una, pero por lo visto quería seguir con su lectura de modo que... me ofreció su hermosa barba para que yo le hiciese trencitas...

Todavía hoy, al cabo de mi larga y turbulenta vida, estos recuerdos me embargan de emoción y gratitud porque sembraron de ternura y amor mi alma. En los tiempos negros este cálido recuerdo me provocaba una sonrisa, que era vida... ¡Y no exagero!

Supongo que es gracias a estas perlas que envejezco sin amargura y sin el “*oyvey*” acostumbrado.

## ¡UN PREMIO SINGULAR!

Los domingos temprano uno de nosotros, el que elegía Topcia, la niñera, la *niania*, corría a la cama de nuestros padres y se acomodaba entre ambos, feliz y triunfante...

Para obtener este premio se necesitaba una certificación de “buena conducta” firmada por la *niania*.

¡Estar abrazado a mamá y papá, con besos, cosquillas y risas, era el colmo de la felicidad!

Así nos criaron y educaron, con esa ternura y respeto.

Y cuando mamá le decía a uno con un tono especial “¡Tesoro mío!”, uno se asustaba. La respuesta era: “¿Qué hice? ¿¿¿De qué tengo la culpa???”

Esta era la clase de premios y castigos de la casa de mis padres, hace casi un siglo.

## JÁNUCA, la FIESTA de las LUMINARIAS

El helado viento había cubierto los cristales de las ventanas de flores de hielo hermosamente cinceladas, como un saludo del verano. Junto a la ventana una gran *janukiá*, el tradicional candelabro de ocho brazos, brilla con todas sus luces.

Mi padre, rodeado por sus cinco hijos varones, con el más pequeño en brazos, canta con fervor.

En la segunda fila, la radiante *mamusia*, con sus dos hijas y las dos muchachas de servicio, --también judías – acompañamos el canto alegremente.

Después cada uno recibe un regalito con su nombre, de manos del *tatush*.

Este recuerdo, surgido de las cenizas, me acompañó en los tiempos negros. La vibrante voz de mi padre sigue todavía cantando en mi alma...

## La CEREMONIA de VENTILAR los “SFORIM”

Antes de las festividades de Pesaj y de Rosh Hashaná, papá y el abuelo Josef, las manos enfundadas en guantes, sacaban del armario los sagrados volúmenes y con raros movimientos removían las páginas. Eran volúmenes grandes y pesados, con encuadernaciones preciosas y letras doradas en los lomos.

También había una valiosa colección de miniaturas artísticas y altos rollos de *megilot* de distintas épocas.

Los insecticidas químicos no existían todavía y las polillas devoraban bibliotecas enteras...

Yo, siendo ya “grande”, tendría unos ocho años, pedí con lágrimas en los ojos que me permitiesen presenciar unos minutos al menos esa fascinante ceremonia. Pero no se aceptaba de ninguna manera que una mujer la presenciase. ¡¡Y era una decisión categórica!!  
¡Fue la primera vez que me sentí discriminada por ser mujer!

Otro recuerdo ligado a la biblioteca.

En las vísperas de Iom Kipur mi padre solía bendecir solemnemente a sus hijos, nombrándolos uno a uno, y cuando alguno de ellos estaba lejos del hogar, papá abría el *sforim shank*, el armario de los libros sagrados, y llorando enviaba a través de ellos su bendición al hijo ausente.

## CONTABA la ABUELA

No sé cuál sería la razón de mi permanente curiosidad, lo cierto es que teniendo yo unos 13 años y para responder a los insistentes “¿cómo?” y “¿por qué?” de su nieta, mi abuela Fréidele me contaba algunas historias familiares.

Mi mamá, que provenía de una buena familia, era hija única, algo raro en aquella época, y se había casado vieja, ¡a los 22 años!, con mi papá que tenía 23.

Tres años pasaron sin que se produjera el esperado embarazo, a pesar de toda la magia. ¡Gran preocupación! ¿Sería estéril? Pero finalmente sucedió... Y fue un parto dramático. Médico y asistentes estaban consternados. Era peligroso y planteaba un dilema: ¿Salvar a la madre o al bebé? Para decidirlo el médico necesitaba el voto del esposo. Le pidió que firmase una autorización para una operación de urgencia. ¡Mi papá firmó y se desmayó! ¡La abuela lo adoraba por este desmayo!

Finalmente me sacaron con forceps. Hasta hoy tengo una marca en la cabeza. ¡¡Mi sufrida y exhausta mamá lloraba, convencida de haber dado a luz un monstruo!! Y con razón.

Contaba la abuela que era “vox populi” que el culpable del dramático parto era el angel Gabriel, que había llegado tarde a cumplir su misión de hacerme olvidar todo lo aprendido de la vida en la panza, con un *shnel*, un pellizco debajo de la nariz.

Y seguía contando la abuela:

Casi dos años más tarde mamá perdió la vista. ¡Estaba ciega! ¡Gran susto! Consultaron con el famoso neurólogo Dr. Flatau, pero éste no daba con un diagnóstico. Incluso consultó con sus famosos colegas pero sin resultado. ¡Gran consternación!

Papá y el abuelo Josef viajaron a Guer donde residía un gran sabio, el rabino Alter, para pedirle consejo. El rabino escribió una carta en alemán, dirigida a un neurólogo de Berlín. Sin perder tiempo viajaron con la carta a Berlín papá, mamá y los abuelos. Allí operaron a mamá...

Qué era nunca lo supe. Tras una oreja le faltaba un trozo de hueso. Volvieron después de un mes. ¡Mamá sonriente, con la vista clara, sin anteojos ni nada!

Luego, durante toda su vida, el Dr. Flatau la controlaba. Era un “caso” famoso que presentó en un congreso en Viena.

Sin duda el rabino la salvó a mamá.

A los 53 años la asesinaron los nazis en Treblinka...

### RABINO “SANDIK”

La excepcional figura del rabino Alter apareció quince años más tarde en nuestra familia, para cumplir la hermosa función de *sandik*, padrino, en la solemne ceremonia de la circuncisión, el *berit milá*, a sus ocho días de edad, de mi hermanito Beniamín.

La ceremonia es bastante rigurosa. La mamá entrega a su hijo a una mujer, que será su madrina, ella se lo pasa al padre, quien lo deposita en las rodillas y brazos del padrino, el *sandik*, en este caso el rabino.

Para efectuar el decisivo “corte” por un experto *mohel*, todos los hombres estaban envueltos en *talitim*, en mantos de oración, que en aquella época eran grandes, como sábanas de pura lana blanca bordeadas con franjas negras. (¡Ahora se usan unos *talitim* simbólicos, en miniatura!)

Este corte es una marca indeleble que define la identidad de judío.

Muchísimos judíos, a lo largo de nuestra historia, pagaron con sus vidas por esta marca. Eso también sucedió durante la Shoá. Cuando los nazis atrapaban a un hombre de aspecto no muy ario, era suficiente hacer que se bajase los pantalones para decidir su destino...

No conozco los entretelones de aquella singular visita del rabino, pero supongo que lo decidió una fabulosa donación para su *ieshivá*, su academia talmúdica. A mi papá lo llamaban “REB” Itche Meier, porque era muy generoso y apoyaba a todas las instituciones judías de Varsovia.

¡Beniamín tenía 16 años cuando, también a él, lo asesinaron los nazis en Treblinka!

## EL FALLECIMIENTO del ABUELO JOSEF

El abuelo Josef falleció joven, de una pulmonía.

Ahora, en el año 2002, es difícil de comprender, pero en aquella época no existían los antibióticos. Apenas había aparecido recién la aspirina. De modo que era muy difícil salvar a un enfermo y la gente moría en masa. El abuelo se preparó conscientemente para su encuentro con Dios en el "más allá".

Recitó bajito el *vidui*, esa profunda plegaria judía de los moribundos, que es una íntima confesión directa, sin intermediarios, como los que exigen otras religiones.

Se despidió de la familia bendiciendo a cada uno nombrándolo claramente. A mí, su nieta predilecta, me dijo como una suerte de grave advertencia-orden, que le surgió de profundis: "*Fargués nit az du bist a ídishe tojter*, nunca olvides que eres judía."

¡Ya entonces mi religiosidad se veía dudosa! Yo quería concurrir a la Academia de Bellas Artes, soñaba con París, ciudad que representaba un gran peligro para mi moral y mi religión... ¡Yo despertaba una profunda inquietud!

Finalmente me parece que estoy cumpliendo su deseo. Ni en las más adversas circunstancias perdí mi identidad, "*dos píntele id*", la esencia judía. Ni siquiera con la cruz en el cuello, puesta por razones obvias, en tiempos de la Shoá.

¡¡*Zéideshi*, abuelito, sigo adorando tu memoria, y a veces tengo la sensación de que lo sabes!!

## EL ANUAL TRASLADO VERANIEGO a MIJALÍN.

Teníamos una “villa” en Mijalín, a unos treinta kilómetros de Varsovia. Era un cómodo chalet de madera de estilo suizo, con dos grandes verandas-balcones. Tenía un gran jardín y un bosque de pinos y eucaliptus. El aire era tan perfumado que hacía doler la cabeza. Era necesario aclimatarse. La familia se quedaba allí de abril a setiembre. Después del Pesaj llegaba Antonio, con su carro y su caballo, para arreglar con mamá la fecha del “éxodo”. Era bastante complicado. Llevábamos muchísimo equipaje que al cargarlo formaba una montaña. En la cumbre se sentaba una de las muchachas, objeto de mi gran envidia...

Ni lágrimas, ni rabietas, ni huelgas lograban conseguir el permiso de mamá para sentarme arriba con la muchacha. ¡NO!

En la capital nos quedábamos papá, yo y un hermano, con una de las tres empleadas para atendernos. Conviene mencionar que las mujeres del servicio eran siempre judías. Dado el antisemitismo reinante mis padres no querían, literalmente, “tener enemigos en casa”.

Para el fin de semana viajábamos en tren para pasarlo juntos. Los chicos con la *niania* nos esperaban en la estación, bien planchados y eufóricos.

Cierto día, sorpresivamente y bajo una lluvia torrencial, llegó la abuela en un coche con dos caballos. ¡Venía envuelta en una larga capa, puesto el obligatorio sombrero adornado con una enorme pluma, lista para que la pintase el señor Degas!

## TÍO BENIAMÍN...

La familia de papá era numerosa. Nos visitaban en Michalín tías y tíos para gozar del aire fresco en esos veranos que eran tan calurosos. El tío menor, Beniamín, era un muchacho raro. Tocaba la mandolina, cantaba y escribía poesías. Conmigo estaba en guerra por “el título”. Pretendía que yo lo llamara “**tío Beniamín**”. ¡Para mí, un tío era un hombre grande, con panza y bigotes, no un muchachito! Siempre trataba de convencerme con regalitos muy ocurrentes. ¡Pero no ganaba! Una vez, con cara misteriosa, me avisó que me traía algo muy especial, pero con una condición. Debía prometerle que siempre lo llamaría “tío”, sin cruzar los dedos.

Era un difícil duelo diplomático. Mi curiosidad era enorme y ésta vez ganó él. Triunfalmente desempaquetó una preciosa sombrilla roja y maliciosamente prolongó el momento de su entrega...

Vencida, dije “Gracias, tío” con el trofeo en brazos, pero pronto me arrepentí y agregué:

“Sos Beniamín, Ben, no mi tío...”

Él se enojó mucho con la traidora y mi mamá me retó como nunca. Y con razón.

## FILHARMONIA

La tradicional cena sabática de los viernes a la noche, era en casa una ceremonia muy solemne. La gran mesa cubierta con lo mejor, todas las luces prendidas, y en el centro de la mesa, seis velas encendidas por mamá con gestos cargados de profundo significado, en medio de un gran recogimiento de los presentes. Al finalizar su bendición de las velas pronunciaba mamá un emocionado “*¡A gutn shabes!*”, ¡que tengamos un dichoso sábado!

Después venía el *kidush*, la bendición del vino, y luego el típico menú sabático. Entre plato y plato papá canturreaba, con el apoyo de los chicos, *zmires*, hermosas melodías sin palabras, que nos envolvían en un clima sereno, alejado de la hostil realidad...

La Filharmonia de Varsovia –que en el 2001 festejó su centenario-- era famosa en toda Europa por el nivel de su orquesta estable y por los famosos directores y solistas que la visitaban. Los viernes por la noche la Filharmonia solía brindar selectos programas para su exigente público, pero yo nunca podía asistir a esos conciertos por la sagrada cena sabática familiar.

Yo era rebelde, como todos los adolescentes, pero con límites. Apreciaba la paz del hogar y por lo tanto no quería provocar conflictos. Pero sorpresivamente me metí en un lío...

Había visto el programa de la Filharmonia para la temporada, me resultó muy atractivo, y sin pensar en las consecuencias me compré un abono. De camino a casa me di cuenta que provocaría un escándalo. Mis padres no aceptarían que faltase a la cena del viernes y yo de ninguna manera quería perturbar nuestra armonía.

En ese entonces ya no era una niña sino una estudiante universitaria que gozaba de libertad, pero en aquel momento me sentí como una nena que espera el castigo. ¡El entusiasmo por el abono se me había evaporado! Resignada, sinceramente preocupada, le conté a la mamá la situación. Esperaba que se desatase una tormenta, pero no fue eso lo que sucedió. Mamá volvió a sorprenderme con su serenidad. Increíblemente, ningún reproche. Me dio un beso y solamente dijo: “Déjame pensarlo, hay tiempo”.

El viernes siguiente, tras el *kidush*, dijo papá:

“Hijitos, *kinderlej*, desde el próximo viernes Lenale faltará a la cena, **con nuestro permiso**. Asistirá a los conciertos de la Filharmonia. Nosotros los escucharemos por la radio”.

¡¡Quedé muda, llorando!! --también ahora lloro, mientras lo escribo--. De esta manera mi ausencia quedó legalizada. Ningún escándalo. No percibí entonces el talento diplomático y la sabia pedagogía de Mamusia. Recién ahora, con la gran perspectiva que da el paso del tiempo, lo aprecio.

Una nota graciosa: Uno de mis hermanitos, no recuerdo cuál, me pidió que aplaudiese de forma distinta, --uno, dos, dos-- para reconocerme al escuchar el concierto por la radio...

\* \* \* \*

“...Cada noche de viernes me siento atraída por algo que ni Bach podría explicar...”

Florence Víctor

Siento necesidad de preservar del olvido y mantener vivo el recuerdo de lo que me tocaba protagonizar. A la Filharmonia había que ir con anticipación. El ingreso era lento, ordenado según el piso de la ubicación. La mía era en el balcón del primer piso.

Era obligatorio entregar el abrigo al guardarropa. Estaba permitido conservar puestos los sombreros con la condición de que fuesen pequeños, sin alas ni adornos que pudiesen molestar a quienes estaban sentado detrás. (En Londres, actualmente, rige también esta respetuosa costumbre.)

Cuando llegó el viernes de la inauguración de la temporada en la Filharmonia, tras prender las velas en el horario correspondiente, mamá me sirvió una cena sabática, individual.

Recité el *kidush*, comí *guefilte fish* con una pequeña *jale* hecha para mí, y lo más emocionante fue que mamá me acompañó en esta inolvidable cena, la primera de una larga serie. Atesoro este recuerdo con gratitud, como un regalo de su mano amante y generosa.

¡Qué suerte que te tuve, Mamá! ¡¡Gracias!!

## “LAS ESPIGADORAS”

De pronto una imagen descubierta al azar alumbra un recuerdo que permaneciera guardado decenas de años en un oscuro rincón de la memoria. Descubrir sorpresivamente en la revista dominical del diario “La Nación” una reproducción del famoso cuadro de Jean Millet (1814-1875), “Las espigadoras”, me provocó una emoción tan profunda que me cortó la respiración.

Ese cuadro era casi un emblema de la casa paterna. Enorme, colocado en la pared de honor del salón, no era una reproducción cualquiera, sino una de considerable valor, firmada por un conocido pintor polaco llamado Chelmonski.

Vienen al caso unas palabras acerca de la personalidad de mi padre. Se trataba de un industrial exitoso, hombre activo y lleno de iniciativas, que viajaba todos los años a la “Exposición Industrial” de Leipzig, Alemania, de la que volvía con novedades que solía producir luego en su fábrica. Y su otra faceta eran ciertos hobbies que lo fascinaban: Dibujar, cantar e inventar juegos para sus hijos. Sus modelos preferidos como dibujante eran Maimónides, otras luminarias judías y los hijos, sin pose. En su colección de dibujos figuraba también un retrato del abuelo Josef, con los anteojos en la punta de su nariz. Aunque había sido hecho con todo esmero no quedó muy parecido y la abuela protestó: “¡Lo rechazo! ¡El abuelo es mucho más lindo que el retrato!”

Pero me resulta importante otro episodio. Cierta día papá se animó a copiar la figura de la mujer que está en el primer plano de “Las espigadoras”. Resultó una tarea difícil y varias veces rehizo su esbozo. El último se le ocurrió exponerlo a la opinión de sus hijos más chicos. Éramos siete hijos, dos nenas y cinco varones. Descartó del jurado a los tres mayores, dejándoles el rol de meros observadores, sin voz ni voto.

Y lo gracioso fue que uno de los miembros del jurado, hombrecito de cinco años, aseguró con autoridad que el trabajo de mi padre no le gustaba: “Hágalo otra vez, papito” fue su veredicto.

Me asombra, pensándolo retroactivamente, el instintivo talento pedagógico de mi padre. Fue un importante evento educativo. Contrariamente a lo que se acostumbraba por aquel entonces, en nuestra casa no había barreras entre padres e hijos. Nos hacían participar, ver, opinar, y sin darnos cuenta, aprender.

Mi escuela, el GIMNASIUM judío de 1ª categoría  
de Perla LUBINSKA, calle CEGLANA 7

Lo “judío” de esa escuela consistía solamente en el hecho que todas las alumnas eran judías. Los padres trataban de evitar que sus hijas sufriesen la discriminación antisemita reinante en las escuelas estatales. Era exclusiva para niñas ya que no existían escuelas mixtas.

El ser de primera categoría era importante para la escuela pues eso evitaba que los hostiles inspectores molestasen presenciando clases o exámenes. Había maestros judíos y no judíos, pero el director debía ser católico y aceptado por el gobierno de turno.

En el programa de estudios no había nada de judaísmo salvo, una vez por semana, dos horas de historia judía dictadas por un maestro tan viejo como indolente. Nos hacía leer capítulos del manual del Dr. Meier Balabán. Nada atractivo...

(Un paréntesis: Su hija, Zosia Balaban era mi compañera de clase. Nos encontramos en Bahía, Brasil, donde mi avión hizo escala regresando de Israel en 1971. Se enteró de mi existencia por la radio, escuchando en “Kol Israel” cuando me dieron la bienvenida. Me mandó un telegrama a Tel Aviv y aprovechando esa escala nuestra, vino de Sao Pablo a Bahía con su esposo. A partir de entonces se desarrolló entre nosotras una intensa correspondencia. ¡¡Aquel fue un encuentro increíble, uno más en mi vida, rica en rarezas!!)

¡¡La CRONOLOGIA NO IMPORTA!!

Mi debut en la escuela

Yo ingresé al primer grado a los siete años. La maestra, Franciszka Domaszewska, una dulce rubia, me tomó un test. A solas, me mostró un cuadro en el que se veían una casa en un jardín, un árbol y una mujer vestida de blanco.

Yo debía decir qué veía y qué significaba lo que veía. Pero no abrí la boca. La maestra quedó muy preocupada por mi nivel mental...

Llamó por teléfono a mi mamá, y para su sorpresa se enteró que en casa yo había contado una larga historia acerca de lo que había comprendido del cuadro.

El mismo acceso de terquedad se me repitió tres años más tarde.

CIEN DÍAS

Afloran en mí vivencias almacenadas, y afloran con fuerza, frescura y color, a pesar de los años pasados, que fueron muchos y duros.

En Varsovia había una hermosa costumbre: Cien días antes de entregar la *matura*, el diploma “de madurez”, de bachiller, las escuelas organizaban grandes bailes mixtos.

Mi *gimnasium* se contactó con uno masculino del mismo nivel. Ese era un gran evento. En esta época la juventud era tímida, sin la desenvoltura de hoy. Había que aprender a bailar y comportarse en público, y para las chicas los vestidos eran un gran problema.

Para mí una modista, no una costurera, hizo un hermoso vestido de terciopelo azul marino, de mangas largas, sin escote. Los únicos adornos eran un collarcito de perlas y un detalle bastante extravagante: ¡¡Un ramillete de violetas sobre la muñeca izquierda, con largas cintas al tono!!

## LAG BAOMER

Para festejar *Lag Baomer*, la escuela alquiló un barco para pasar un día en una playa sobre Vístula, Mlociny.

Todas las alumnas de primero a octavo año, junto con los maestros, subimos al barco.

Durante la travesía cantábamos con enorme alegría y luego bajamos a través de un improvisado puente. ¡Después tuvimos que subir, en cuatro patas, una pequeña duna de arena, cosa que resultó muy divertida!

A continuación nos sentamos en el césped para desayunar. Cada una llevaba colgado un canastito con su vianda. Para mi gran sorpresa, el mío era vacío. Probablemente, sin darme cuenta, se abrió al subir perdiendo su contenido. Lo cierto es que mis compañeras me ofrecieron compartir sus viandas, pero yo no acepté y me pasé todo el día sin comer, y no se lo conté a nadie. ¡Por qué lo hice no lo sé!

La vuelta, por el cansancio, resultó más tranquila. Pero nos esperaba una desagradable sorpresa: Bajó el río y el barco quedó atascado sin poder entrar a puerto. Ya había oscurecido y los padres estaban alarmados. Finalmente, no recuerdo cómo pero un poco asustados, llegamos a tierra.

A pesar de esa timidez y terquedad infantil, durante toda mi trayectoria de diez años en la escuela, fui una alumna destacada por excelencia. Tanto, que me otorgaron la *matura*, el certificado de bachiller, “cum laude”, con honores, quedando eximida de dar exámenes finales. Mis cuadernos y dibujos eran siempre exhibidos en las exposiciones de fin de año.

## TEATRO en mi escuela

En quinto año se formó un pequeño grupo para hacer teatro con la profesora de dicción y pronunciación, una actriz teatral retirada y persona muy querida, Hanczakowa.

Escenificamos un fragmento del poema dramático "Dziady", Ancianos, del emblemático poeta polaco Adam Mickiewicz.

Yo tenía un pequeño rol, el del primer anciano del coro. Consistía en repetir varias veces una enigmática frase, paseando lentamente por el escenario: "*Oscuridad, oscuridad por doquier, ¿qué será? ¿qué será?*"

Yo iba vestida con una larga capa, el pelo suelto empolvado y un largo bastón en la mano, para subrayar lo dicho. Esta frase me daba miedo y, según la maestra, logré transmitirlo.

¿Habría sido un presentimiento del poeta? Porque más tarde llegó efectivamente el Apocalipsis. Adam Mickiewicz había nacido en Lituania en el año 1798 falleciendo en 1855. Sus restos se encuentran en el más distinguido cementerio de Polonia, en Wawel de Cracovia, la residencia de los reyes, que sobrevivió intacta la Segunda Guerra Mundial, ya que Cracovia fue declarada "ciudad abierta" por lo que no fue bombardeada.

## DEVALUACIÓN

Mi biografía incluye dos grandes devaluaciones financieras provocadas por acontecimientos históricos protagonizados por Polonia. Su ocupación y repartición por parte de Rusia, Alemania y Austria, quedando Polonia borrada del mapa.

La primera: Yo no había llegado aún a la edad escolar cuando el abuelo Josef me regaló una caja llena de rublos rusos. ¡Billetes grandes y perfumados! Todos me preguntaban qué haría con ese tesoro. “¡Quiero hacer una “botica”, una farmacia!” Les pareció buena la idea y comenzaron a regalarme frascos y potes de distintos tamaños y formas; flacones decorativos de perfumes destinados al prestigio de la botica, y lo demás para la venta. El problema fundamental era dar con una “sede” adecuada. Una de las muchachas me prestó la valija de madera con la que había venido desde su lejana provincia, ¡un tesoro!

Quedaba (igual que hoy) el problema de la seguridad, pues mis hermanos-bandidos acechaban... Yo les permitía comprar sin tocar. ¡Por suerte la valija se cerraba con grandes cintas y una cerradura, sin llave! Sin llave imposible. Una tía me regaló un muñeco con uniforme militar, casco y sable, con lo que la seguridad dejó de preocuparme. ¿Por qué había elegido yo precisamente una botica? Porque el dueño de la botica vecina era mi gran amigo. Allá la *niania* me dejaba tranquila. ¡Él me sentaba sobre el mostrador y me permitía mover la manija de la caja, que hacía un gran ruido, lo que me hacía sentir totalmente feliz! Yo, que sabía leer desde los cuatro años, tenía un pacto con el boticario: Tenía que contarle todas historias que había oído o leído.

De la segunda devaluación no puedo precisar la fecha, ya que el territorio de Polonia pasaba todo el tiempo de mano en mano, y después de Rusia la ocuparon los alemanes, “*Deutschland über alles*”. Lógicamente, por el gran crash el marco alemán perdió todo su valor. Hubo otra emisión de diferente forma y color. Entonces mi papá me regaló una bolsa entera llena de billetes en desuso. No eran perfumados ni grandes. ¡Yo, sin respeto alguno, los recorté y armé un payaso con una sola pierna, víctima de la guerra! Y enmarcaron esta “obra de arte” ...

## HUEVOS a las SIETE de la MAÑANA

Las pequeñas-grandes costumbres de la vida diaria de mi familia en la luminosa época de mi infancia y adolescencia, echaron raíces y florecieron...

Nosotros tuteábamos a nuestros padres y abuelos maternos, cosa que en aquella época no se acostumbraba. A los mayores se los trataba de usted.

Las clases en la escuela comenzaban a las 8 de la mañana. En Polonia, en invierno, a esa hora todavía está oscuro y el frío puede alcanzar los 25 grados bajo cero.

Normalmente apurados para salir hacia la escuela, para defendernos de un posible resfrío la *niania* nos obligaba tragar dos huevos pasados por agua batidos con un trozo de manteca. Protestando tragábamos ese verdadero escudo, y con esa carga en el estómago el frío ya no resultaba peligroso...

## El "KRUPNIK" de los JUEVES

Cada jueves a lo largo de los dos pisos de la escalera había gente hambrienta formando una silenciosa cola. Cada uno recibía un plato de consistente sopa con carne, es decir "*krupnik*", puchero, y pan. Esos jueves nosotros comíamos la misma sopa de los pobres. ¡Qué lección tan importante!

Otro recuerdo:

Los jueves mamá acostumbraba hacer la gran compra para la semana. Cierta vez, como premio, me llevó con ella. En la pescadería me regalaron un pequeño pez vivo. ¡Una gloria! A mis hermanos no les permití tocarlo, sólo mirarlo. Y por las dudas lo escondí muy bien, pero pronto se me pasó el entusiasmo y me olvidé de él. Al tiempo comenzó a sentirse un fuerte olor a podrido en la cocina. Por supuesto encararon una gran limpieza a fondo, y por supuesto encontraron el cadáver de ese pobre pez...

## La PUSHKE del KEREN KAYEMET

En cada casa había colgada una “*pushke*”, una alcancía del Keren Kayemet. Como para mí estaba demasiado alta, me levantaban para que pudiese echar con mi propia mano las monedas para un árbol en la entonces Palestina. ¡Y me resultaba emocionante!

Otro recuerdo:

Las calles de Varsovia estaban iluminadas con faroles de gas. Un hombre armado con una antorcha montada sobre un largo palo prendía esos faroles a la tarde y los apagaba a la madrugada.

Recuerdo el momento en que instalaron la electricidad en nuestra casa. ¡Fue una sensación fantástica, imposible de imaginar hoy!

## La SEÑORA LAVENDA

Esa señora era una amiga de la familia. Mayor que mi mamá y menor que la abuela, no tenía hijos y volcó en nosotros toda su calidez de madre frustrada. Y nosotros la queríamos sin reservas. Y mucho más querible aún era su esposo. En cierta, discreta medida, reemplazó al abuelo Josef, prematuramente fallecido.

¿Por qué esta introducción? Sucede que cierta tarde, la señora Lavenda, siempre tan elegante y sobria, se apareció muy maquillada y con un llamativo pañuelo atado al cuello. Yo entré a saludarla como de costumbre, pero me quedé muda. Parecía trastornada.

Cuando se fue, me llamó mamá muy seria, preocupada por el estado mental de su querida amiga.

Yo ya había cumplido catorce años, ya era una señorita, y mamá me consideraba madura y confiable. Entonces mamá me dijo (y sigue diciéndomelo):

“Escúchame bien, hija mía: Si algún día me ves ridículamente vestida, como nuestra amiga, te autorizo a no permitírmelo, aunque sea por la fuerza... La ridiculez es una gran amenaza para una mujer y yo la temo... Te doy una orden, que será en su momento tu obligación.”

Un largo abrazo culminó ese solemne momento.

Mi mamá era coqueta con límites. Yo lo heredé, y también su temor a la ridiculez!

Ahora, a los noventa años, ya exagero y me controlo mucho con un “ya no”. ¡Y considero que es mejor así!

## FILATELIA, NOBLE HOBBY FAMILIAR

Cierta tarde nos visitó la tía menor, Eva, con su hijito de ocho años. Yo no lo conocía. Entonces le hice la clásica pregunta: “¿Cómo te llamas?

Y él me contestó: “¡¡*Dodus*, filatelista!!”

Lo dijo con tanto orgullo que me impresionó. “¡Qué autoestima!”, pensé. Y él me enseñó, muy serio, la técnica que se utiliza para preparar una estampilla para incluirla en el álbum.

“Porque no todos lo saben, yo sí... La primera condición es recibirla (si es un regalo) con el trozo del sobre donde está pegada. Entonces se la pone en un remojo especial. Luego se le quita con suma delicadeza los restos de papel, con una pinza, sin dañar los bordes. A continuación se la pone sobre papel secante...”

Entre los pliegues de mi memoria se conservó el orgullo de este hombrecito de ocho años.

En mi casa había cinco hermanos, y cinco álbumes con sus útiles. ¡Cada uno tenía su territorio exclusivo con fronteras aseguradas por la palabra de honor! Y ninguno se atrevió violarlas... Mapas, manuales de geografía e historia.

A veces había dificultades para descifrar los nombres escritos con alfabeto cirílico. El ruso lo sabía el abuelo, pero no el turco.

Había grandes peleas “profesionales” por la autenticidad o por la fecha de emisión, dificultada por un sello del correo desprolijo.

En Varsovia existía un importante centro filatélico en la calle Swientokrzyska en la que había varios negocios muy especializados, que disponían de mapas de distintas épocas, diccionarios y enciclopedias a disposición de su tan joven como respetable clientela. Y les brindaban con cariño sabios consejos.

El “clan Gartenstein” tenía su fiel proveedor, el señor Kleinsiger, hombre elegante de larga barba y kepi. Muy preparado, hablaba un impecable polaco sin acento ídish. Si recibía algo especial avisaba por teléfono.

Los educadores y los padres apreciaban el enorme valor cultural de este hobby juvenil.

Me llama la atención que este hobby fascinase solamente a los varones y hasta más o menos los 16 años. No conocí ninguna nena filatelista. ¿Por qué será?

## Una FLORCITA de MONTAÑA

El trozo de hielo que tengo puesto sobre mi cara, tras una intervención quirúrgica, despertó de pronto en mí este pequeño recuerdo que retuvo mi memoria durante **75 años**.

¿Dónde ubicarlo? Varsovia, Polonia. ¡Luminosa juventud...!

Las autoridades de mi *gimnazium*, mi escuela secundaria, habían organizado para las vacaciones del invierno una excepcional excursión a las altas montañas, a Tatry, al establecimiento perteneciente a la Sociedad Judía de Fomento de Turismo (Z.T.K., *Zydowskie Towarzystwo Krajoznawcze*) en Jaszczvrówka, una cumbre donde los lagartos (*iaszezurówka*) toman sol... Tomaban parte de la excursión las alumnas del cuarto y quinto año de la secundaria. No era sencillo. Debíamos convencer a nuestros padres, inquietos por la seguridad y elevado costo. También al médico escolar. No todas eran aptas para soportar los 1200 metros de altura. Y el viaje en tren era largo. Pero a esa entusiasta edad nada es largo, feo o difícil. ¡Envidiable estado!

Al día siguiente nos reunimos en una terraza panorámica que parecía un campo de amapolas en flor. Veinte cabezas cubiertas con gorras rojas con un pompón negro en movimiento en la punta. Todavía no había fotos en colores. Esas gorras eran obligatorias como una distinción, señal de pertenecía al grupo de la Z.T.K..

Maravilladas admiramos el grandioso paisaje blanco a pleno sol, nunca visto antes. La orden era no apartarse del grupo. Pero dos amiguitas y yo, estábamos curiosas por ver un poco más allá. Con gran cuidado nos escurrimos detrás de un enorme árbol cónico, una especie de pino montañés, de tronco protegido por una coraza de ramas horizontales como brazos, con manos llenas de brillante nieve. Ese coloso estaba bien aferrado a la tierra para defenderse de los huracanes de altura. Naturaleza previsorá...

Sorpresivamente encontramos una maravilla. De la espesa capa de nieve surgía una pequeña, humilde florcita blanca, como una pregunta: "¿Dónde estoy?" Nos cortó la respiración. Las tres, inclinadas sobre ella, nos sentíamos testigos de un despertar cósmico.

Ensimismadas, calladitas, volvimos al grupo sin contar lo vivido, y lo recordamos durante muchos años, en voz baja, como un íntimo secreto.

Pasaron desde entonces 75 años, turbulentos, difíciles, pero no lo he olvidado. Ese recuerdo perduró en alguna cápsula cerebral.

Y ese bautismo no fue pasajero. Mantuve siempre ese contacto con el Z.T.K., tanto para vacaciones de invierno como de verano. En invierno, durante los paseos nocturnos en noches blancas, a la luz de la luna en ese paisaje irreal, volvíamos a contar cada año aquella deslumbrante experiencia.

La última excursión veraniega fue al norte de Polonia en la frontera con Lituania. Con un kayak fuimos a los Doce Lagos, a un punto estratégico desde donde se los admira a todos juntos, siendo los lagos más grandes el Narocz y el Dryswiaty.

Eso fue en agosto de 1939. Fue la última excursión. Volvimos a Varsovia en el último tren que clausuraba una época... ¡¡Después llegó el Apocalipsis!!

# De LOS AÑOS NEGROS

## VICISITUDES en el GHETTO DE VARSOVIA y un manojo de espinas

*El Ghetto bombardeado y en llamas no interesa a nadie.  
Sucede en otro planeta...*

“Nuestra fortaleza está en nuestra memoria”.  
Para explicar las siguientes pequeñas-grandes vivencias,  
se debería reconstruir el fondo histórico de la época;  
es importante para las generaciones más jóvenes,  
que NO pueden comprender ni creer ese pasado.

### La forzada ida al GHETTO

Nuestra casa quedaba fuera de los límites fijados al ghetto de Varsovia, de modo que fuimos obligados a abandonarla dejando todo lo que contenía.

Impotente, perpleja me detuve frente de nuestra biblioteca llena de tesoros. En un volumen de la Mishná había un detallado registro de los nacimientos familiares, y en otro, un registro de los decesos.

Lo único que atiné a hacer entonces, en un gesto desesperado, fue...  
¡¡echar llave a la biblioteca y llevarme la llave!!

## Epidemia de TIFUS

Sucedió en la primera época del ghetto de Varsovia, cuando aún no había sido cerrado. Era algo previsible. Habían traído masivamente a Varsovia, desde lejanas aldeas miserables, a judíos en condiciones calamitosas, sin posibilidades de higienizarse, cubiertos de piojos, hambrientos, desorientados, sonámbulos, portando bacterias de tifus. Y metidos en el estrecho espacio al que fueran confinados los judíos en esa ciudad, sin contar con ayuda alguna, ante una increíble indiferencia, la gente se moría por las calles, sus cadáveres eran cargados como basura en carros “Pinkert” y sepultados en fosas comunes cubiertas con cal.

Enmarcada en ese entorno infernal, como voluntaria del “Hogar Korczak” yo me metí entre grupos de chicos abandonados, moribundos, desmayados de hambre, cansancio y... miedo. Los piojos, por supuesto, me atacaron con furia y tras los catorce días de incubación correspondientes caí enferma de tifus. Cuarenta y un grados de temperatura, delirio, inconsciencia.

La mortalidad era enorme, porque a la gravedad de la epidemia se sumaba la falta de esterilización de las inyecciones aplicadas a un enfermo tras otro con la misma aguja. Además, las autoridades alemanas habían ordenado, previendo terribles amenazas para quienes no obedezcan, que los enfermos de tifus sean entregados a los hospitales, lo que significaba una muerte segura.

¿Cómo fue que yo sobreviví a esta epidemia? No fue por casualidad sino consecuencia de una larga historia, que me retrotrae a mi época de estudiante universitaria. Yo quería estudiar medicina pero sólo pude ingresar a “Humanidades”. (En otras facultades no aceptaban judíos, aplicándoles normas de “*númerus clausus*” o “*númerus nullus*”, que autorizaban el ingreso de un cupo ínfimo de judíos o que lo impedían totalmente.) Allí, ya no recuerdo en qué circunstancias, conocí a Eva, una estudiante de Farmacología que había venido del interior para matricularse en la Universidad de Varsovia. Provenía de una familia judía tradicional que no podía costearle los estudios. No sé por qué la invité a mi casa, donde fue recibida, por supuesto, con simpatía.

Mi mamá, con su instinto de *ídishe mame*, percibió que la jovencita pasaba hambre, y en cada ocasión la invitaba a compartir el almuerzo con alguna excusa: “Justamente hoy tenemos un plato típico de su región”. Con el correr de los años ya era algo así como un miembro más de mi familia. Era una muchacha desprovista de gracia y excepcionalmente fea, pero emanaba simpatía, tenía una sonrisa fácil y un ocurrente sentido del humor; la queríamos mucho.

Sucedió que Eva se enamoró de un colega, un joven delicado, callado, hijo único de una familia muy rica y muy snob, propietaria de un próspero y famoso laboratorio farmacológico. Esa familia soñaba casar a su hijo con una princesa, de modo que se resistió a aceptarla como futura nuera. Pero tras sufrir un sinnúmero de humillaciones ganó la partida. Se casaron quedando oficialmente consagrados copropietarios de la fortuna familiar.

Volviendo a la epidemia de tifus. Corría el año 1939, clima de guerra, pánico. La gente acumulaba víveres y máscaras antigás. De pronto, sin previo aviso, llega a casa un gran cajón repleto de toda clase de medicamentos, jeringas, agujas, gasas, vendas, etcétera. Todo lo que durante una guerra no se consigue.

Contar con todos esos elementos durante mi enfermedad fue milagroso. A eso se añadía el que tuviésemos por vecina a la doctora Roll, una médica, soltera, muy apegada a nosotros, que venía dos veces por día a aplicarme glucosa y codeína. Y lo que no era menos importante, mamá permaneció acompañándome todo el tiempo, encerrada conmigo.

Me contaba luego que para prevenir la calvicie me había cortado mis largas trenzas, llorando. Y me contaba también que mi afiebrado delirio yo me la había pasado hablando, contando historias de exóticos viajes, fantasiosos ecos de mis profusas lecturas.

## DESRATIZACION

Transcurría el año 1943. Yo estaba en el Ghetto de Varsovia, Polonia, en pleno invierno; el termómetro registraba una temperatura muy cruel: 25 grados bajo cero. Cierta madrugada de esos inclementes días, los nazis me atraparon junto con otras mujeres y nos llevaron a hacer “trabajos forzados”, a limpiar ventanas, pisos y cloacas.

Entre la parte aria y el ghetto había una franja de casas deshabitadas, destruidas, de estructuras carcomidas y abiertas ventanas destrozadas, casas que habían pertenecido a judíos. Ahora las ocupaban en forma masiva las ratas, por lo que se hacía imperioso aniquilarlas ya que contaminaban el “aire ario”, al igual que lo hacían los judíos, según nos decían. Para esta “noble tarea” las más indicadas eran las mujeres judías, por lo que se formó un grupo de alrededor de una veintena de ellas que, en parejas, fuimos enviadas a los oscuros y fríos sótanos. El espanto fue mayúsculo: Nos atacaron montones de ratas grandes, furiosas. En esas circunstancias descubrí que mi pareja --¡oh ironía del destino!-- era quien fuera mi profesora de literatura en la secundaria, la doctora Flaum, oftalmóloga de profesión. En verdad, no tengo palabras para describir el dramático, increíble encuentro en momentos tan terribles. Recuerdo que ambas quedamos como petrificadas, sin lágrimas ni gemidos, en un fuerte y prolongado abrazo. Así estábamos cuando el “capo” con gritos y blandiendo su bastón “de mando” nos recriminó duramente, emplazándonos nos dediquemos “al trabajo”.

Mi obligación, en tan desagradable menester, era cargar el veneno, por supuesto sin guantes. A la doctora Flaum le correspondía indicarme dónde colocarlo estratégicamente. Era una “meritoria” tarea y como premio por realizarla me enfermé, cosa previsible por lo desnutrida que estaba y por lo desabrigada. Mi abrigo ya me había sido atentamente confiscado por la Gestapo. Nunca más volví a ver a la doctora Flaum.

## OTRA ESPINA

Los alemanes estaban siendo apurados. Anhelaban comunicarle a Hitler, en el día de su cumpleaños, que Varsovia ya estaba "*juden rein*", limpia de judíos. Pero los judíos, insolentes ellos, no sólo no querían morir sino que, para colmo, tenían la desfachatez de matar alemanes...

Cierto día, sometidos a un intenso bombardeo, yo estaba en el bunker, congelada, sentada sobre una de las tuberías del edificio. De pronto, como una sonámbula, me incorporé del "confortable" asiento y fui a sentarme en el otro extremo del mismo caño.

Habían pasado apenas un par de minutos cuando, con el consiguiente estruendo, parte de una bomba hizo su ingreso por algún lugar y cayó justo donde yo había estado sentada muy poco antes. Hubo varias personas heridas pero guardando un prudente total silencio.

Subsisten en mí todavía hoy varias preguntas que, como dardos, aguijonean mi mente: ¿Por qué cambié de lugar poco antes de que entrase el artefacto explosivo? ¿Fue una orden? ¿Quién la impartió? ¿Habrá sido intuición? ¿Un presentimiento? ¿Quién se había preocupado por mí?

## Un gatito para IRKA

Varsovia, enero de 1943. Ghetto. En un profundo bunker-tumba, perfectamente camuflado, se oculta un grupo de cincuenta, sesenta personas de todas las edades. Los hombres jóvenes permanecen arriba, de guardia, mi esposo entre ellos.

Se me acerca una niña de unos tres años.

--¿Cómo te llamas? -me pregunta.

--Lena, ¿y vos?

--Yo Irka. ¿Por qué no lloras? ¿No te duele nada? A mi mamusha le duele la pancita, por eso llora.

--Sentáte conmigo y vamos a hablar a solas, bajito, en secreto, ¿sí?

--Sí, sí.

Y comencé a contarle un cuento.

--Una vez, una nena como vos, caminaba cantando por un bosque llevando un gatito.

--¿Qué es un bosque, Lena?

--Son muchos árboles juntos.

--¿Cómo es un árbol?

Alguien me alcanza un papelito y un lápiz. Dibujo.

--¿Pero el gatito cómo era?

--Blanco, con colita y orejas negras como tupelo.

--Quiero un gatito igual.

--Bueno, prometo regalártelo. ¿Cómo vas a llamarlo?

La promesa fue sellada con un apretón de manos.

Los niños eran un peligro en el bunker. Se los hacía dormir con Luminal, si es que había...

## BUNKER

En varias de mis sentadas en el bunker yo tenía una compañera, Leonka Jarecka, y Rysio, su hijo de diez años. Ese chico era pelirrojo, lo que significaba un peligro más. Su madre le lavaba la cabecita con un brebaje que debía haber sido agua oxigenada, pero que no lo era. El cabello se le volvió verde o azul. El único remedio que quedaba era afeitarse la cabeza, ¿pero con qué?

Finalmente la madre, con una tijerita, le cortó pelo por pelo y en una valija, con un contrabandista --profesión muy honorable por aquel entonces-- lo envió a la parte aria de Varsovia.

Para los varoncitos, que cargaban la indeleble marca de la circuncisión, resultaba especialmente difícil encontrar escondite. ¿Cómo explicarle a un chiquito de pocos años que no debía bañarse con los otros chicos en el Vístula, para no bajarse los pantaloncitos?

Rysio sobrevivió. Con la aliá infantil llegó a Londres y luego a Israel. Actualmente es abogado en Jerusalem.

También sobrevivió Leonka, su madre, escondida como yo. Sólo que sin contar con el respaldo de la Resistencia, tuvo que pagar una fortuna. Cuando terminó la guerra, vivió con nosotros en Lodz. Nos unía una profunda amistad forjada en situaciones límites. Se casó con un admirable amigo nuestro, el ingeniero Marian Wajs, y en 1952 se asentaron en Israel. Ambos fallecieron ya, hará unos cinco años.

El primer marido de Leonka, un médico, el Dr. Jarecki, oficial del ejército polaco con el grado de mayor, había sido fusilado en 1940, junto con otros diez mil oficiales polacos de alta graduación, en la tristemente famosa masacre del bosque de Katyn. Durante mucho tiempo no se supo si esta matanza había sido obra de los nazis o de los rusos. Todos los asesinados presentaban un tiro en la nuca, marca alemana, pero... en 1990 la Unión Soviética reconoció la responsabilidad de su policía secreta en esa masacre.

14 DE ABRIL DE 1943

*Dedico éste testimonio a la memoria  
de Adam, mi esposo, que supo sobreponerse a sus sentimientos  
para salvar mi vida.*

Ese 14 de abril fue un día crucial en mi vida, al borde de la muerte. Yo no lo sabía, pero para cinco días más tarde estaba previsto donde yo me encontraba, el Ghetto de Varsovia, el estallido del histórico levantamiento. ¡¡¡Desde ese 19 de Abril de 1943 ya pasaron sesenta años!!! Me resulta difícil creerlo.

Quiero recordar mi pequeña prehistoria de ese suceso. Adam, Adek, mi esposo, pertenecía al pequeño y exclusivo grupo que preparaba ese estallido, para nada improvisado ni repentino. Era la culminación de largos preparativos tanto mentales como físicos. Una de las consignas convenidas entre ellos era **NO** contar nada a sus mujeres, y no por desconfianza sino por otros muy sabios motivos.

Todos estaban preparados para morir; no había otra perspectiva. La única pregunta era cómo. Lo más probable era que fuese a consecuencia de mortales torturas... Y la persona torturada no puede controlarse, ya no es una persona. Dice todo lo que sabe o acepta lo que le sugieren. Lo que deseaban evitar a los otros era esa tortura mortal.

Las mujeres judías eran expuestas de manera especial a torturas increíblemente salvajes. Según la ley de "*Rassen Schande*" eran intocables para los arios, pero por otra parte la "carne" judía les resultaba muy atractiva. De modo que una de las torturas era una jauría de veinte, treinta hombres (?) con el pene afuera, haciendo fila para penetrarlas hasta que destrozarlas. Ninguna mujer sometida a esa tortura sobrevivió...

Por esa razón mi esposo no me informaba. El olfato me decía que algo se estaba tramando, por lo reservado de su comportamiento conmigo, tan distinto del acostumbrado. Y mi ignorancia me llevó a tomarlo con amargura como un acto de discriminación.

En la víspera del día decisivo Adam, muy concentrado, crispado, me habló en términos que todavía llevo grabados en mi sangre:  
“Escúchame. Esta es la única vez en que te ruego te comportes como una esposa obediente. No te opongas y permíteme hacer. Sé que me tienes bronca pero pronto comprenderás la razón de mi dureza y me perdonarás. No es una afrenta a tu independencia. La conozco bien y siempre la respeté orgullosamente, ¿no es cierto?”

Y a continuación me dio una cantidad de indicaciones preparatorias:  
“A la madrugada saldrás como siempre con tu grupo de mujeres para trabajar. Un hombre se te acercará y tomado tu mano te conducirá a donde está convenido. No preguntes nada. Haz todo lo que él te indique. Es una persona de suma confianza. Ponte unos vestidos livianos, sencillos, un sombrero blando y guantes en el bolsillo. Muy importante, no lles ningún papel escrito. Ahora tratemos de dormir un poco, Laichunia. Nos espera un día difícil...” Laichunia, ese modo cariñoso de llamarme, como lo hacía mi bisabuela, le brotó por una grieta en su coraza...

En ese momento no nos podíamos imaginar siquiera que pasarían dos años enteros sin una noticia. Cada uno pensaba del otro como de un muerto. ¡Y razones para eso sobraban! Durante muchos meses yo me había negado a salir del ghetto a la parte “aria”. Yo decía que prefería morir entre los míos y no entre polacos. Que moriría estaba claro, sólo se trataba de elegir dónde.

Ese día clave, el 14 de Abril de 1943, tal como estaba previsto salí a las seis de la madrugada con un grupo de mujeres para trabajar en esos menesteres tan difíciles como denigrantes a los que nos habían destinado, entre brutales insultos y cada tanto algún azote con una especie de rebenque. Nos contaban en el portón del ghetto, ya que a la vuelta debían entrar la misma cantidad de “esclavas”.

De pronto se me acercó un hombre murmurando su nombre, Felix, un polaco enviado por la Resistencia. Lo seguí totalmente ajena, atrofiada, sin comprender la importancia del momento. El hombre me ordenó quitarme el pañuelo de la cabeza y ponerme el sombrero. Me tomó del brazo diciéndome: “Ríase; aquí nadie llora.”

*Félix:* --Nos vemos ahora por primera vez, pero ya te conozco bien. Te hemos estudiado. El de hoy no es tu primer desafío ni será el último que tengas que afrontar. Sé que tienes una ambición de no rendirte, y que eso te da fuerza. Tu mérito es que tienes los ojos abiertos y la boca cerrada. Por esta razón te tenemos confianza. ¡Eres fuerte! Hoy no lloraste ni suspiraste, sino que encontraste fuerza suficiente como para mostrar los dientes en una mueca que pudiera llamarse "sonrisa". Es una parte del examen. Pero dejemos la psicología. Dime qué sabes hacer. ¡Es necesario que les seas útil!

*Yo:* --Lo que sé de antes seguramente no vale. Ahora tengo una especialidad única; me volví especialista en desratizar sótanos, en lavar cloacas y dominar el asco. ¿Es útil? Y sé algo de costura.

*Félix:* Esto último es importante. Díselo a las muchachas. ¿Qué más?

*Yo:* --¿Qué sabes de mis futuras patronas?

*Félix:* --Son buenas personas, y fueron muy castigadas por nuestro común enemigo, víctimas de la misma tragedia. Eso une. Y son valientes. Debes ganar este desafío por Adek. Él merece tu sacrificio. ¡Lo sabes muy bien!

Félix me llevó a un departamento desocupado, totalmente vacío, y me dejó sola diciendo que pronto me vendrían a buscar. ¿Qué es pronto? ¿Cómo se mide el tiempo en estas circunstancias? Yo no llevaba reloj, estaba prohibido. Me cuesta recordar mi trágica figura, sentada en el piso con el sombrero y los guantes puestos. Temblando de frío. Esperando. ¿Qué? ¿A quién? Tal vez no pensaba en nada. Estaba ausente... Había oscurecido ya cuando llegó un hombre, Eduardo. Muy amablemente me consoló. Controló mi vestimenta, si estaba a la moda. Subimos a un tranvía repleto. Lo cambiamos varias veces porque a Eduardo le parecía que alguien me miraba con insistencia sospechosa... Después de un largo recorrido, finalmente llegamos a Mińska 7, en Praga, en la ribera derecha del Vístula. Dos jovencitas, Alicia y Olga, me recibieron amablemente y bastante asustadas. De inmediato me ofrecieron un té caliente...

Eduardo desapareció enseguida. Con esas señoritas conviví diecisiete meses. Ellas trabajaban todo el día y volvían a la hora del toque de queda, de modo que yo vivía como en una prisión, con un gran candado en la puerta para que los de afuera crean que no hay nadie adentro...

Al día siguiente, 15 de abril, comenzó a pasármese la “anestesia”. Donde estaba era un departamento de dos ambientes, en planta baja, interno, no daba a la calle, con un pequeño jardincito donde jugaban los niños de los vecinos. Los muebles y todo lo demás era muy pobre. Me llamó la atención la falta total de libros y revistas. Sólo vi la biografía oficial del Mariscal Pilsudski. Y había una máquina de coser a pedal.

Enseguida dije a las muchachas que yo sabía coser y que si querían arreglar algún vestido lo haría gustosamente. Gran alegría. Un puente importante. En esos días la ropa y todo lo “ex judío” yacía disperso por las calles y la gente lo tomaba todo. Trajeron varios vestidos. Trabajé mucho pero se me presentó una inesperada dificultad. La máquina de coser era a pedal, usándola producía ruido, algo “enemigo”, peligroso, ya que se podía escuchar afuera. Entonces manejaba la rueda a mano, punto por punto. Con este método, lo que normalmente debía tomar unos minutos significaba muchas horas de tensión y desgaste nervioso. ¡Era duro! Las chicas nunca habían estado tan bien vestidas, pues yo les hacía modelos exclusivos...

Cierto día trajo Alicia, con gran alegría, un enorme manto de oraciones jasídico, un *tales* de lana para yo le hiciese con él un vestido de dos piezas. Al verlo quedé helada. Yo no soy religiosa, pero el *tales* es por tradición algo sagrado. De ninguna manera podía utilizarlo, pero ¿cómo explicárselo a las chicas sin ofenderlas? Un dilema...

Juntando fuerzas les expliqué qué significa el *tales*, les dije que es un manto de oraciones empapado de lágrimas y súplicas, y que acompaña a un judío durante toda la vida y también en la tumba. Y les dije también que hacer con él un vestido sería un sacrilegio que podía traerles desgracias. ¡Se asustaron! Me abrazaron y tranquilizaron, pues yo temblaba. Al día siguiente, con todo respeto, sacaron de la casa ese peligroso *tales*...

Este suceso me emocionó profundamente. Lo percibí como una misteriosa señal. No me cabía duda de que significaba algo, ¿pero qué? ¿cómo interpretarlo? Este interrogante me inquietó durante mucho tiempo. Típica reacción de prisionero, siempre en busca de salvación; ¡alguien para quien un pajarito en la ventana es una promesa de libertad...! Sueños, pesadillas, alucinaciones.

## NAVIDAD

Era el resto de una familia polaca de pura sangre, antisemita, perteneciente a un partido como lo fuera Tacuara en Argentina. Cierta noche la Gestapo asaltó a esa gente acusándola de divulgar literatura subversiva, y fusilaron en el acto al padre y a un hijo de veintidós años. A la madre la enviaron a un campo de concentración. Quedaron con vida dos chicas de 16 y 21 años, totalmente desamparadas y por demás pobres.

La Resistencia consideraba que esta casa era segura, apta para esconder judíos si se pagaba bien.

Viví con esas chicas diecisiete meses en amistosa convivencia, compartiendo el frío, el hambre, el miedo y la almohada, saturada de lágrimas.

La noche de la vigilia navideña decidieron pasarla en la casa de una tía. Yo me quedé sola sumida en una total oscuridad; era riesgoso encender la luz. Era una planta baja, y el portero había sido informado que en el lugar no había nadie pues las chicas se habían ido a la casa de una parienta.

En algún momento de esta tan tensa como angustiante noche me alarmaron unos fuertes golpes, al estilo Gestapo, contra el portón de la calle. El portero demoró en abrir; pero una vez hecho esto, entraron unos hombres profiriendo gritos e insultos y se dirigieron directamente a la escalera de la vivienda donde me ocultaba... pero no se detuvieron en mi puerta. Subieron a los pisos superiores. "Se equivocaron..." pensé. "Pronto bajarán a detenerme... ¡Las chicas me traicionaron!", era mi trágica reflexión. No había pasado mucho tiempo cuando oí que los hombres descendían renegando contra una persona que, al parecer, habían sacado violentamente de la cama... Ya estaban en la calle. ¡Evidentemente no había llegado mi hora todavía!

Al mediodía volvieron las chicas con regalos y cariñosos abrazos.

## Mi ENEMIGO

¿Quién era mi enemigo? ¡Realmente todo y todos!

Los chicos del jardín pegaban las narices a la ventana para ver qué pasaba adentro. Nunca vieron a nadie, por supuesto. Incluso una vez tocaron el timbre. Eran chiquitos y no habían visto el candado colgado en la parte superior...

Yo no podía bajar el agua en el baño porque hacía ruido. Tampoco podía llenar la pava con agua de la canilla porque hacía ruido. Para preparar un té para las chicas antes que ellas viniesen, yo llenaba la pava con un vaso, lentamente. Y es sabida la maldad de las cosas, que se caen de las manos en los momentos menos oportunos, momentos siempre peligrosos en aquella situación.

## “MIRADA JUDÍA”

Durante todo mi encierro en la “parte aria” de Varsovia no tuve ningún contacto directo con ninguna persona de la Resistencia. Salvo el 14 de abril, cinco días antes del Levantamiento, cuando Feliks me sacó del ghetto para ubicarme en la calle Mūska 7, en Praga, es decir en la ribera derecha del Vístula. No sé quién ni cuándo le pagaban a Alicia por mi alojamiento. Todo estaba misteriosamente organizado. Y eran muy frecuentes que me cambiasen mis nombres y mis “documentos”.

Cierto día me pidieron una foto mía para conseguirme una auténtica “*kenkarte*”, el documento que regía en ese momento. Era un problema; yo no tenía ninguna fotografía. Pero Alicia se consiguió prestado un aparato fotográfico. Y me sacó una foto, y otra, y otra más, pero las fue descartando una a una porque todas delataban mi “mirada judía”. Esa tortura duró más de una hora hasta que finalmente perdí la paciencia. Con rabia le dije: “¡No quiero ninguna foto más!” En este momento Alicia hizo “click” y obtuvo una foto aceptable por la chispa de rabia en mi mirada no judía...

## El ONOMÁSTICO de ALICIA

De entre los pliegues de mi memoria rescato con toda su frescura el siguiente episodio:

En Polonia y en otros países no se festeja el cumpleaños sino el Onomástico, el día del santo cuyo nombre tiene.

El onomástico de Alicia era el 23 de junio, en pleno verano. Alicia era una de las dos hermanas de pura sangre aria-polaca con quienes, oculta en su casa como polaca, conviví durante 17 meses. Y la llegada de esa fecha planteó un gran “problema”: Qué hacer conmigo. Porque Alicia estaba obligada a invitar a sus compañeros de la fábrica, ¡eso era inevitable! Y el departamento que compartíamos sólo tenía dos habitaciones, así que de esconderme ni pensar.

Finalmente resolvimos que me presentarían como una invitada. Pero yo estaba sumamente pálida mientras que todos se veían tostados por el sol. Entonces compraron una crema de color adecuado para maquillarme. El vestido no era problema, porque yo había salido del ghetto llevando puestos tres vestidos encimados.

Alicia me aconsejó que **no** hablase en la mesa de literatura, porque ese era un tema de judíos, y que no usase expresiones inteligentes (sic). Y no es que ella fuese analfabeta, era bachiller. Lo decía preocupada y por precaución.

Una tía, que sabía que una judía vivía con ellas pero no me conocía, encontró entre las quince invitadas una con aspecto casi judío...

Cuando todos se levantaron de la mesa y comenzaron a charlar por separado, esa tía se llevó a aquella muchacha a un rincón y comenzó a consolarla, le decía “que no estuviera triste, que la guerra estaba por terminar”, etcétera. La “víctima” llegó a la conclusión que se trataba de una vieja loca.

¡¡¡Mi gran alivio fue que a nadie se le ocurrió que **yo** fuese judía!!!

Ése fue un pequeño pero significativo “logro” en la constante, sumamente tensa lucha durante esa vida clandestina.

## LA CLANDESTINIDAD

La vida clandestina, llamada peyorativamente “resistencia pasiva”, no era pasiva en absoluto. Todo lo contrario. Rodeada de enemigos mortales, invisibles, en constante acecho. Una estaba siempre alerta y ni el sueño otorgaba descanso. Este era superficial porque los agudizados sentidos permanecían atentos a los menores ruidos de la calle, mi potencial amenaza. ¡Era una vida no vivible! Sometida a un enorme desgaste tanto psíquico como físico, sin perspectiva alguna, me preguntaba hasta cuándo resistiría.

Un capítulo aparte lo constituían los frecuentes cambios del documento de identidad, con sus nuevos nombres y apellidos. Esos falsos documentos necesitaban de una pizca de verdad. La red de voluntarios la buscaban en los registros de bebés bautizados en las parroquias de las iglesias. Por consiguiente planteaban una multiplicidad de preguntas sin respuesta.

Se suponía que aquel bebé había crecido, ¿qué ser humano sería yo como adulto, su encarnación, para resultar creíble? Subrayo: El punto de partida eran los “datos personales” de un bebé...

De su nombre y apellido era posible deducir su pertenencia a una determinada clase social. Cada estrato social tenía -tiene- en uso apellidos típicos; por ejemplo “Stasia Maikut” correspondería a una mujer de clase baja, sin profesión, analfabeta, probablemente lavandera. Si yo tomase un documento con ese nombre su falsedad saltaría a la vista: Mis manos no corresponden a esa persona, no comparto su modo de alimentarse ni entiendo su “jerga”.

Otro ejemplo: Los nombres “Ana Potocka” o “Zofía Leszczynska” seguramente pertenecen a una mujer de clase media alta; su profesión probable, maestra, pintora, escritora o pianista. ¿Será elegante? ¿Cómo se vestirá? ¿Usará tacos altos? ¿Será madre? Al cambiar mi identidad yo debía componer el personaje, como un actor que tiene un guión. Nada que ver conmigo, todo a partir del nombre de un bebé.

¿Y por qué había perdido validez mi documento anterior, mi personaje anterior? Un enigma. Posiblemente haya pasado algo grave. Y una inquietud adicional para mí. Ya me había identificado con Zofía Leszczynska, así hasta el fin de la guerra, porque ése era el nombre y apellido de mi documento provisorio verdadero hasta el fin de la guerra... Si alguien me llamaba "Ana", yo no debía reaccionar porque ahora era Zofía. Una confusión total. El tema era controlar con gran agilidad mental mis reacciones automáticas, proceso sumamente desgastante. Y en muchos sentidos, el motor de ese ingenio, de esa fuerza, de ese empeño por sobrevivir, era frustrar el designio nazi de asesinarlos. ¿Puede llamársele "resistencia pasiva"?

### FOTOGRAFÍAS FAMILIARES para la CLANDESTINA

*"La fotografía es sólo una ayuda visual, que potencia la memoria, sostiene recuerdos y estimula sensaciones."*  
Alicia D'Amico, fotógrafa

Era entonces –y lo sigue siendo-- una costumbre el llevar consigo fotografías familiares en la cartera. Por razones obvias, yo en mi nueva identidad no tenía ninguna, tema preocupante. Entonces Alicia, la mayor de las muchachas en cuya casa me ocultaba, sacó de su álbum familiar algunas fotos de la que podría ser la familia de ese personaje que yo había asumido, incluida una presunta foto mía a los tres años...

¡Emotivo gesto que sigo agradeciéndole todavía!

Siempre hubo y habrá en todo el mundo gente viviendo en la clandestinidad. No es una especialidad judía. Pero resulta extraño que en el aluvión de literatura dedicada a la Shoá no se mencione la vida de quienes nos vimos forzados a vivir en la clandestinidad, asumiendo falsas identidades. No nos prestaron atención los escritores ni los historiadores ni los psicólogos. Sigue siendo un tema pendiente.

## 1945, TERMINÓ LA GUERRA

Una parte de la *armia* rusa, encabezada por el general Berling, liberó a su paso gran parte de Europa, como la zona de Lwow, Lublín y otras ciudades. Finalmente llegaron a Praga, que así se llama la ribera derecha del río Vístula, en cuya ribera izquierda se encuentra Varsovia.

El ejército de Berling estaba integrado por muchos judíos y polacos que habían escapado de Polonia en 1939, pues habían apelado entonces a que los aptos para portar armas fuesen a Rusia. Este es un capítulo que ya forma parte de la historia.

Nosotros, los habitantes de Praga, soportamos durante largos meses ráfagas ensordecedoras de misiles (?) Katiusha rompiendo el tenso silencio nocturno, iluminando el cielo con racimos de reflectores.

¡¡Para nosotros esos rusos representaban LA vida!!

Pero en la liberada Praga los francotiradores seguían satisfaciendo su necesidad de asesinar. Eran un constante peligro. Frente a mi “vivienda”, en el alto edificio de la fábrica de chocolate Wedel, se había ubicado un grupo de francotiradores. Resultaba imposible convencerse de que la guerra había terminado efectivamente porque ellos seguían matando. Por eso Alicia, Olga y yo decidimos desocupar la casa. Ellas fueron a un campo de refugiados controlado por la UNRRA y yo fui a Mijalín, donde antes de la guerra teníamos una casa de veraneo. Ahora no comprendo por qué había decidido ir a Mijalín, pero fue así y es importante para comprender el siguiente episodio.

## La HOSTIA

Ronda mi memoria ese episodio, aparentemente pequeño pero fundamental.

Yo caminaba por la ruta con esfuerzo. Ya estaba desacostumbrada de caminar al aire libre. En realidad, no tan libre, pues caían bombas y volaban balas de todas partes. Por eso los soldados me obligaron entrar en un hospital que se había improvisado en el Instituto de Veterinaria de la universidad. Lo conocía muy bien, porque yo había ilustrado tiempo atrás un manual para estudiantes, aunque sin derecho a firmar mi trabajo porque mi apellido no era adecuado, no era *kosher*...

Al entrar a ese hospital, vino a mi encuentro un cura. Impulsivamente le dije: "Padre, soy judía".

Impresionado se persignó y con los brazos abiertos contestó: "Venga hija mía".

Me abrazó, me sentó, trajo una bebida negra y del fondo de la sotana sacó un terrón de azúcar. ¡Me lo puso directamente en la boca, como la hostia!

Le besé la mano. Él me acarició la cabeza con gran cariño... Con la coraza se había hecha añicos, me eché a llorar en sus brazos con río de lágrimas acumuladas durante años. El cariño desarma...

Con su asombroso comportamiento me reincorporó a la comunidad humana. Descubrí de pronto que el otro **NO** es necesariamente mi mortal enemigo, que todavía hay otros. **OTROS**.

En aquel momento no capté toda la trascendencia de ese episodio para mi tan traumatizada salud mental. ¡¡Ahora, casi sesenta años más tarde, lo aprecio y agradezco!!

## Diez GROSZY

Oficialmente había terminado la guerra, sí, pero no la mía. En el hospital conforté a un soldado moribundo. Luego, tal como le prometí fui a Mijalín y encontré a sus familiares. Eran un matrimonio con un chico de unos cinco años. No parecían judíos en absoluto e incluso su apellido era neutro, Boraks. Me recibieron con todo cariño y viví con ellos hasta que tuvo lugar mi conmovedor reencuentro con Adam, mi esposo. Nunca pude agradecer bastante la bondad de esa gente en aquella horrorosa época signada por el "*homo hominis lupus est*", por el hombre como lobo del hombre.

Por entonces yo no tenía documento personal alguno lo que no era conveniente en aquellos turbulentos días. En cierta oficina conseguí una certificación provisoria de mi identidad y domicilio para registrarme en Falenica, un pueblo cercano. Viajé hasta allí en sulqui. En ese pueblo había una municipalidad, una farmacia, algo parecido a un hospital, y lo más importante, un fotógrafo. Entonces me fue otorgado un certificado de identidad ¡con foto!

En Mijalín, se abrió un comité ad hoc para entregar a cada refugiado en tránsito la extraordinaria suma de diez *groszy*, diez centavos. Se me planteó el dilema: ¿Qué comprar? ¿Un trozo de carne de caballo bombardeado o una cebollita? Opté por la cebollita. Y fue una suerte, porque esa carne contenía demasiado calcio para organismos desacostumbrados como los de los sobrevivientes. La gente que la había comido enloquecía atacada por una violentísima urticaria para la que no había antídoto. Eso mismo sucedió cuando llegaron los soldados americanos y repartieron latas de jugo condensado de pomelo o naranja. Por ignorancia y desesperación la gente las tomaba sin diluirlas en agua...

## El largo ÉXODO desde nuestra VARSOVIA natal hasta la ARGENTINA, vía Paraguay

Nuestro anhelo era irnos lo más lejos de ese cementerio en que se había transformado Europa. Pero el mundo estaba cerrado para los judíos. El cónsul argentino en Varsovia me dijo con todo cinismo que su gobierno no deseaba inmigrantes judíos. ¡Así de clarito! Fueron el "Hias" y el "Joint" quienes se ocuparon de nuestro destino, gracias a los reconocidos méritos de Adam en la lucha hasta el final en el ghetto de Varsovia. Nos consiguieron visas a Paraguay. En esa época únicamente Bolivia, Paraguay y Uruguay otorgaban visas a judíos. Y no lo hacían por bondad sino gracias a la corrupción en boga: Los cónsules de estos países aceptaban gentilmente "regalos de categoría".

Vivimos un año y medio en Lodz porque Varsovia no era habitable, estaba en ruinas. Lodz, ciudad textil, no fue bombardeada pues había sido totalmente germanizada e incluida en el Reich bajo el nombre de "Litzmannstadt". El gobierno comunista nos otorgó un departamento en la calle Gdanska 65, por una orden, pues Adek trabajaba como ingeniero en el Ministerio de Industria y yo, en una confitería de una calle central, en Piotrkowska.

El departamento debió pertenecer, seguramente, a una familia judía, habiendo sido luego ocupado por alemanes. Todo lo que contenía era de buena calidad, inclusive porcelanas y cristales de marca, por supuesto robados.

Revisando un gran armario que había allí encontramos un enorme *tales* que provocó mi llanto. Porque sangraba...

¡Lo trajimos a Buenos Aires!

La población polaca recibió al puñado de judíos sobrevivientes con brutal hostilidad. Pues veían en cada judío a un potencial acusador y demandante, que les traería problemas. Su cinismo no tenía límites. Nos preguntaban en tono de reproche: "¿Por qué no te mataron?" Nos abrumaba una triste sensación de vergüenza por haber sobrevivido. Ninguna sensación de victoria... Circulaba una trágica frase: "*Przepraszam ze zyjs*", "Disculpen que esté viva". Este fue el origen del famoso pogrom de 1946 en Kielce.

Finalmente llegó el día de la partida hacia lo desconocido. El 26 de diciembre de 1946, con pasaportes legales y acompañados por gente del "HIAS" subimos en la estación de Varsovia, parcialmente reconstruida, al tren internacional. ¡¡Comenzaba una irreal realidad!!

Nos ubicaron en un compartimento individual de primera clase para viajar a Estocolmo, Suecia. Sillones tapizados con terciopelo rojo. Mozos uniformados, con guantes blancos, nos acomodaron sonrientes. Luego nos sirvieron un té con masas para entrar en calor. Era en pleno invierno. El tren tomó velocidad. La misericordiosa nieve había cubierto con una blanca mortaja el cadáver de nuestra ciudad...

Sin movernos del compartimento cruzamos el mar hacia Göterborg y por tierra a Estocolmo. Llegamos el día siguiente por la tarde. La estación estaba iluminada a giorno y totalmente calefaccionada a leña. Afuera había treinta grados bajo cero...

Emocionados, desorientados, esperábamos sin saber qué.

De pronto escuchamos por el altoparlante que llamaban a familia Faigenblat, que se presente en la oficina.

Gran susto. "Seguramente las autoridades nos van a arrestar y devolver por la fuerza a Polonia, pues Adam se había ido aprovechando una breve licencia; él era un desertor y esa llamada era una trampa."

Así pensábamos, con nuestra mentalidad de perseguidos... ¿Qué hacer? Finalmente nos presentamos en la oficina preparados para recibir un castigo... ¡Pero no sucedió nada de eso!

Dos delegados del "Joint" habían venido a recibirnos y como no nos conocían, simplemente nos llamaron. Aquí empezó nuestra estadía "en el país de las maravillas".

Durante nuestro peregrinaje tratamos de disimular la angustia e inseguridad de sentirnos en el aire y sin un piso bajo los pies, dejando que los vientos guiaran nuestro destino. "Hojas en el viento", sin pertenencia de ninguna clase...

### Algunos episodios:

Cierta tarde pedimos permiso a nuestros cariñosos acompañantes para andar por la ciudad solos y conocerla mejor, no sólo a través de la ventanilla del auto. Temiendo que estos “salvajes” se perdieran sin conocer el idioma sueco, aceptaron inquietos.

Paseamos por una preciosa avenida, creo que Kungsgatán, y descubrimos una enorme frutería muy iluminada. Durante seis años no habíamos visto una fruta. Era extraño, pero existían... Hechizada, pegué la nariz contra la vidriera. Tímidamente compramos **una** mandarina por 10 öre, y la devoramos escandalosamente en la calle. (En esa época todavía **no** se comía en la calle; luego los suecos aceptaron la invasión de salvajes.) Nunca, ni antes ni después, he comido una mandarina tan sabrosa...

Otra tarde en que caminábamos solos, vimos sorprendidos un raro movimiento de la gente, que se agrupaba dejando un corredor libre en el centro. Era para dejar pasar al rey que estaba de paseo, solo, sin escolta. Nadie lo molestaba con saludos, porque en ese momento era una persona privada, no estaba en función de rey... ¡Inolvidable ejemplo de cultura cívica!

A principios de enero se festeja en Suecia el día de Santa Lucía, patrona de la luz. Nos habían ubicado en un comfortable hotel-pensión. Allí, cierta madrugada, sin previo aviso, entraron en nuestro dormitorio tres jovencitas. Una llevaba sobre la cabeza una corona con velas encendidas haciendo equilibrio, otra traía café con leche y *kuchen* tradicional, mientras la tercera cantaba alabanzas a Santa Lucía. Era una escena de cuento infantil. ¡Y no la estábamos soñando! ¡Era de verdad!

En las afueras de la capital sueca existe una especie de pueblo, Skansen, conservado fielmente tal como era en el siglo XVI. Por supuesto, no tiene agua corriente ni luz eléctrica, ninguno de esos inventos modernos. Un grupo de artesanos trabaja allí con herramientas de la época. Gozan de sueldos estatales y de diversos privilegios vitalicios. Un increíble museo viviente.

Nos invitaron a una reunión de la comisión directiva de una importante institución judía. Allí nos saludaron con unas cálidas y altisonantes palabras de bienvenida en polaco.

Uno de los dirigentes se nos acercó diciendo que era oriundo de Varsovia, igual que nosotros, y que se llamaba Gitler.

Asombrada le dije que yo tuve en el *gimnasium* una compañera Eda Gitler. Asombrado, el hombre me dice: “Es mi hermana, pero ya no vive más; fue víctima de la Shoá”.

Entonces le cuento que yo la encontré en Lodz. El hombre casi se desmaya. Le di su dirección y le conté que ella sobrevivió a varios campos de aniquilación y lleva su número en el brazo...

Otra tarde fuimos solos a tomar el té en una confitería de la parte antigua de la ciudad. Un enorme salón, en el centro una larga mesa ovalada cubierta con un blanco mantel bordado, tipo Richelieu. En el medio, un antiguo samovar hirviendo, y en preciosas tacitas cada uno se sirve su té. ¡Toda una ceremonia! Mozas de largas trenzas rubias y vestidas a la moda antigua, traen tortas y masas regionales.

Nos llamó la atención la ausencia de ese ruido propio de una confitería muy concurrida. ¡Es que la gente habla a media voz por el respeto a los demás! La cultura aparece en cada detalle de la vida cotidiana.

Esta zona antigua está conservada con cariño. Las callejuelas son muy angostas, hechas originalmente a la medida del paso de un caballo. No está permitida la circulación de ningún vehículo. Los pisos de las calles están cubiertos de troncos, pulidos con cera como un parquet.

Nos despedimos de Estocolmo seguros de que nunca olvidaríamos este respiro, que recordaríamos con emoción a esos representantes del Joint que se comportaron de manera ejemplar. Y ellos nos agradecieron a nosotros la oportunidad que les dimos de ayudarnos en un momento crucial. Mandamos al “Joint” cartas de agradecimiento.

En Estocolmo esperamos durante cinco semanas un barco que nunca apareció. Entonces nos mandaron a París, siempre atendidos por el Joint. No pretendo describir París, tan diferente de Estocolmo. Tumulto en todas partes, la gente no habla, grita, y está siempre apurada...

Nosotros ya habíamos conocido París, pero antes de la catástrofe... antes de la hecatombe.

Y otra vez esperamos un barco en vano. Finalmente nos desviaron a Génova, también en un tren internacional, con toda la pompa.

Génova, ciudad portuaria de Italia, se caracteriza por los marcados desniveles de sus calles. Muchos túneles, escaleras, puentes, una ciudad apta para divertirse. ¡Lo que hemos hecho! Paseábamos por separado para perdernos, buscarnos y reencontrarnos, felices, en el hotel...

Una máscara...

Finalmente llegó el ansiado barco, viejo, destartado, ostentando su nombre: "Argentina".

En la larga cola para subir al barco conocimos a Fanny Rems-Zak, con sus dos hijos de 8 y 10 años. Este encuentro casual creció hasta hacerse una profunda amistad, que duró hasta la muerte de Fanny, a los 94 años, ocurrida hace dos. ¡Yo la extraño, me hace falta!

Fanny llegó viuda y se casó con el poeta Abraham Zak, oriundo de su mismo pueblo, Amdur, en Lituania. ¡Un amor juvenil! Fanny, su hija Ada y Genio sobrevivieron por separado en distintas familias campesinas. Ada se aclimató totalmente a la familia con la que vivía. Católica creyente, tomó la comunión y este sentimiento perduró en ella a pesar de la educación judaica que recibió en el seminario de maestros Rambam. Lo mismo sucedió con Genio. Después de la guerra Fanny tuvo problemas para recuperar a sus hijos. Las respectivas familias los querían, no querían devolverlos. La madre pagó mucho por su rescate. Genio vivió durante aquellos años a orillas del Vístula y no resultó fácil convencerlo de que **no** debía quitarse los pantaloncitos para bañarse para que no lo delatase la circuncisión. Muchos niños judíos murieron por esa marca, ya que por miedo las familias polacas se negaban a aceptarlos... Ada y Genio ya son ahora felices abuelos. Ada es bisabuela. No mantienen contacto con el entorno de la madre, pero a mí Ada me llama para mis cumpleaños y para Rosh Hashaná. ¡¡Un triunfo!!

## TESTIMONIO RADIAL

Buenos Aires, 20 de abril de 1949

Cuando a poco de mi llegada a Buenos Aires el poeta partisano Shmerke Kaczerginski me invitó a contar por radio mis vivencias en el ghetto de Varsovia, me dominó el pánico. Sentí que era demasiado para mí eso de hablar en ídish, por radio Colonia, a un público invisible, incrédulo, no informado de lo sucedido durante la Shoá. No había literatura informativa todavía y nosotros éramos de los primeros en llegar desde el infierno. La ola de sobrevivientes recién llegaría en los años cincuenta. ¡La gente no sería capaz de aceptar mis palabras! ¡Yo no estaba preparada para tamaña proeza! Aunque, por otra parte, siendo alguien que había sobrevivido “por casualidad”, tenía imperiosas obligaciones con los NO sobrevivientes, con los NO sepultados... ¡Olvidar es matarlos nuevamente! ¡Mi deber era contar, recordar, no dejar cicatrizar las heridas y que sangren...!

Así fue cómo, temblando insegura, acepté el desafío. Y conté.

El 18 de enero de 1943 los alemanes atacaron el ghetto con enorme furia, seguros de que sería apenas un paseo. Pero los insolentes judíos los recibieron con una lluvia de granadas y proyectiles de todo tipo. Se creó una gran confusión con víctimas de ambos bandos. Ese fue el primer intento de resistencia judía armada. Los alemanes retiraron en ambulancias a sus heridos y muertos, pero volvieron...

Los recibimos con orgullo y miedo, seguros de que había llegado el final. Lo primero que hicieron fue asaltar el “Hospital judío” de la calle Gensia como venganza. Mataron a todos los enfermos en sus camas, incluso a todos los niños, y también a los médicos y a las enfermeras. Comandaron este furioso asesinato Brandt, Hantke y Blecher, éste último especializado en fusilar mujeres. Otro “frankenstein” perseguía entusiasmado a los pelirrojos.

Nuestro refugio era un bunker también ubicado en la calle Gensia. Albergaba unas cincuenta personas y había sido camuflado de manera muy ingeniosa por Adam Faigenblat, mi marido, y por Josi

Hartman y Avrom Goldfarb. Por falta de herramientas adecuadas las manos se les habían quemado con la cal viva. Allí, en ese confortable sitio, por debajo del sótano, entre las cañerías del edificio, pasamos cinco días con sus noches. Subir finalmente a la superficie, congelados, enfermos, aturdidos, también significaba encontrar fuerzas como para colgarse con los brazos y saltar, ayudados por los jóvenes. Para los gordos o pesados era un suplicio. La salida era del tamaño de una losa del pavimento. Yo sufrí un ataque de ciática y no podía pisar, por lo que me sacaron empujándome de abajo y tirando de arriba... No entiendo cómo lo soporté. ¡Y esa ciática me acompaña hasta hoy!

Después... No creíamos que hubiese un “después” ... Y la gente comenzó a pensar en alguna manera de abandonar el ghetto, de encontrar escondrijos, pagos o no, en la parte aria de la ciudad, lo que tampoco significaba quedar a cubierto de peligros. Yo no quería separarme de mi esposo ni ir a meterme en “la boca del lobo” conviviendo con los polacos para morir seguramente allá. Pero Adam, con la ayuda de la ZOB, la Organización Clandestina de Combatientes Judíos, me obligó a pasar a la parte aria contra mi expresa voluntad.

En la madrugada del 14 de abril de 1943 salí del ghetto con un grupo de mujeres. Pasando por la franja existente entre el ghetto y el sector ario observé las casas desocupadas que pertenecieran a judíos asesinados. El ruido de las ventanas abiertas, ciegas, golpeadas por el viento, me parecía una suerte de réquiem, de *kadish*, de “*El malé rajamim*” ...

En la parte aria comenzó un nuevo capítulo en la lucha, ahora cargando una máscara, la de **laucha sonriente**, sin derecho al duelo ni al miedo. Y allí mis enemigos mortales en constante acecho eran todas las personas y todas las cosas.

Y a poco de estar en la parte aria llegó el histórico 19 de abril. Mis polacas me contaron asombradas que “los judíos del ghetto habían declarado la guerra a los alemanes”. Con tanques y bombas incendiarias los nazis habían decidido liquidar el ghetto de Varsovia, dejarlo “*juden rein*” como regalo para Hitler en su cumpleaños...

Los gritos y el olor a carne quemada llegaban al otro lado del Vístula, a Praga, donde yo me encontraba. De día el cielo se veía sucio, gris, y se veía rojo, inyectado en sangre de noche. Esa desesperada lucha duró cuatro interminables semanas, largas como años enteros.

**¡Judíos míos! ¡*Idn mayne!* ¡No olviden, recuerden, cuenten!  
¡No permitan que cicatrices clausuren heridas que manan sangre viva todavía!**

#### POSDATA

Nosotros, mi marido Adam y yo, tras una larga odisea, llegamos legalmente a Paraguay el 26 de marzo de 1947. De allí entramos luego clandestinamente a la Argentina.

Ahora, ¿por qué ese testimonio mío debió propalarse desde Radio Colonia, en Uruguay? Perón había prohibido conferencias y audiciones radiales en ídish. Pero los judíos aprendieron a sortear las prohibiciones. Radio Colonia tenía un estudio en Buenos Aires. El miércoles grabamos allí mi apelación testimonial. Esta fue enviada por medio de un enlace a Colonia, y el domingo a la mañana la difundieron en el marco de su audición dominical.

## LUSHA

Había una vez dos amigas, Lusha y Lena, y su profunda amistad duró, asombrosamente, ochenta y tres años.

Trataré de recordar algunas etapas de esa larguísima amistad.

\*Cuando teníamos siete años nuestras respectivas madres –no se conocían– nos llevaron al preescolar del Gimnasium de Perla Lubinska, de la calle Ceglana 7, escuela integral cercana a nuestros domicilios.

Una dulce maestra, Franciszka, dada nuestra pareja estatura nos sentó juntas en un mismo banco. Una pura casualidad que tuvo una marcada influencia en las vidas de ambas criaturas.

Simpatizamos de inmediato. Fueron dos años de descubrimientos. Luego vino la escuela primaria que ya era más exigente.

Lusha tenía dificultades con el dibujo mientras que yo dibujaba desde que nací, de modo que, a escondidas, yo le hacía los deberes. Pasamos a la secundaria sin tener que rendir examen, cosa que nos llenó de orgullo. Pero sorpresivamente, en cuarto año, por razones económicas, los padres retiraron a Lusha del colegio y la mandaron a trabajar al taller textil que tenían. ¡Fue un shock para las dos!

Recuerdo un episodio imborrable. Cierta tarde me fui para ver con mis propios ojos a Lusha trabajando. Era lejos. Pregunté por ella y me hicieron esperar un rato. De pronto, como por arte de magia, se abrió una tapa en el piso y apareció Lusha. Vestía un mameluco.

Era una otra Lusha, que me abrazó llorando. Me despachó pronto, con la excusa de que debía cuidar una máquina. Evidentemente no se había adaptado a su nuevo status y mi visita la había desagradado. A mí también.

Lusha era la hija del medio. Su hermana Saba dominaba a la familia, la seguía Salomón, que estaba privilegiado por ser varón, mientras que la menor de todos era, Ida, una chica particularmente tímida. Lusha tuvo siempre que conquistarse a fuerza de codos su espacio vital; nunca logró nada con facilidad. Así estuvo marcada su vida desde el nacimiento, pero ella nunca se quejaba. ¡Era así y punto!

Desde aquel momento nuestras vidas se bifurcaron. Nuestras diferentes condiciones pusieron nuestra amistad a prueba. Yo me cuidaba mucho, andaba en puntas de pie, para no ofenderla. Se planteaban situaciones difíciles. Siendo dos adolescentes lindas, requeridas, se creaban lógicas rivalidades, y las vencíamos honradamente, sin broncas ni enojos. Mi vida se desarrollaba de una manera previsible, privilegiada. ¡Lo aprecio con claridad recién ahora, a la vuelta de tanto tiempo!

La Segunda Guerra Mundial y la Shoá nos separaron durante esos largos años que fueron de 1939 a 1945. Lusha escapó con parte de su familia a Rusia, al “paraíso de Stalin”, donde la ola de refugiados los llevó al Asia Central, a Kirguizia. (El muy querido alcalde de Varsovia había instado a la juventud “apta para portar armas”, a refugiarse en Rusia...)

En Kirguizia, como toda población en tiempos de guerra, soportaron mil dificultades. Pero al menos no asesinaban a los judíos. Desde ya que muchos perdieron la vida por meterse en política o por ser sospechados de hacerla, como Dunia, el esposo de Saba.

Yo, por mi lado, sobreviví en el ghetto de Varsovia, pero ese es otro capítulo. Lo cierto es que la supervivencia de ambas en tan diferentes condiciones también nos marcó de manera diferente tanto física como psíquicamente. Cada una volvió con su propio trauma y reaccionó de modo distinto ante su nueva vida, lo que constituyó una barrera que no logramos vencer.

¡Fue así que nuestras asesinadas familias nos unieron más que la vida misma...!

Cuando la guerra terminó oficialmente, me encontré con una Varsovia hecha escombros. Un páramo. Un mundo desconocido, otro. Y también yo era otra. Se hacía necesario reestructurarse para adecuarse a la nueva realidad. ¡Yo estaba sola! Ni una cara conocida, ni una mirada amistosa. Huérfana sobrante, haber sobrevivido no era una victoria; era casi una vergüenza.

Con ese estado de ánimo fui a la Cruz Roja para pedirles que avisen a todo el mundo que vivo y dónde me encuentro.

Acaso alguien...

Yo no abrigaba demasiadas esperanzas. Pero aunque parezca increíble, ese desesperado llamado desde el abismo llegó a Kirguizia, y Lusha me contestó por la misma vía. Tras varios meses de dudas, con la oleada de repatriados, se aparecieron sin aviso en mi casa Lusha, Saba, y su hijo Olek de diez años. Para describir ese dramático encuentro, “las palabras no dan con la palabra”.

¿Por qué fuimos luego a Lodz?

Mi esposo y yo no encontramos una vivienda en Varsovia. La ciudad no tenía luz ni agua; era toda escombros, piadosamente cubiertos por la nieve. Lodz en cambio no había sido bombardeada. Tratándose de una importante ciudad textil había sido anexada al Reich con el nombre de Litzmanstadt. Vivimos un año y medio en esta ciudad.

¿Por qué viajamos a la Argentina?

Salomón, el hermano de Lusha, vivía en este país. Se había ido de Polonia en busca de trabajo y le fue bien. Se casó, tuvo tres hijos y desarrolló una próspera fábrica textil. Para sus hermanas sobrevivientes la idea de emigrar a la Argentina constituía entonces una magnífica perspectiva. Sólo que la Argentina **NO** aceptaba judíos. Así me lo dijo con total cinismo su cónsul en Varsovia. El mundo estaba herméticamente cerrado para nosotros. Corresponde señalar que Bolivia, Paraguay, Uruguay y Venezuela sí otorgaban visas de entrada al puñado de sobrevivientes. A cambio aceptaban regalos, siempre que fuesen valiosos, lo que de ninguna manera podía considerarse una coima. En absoluto. Porque los funcionarios latinoamericanos eran gente totalmente honesta... ¡Pero, con todo, constituía una esperanza...! Que en otro planeta existiese una persona conocida era para nosotros algo muy importante. (Cuando los dos éramos chicos Salomón solía tirarme de las trenzas.) Así que finalmente arribamos a la deseada Argentina por distintas vías. Ellas vía Uruguay, nosotros vía Paraguay. En otra parte va el relato de nuestro “éxodo” de Polonia.

Salomón se portó magníficamente con sus hermanas: Les brindó a cada una un departamento y una tienda, para que no les faltase dónde vivir cómo ganarse el sustento sin depender de nadie.

Todo resultaba ejemplar, pero la cuñada...

Lusha quedó sometida a una suerte de trabajo esclavo. Para liberarse de esa dictadura decidió casarse, cayendo en una dictadura peor todavía. “Una pareja desapareja”. Muchas dificultades y humillaciones. Nunca comprendí ni pregunté por qué Lusha aguantaba esa situación. Lusha sobrevivió a todas su familia. También a su esposo. Ella finalmente desertó. Una demencia senil la encerró en su pasado. A veces ni me reconocía.

Una anécdota que puede ilustrar el grado de su ausencia. En cierta ocasión me reprochó que hacía varios días llamaba por teléfono a mi casa sin que nadie conteste. Le pregunté qué número había marcado, y para mi asombro dijo “Llamé a tu número de siempre, al 32368” ¡Era mi número de teléfono de Varsovia...!

Sufrí mucho su muerte mental que se adelantó bastante a su muerte física. Ésta sobrevino el 15 de setiembre del 2001, en vísperas de Iom Kipur.

La ausencia de Lusha me duele profundamente. No la acepto. Mi soledad es ahora más solitaria. No tengo a nadie vivo con quien compartir el recuerdo de mi familia y de la de ella. Solíamos recordarlos vivos, con sus nombres, sus dichos, sus caracteres... Tras varios años de ausencia, todavía me olvido e intento llamarla. ¡La extraño! ¡La necesito!

## ORFANDAD

Cuando pronunciamos la palabra “huérfano” siempre pensamos en niños, a nadie se le ocurre nunca pensar en huérfanos adultos.

El doloroso sentimiento de orfandad perdura en el alma del sobreviviente, de ese ser resucitado tras la Shoá. Y digo resucitado ya que aquellos seis largos años no habían sido vivibles. En sobrevivirlos consistió nuestra resistencia. La resistencia no armada. La NO apreciada, la NO comprendida, la más atroz.

Tras la Shoá muchos se construyeron una nueva vida, un sustituto. Una vida adquirida, como quien adquiere un nuevo idioma. Sin raíces, sin recuerdos, alimentada por la nostalgia de aquella otra vida ahora idealizada, imaginaria, dolorosamente truncada.

Sentimos y soñamos en nuestro idioma materno. Cuando leemos algo que nos conmueve, inconscientemente lo traducimos a aquel idioma. Esto es algo característico entre los huérfanos, no interesa su edad.

Viene al caso una significativa experiencia vivida. Hace unos años, preparando un trabajo sobre “Chicos de la calle”, traté de tomar contacto directo con alguno de ellos. Sabía que sería difícil porque suelen rechazarnos con hostilidad. A la salida del Teatro San Martín, detrás de unos caballetes de publicidad vi a un chico sentado en el suelo. Era una noche fría, lluviosa. Me acerqué preparada para recibir un violento rechazo, pero me ignoró totalmente. Elocuente rechazo al fin...

De alguna manera logré entablar contacto con él. Difícil, tenso, de espaldas. Rescato una frase de ese muchacho maduro de doce años sin infancia, una frase que escupió con odio:

“Qué querés. El frío me lo banco. ¡Lo que no puedo bancarme es que a nadie le importo, a vos tampoco! ¡Dejame!”

Ese “A NADIE LE IMPORTO”, lo llevan para siempre, marcado a fuego, todos los resucitados. Una tortura de vacío, de sentirse una sobra, un desperdicio casual. “A nadie le importo.”

El reloj biológico de los sobrevivientes está cansado. De ahí que necesitemos apoyo, cariño, dignidad, no ser marginados, en momentos en que nuestro ciclo vital se cierra. La vejez es dura, dolorosa, limita con la vergüenza. Es imprescindible saber que a la comunidad “le importamos”.

## A modo de EPÍLOGO

### Los JUDÍOS NO TIENEN HISTORIA, TIENEN MEMORIA

No existe una historia judía. Los judíos no tienen historia, tienen memoria, y recuerdos muy apreciados que no se borran.

¿Cuál es la diferencia entre historia y memoria? La historia es saber qué pasó en el pasado, la memoria es preguntarse cuál es la relación entre lo que ocurrió en el pasado y lo que soy ahora. Mi presente se nutre del pasado, que jamás pasa del todo.

Ese pasado era una fuente de luz en los tiempos negros, un apoyo para no aflojar...

Para seguir viviendo necesitamos construirnos una coraza, en un proceso lento, por etapas, que se compone de muchos elementos y tiempos. La base es el múltiple doloroso duelo. ¡La ORFANDAD con mayúscula! La ambición de no parecer una pobrecita, una *nebej*.

Cuando volvimos a la superficie se nos planteó un nuevo problema: Cómo vivir con un entorno hostil, desconfiado.

“¿Por qué no te mataron? ¿Qué hiciste para sobrevivir?”

Vivo por error. ¿Cómo justificar este privilegio o condena? ¿Cuáles son mis obligaciones con quienes ya no están físicamente? Si vivo ¿qué debo hacer con esta vida?

Me agobiaban las deudas y obligaciones que surgían de las profundidades. ¿Cómo ubicarme en este entorno totalmente cambiado. Distintos sabores, distintas urgencias. ¿Quién es el OTRO?

Surgió la necesidad de ponerse una **máscara** sonriente y amable. Cuidar la presencia, estar a la moda. Trabajar, tener proyectos, acortar la distancia. El relax era peligroso porque produce grietas en la coraza, las que dejan filtrarse lo verdadero, tan difícil de encapsular.

El cariño me desarma, me trae nostalgias, pero lo necesito con todo mi ser. El frío afectivo me enferma pues no soy inmune...

Yo crecí y me formé en clima de ternura familiar...

## INDICE

\*INVITACIÓN

\*PALABRAS PRELIMINARES

### De LOS AÑOS LUMINOSOS

\* MI MICRO HISTORIA

\* COPITA de LICOR

\* STANISLAWA, la LAVANDERA

\* LA BARBA del ABUELO JOSEF

\* ¡UN PREMIO SINGULAR!

\* JANUCÁ, LA FIESTA de las LUMINARIAS

\* La CEREMONIA de VENTILAR los "SFORMIM"

\* CONTABA la ABUELA

\* RABINO "SANDIK"

\* EL FALLECIMIENTO del ABUELO JOSEF

\* EL ANUAL TRASLADO VERANIEGO a MIJALIN.

\* TÍO BENIAMÍN...

\* FILHARMONIA

\* "LAS ESPIGADORAS"

\* Mi ESCUELA, el GIMNASIUM judío de 1ª categoría de Perla LUBINSKA, calle CEGLANA 7

\* ¡¡La CRONOLOGIA NO IMPORTA!! Mi DEBUT en la ESCUELA

\* CIEN DÍAS

\* LAG BAOMER

\* MI ESCUELA

\* DEVALUACIÓN

\* HUEVOS a las SIETE de la MAÑANA

\* El "KRUPNIK" de los JUEVES

\* La PUSHKE del KEREN KAYEMET

\* La SEÑORA LAVENDA

\* FILATELIA, NOBLE HOBBY FAMILIAR

\* Una FLORCITA de MONTAÑA

### De LOS AÑOS NEGROS

\* VICISITUDES en el GHETTO DE VARSOVIA y un manojo de espinas

\*LA EPIDEMIA DE TIFUS

\* DESRATIZACION

\* OTRA ESPINA

\* Otro episodio de mi pasado que sigue presente

\* BUNKER

\* 14 DE ABRIL DE 1943

\* NAVIDAD

\* Mi ENEMIGO

\* "MIRADA JUDÍA"

\* El ONOMÁSTICO de ALICIA

\* LA CLANDESTINIDAD

\* FOTOGRAFÍAS FAMILIARES para la CLANDESTINA

\* 1945, TERMINÓ LA GUERRA

\* LA HOSTIA

\* El largo ÉXODO desde NUESTRA VARSOVIA a la ARGENTINA, vía Paraguay

\* TESTIMONIO RADIAL, Buenos Aires, 20 de abril de 1949

\* LUSHA

\* ORFANDAD

### A modo de EPÍLOGO

\* Los JUDÍOS NO TIENEN HISTORIA, TIENEN MEMORIA



Lena Faigenblat nació el 7 de mayo de 1912 en la ciudad de Varsovia. Estudiante universitaria de Humanidades, sus luminosos años juveniles quedaron envueltos en tinieblas cuando su vida se vio atravesada por la siniestra experiencia de la Shoá. Habiendo sobrevivido, en 1947 se radicó en la Argentina donde fue secretaria ejecutiva del “Congreso por la Cultura Judía”.

Asimismo trabajó durante muchos años como voluntaria en SOS.

Colaboradora permanente en diversas publicaciones, algunos de sus trabajos de investigación periodística sobre el aporte del pueblo judío a la cultura de la humanidad, fueron reunidos en su libro *“LOS VIENTOS DE LA HISTORIA”*, editado por el Instituto IWO de Buenos Aires en 1998. Ese mismo año fue galardonada, en reconocimiento a su incansable tarea y trayectoria, con el premio de la Fundación Alicia Moreau de Justo.